

Mansión de la muerte

John Dickson
Carr



Selecciones del Séptimo Círculo

Lectulandia

El novelista Jeff Caldwell vuelve a su tierra natal Nueva Orleans, en respuesta a una inesperada y semifrenética carta de un amigo de la infancia David Hobart, quien junto con su hermana Serena ha recibido como legado de su abuelo una inmensa casa solariega.

La inmensa cantidad de estipulaciones en el testamento junto con la posibilidad de un tesoro escondido, provocan numerosos problemas. Jeff pronto se vera envuelto en viajes, leyendas y nuevos terrores, en negocios, en amores, en una atmósfera decididamente criminal.

Lectulandia

John Dickson Carr

Mansión de la muerte

Selecciones Séptimo Círculo # 25

ePub r1.2

Akhenaton 27.07.14

Título original: *Deadly Hall*
John Dickson Carr, 1971
Traducción: Andrés Osvaldo Bottaro
Selecciones del Séptimo Círculo nº 25
Colección creada por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares
Dirigida por Carlos V. Frías

Editor digital: Akhenaton
Retoque de portada: Orhi
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A
MACON FRY,
que me demostró
como se podía hacer esto

Hacia la una de la madrugada tuvo que rendirse a la evidencia de que no podía dormir. Por lo menos, aún no.

Rodó sobre su codo izquierdo, buscando con su mano derecha la cadenita de la lámpara de la mesita. La luz alumbró el lujo sobrio del camarote 140, en la cubierta de deportes sobre la popa, a estribor del buque; no, no era a estribor, se debía decir el lado de los «dos silbatos». Su ventana abierta (nunca se deben llamar ojos de buey a las ventanas) dominaba la enorme rueda propulsora, pintada de rojo, cuyo batir soñoliento debió dormirle como un arrullo. Y aquí estaba, solo, habiendo pagado por las dos camas.

Y eran camas, no literas, para mayor sibaritismo en la comodidad fluvial. La hora, la una menos diez según el reloj de la mesita de noche. El pequeño calendario de viaje ribeteado de cuero indicaba que la flecha era lunes 18 de abril de este año de 1927. A esta hora ya era martes 19 de abril. El *Bayou Queen*, de la línea Grand Bayou—que se dirigía a Nueva Orleans bajando el Ohio y el Mississippi— había salido de Cincinnati el lunes a mediodía. Su primera escala sería Louisville en algún momento de ese martes.

Jeff Caldwell, que a mediados de julio cumpliría treinta y tres años, tenía en su cabeza muchas preguntas. De hábitos sedentarios, aunque no de aspecto débil ni poco atlético, se podría opinar de él que era demasiado estudioso, demasiado solitario, de no ser por su sardónico sentido del humor. Pero esta maldita situación le seguía atormentando. Y necesitaba un poco de aire.

La luz pintó de oro pálido las paredes blanco-brillantes. La puerta del bañito estaba entornada. La otra conducía al aire libre de la cubierta, hacia el lado de los «dos silbatos». Jeff impulsó las piernas fuera de la cama, metió sus pies en las zapatillas y se echó una bata sobre el pijama. Luego, encendiendo maquinalmente un cigarrillo salió afuera.

Cubierta principal, cubierta de camarotes especiales, cubierta Texas, cubierta de deportes; esta última por encima de todas, pero la brisa fresca y el rayo de la luna. Aparte del batir de la rueda y el suave palmo-tear del agua al costado del barco, casi ningún ruido. Una o dos luces dispersas, remotas y fantasmales; ningún otro signo de vida.

—No se llenó ni a medias en este viaje —le dijeron en la oficina de la compañía, en Cincinnati—. Usted ya sabe cómo es esto. La gente adinerada no descubre América, por lo general: van al extranjero. De junio a septiembre estaremos llenos, salvo, quizás, los camarotes de lujo. O quizás usted lo sepa. ¿Es su primera visita a

Nueva Orleans?

—Yo nací y me crié en Nueva Orleans.

—Pues no habla como un sureño.

—Fui educado, si es que se puede llamar así, casi por completo en el Norte.

—¿Vive en Nueva Orleans ahora?

—Ni siquiera vivo en este país.

—En fin, no es asunto mío...

Jeff había pensado: «No, claro que no». Y no había dicho más.

Ahora, con el codo apoyado sobre la baranda, protegiendo el fuego del cigarrillo con su otra mano, todavía meditaba. Jeff Caldwell no podía negar que tenía bastante dinero. Con la Dixieland Tobacco Company en continua prosperidad (había comenzado desde que su bisabuelo la fundó en Carolina del Norte, bastante más de un siglo atrás), ni él ni su tío Gilbert, hermano de su difunta madre, debían temer el futuro. Él y Gilbert Bethune, ahora fiscal de Distrito de Nueva Orleans, eran los únicos miembros sobrevivientes de la familia. Así como también Dave y Serena eran los únicos Hobart que quedaban.

En cuanto a lo que el viejo Ira Rutledge había querido decir, era no menos que lo que el tío Gilbert quería decir...

En su mente las preguntas, lejos de ser contestadas, ni siquiera estaban completamente formuladas. Después de cruzar el océano, había ido en tren desde Nueva York a Cincinnati para seguir luego el lento viaje en barco hasta su ciudad natal. ¿Por qué hacía esto? ¿Por qué lo creía necesario? ¿Había venido a unirse el destino de Dave y Serena Hobart, ese hermano y esa hermana tan extrañamente opuestos, al suyo propio? Considerando que su abuelo había sido en otro tiempo amigo íntimo del viejo comodoro Hobart, abuelo *de ellos*...

O puede que fuera esa carta tan inesperada, casi frenética, de Dave.

En la cubierta de deportes del *Bayou Queen*, bajo la ancha humareda expelida por la única chimenea, Jeff Caldwell descubrió que sus pensamientos retrocedían no sólo hasta el día o el mes anterior, sino hasta diez años atrás. Finalmente, ¡qué poco conocía realmente Nueva Orleans, ni a los parientes y amigos de su primera juventud! ¡Qué poco tiempo había pasado allí!

Estuvo en la escuela preparatoria en el Norte desde temprana edad, y sólo pasaba las vacaciones de Navidad en su casa. Su padre había muerto en 1913, su madre un año después; él y tío Gilbert habían vendido la casa de los Caldwell del Garden District. Luego, a pesar de sus dificultades con las matemáticas, fue admitido en Yale. No había terminado su tercer año en New Haven cuando en abril, hacía poco más de diez años, los Estados Unidos habían entrado en lo que para siempre se iba a llamar la Gran Guerra.

—Harás, supongo —comentó tío Gilbert—, lo que creas que debes hacer; o más

bien, lo que creas que quieres hacer. Si yo fuera más joven, probablemente sería lo bastante tonto como para hacerlo también.

Y así combinando al *créole*^[1] Bethune con el anglosajón Caldwell, Jeff se había alistado. Primero la prolongada monotonía del entrenamiento básico, luego la otra prolongada monotonía del entrenamiento para oficial; siempre, por un motivo u otro, alguna demora. El tranquilo, imaginativo teniente segundo Jeffrey Caldwell fue embarcado para Francia. Todavía no había marchado al frente, no había oído nunca el rugir de los cañones, cuando las noticias de un falso armisticio precedieron a las inmediatas noticias del armisticio verdadero, en la segunda semana de noviembre de 1918.

Embarcado de vuelta para ser desmovilizado el siguiente mes de mayo, Jeff fue más tarde a Nueva Orleáns para sostener una conferencia acerca de su futuro. Gilbert Bethune siempre se había negado resueltamente a ocuparse de los asuntos financieros de la familia.

—Cuando un abogado trata de manejar las finanzas de su propia familia —decía el tío Gilbert—, significa fricción en él mejor de los casos y mala sangre en el peor. Que Ira Rutledge se ocupe de eso, como siempre lo hizo.

Pero tío Gilbert había estado presente en la conferencia acerca del futuro de su sobrino. Jeff nunca olvidaba ese día de 1919: no había cumplido los veinticinco años; tío Gilbert, magro, de rostro enjuto, tenía cuarenta; Ira Rutledge, delgado y canoso en lo que entonces parecía una avanzada edad, era la perfecta imagen del abogado de familia que asesoraba a tanta gente acomodada, en su polvoriento despacho de Canal Street.

—Ahora que podemos retomar a nuestras vidas normales nuevamente, Jeff —dijo el abogado de la familia—, ¿volverás a New Haven?^[2]

—No, creo que no. Fue un error haberme admitido desde el primer momento, y yo nunca me podré graduar.

—Pero los estudios que ya hiciste...

—Sí, de eso hablo.

—¿Y?

—Mi mala disposición para las matemáticas o para cualquier clase de ciencia, señor, no es simple desagrado. Es odio en su máxima expresión y una falta de aptitud que hoy llamarían patológicos. ¿Qué puede importar el más alto grado que alcance en Inglés o en Historia, si soy incapaz de comprender el más simple problema algebraico o la proposición geométrica más sencilla, no digamos ya de obtener la calificación más avanzada (más una ciencia) que es lo que necesito siquiera para graduarme en artes? Con razón o sin razón, graduarme no tiene para mí ninguna importancia.

—Bien, ¿y qué piensas hacer?

—¿Qué ocurre con las finanzas, señor Rutledge? ¿Cómo anda la Dixieland

Tobacco?

El señor Rutledge le aseguró que la Dixieland Tobacco nunca había marchado mejor, y que (siempre dentro de lo razonable, por supuesto) se le podía pagar mensualmente cualquier asignación que necesitara, en el banco que quisiera.

—Pero me temo que todavía debo preguntarte, muchacho, qué es lo que piensas hacer.

—Vivir fuera por un tiempo, me parece. Con base en París, pero visitando Londres con la mayor frecuencia posible.

—Por supuesto —dijo secamente Ira Rutledge—, no hay razón alguna por la cual *debas* trabajar.

—Oh, yo pienso trabajar, señor, aunque hay quienes no lo llamarían *dé* ese modo.

—Como gustes. ¿Qué quieres hacer?

—Quiero escribir novelas históricas, como siempre he soñado. Relatos de capa y espada, aventuras amorosas y cosas por el estilo, pero históricamente exactas. Francia e Inglaterra son terreno ideal para eso. También hay otra clase de novelas que me gustaría bastante intentar escribir, aunque no creo que me sea posible.

—¿De veras? ¿Y cuál es?

—Relatos policíacos, sobre quién mató a quién y por qué. Siempre existe mercado para la sangre y el estruendo, ¡y me gusta!

—Ahora sí —había intervenido el tío Gilbert con cierta cordialidad—, que estáis hablando realmente en mi idioma. Nuestro amigo Ira no querría tocar un caso criminal aunque acusaran a su propio hijo de asesinato, y sin embargo es lo que a mí me gusta. No lo dudes, escribe novelas históricas, a condición de que no te dediques a la empalagosa repostería que siempre nos dan. ¿Por qué no escribes relatos policíacos también?

—Porque no creo tener suficiente ingenio. Se necesita una idea de primera clase, flamante, con todos los trucos para presentarla. En cambio me puedo bandear con las novelas históricas. Con las otras probablemente haría un picadillo. Pero creo que sé escribir un inglés legible, y estoy dispuesto a emprender todas las investigaciones necesarias.

—Que sea París, entonces —suspiró el señor Rutledge—, ya que parece estar decidido. Que triunfes o fracases, desde el punto de vista práctico, es de poca importancia. ¿Cuándo te gustaría partir?

—Lo más pronto posible. Habrá un gran alboroto antes de que se termine la conferencia de paz en Versalles, pero no es preciso que eso interfiera en mi vida diaria. Además quedarme aquí no será agradable si aprueban esa ley que llaman de prohibición, y cierran Nueva Orleans más de lo que la cerraron Josephus Daniels^[3] y los suyos durante la guerra.

Gilbert Bethune se quedó pensativo.

—Nunca la cerrarán del todo —dijo—, por más intentos que hagan. Hablando de novelas policíacas y de ingenio, recuerda que aquí en nuestra propia casa...

Tío Gilbert había hecho una pausa, sin proseguir luego. Mucho después Jeff se preguntaba si en aquel momento se refería a los Hobart, una familia anglosajona tan antigua y respetada como los Caldwell, y a la indudablemente imaginaria pero todavía pintoresca leyenda de la Mansión Delys.

Jeff no podía recordar al viejo comodoro Fitzhugh Hobart, de la Armada de los Estados Confederados, muerto hacía muchos años. Solamente había conocido superficialmente al difunto Harald Hobart, el hijo del comodoro, padre de David y Serena. Ni del voluble Dave, ni de Serena, siempre tan controlada (el primero de su misma edad, la segunda cinco o seis años más joven), podría decirse que eran amigos íntimos. ¿Qué había sucedido con los otros amigos del pasado? ¿Qué había sido de Penny Lynn (nadie pensaba jamás en ella por su nombre, Penélope), que le había arrebatado el corazón durante aquellas vacaciones de Navidad en que él tenía diecisiete años, y a quien después había visto sólo en dos ocasiones?

Pero esas reflexiones se habían alejado de su mente desde hacía casi ocho años atrás. Tomó el barco para Francia, eligió un pequeño hotel residencial detrás de los Campos Elíseos y después de estudiar con ahínco los documentos de la *Bibliothèque Nationale*, escribió su primera novela.

No trató de emplear un agente literario, pues no conocía a ninguno. En lugar de esto, envió *El bufón del Cardenal* a un conocido de la antigua firma neoyorquina Kene & Sons. Con gratísima sorpresa por su parte lo aceptaron inmediatamente, al igual que Justus de Londres.

Cualquier cosa que hiciese, trabajar o haraganear, debía dar su paseo cotidiano. Jeff no era bohemio, a no ser que la bohemia pudiera practicarla gente limpia y bien vestida: se apartaba de las compañías de la *rive gauche* [margen izquierda del Sena. Barrio conocido por su población de artistas y bohemios]. Aunque demasiado solitario para hacer amistades numerosas, llegó a tener algunos buenos amigos. Hubo cortos contactos de diferente naturaleza: la *midinette* francesa, la muchacha inglesa que enredaba con la escultura, la aburrida heredera norteamericana que buscaba algo en qué interesarse. Durante esos primeros años, a pesar del dificultoso cruce del canal, pasaba tanto tiempo en Londres como en París. Hoy, con la Air Unión (francesa) y la Imperial Airways (inglesa), que mantenían vuelos regulares entre Croydon y Le Bourget, el viaje resultaba tan fácil como agradable.

Al principio, a pesar de sus largos días ante la máquina de escribir, no había tenido éxito. Los libros, que recibían críticas favorables, no se vendían. Durante la década de 1920, las novelas se sucedían una tras otra, cada cual con su ambientación en Francia o Inglaterra, en distintos siglos, y se decía a sí mismo que no debía irritarse tanto.

«Da las gracias», se decía en voz alta, «por disponer de una economía independiente».

Sin embargo, aunque con pocas aspiraciones a producir «best-sellers», quería escribir una novela que alguien quisiera leer. Entonces, por alguna de esas causas misteriosas, su quinta experiencia, *Mi amigo Fouché*, le produjo realmente algunas ganancias. A *Ojo de Bruja*, su sucesora, le fue mejor aún. En enero de este año, antes de terminar *Hasta que lleguen las grandes armadas*, los editores le ofrecieron un contrato por dos libros con mejores condiciones. Él había insinuado, le escribieron, que podría estar en Nueva York esa primavera para entregar el original. Si eso era cierto...

—Bien, ¿por qué no?

Esta idea de entregar el libro personalmente había estado en su pensamiento por algún tiempo. Mantenía correspondencia en forma bastante regular con su tío Gilbert, y sabía poco por o de los demás. Desde 1924, su tío se había convertido en el Señor Fiscal de Distrito Bethune. Las novelas policiales, que Jeff nunca había intentado escribir, adoptaban la tesis de que él fiscal siempre estaba equivocado y que la defensa siempre estaba en lo cierto. Le encantaba que un abogado tan afecto a las novelas de misterio como Gilbert Bethune se encontrara en ese puesto, tan ingrato en la ficción. A principios de marzo de ese año, tío Gilbert le escribió algunas noticias.

«Puede que hayas oído decir, o no, que Harald Hobart murió de un ataque al corazón la semana pasada. Sí, “Harald” está correcto; la esposa del viejo comodoro era una belleza de origen danés; de ahí el nombre escandinavo. Su padre le dejó una pensión desahogada, aunque no encontraron ningún tesoro escondido. A pesar de que Harald nunca me pareció muy sagaz para los negocios, todavía debe haber una herencia bastante sustanciosa para Serena y Dave».

Dos días después llegó una carta comercial de Ira Rutledge, en el estilo superlativo discreto de ese dignatario.

Con posterioridad al fallecimiento del señor Harald Hobart, decía la carta, había surgido una situación algo delicada en la que estaban comprometidos Jeff y otra persona más, ajena a la familia. Como asesor legal de los Hobart, por supuesto, el señor Rutledge podía explicarle la situación por carta, como se proponía hacer con la otra parte interesada. Sin embargo, dado que tenía entendido que Jeff visitaría Nueva York antes de finales de abril, y sin duda decidiría visitar también Nueva Orleans, él preferiría comunicárselo *personalmente*. Confiando en que no hubiera recibido ya alguna información errónea, y que lo que le sugería no fuera de mucha incomodidad, le saludaba muy atentamente...

Jeff estaba furioso. ¿Qué situación, delicada o no, podría incumbirle de algún modo a él y a otra persona que no se especificaba? El viejo Ira —¡qué se pudran sus códigos!— prefería la discreción a la coherencia.

Como si eso no fuera bastante, llegó poco después la carta de David Hobart.

Estaba escrita a mano en papel de carta impreso con el emblema de la familia Delys, ya que la familia Delys era pariente de los Hobart, pero no *créole*, sino de origen inglés-normando. El mismo Dave, rubio, delgado y violento, parecía estar allí, en la habitación.

«Si te sorprende saber de mí después de estos largos años, Jeff, no es porque nunca me haya preguntado cómo iría, o que me haya olvidado de los días en que éramos oponentes en los debates de Lawrenceville. Decías que sabías escribir y has probado tu afirmación; más poder a tu alcance.

»Mi motivo para caerte del cielo es este: Me he enterado que estarás en nuestro país la primavera próxima...

[Así que todos estaban informados, ¿eh?]

»¡Por Dios, Sabatini, [Famoso escritor de novelas históricas], tienes que estar en Nueva Orleáns antes del primero de mayo a más tardar! Algo le ocurre a la Doncella de Hielo, a nuestra mismísima Serena. Podría haber dicho que algo me ocurre a mí, sólo que soy un tipo tan sobrio y siempre tan firme que nadie creería que tengo nervios. No me preguntes de qué asunto se trata; es todo demasiado indefinido. ¡Simplemente ven aquí!

»Puede ser que no encuentres a tu tío Gilbert; hay un gran acontecimiento político en Bâton Rouge por esos días. Aunque él odia la política, o dice que la odia, te juro que le están preparando para que se convierta en el Senador Bethune o en el Gobernador Bethune. Puedes quedarte a vivir con nosotros ¿no?, Jeff, esto es tan infernalmente importante...».

Ya tenía decidido ir. Pero no se lo había dicho a nadie, excepto al señor Sewall de Keane & Sons. A Ira Rutledge le escribió con términos tan velados como los de ese sabio brahmán, diciéndole que esperaba estar presente pero que no le prometía nada. A Dave Hobart igualmente le escribió sin comprometerse. Al tío Gilbert, a quien esperaba sorprender, no le escribió. Si ocurría que el tío Gilbert estaba ausente, tampoco se quedaría en la Mansión Delys ni molestaría al viejo Melchior invadiendo el apartamento de su tío; se alojaría en un hotel.

Terminó *Hasta que lleguen las grandes armadas*, de la que mandó sacar tres copias. En Cherburgo cogió su buque favorito, el *Aquitania*, que le dejó en Nueva York justo antes de que mediara el mes de abril.

En Nueva York, donde Henry Sewall le agasajó con una comida y el gerente le llevó a un bar clandestino, la prohibición no era ridiculizada sino simplemente ignorada. En los bares clandestinos, los clientes bebían prácticamente de todo. En privado bebían ginebra falsificada, compuesta de alcohol, agua y bayas de enebro, que diluían con Hoffman's Palé Dry o Hoffman's Lime Dry para quitarle el mal sabor. Jeff, a quien le gustaba la cerveza y el vino, aprendió en una sesión a cuidarse de esa ginebra.

El Domingo de Pascua caía en el 17 de abril. Aunque nativo de Nueva Orleáns, Jeff Caldwell nunca había visto mucho el río. La compañía Grand Bayou le llevó desde Cincinnati a Nueva Orleáns en cinco días. El día 16 tomó un tren nocturno a Cincinnati, pasó el Domingo de Pascua en el Queen City y esa noche en el Netherland Plaza Hotel.

La mañana siguiente se presentó fresca, aunque sin el frío suficiente como para

ponerse un abrigo. Después de hacer su reserva de pasaje de ida en la oficina de la Grand Bayou, Jeff se embarcó en el gran vapor de rueda en la popa: cuatro cubiertas de blanco-brillante contra el agua gris pizarra, bajo la cabina blanca del piloto y la negra chimenea.

Se acomodó en su camarote y comenzó a abrir las maletas. Poco antes de la hora de partida, entre una baraúnda de otros pasajeros cargados con sus pertenencias, bajó hasta la ornamentada sala delantera de la cubierta de camarotes de lujo. Y a esa misma sala entró también Serena Hobart.

La actitud de Serena decía: «Acépteme como soy, por favor, o no me moleste». Decididamente atlética, y decididamente con mucha personalidad, tenía, sin embargo, un encanto difícil de resistir. El bruñido cabello rubio miel enmarcaba un rostro bonito que casi parecía demasiado fino, a pesar de su firme mandíbula. Llevaba un *batik* [Tela estampada, en cierto estilo oriental], de acuerdo con la moda, su falda hasta la rodilla, y un bolso de cocodrilo.

—¡Ho--la, Jeff! —le saludó con una cortesía que no llegaba a ser cordial. Pero no parecía estar tranquila—. Cuánto tiempo, ¿no? ¡Ahora no digas que estás sorprendido de encontrarme haciendo el viaje por barco!

—No iba a decir eso. Me alegro de verte, Serena.

—Realmente, ¿por qué no iba a volver de esta manera? A decir verdad, ¿por qué no podemos hacerlo cualquiera de los dos?

—No hay ninguna razón, claro. Lamento lo de tu padre.

—Todos lo lamentamos. Pero es un hecho de la naturaleza; no se puede alterar; no nos pongamos sensibleros ni triviales. En fin, ¿por qué tanta prisa por volver a casa? No hay prisa hasta...

Se detuvo.

—¿Hasta cuándo?

—¡Oh, sólo «hasta»! Quiero decir, hasta el momento que uno elija.

—Serena, ¿qué ha estado ocurriendo en Nueva Orleáns?

—No demasiado, como no tardarás en comprobar.

—Bien, y ¿cómo está Dave?

—Más o menos como siempre. ¡Pobre Dave! Es mi hermano y le quiero, pero piensa muy poco y habla demasiado. En cuanto a lo que estoy haciendo aquí — continuó con súbito apuro—, vengo de visitar a una amiga. Jeff, ¿te acuerdas de Helen Farnsworth, de los viejos tiempos? No; creo que ella vino después de irte tú. De todos modos, se llama ahora Helen Westerby; se casó con alguien que no conoces. Lo que me hace recordar...

A su lado se asomaba ahora un joven alto, vacilante, de pelo amarillo rojizo, con un traje castaño, pantalón de golf y calcetines de dibujos en rombos. Serena tocó la manga del recién llegado con la mano izquierda y elevó sus cándidos ojos azules.

—Hablando de personas que no conoces, Jeff. Mejor haré lo que corresponde. — Hizo balancear su bolso—. Charles Saylor, Jeff Caldwell.

—¡Mucho gusto, señor Caldwell! —dijo el joven voluminoso estrechándole la mano con entusiasmo—. Como ve, señor Caldwell...

—Vamos a ver —apreció Serena con respecto a ambos—, ¿no será mejor que empecéis por tutearos? En estas circunstancias...

—He oído hablar de ti, Jeff, aunque no esperaba conocerte tan pronto. Como ves, soy...

Y entonces fue él quien se detuvo.

—Sí, señor Saylor, ¿o Charles? ¿Todo el mundo tiene que hacer observaciones enigmáticas?

—No hay nada enigmático en esto; luego te lo diré. No puedo afirmar que estoy muy familiarizado con esta parte del mundo, ni con Nueva Orleans tampoco; mi reducto es Filadelfia. ¡No importa! Estaremos en camino en un minuto o dos. Y luego el almuerzo. ¡Y entonces...!

El gesto de Saylor parecía conjurar inimaginables alegrías.

Efectivamente, se pusieron en camino poco después, tras algo así como un ademán desde la casilla, del piloto, y en seguida se dirigieron a su excelente almuerzo servido en un salón blanco y dorado que llevaba el nombre de Sala Plantación. Cada mesa había sido preparada para cuatro. Serena tomó posesión de una de esas mesas, actuando graciosamente como dueña de casa.

—Si alguien más trata de sentarse con nosotros —les ordenó—, despedidle sin más y decidle que está reservada. Yo sabía que Jeff estaba aquí; le vi llegar a bordo. Alguien más se unirá a nosotros, aunque no hoy. Y está todo arreglado; ya he hablado con el camarero.

Y continuó advirtiéndole:

—Ahora, Jeff —indicándole a los negros de chaqueta blanca que servían—, acuérdate de no llamar camareros a los mozos. Hay solamente un camarero: un oficial; él está al cargo de los mozos, cargadores, botones, sirvientas, y demás. En el río no empleamos los mismos términos que en el mar, sabes...

—Ya lo sé, Serena. También yo soy de Nueva Orleans.

Pero de nada se enteró, ni entonces ni esa noche en la cena. En cuanto llegaba a insinuar en su mente ciertas preguntas, Serena cambiaba de tema, o le salía al paso con alguna observación destinada a mostrar que él debía ser un mal educado Paul Pry [Personaje de una comedia de John Poole, que se distingue por hacer infinidad de preguntas]. Charles Saylor, a quien luego le dijeron que debía llamar Chuck, parecía haber adoptado tácticas muy similares.

Después de cenar, jugaron desganadamente una partida de brigde a tres manos en la sala situada detrás de las cabinas. En cierta ocasión un hombre corpulento de rostro

colorado y aspecto afable, con cuatro barras doradas alrededor de la bocamanga de su uniforme, cruzó a grandes zancadas la sala y saludó a Serena al pasar, pero no se detuvo. Por fin, Chuck Saylor, como si se hiciera cargo de todo, dijo en tono agorero: «Seguidme».

Les condujo a un camarote doble de la misma cubierta (todos los camarotes eran dobles), que compartía con algún pasajero que en el momento no estaba visible. Allí extrajo un litro de un líquido incoloro que se denominaba Gordon's Dry Gin, junto con una botella de «ginger ale» más convencional que las que se vendían con la marca de Hoffman en Nueva York. Salió a buscar hielo y vasos, que trajo prontamente.

El ambiente del cuarto se espesó con el humo de cigarrillos. Serena y su anfitrión bebieron dos veces cada uno. Jeff, después de terminar valientemente su primer vaso de lo que sólo podía ser la variedad Filadelfia de una bebida familiar, se negó a tomar el segundo. Serena ya había rechazado el tercero.

Y Jeff seguía sin averiguar nada. Una vez Serena, abstraída, Murmuró un nombre que sonaba algo así como «viejo Merriman». Como Dave le había llamado ya en su carta Sabatini, presumiblemente Rafael Sabatini, se preguntó si Serena, con gracia igualmente pesada, quería decir algo con respecto al seudónimo de quien había escrito novelas históricas bajo el nombre de Henry Seton Merriman.

Pero no siguió con este tema. Cualquiera cosa que dijeran, o evitaran decir, persistía y aumentaba la sensación de tirantez. A las once y media les dejó.

Subió a su cuarto, se puso la ropa de dormir, y se sentó a leer. Un amigo de Inglaterra le había enviado encuadernadas las pruebas de imprenta de un libro, esperado ansiosamente por Jeff, pero no publicado aún, que había llegado a su hotel de Nueva York el sábado. También tenía el último número de *American Mercury*. Pero esta noche hasta su novela policíaca favorita le resultaba insulsa. No podía siquiera mirar al *Mercury*.

Poco antes de medianoche se acostó. Una hora después, despierto aún como en el primer momento, se dio por vencido y salió a cubierta.

Y así estaba, en la brisa nocturna del ancho Ohio, en lo que Serena hubiera protestado de oír llamar cubierta de estribor. No había ningún ruido de máquinas, apenas una vibración; sólo el agua batiendo y chapoteando bajo la gran rueda de popa. Si por algún motivo Serena debía ser reservada o enigmática, ¿qué era lo que él sabía hasta ese momento?

Relativamente poco. Todo parecía girar en torno a la muerte de Harald Hobart, hacia fines de febrero. El difunto Harald había tenido siempre fama de ser algo excéntrico, aunque no tan románticamente excéntrico como el viejo comodoro Fitzhugh, quien, pagando generosamente para volver a colocar ladrillo sobre ladrillo, había importado su mansión del otro lado del océano. Él Comodoro Hobart... esa

leyenda de un tesoro escondido...

Jeff tiró su cigarrillo por la borda y se volvió súbitamente, mirando con fijeza las sombras del lado de popa. Allí no había nadie, por supuesto; no podía haber nadie. Sin embargo, la sensación de que alguien estaba de pie en ese sitio y le vigilaba, con los ojos fijos en su nuca...

Uno podía imaginarse cualquier cosa en estas horas soñolientas de la madrugada. Volvió a su camarote y cerró la puerta. El sueño todavía parecía imposible. Al tomar de nuevo las pruebas de imprenta encuadernadas, no fue su imaginación la que le hizo oír pasos que se aproximaban fuera en la cubierta, y que alguien golpeaba suave pero insistentemente a su puerta.

—¿Sí? —casi gritó Jeff—. ¡Entre!

Quien abrió la puerta fue David Hobart.

Dave, el miembro «artista» de la familia, iba en pijama, zapatillas y una bata negra con dibujos de dragones plateados. De mediana altura, delgado pero musculoso y viril, tenía el aspecto que habitualmente se asocia con las personas de piel oscura más que con las rubias. Un mechón de pelo rubio había caído sobre su frente, y se pasaba la mano por el mentón.

—Bueno... —comenzó.

—Hace un momento —dijo Jeff— me pareció oír a alguien rondando por ahí fuera. ¿Eras tú?

—¿Qué significa «rondando por ahí fuera»? Acabo de subir de la cubierta Texas, eso es todo. Tengo algunas cosas que decirte.

—¡Muchas gracias por el alivio! ¡Voy a conseguir que me den hechos concretos! —fue el voto de Jeff—, aunque tenga que usar la tortura del potro. ¿Qué es lo que pasa, Dave? ¿Qué es lo que anda mal?

Dave titubeó.

—Hay toda clase de problemas, me parece —contestó—. Puede ser que la Mansión Delys no sea realmente la Mansión de la muerte. Pero dentro de pocos días va a estallar un volcán. Eso es lo que he venido a decirte.

— ¡Un minuto, Dave!
— ¿Qué?

— En nuestra mesa del comedor hay un asiento reservado para alguien que se supone alcanzará el barco más adelante. ¿Se trata de ti?

— ¡No, por Dios! Además, yo ya estoy a bordo.

— Ya lo veo, pero Serena dijo...

— ¿Serena? — Dave abrió grandes los ojos—. ¿Me vas a decir que ella también está aquí?

— Te lo estoy diciendo.

— ¿Qué está haciendo *ella* en el norte?

— Visitando a una amiga de Nueva Orleans cuyo nombre de soltera era Helen Farnsworth. Su apellido de casada... es...

— ¿Westerby? ¿Helen Westerby?

— Eso es. Serena dijo...

— Es raro, es el colmo de la rareza. Mira, no digo que mienta descaradamente; no digo eso ni mucho menos; pero es raro. Sin embargo, a Serena le gusta hacerse la misteriosa simplemente por el gusto de serlo. ¿Viaja sola, como yo?

— No exactamente sola. Viaja con, o por lo menos en la compañía de, un personaje que se llama Charles o Chuck Saylor, S-a-y-l-o-r, de Filadelfia.

— No le conozco. ¿Quién es? ¿Qué hace?

— Eso es lo que no he logrado averiguar, aunque Serena dice que por algún motivo Saylor y yo debemos estar en *rapport*. Entre ellos tienen la habilidad de torcerle el sentido a cualquier pregunta; es como tirarle estocadas a un esgrimista. ¿Vas a hacerme lo mismo?

— ¡No, jamás en la vida! Yo estoy aquí para informar.

— Entonces ya puedes empezar. Si no sabías que Serena estaba a bordo, ¿sabe ella que estás tú?

— No lo creo; he tenido muy buen cuidado para que no pueda saberlo. Escucha, Jeff. Yo confío en ti; siempre he confiado en ti. Cuando te he visto subir a bordo esta mañana...

— Parece haber cierta falta de confianza mutua entre los Hobart. Dices que confías en mí. ¿Significa eso que no confías en tu propia hermana?

Dave levantó la mano como si fuera a hacer un juramento.

— ¡Muchacho, por supuesto que confío en ella! Serena también está en esto, suceda lo que suceda. Mira: estuve haciendo una pequeña misión por el bien de la

familia. Por el momento podría decir que soy una especie de polizón, un polizón que ha pagado su pasaje.

—¿Un polizón que ha pagado su pasaje?

—Te lo explicaré —dijo Dave con gran nerviosismo—. Estoy en el 240, debajo, en la Texas, directamente debajo de éste; tomé el camarote completo, como parece haberlo hecho tú. Me metí a bordo por la mañana temprano, antes de la hora en que habitualmente permiten entrar a los pasajeros; he estado como escondido allí. Pero lo arreglé todo con el capitán Josh.

—¿Con quién?

—El capitán Joshua Galway. Siempre le llamamos capitán Josh. Los Galway son propietarios de la Línea Grand Bayou, y han estado navegando por el río durante generaciones.

—Ese capitán Josh, ¿es un hombre robusto, de cara colorada, con una gran sonrisa?

—Sí. Le he hecho jurar que mantendría en total secreto mi presencia.

—¿Y aceptó?

—Bueno, me dio un buen sermón; dijo que tendría que sobornar por mi cuenta a la tripulación si quería que me trajeran la comida en privado. Pero es un tipo estupendo, y un viejo amigo de la familia, así que...

Jeff miró a su acompañante.

—¿Utilizas también un nombre supuesto? ¡Dave, por Dios! Meterse furtivamente a bordo... Escondarse... Mantenerse de incógnito secreto... comer en privado... ¿A qué tanto misterio?

—Ahora que lo pienso —Dave exhaló un profundo suspiro—, no hay motivo alguno. Revelaremos mi presencia mañana por la mañana. Mientras tanto, déjame repetirte que tengo cosas que contarte. Y esto merece un trago en honor a tu regreso. Es algo tarde, pero eso no importa. Ven conmigo abajo a mi camarote, y descorcharemos una botella.

—Si es ginebra falsificada...

—Nada de ginebra. Es *whisky* escocés, importado. Puede que lo hayan rebajado, pero por lo menos se puede tomar. Y ya tengo los ingredientes. ¡No discutas ahora; ven conmigo, y verás!

Dejaron la cubierta, con sus batas flameando en la brisa, y bajaron la escalera exterior por el lado de estribor.

El camarote 240, algo más pequeño que el de arriba, era igualmente cómodo. Todas las luces habían quedado encendidas en él; a plena luz, Dave Hobart se veía macilento, hasta algo enfermo. Sobre la mesita de noche había dos vasos, junto con un recipiente lleno de cubos de hielo que se estaban derritiendo.

Dave extrajo una botella de medio litro, escanció porciones generosas sobre el

hielo y agregó agua del grifo. Si el resultado no estaba a la altura de la etiqueta, por lo menos se aproximaba bastante. Ambos encendieron cigarrillos, y cada uno ocupó un sillón.

—Jeff —comenzó Dave con la misma intensidad de antes—, ¿qué sabes de la historia de mi familia?

—No mucho. La he oído en líneas generales, pero con muy pocos detalles.

—Es lo que yo me figuraba. Algunos podrían imaginarse que tú, tan aficionado a la historia, habrías investigado una leyenda borrascosa tan próxima a tu casa.

—No la he investigado, supongo, precisamente porque está tan cerca de casa.

—Es cierto. Pero es muy importante que escuches los detalles, o por lo menos los detalles que ahora se conocen. Tengo que llevarte a un pasado muy remoto, casi a tres cuartos de siglo más atrás, hasta 1860. Ese es el año en el que nació mi padre, y mi abuela murió en el alumbramiento. Mi abuelo, a quien por lo común llamaban el Comodoro Hobart, de la Armada de los Estados Confederados, como lo fue luego...

—¿Quieres decir que todavía no era de la Armada de los Estados Confederados, porque esa marina en sí misma aún no existía?

—¡Exacto! —Dave bebió, dejó su vaso sobre la mesa, y señaló con el cigarrillo—. Fitzhugh Hobart nació el 31 de octubre de 1827, y murió a fines de 1903, recién cumplidos los setenta y seis; yo apenas puedo recordarlo.

»La mayoría de la gente le considera un esforzado capitán del barco expedicionario *Louisiana*, o el barbado patriarca que muestra su retrato. En el verano de 1860 era un hombre de treinta y dos años, y hacía diez meses que se había casado con Ingrid De Meza, de Dinamarca, y aunque interesado hasta la locura por la navegación, solamente había llegado a ser comodoro del Delta Yacht Club. Pero ese verano, sin haberse enterado del nacimiento de su hijo, ni de la muerte de su mujer, uno de los más grandes románticos del mundo se había lanzado tras un romántico sueño. Con su propia goleta fue a buscar un tesoro hundido en las Bahamas.

—Ahí está lo interesante, Dave. ¿Encontró algún tesoro?

—Lo encontró; no hay duda sobre eso.

En esto, Dave se puso de pie de un salto.

—Tú me conoces, Jeff; soy un tipo bastante inútil. En mi primera juventud pensé que quería escribir, como tú. Tú cumpliste lo que decías; en cuanto a mí, yo sabía que nunca lo iba a hacer. Pero en este asunto de familia realmente yo he hecho algo: reuní todos los datos, con tanto cuidado y tan concienzudamente como si pudiera extraer algún sentido de ellos, cosa que no he logrado.

»Allá por el siglo diecisiete —continuó—, quince galeones españoles cargados de tesoros, de regreso a Cádiz desde Sudamérica, zozobraron y se hundieron en medio de una tormenta, cerca de los Ambrogian Reefs, en el extremo de las Bahamas, en aguas británicas. Su cargamento consistía principalmente en oro en barras además de

dinero acuñado y joyas. Un aventurero inglés había recobrado parte de este botín, aunque muy poco en proporción a su valor total; mi abuelo extrajo algo más. Pero el mayor volumen de ese tesoro, que se estima en el valor de unos diecisiete millones de dólares, nunca fue encontrado y allí se encuentra hasta hoy. ¿Me sigues?

—De cerca.

—El viejo Fitzhugh era un demonio en cuanto a ingenio; toda su carrera lo prueba. Tal vez nosotros creamos que las expediciones submarinas del siglo diecinueve fueran ensayos rudimentarios y a medio cocinar. Es un error. Julio Verne pudo escribir *Veinte mil leguas de viaje submarino* en 1870. Si estudias el asunto, comprobarás que hace más de sesenta años su equipo de bucear (traje de lona engomada, casco de metal, con aire bombeado desde arriba por un tubo), solamente era una versión algo menos complicada del que tenemos hoy.

»Y los aventureros de aquellos tiempos tenían un estilo muy piratesco. Si mi querido abuelo hubiera informado sobre su descubrimiento a las autoridades británicas, habría necesitado suerte para llegar a conservar una parte considerable de lo recobrado. Pero nunca les dijo nada; y nunca tuvo la intención de hacerlo. Entró y salió tan sigilosamente, tan secretamente, que jamás supieron siquiera que había estado buscando un tesoro y menos aún que lo hubiera encontrado. De modo que él y su tripulación pusieron rumbo a casa triunfantes con el botín.

»Sabemos qué hizo. El metálico... el oro acuñado, quiero decir...

—Sé qué es lo que se llama metálico. ¿Y bien?

Dave adoptó un aire pensativo.

—Vendió el metálico y las joyas por lo que pudo conseguir. El oro lo escondió; y lo hizo con tanta habilidad que nadie ha podido ponerle la mano encima jamás. Dónde escondió tanto oro, cómo *pudo* haberlo escondido para que no se descubriera, son cuestiones que han desconcertado a mentes más perspicaces que la mía. Viejo amigo, esto es todo lo que sabemos actualmente.

—Muy bien, pero ¿cómo lo hemos averiguado?

—Por notas que dejó el comodoro —dijo Dave, comenzando a pasearse por el camarote—, y por lo que él le dijo a mi padre. Existen claves en el problema que no necesito explicar ahora, para quienes intenten buscarle la solución. Y el cuento tiene dos partes, como verás. En este punto se bifurcan momentáneamente para después unirse otra vez.

»En aquellos días la familia tenía una cantidad muy grande de negocios. No es que le interesaran mucho a Fitzhugh, que odiaba los negocios y decía que él no podía molestarse en atenderlos. Aun así, le fue bastante bien. Entre los negocios se encontraba una gran plantación azucarera a unos veinticinco o veintiséis kilómetros río arriba. ¿Habrás oído, verdad, que estamos lejanamente emparentados con la familia anglonormanda Delys?

—Sí, creo que lo he oído en alguna parte.

—¡Nada de sarcasmos, muchacho! El mismo Fitzhugh compró esa plantación, también bajo cuerda, antes de salir en busca del tesoro. Pero tampoco podía molestarse en cultivar azúcar. Hacia el fin de la década de 1850 había emigrado de Inglaterra, con su esposa y un hijo menor indigente del clan Delys. Fitzhugh los estableció como patrones de Faracres, la plantación, en una gran casa de columnas, que ahora está derruida. Aunque mi abuelo era propietario de esa tierra, y siguió siéndolo, dejó que todos pensaran que el verdadero dueño era Arthur Delys.

»Luego vino la Gran Desavenencia de 1861 a 1865» [Dave llama así *Unpleasantness* (pelea de familia) a la guerra de Secesión en Estados Unidos].

»Es importante mencionar que en ese momento Fitzhugh Hobart, pronto convertido en el Capitán Hobart, y luego en el Comodoro Hobart, tenía dos grandes amigos. Uno siguió siéndolo, el otro no. El primero de ellos, el que continuó en su amistad, fue tu abuelo, de quien recibiste el mismo nombre: el coronel Jeffrey Caldwell del 4º regimiento de Louisiana.

Dave detuvo su ir y venir.

—¡Déjame pensar, ahora, Jeff! ¿No estuviste tú en el servicio también en infantería durante la pasada Gran Guerra?

—Estar en el servicio es mucho decir; jamás me encontré cerca del frente. Terminé siendo teniente segundo en el regimiento 18º de Connecticut.

Dave se enderezó.

—Tuve una muy ligera afección cardíaca —manifestó—, cosa que me impidió entrar en la marina... No viene al caso; volvamos a los fantasmas. El otro camarada de Fitzhugh, que no seguiría siendo su camarada por mucho tiempo, era un genio de las finanzas llamado Bernard Dinsmore, unos siete u ocho años mayor que él.

»El problema entre ellos se declaró aún antes de las hostilidades. Fitzhugh le llamó maldito traidor amante de los yanquis, y le dijo que se fuera al Norte con sus condenados amigos.

»Fitzhugh nunca le perdonó. Mi padre, que entonces era sólo un niño, se ocupó después de investigar la querrela. Mi padre siempre dijo que el acusado había sido juzgado muy mal, y que se debía hacer una reparación. Bernard Dinsmore, aunque era un hábil hombre de negocios, simplemente quería que el Sur no entrara en guerra. Pero se vio en tal remolino que tuvo que irse al Norte. Si bien no se unió realmente a los yanquis de modo activo, hizo allá una fortuna. El único pariente de Bernard que vive aún es su nieto, que debe ser bastante mayor que nosotros: Horace Dinsmore, un clérigo de Boston, piadosísimo y de rostro adusto.

Dave se había puesto a pasear otra vez por el cuarto.

—Pronto verás, Jeff, de qué modo nos afecta esto en la actualidad: Se desató la tormenta de la guerra, que arruinó a tantos Confederados, pero que no hizo mella en

los Hobart. Ya se han olvidado amarguras, aunque haya uno o dos que aún murmuran por lo que le hicieron a Georgia en el 64. [Las tropas del Norte lo arrasaron todo en su avance]. En Nueva Orleáns los estuvimos molestando desde 1862 hasta que echaron al último polícastro norteno^[4] en 1877.

»Una vez estuvo en peligro el destino de los Hobart cuando *Cucharas* Butler, el comandante Federal, quería apoderarse de esa casa de la plantación, río arriba. No sé decirte por qué querían una casa tan lejos de la ciudad, pero *Cucharas* quería cualquier cosa que se pudiera arramblar, incluyendo los cubiertos de plata. ¡Si hubieran sabido que la propiedad pertenecía a Fitzhugh, que había mandado al infierno a tantos barcos de la Unión...! Pero Arthur Delys juró que Faracres era suyo, y es posible que para aquel entonces Arthur realmente lo creyera.

»“Soy súbdito británico”, decía, y era verdad. “A menos que no le importe provocar un incidente internacional, señor, mantenga sus manos fuera de mi propiedad”. *Cucharas* lo pensó mejor.

»Y entonces, en seguida, el comodoro Hobart regresó. No volvió a Faracres, donde había vivido con mi abuela; probablemente temía que algún polícastro se apoderara del lugar. Jeff, ¿por qué pensamos que esos hombres barbudos no podían tener sentimientos? Nunca se volvió a casar, siempre adoró la memoria de su mujer. Su hijo, a quien llamó Harald en memoria de ella, fue criado por una ama hasta que tuvo edad suficiente para internarlo en una escuela. Fitzhugh alquiló habitaciones amuebladas en el distrito de Garden, que fueron su hogar por muchos años.

»Arthur Delys y su esposa murieron en una epidemia de fiebre a fines de la década de 1870. Con la ida del último polícastro norteno, mi abuelo vendió Faracres, reinvertiendo en forma segura sus grandes ganancias. En la primavera de 1882, con sus maduros cincuenta y cuatro años, partió al extranjero: fue a Inglaterra, donde había pasado su luna de miel. En parte era un peregrinaje sentimental, y en parte era una visita al jefe de la familia Delys en la Mansión Delys, de Delys, Lincolnshire.

»Allí se erguía, entre los pantanos: un edificio solariego estilo Tudor del siglo XVI, de ladrillo oscuro, con muchas ventanas; la fecha 1560 estaba grabada en la piedra sobre la puerta principal. Pero los parientes Delys del viejo, antes tan ricos, atravesaban malos tiempos; querían vender. Y Fitzhugh concibió otro sueño romántico.

»Él ya había comprado esa fracción grande, fuera de Nueva Orleáns, río arriba pero bastante cerca de la ciudad, con la intención de construir allí una casa para su vejez. Entonces haría algo mejor. Compraría la Mansión Delys y la mandaría desmontar para transportarla y hacerla construir de nuevo junto al Mississippi.

»Y eso es lo que hizo. Aparte de la luz de gas para su iluminación moderna (la gente ya hablaba de luz eléctrica, pero todavía no la tenían), y unas pocas mejoras

más, como baños actualizados, no hubo alteraciones en su historia de más de tres siglos. Allí se alza ahora, con sus ventanas y altas chimeneas y demás, como la habrás visto mil veces en el pasado.

Jeff, que había estado fumando un cigarrillo tras otro, aplastó el último.

—No me gusta interrumpirte, Dave...

—Entonces ¿por qué interrumpes?

—¡Porque no entiendo!

—Por amor de Dios, ¿qué es lo que no entiendes?

Jeff se puso de pie y se encaró con él.

—Esta historia de familia es fascinante; al menos lo es para alguien de mi mentalidad. Pero ¿qué tiene que ver con la situación actual?

—¿Eh?

—Dave, tienes los nervios de punta; has estado actuando como un criminal perseguido. Dices que hay toda clase de problemas, y que muy pronto estallará algo malo o peligroso. ¿Qué relación tiene la historia del comedor, o la de tu padre, con esos problemas que ahora te amenazan?

—¡Todo! ¿No lo ves?

—No. Y eso no es todo.

—Si al menos te callaras y me dejaras llegar al fondo del asunto —dijo Dave quisquillosamente— quizás lo *verías*. Todavía tienes reservas; ¡muy bien! Si te prometo probar que no exagero, ¿puedo tomarme la libertad de decir lo que quiero?

—Por supuesto. Yo no pretendo...

Dave hizo un gesto magnánimo.

—Si bien es cierto que mi padre tuvo poco que ver con esto, es mejor que lo incluya. Andaba por los veinte años cuando trasplantaron la Mansión, y observó cómo los obreros hicieron esas pocas alteraciones bajo la dirección del comedor. Mi padre estudió ingeniería en el Instituto de Massachusetts, pero no terminó la carrera. Lo que hizo principalmente fue ayudar en los asuntos de finanzas hasta la muerte del comedor, y más tarde los manejó totalmente.

»Cuatro años después de estirar el viejo la pata, tanto mi padre como mi madre pensaban que debían hacer reparaciones en la estructura de la Mansión. Recuerda que el clima húmedo puede ser perjudicial para los antiquísimos ladrillos y la madera. Pero el arquitecto que consultaron les dijo que no serían necesarias: cualquier cosa que pudiera soportar la región de los pantanos ingleses, podía soportar el clima de Louisiana. No hicieron cambios, salvo la instalación de la luz eléctrica, y el arquitecto vigiló esos trabajos.

—¿También esto tiene algo que ver?

—Mucho. No olvides el tesoro escondido del viejo Fitzhugh.

Dave corrió hacia la puerta que daba a la cubierta Texas. Abrió la puerta,

inspeccionó el exterior, luego la cerró con suavidad y volvió.

—Ese edificio nunca pareció incongruente en la nueva heredad, como podría haber parecido. Tiene aspecto antiguo; es antiguo; estaba predestinado a recoger leyendas. Desde que el comodoro hizo su trabajo de trasplante, qué terminó en 1883, hubo un rumor persistente, que tú habrás oído, como muchos otros. La Mansión Delys, murmuraban, contiene una habitación secreta, una habitación escondida, y allí es donde mi abuelo puso su oro español. ¿No hay un cuento parecido sobre cierto edificio de Escocia?

—Sí, sobre el Castillo de Glamis. Pero el Castillo de Glamis es un edificio enorme en que se puede ocultar casi cualquier cosa. La Mansión es grande, lo admito, pero...

—No hace falta que discutas, Jeff; estoy de acuerdo. Otro cuento dice que no existe un «cuarto» en el sentido técnico, sino que el oro fue ocultado entre dos paredes.

—¡Un momento! El comodoro encontró el oro, me dijiste, más de dos décadas antes de poner sus ojos en la Mansión Delys. Si insistió en esconderlo en un lugar u otro, ¿dónde lo escondió durante esos veintidós años?

—No lo sé, y no me importa. Nuestro tema es la Mansión; mantengámonos en él. Bien, No hay oro escondido entre ninguna de las paredes; yo puedo atestiguar eso.

—¿En qué forma?

La excitación de Dave había aumentado, junto con su nerviosismo.

—Los obreros —replicó— abrieron las paredes cuando instalaron la electricidad y el teléfono. Y aquel arquitecto tenía bastante interés en las leyendas como para inspeccionarlo todo. Yo solamente tenía doce años entonces; Serena tenía menos. Ni mi padre ni el arquitecto me querían decir qué andaban murmurando constantemente. Pero los chicos tienen las orejas y los ojos grandes; desde entonces he verificado lo que pensaba. Y no necesitas, creer en mi palabra al respecto. El arquitecto en cuestión todavía está vivo; ¿por qué no preguntarle? No había nada entre las paredes. Y sin embargo —Dave miró en la dirección que señalaba su índice—, ¡el maldito oro debe estar en alguna parte de la casa!

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. El comodoro dejó unas notas en un gran libro mayor que llamaba su cuaderno de bitácora, como te decía. Está ahora disponible para inspeccionarlo. También le habló a mi padre, y él me lo contó a mí mucho después.

—Oro en lingotes era, ¿no? ¿Qué cantidad de oro?

—El peso aproximado se encuentra en estas notas. Yo pregunté a un amigo mío del Planters & Southern Bank, como una curiosidad hipotética acerca de la reserva de oro en Estados Unidos, cuál sería el valor de ese peso en lingotes. Resulta poco menos de trescientos mil dólares.

—¿A tanto asciende ese oro?

—A tanto asciende; ¡sin bromas! «Está aquí», le dijo una vez a mi padre el viejo, refiriéndose a nuestra casa. «No está enterrado: en cierto modo ni siquiera está cubierto. Está a la vista, si es que sabes verlo».

—¿No dijo: «Si es que sabes *dónde* mirar»? ¿Dijo: «Si es que sabes *verlo*»?

—Son sus propias palabras. Es descabellado, ¿no?

—Es más que descabellado; ¡es antinatural!

Jeff le miró fijamente.

—Dave, ¿comprendes a tu abuelo? Podríamos reconciliar lo empecinado con lo sentimental: eso parece haber caracterizado a su generación. Pero les dejó a tus padres una fortuna, ¿no? Si guardó otra fortuna en cierto lugar oculto que no es un lugar oculto, ¿por qué lo mantuvo tan en secreto? ¿Por qué no se lo dijo?

Dave paseó fanfarroneando un poco, con los pulgares enganchados en las solapas de su bata.

—A mi modo de ver, al pícaro viejo del diablo le divirtió brindarles ese desafío.

—¿Y si suponemos que ha estado engañando a todo el mundo?

—No, Jeff; el abuelo no mentía. Todos dicen que nunca mintió, aunque le encantaba decir cosas intrigantes, dentro de la verdad, como uno de esos cuentos de misterio en que se juega limpio. Tú acostumbrabas leer muchos cuentos de misterio, ¿no?

—Y todavía los leo.

—Sí; también a mi padre le gustaban. El viejo comodoro habría sido un gran aficionado a esa clase de cuentos, si en su tiempo hubiera podido leer algún otro, aparte de Sherlock Holmes. Como sabes, él nunca pensó que nuestra familia necesitaría ese oro. Realmente no lo necesitamos, ahora, por supuesto, pero ¡qué triunfo sería si alguno pudiera descifrar este enigma!

—Ese no es el único enigma en este asunto, Dave, ni tampoco la conducta de tu abuelo. Tu propia conducta es tan extraña como la de él.

—¿*Mi* conducta?

—Sí, la tuya. Dices que explicarás la inquietud que tan a la vista te afecta, y que lo pondrás todo en claro. ¡Pero hasta ahora no has dicho una sola palabra que explique nada!

—Bah, no sé. Debe haber alguna razón, ¿no es verdad?, para que a la Mansión Delys la llamen la Mansión de la muerte...

Jeff, que se había sentado, se puso de pie de un salto.

—¡Ahora sí que te callas! Por mí cuenta lo que quieras, ¡pero no me vengas con esas cosas!

—¡Oh, Dios mío! ¿En qué estás pensando ahora?

—En lo que ya hace tiempo pensaba. Cierta libro sobre las grandes mansiones de

Inglaterra, Dave, dedica un capítulo entero a la Mansión Delys antes de que la trasplantaran. Como historiador aficionado de mala muerte, yo puedo decirte algo sobre ese edificio y sobre la familia Delys también.

—¿Qué?

—Tus parientes Delys, que construyeron su casa dos años después del advenimiento de la reina Isabel, eran de buena y antigua estirpe; También eran de linaje sobrio, nada espectacular: firmes protestantes de la Iglesia Anglicana de Enrique VIII. Evitaron las pendencias, religiosas o políticas antes, entonces y a partir de entonces. Por algún milagro hasta se las ingeniaron para mantenerse neutrales durante la guerra civil inglesa. Y sus vidas privadas fueron iguales en cuanto a falta de espectacularidad. Sin asesinatos, ni duelos, ni amores trágicos que llevaran al suicidio.

—Ahora es a *ti* a quien le toca explicar.

—La Mansión Delys fue llamada Mansión de la muerte en Inglaterra. Recibió ese nombre por un hábito natural de nuestra lengua corriente^[5], «Delys» instantáneamente sugerirá «deadly» a un sentido primitivo del humor inglés. No adquirió ese nombre por algo que hubiera ocurrido en ella, porque nunca ocurrió tal cosa. ¿Ha sido denominada fantasmal, siniestra o de mala reputación por alguna causa?

—Puede ser que en Inglaterra no. Pero...

—Bien —continuó Jeff—, ¿no sucede lo mismo en su historia de aquí? Ese edificio rezuma antigüedad, como tú has señalado...

—Rezuma escalofríos, digo yo. ¡Maldito sea este asunto, Jeff...!

—De todas maneras, ¿puedes indicar un solo aspecto siniestro? ¿Ocurrió algo violento allí alguna vez?

—¡Sí, una vez! —explotó Dave—. ¿Te olvidas de lo que ocurrió aquella noche de otoño de 1910, cuando tú y yo estábamos fuera de casa debido a nuestro primer curso de ingreso en la universidad?

—Si te refieres al amigo de la familia que se cayó por las escaleras abajo en el vestíbulo principal y se rompió el cuello, no es la clase de violencia que estamos comentando. Y casi no atrajo ninguna atención. Esa escalera es de roble macizo, pero los peldaños están gastados y tienden a ser resbaladizos. Un huésped que está borracho o siquiera descuidado...

—¡Estás completamente equivocado, hijo mío!

—¿Completamente equivocado?

Dave contó con los dedos.

—No puedes llamar a Thad Peters un amigo de la familia: tenía ciertos pequeños asuntos comerciales con mi padre. Nunca fue descuidado y no podía haber estado borracho; jamás bebía.

Thad Peters, en realidad, era un atleta de fama con un perfecto sentido del equilibrio. Como ves, Jeff...

Otra vez los ojos de Dave se desviaron hacia la puerta; de pronto se puso rígido. Se precipitó en dirección a ella y la abrió de par en par. Luego, dando un largo paso hacia afuera, se contuvo, giró hacia la izquierda y se quedó de pie mirando fijamente hacia la cubierta.

—¡Buen Dios! —murmuró.

Murmullos de la noche, ruidos del agua, nada más. Jeff, que un momento después siguió a Dave, también cruzó el umbral para ponerse a su lado.

Todas las luces altas, sobre la cubierta, habían sido apagadas, y Dave ya había cerrado las cortinillas de la ventana que daba al exterior. Sólo caía un resplandor, desde la puerta abierta, sobre las fregadas tablas del piso. Mirando hacia adelante, Jeff pudo ver, a unos veinte metros de ellos, la forma indefinida de una mujer que parecía estar apoyada con los codos sobre la barandilla, contemplando la difusa costa de Indiana.

Si Dave creyó haber oído a alguien afuera, pero que estuviera próximo, debió de haberse equivocado. La silueta se encontraba demasiado alejada para haber cubierto esa distancia en uno o dos segundos.

—¡Kate! —llamó Dave.

Al volverse la mujer, aún poco discernible, él levantó su dedo índice y lo curvó como llamándola. Evidentemente sin sorpresa, pero con una tosecita, sin embargo, ella se acercó con paso gracioso que no era del todo afectado.

La recién llegada emergió de la sombra con el aspecto de toda una belleza morena, de silueta bien desarrollada a pesar de la moda del momento, con un vestido blanco de falda brevísima, bajo un largo abrigo velludo, y el pelo confinado en su sombrero *cloche*. Si bien sus actitudes no se podrían llamar furtivas, su actitud era reservada. Los hermosos ojos castaños parecían estar al acecho. La mujer que Dave llamaba Kate podía tener unos treinta años.

—¡Dave Hobart, no me lo puedo creer! —dijo, con su voz gutural.

Extendió la mano, y Dave se la estrechó brevemente. No parecía demasiado cordial.

Kate ignoró esto. Su mirada, que combinaba lo espiritual con lo sensual, escudriñó el rostro de Dave. Dejó caer su mano sobre el hombro izquierdo de él y luego la dejó deslizarse hasta el pecho.

—Al pasar una vez, hoy, me pareció verte escondido ahí... realmente escondido, pobre muchacho... ¡como si no quisieras que te vieran! Tonta de mí ¿no?, tratándose de una pobre infeliz como yo. Pero...

—¿Escondiéndome? ¿Quién se esconde, por Dios? Estoy bien a la vista, como siempre. Y quiero presentarte a un viejo amigo mío, que también viaja hacia el mismo destino que nosotros en el muelle. Señora Keith, el señor Caldwell. Jeff, te presento a Kate.

—¡Tantísimo gusto, señor Caldwell! —canturreó la señora Keith—. He oído

mucho sobre usted, por supuesto. Usted es...

Su atención se desvió hacia Dave.

—¿El señor Caldwell es tu compañero de camarote?

—No; viajamos por separado. ¿Tienes tú alguien de compañía en el camarote, Kate?

—¡Dave, criatura, yo también estoy sola! En definitiva, ¿qué chica querría viajar con una vieja viuda como yo? ¿Regresa a la ciudad de sus padres, Jeff?

—Sólo por poco tiempo, creo —contestó Dave por él—. Sin embargo, creo que le podré persuadir para que se quede con nosotros en la Mansión.

—¡Pero qué maravilloso! O por lo menos confío en que lo sea. Él no se caerá por la escalera y se romperá el cuello, espero. ¡Oh, pobre de mí! —exclamó Kate—. Otra vez se me ha escapado. Qué charlatana soy; todos me dicen que tengo menos tacto que un granjero de Arkansas. No era mi intención mencionar eso, Dave, ¡y te juro que no lo volveré a hacer!

—Alguien lo va a mencionar, Kate, y quizás hable de eso largo y tendido.

—¡Bien, pero no yo! —le aseguró ella—. No conocía a ese pobre hombre que se mató. Y por supuesto, es algo que pasó hace mucho tiempo, cuando yo era sólo una niña. ¡Pero nunca olvidaré ese detalle de la bandeja y la gran jarra de plata!

La mirada de Jeff, entonces, se dirigió a Dave, quien evitó encontrar sus ojos. En cambio, Dave miró hacia el camarote, a espaldas de ellos. De cualquier modo que se sintiera, no olvidaba sus buenos modales.

—Pido disculpas por lo inapropiado de nuestras batas, Kate. Sin embargo, no hay motivo para quedarnos aquí de pie, ¿verdad? ¿Quieres tomar algo con nosotros?

Por un momento Kate Keith pareció estar muy perturbada.

—¡Me gustaría mucho, querido, bien lo sabes! Pero sólo estaba paseando para ver si me entraba sueño; basta por ahora. Así que prefiero no aceptar; ¡de verdad, es mejor que no acepte!

Después de retorcer por última vez un botón de la chaqueta del pijama de Dave, se apartó, sin quitarle el ojo de encima.

—Necesito más sueño que otras personas, a menos que encuentre algo mejor que me mantenga ocupada. ¡Buenas noches, buenas noches, buenas noches!

Y se fue taconeando por la cubierta Texas. Dave continuó observando la espalda en fuga de la viuda, flexible y *soignée*, que tan pocas dudas dejaba acerca de sus motivaciones. Jeff, volviéndose hacia el vano de la puerta, también se quedó observando hasta que la señora Keith, lo bastante lejos en su camino hacia proa como para hacerse invisible, abrió alguna puerta muy distante, detrás de la cual brilló una lámpara, y se deslizó hacia el interior.

—¿Cuál será ese camarote, Dave?

—No es ningún camarote: es una entrada a la sala Texas. Alguien ha dejado una

luz encendida. Bueno...

—«Pobrecita de mí» —remedó brutalmente—. «Pobrecita ésta, pobrecita aquélla». ¿Y qué con el pobre hijo de... que la escucha?

—Kate Keith —meditaba Jeff—. Tiene que haber otro apellido ¿no?

—Lo hay. Su nombre de soltera era Kettering, si es que te la puedes imaginar soltera en algún sentido.

—Tiene proyectos con respecto a ti, evidentemente.

—Kate tiene proyectos sobre cualquier varón que esté disponible en el momento. Puede ser que esté sola ahora, pero no lo estará por mucho tiempo. Hace este viaje con tanta regularidad como los tahúres del río lo hacían en tiempos de mi abuelo. ¡Maldita sea!

—Tranquilo, Dave. Es una mujer muy atractiva.

—Oh, Kate es atractiva. Tiene todas las habilidades convenientes, si pudiera quedarse callada. ¡Pero la variedad de cosas que quiere y con la frecuencia que las quiere...!

—¿Desde cuándo comenzaste tú a predicar sermones?

—No quiero hablar como un mojigato, cosa que no soy. No podría predicar sermones aunque lo quisiera. Hay una mujer en mi vida, como es lo usual. A muchos de nosotros no parece afectarle; a mí me afecta. Cuando pienso en algo que no debiera hacer...

—Eso no te impide hacer lo que no debieras; simplemente te impide disfrutarlo, ¿no?

—¡Mi maldita conciencia es más fuerte que yo! Sí, pienso en una chica ahora mismo. Pero, aunque tampoco debo hablar como Kate, no quiero hablar sobre eso.

—No importa —lo tranquilizó Jeff—. Este conocido de la familia, Thad Fulano...

—Thad Peters, de Danforth & Co., Bâton Rouge.

—Thad Peters, de Bâton Rouge, el que se cayó por la escalera y se rompió el cuello. ¿No te molesta hablarme de él?

—No; ¿hay algún motivo por él que pudiera molestarme?

—Esa es la cuestión, Dave. Como eso ocurrió hace diecisiete años, o casi diecisiete años, ¿por qué te afecta ahora?

—En términos generales, no. Por muchos años ni siquiera pensé en eso. Sin embargo, hace poco recordé ciertas circunstancias peculiares que no se conocieron en ese momento...

—¿Circunstancias peculiares? Nunca me las has contado.

—No, ¡claro que no! Se me dijo que tuviera la boca bien cerrada o perdería mi asignación mensual.

—En aquellos tiempos se nos hacía cerrar la boca sobre cualquier cosa. De todos modos, ¿qué es eso de una bandeja y una jarra de plata?

Dave, que parecía dispuesto a lanzarse en una prédica o por lo menos en una conferencia, hizo gestos elocuentes.

—Era una jarra de plata para agua, muy grande y trabajada, con su bandeja de plata. Siempre estaba en nuestro comedor, que todos llaman el refectorio, sobre el aparador. ¿Recuerdas esa jarra con su bandeja?

—Probablemente la vi, pero no le presté atención. Había un montón de cosas sobre el aparador. Ese es el problema, Dave. ¿Tiene algo de extraño que un huésped se caiga por esa escalera? El atlético señor Peters empieza a bajar (en plena oscuridad, si mi memoria no me falla), pierde pie...

—No, Jeff; de nuevo te equivocas. No bajaba, ¿sabes? *Había estado* abajo, y subía otra vez, cuando... ¿Quieres que te lo cuente?

—Estoy esperando que lo cuentes.

—Sucedió —comenzó Dave con voz de oráculo— en noviembre de 1910; no importa la fecha exacta. Yo estaba en el colegio; Serena había ido a visitar a tía Betty. Aparte de los sirvientes, no había nadie en casa sino Thad Peters y mis padres. Ah, y el viejo Ira Rutledge, que había pasado la noche, pero él no cuenta.

»A las dos de la mañana se oyó un estruendo metálico que despertó a todos. Toda la casa estaba a oscuras. Encontraron a Thad Peters, vestido con un jersey, pantalones deportivos de franela y zapatos de tenis, tendido al pie de la escalera principal con la nuca rota. Tenía una linterna en el bolsillo, pero no parecía que la hubiera utilizado. La jarra y la bandeja de plata, ambas bastantes pesadas, estaban a cierta distancia, donde las había dejado caer.

»Bien, ¿por qué? —insistió Dave, enderezándose—. Date cuenta de qué es lo que hizo y qué es lo que debió estar haciendo. Salió de su dormitorio de madrugada; bajó la escalera. ¿No te he dicho que la jarra y la bandeja se guardaban en el refectorio?; en ninguna otra parte. Por algún motivo desconocido, comenzó a subir, llevando una pesada jarra vacía con su bandeja, cuando perdió pie. Y todavía hay una interrogante sin respuesta: ¿por qué? Esos son los hechos reales, aunque no se publicaron en los diarios ni se revelaron en la indagatoria.

Jeff sintió que sus ideas eran un remolino.

—Hubo una investigación policial —dijo—, ¿y no se publicaron ni se revelaron las pruebas en la indagatoria?

—Para empezar, tanto el Fiscal de Distrito como el forense eran, amigos de la familia.

—Aun así, aunque ambos tuvieran favoritismos...

Apoyado en el tocador, Dave volvió a mirar en la dirección que señalaba su índice.

—Aunque pueda parecer increíble, no era cuestión de favoritismos ni trataban de ocultar nada. Todo el asunto fue manejado por un investigador muy hábil, el teniente

Trowbridge, que después tuvo renombre por cierto asunto en Bayou St. John. Ahora está retirado. En el caso de Thad Peters, que a todas luces era un accidente, el Fiscal de Distrito no pensó que fuera de ninguna utilidad darle mucha publicidad. Habían llegado a la peor *impasse* posible.

—¿Eh?

—Habían comprobado la verdad, pero la verdad no tenía sentido. Es como si algo, en aquellos escalones, hubiera agarrado a la víctima y la hubiera arrojado hacia abajo.

—Eso no vale —replicó Jeff—, y sabes que no vale.

—¡Pero...!

—No puedes sugerir que pudo actuar una fuerza o presencia malévolas en los peldaños... No creo en eso; tampoco lo crees tú. En verdad, Dave —y sostuvo la mirada de su amigo—, es algo distinto, ¿no es verdad? ¿Qué es lo que realmente te preocupa desde hace tanto tiempo?

—Es posible que haya algo. Pensé que te lo podía contar y sacármelo de dentro pero hay cuestiones que no son fáciles de enfocar. Si te lo cuento, tiene que ser por etapas cortas. ¡Dios sabe que tengo mis motivos! Luego, además, está Serena.

—¿Serena? ¿Qué pasa con ella?

—Te dije en mi carta, creo, que la Doncella de Hielo tenía *sus* momentos de meditación. Escúchame, Jeff. Si te cuento algo en estricta confianza, ¿no le dirás a Serena que lo sabes?

—No; respetaré tu confianza.

—Ella había ido a visitar a Helen Westerby, ¿eh? —preguntó Dave—. Helen *solía* vivir en las afueras de Cincinnati; su esposo es un gran mandamás en cierta gran firma industrial. Hace poco menos de un año fue transferido a Jacksonville, Florida. Si Serena fue al Norte a visitar a alguien, no pudo haber sido a Helen. ¿A quién, entonces?

—¿Tienes alguna idea?

—Ninguna; esa es parte de la información confidencial. —Dave titubeó—. No puedo pretender ignorar, Jeff, que ella siempre tuvo fama de coqueta, algo más que una coqueta. Se supone que uno tiene que hincharle un ojo a cualquier hombre que sugiere eso de tu hermana, ¿no te parece? Pero yo tengo bastante certeza de que eso es verdad, o de que era verdad en el pasado. Creo que ahora tiene novio, y que por fin va en serio. Quién diablos podría ser, es cuestión aparte. ¿Ese tipo, Saylor, que dijiste...?

—Posiblemente, Dave, aunque no parece ser esa la atmósfera. Si Serena tiene novio, cualquier cosa o cualquier persona es posible. Puede ser Saylor; puede ser el príncipe de Gales o Douglas Fairbanks o Joe el de la perrera. ¿Hay algún motivo de peso por el que *no deba* tener novio?

—¡No, por supuesto! Pero ¿qué es lo que la preocupa tanto?

—Bueno, ¿y qué es lo que te preocupa a ti?

Al oír esto, el inestable Dave pareció alterarse en su estado de ánimo súbitamente.

—Tú sabes, Jeff —estalló—, que esta incesante pesadumbre nuestra es la peor medicina que podemos tomar. Si desde mi punto de vista todas las noticias parecen deprimentes, ¿no podríamos ver esperanzas desde el tuyo? ¿Encontrarás aburrida Nueva Orleans, después de París? ¿O tienes esperanzas, aunque sean pocas, de volver a echarle vistazos a la luna? ¿Nunca piensas en nadie del colegio de abogados que conocías?

Jeff trató de ponerse en el mismo tono.

—En realidad, Dave, sólo esta noche he pensado en la pequeña Penny Lynn. Penny siempre era encantadora; sin embargo, debe haberse casado hace años.

—¡Te equivocas por enésima vez, bobo! Todavía está allí y todavía libre; no hace caso a ninguno de sus pretendientes. Serena piensa que Penny es una fiel admiradora tuya. ¿Comprendes a qué me refiero con eso de «fiel admiradora»?

—Sí, lo comprendo. Pero no puedo pensar que haya nada menos probable.

—¿Por qué te parece tan improbable?

—Solamente vi a Penny tres veces en mi vida. Dos de esas ocasiones fueron desastrosas.

—Desastrosas, ¿eh?

—En un par de simples accidentes, en uno de ellos ni siquiera remotamente tuve yo la culpa, se convenció de que yo sólo quería avergonzarla de la peor forma posible. Naturalmente, eso no era cierto; yo estaba tan avergonzado como ella misma, o aún más. Pero no pude persuadirla de eso; ni siquiera pude pasar por el filtro de sus padres para verla.

Dave dejó el tocador y se sentó en la silla que había ocupado anteriormente.

—¿Tienes inconveniente en contármelo?

Jeff había conocido a Penny, según trató de explicar, durante las vacaciones de Navidad, cuando tenía diecisiete años, y las Lynn acababan de mudarse a Nueva Orleans desde Kentucky. Hubo un baile muy formal, y con gran vigilancia, en la casa de la anciana *Madame* de Saure. La imagen de Penny volvía a él desde el pasado: el rizado cabello castaño claro, los ojos azul-grisáceos, vivarachos, en su precioso rostro, todo era la quintaesencia de la feminidad.

—Ella es menor que yo, y parecía muy joven, pero su cara y su figura eran tan maduras que no podían dejar de llamar la atención. Llevaba un vestido de noche muy suelto, como de espuma, lleno de adornos, de color lila, que tengo motivos para recordar. Progresamos rápidamente en nuestra relación; pensé que ya había perdido mi corazón y que había empezado a perder la cabeza.

»Al terminar, más o menos, nuestra décima pieza, no noté que mi pie izquierdo

(por lo menos, una parte de él), pisaba el ruedo de su vestido. La música cesó. Penny saltó hacia atrás para aplaudir a la orquesta. Su vestido se abrió totalmente desde el cuello a la cintura, y se le salió del cuerpo de un tirón. Por supuesto, tenía ropa interior; todas la llevaban en esos tiempos. Pero se quedó en enaguas delante de todo el salón de baile. Penny no dijo nada. Por un segundo se mantuvo de pie allí, paralizada; luego rompió a llorar y salió corriendo.

»Bueno, la cosa estuvo bastante mal. La otra ocasión...».

—Sí, me parece haber oído algo del segundo encuentro que tuvisteis. Trataste de desvestirla otra vez, ¿eh?

—¡No, claro que no! Y no tiene nada de divertido, Dave.

—Ya lo sé; lamento que se me haya escapado la risa. Esas cosas sólo son divertidas cuando le ocurren a otras personas. ¿Qué pasó de verdad?

Su siguiente encuentro había sido inofensivo, y ocurrió durante las vacaciones de Navidad dos años después. Viviendo en casa de su tío Gilbert, porque la casa de la familia había sido vendida, cruzaba Jeff el Lee Circle una tarde cuando Penny y su padre pasaron en coche, por el Pierce Arrow. Penny levantó la mano para saludar, dedicándole una dudosa media sonrisa; hasta su padre había condescendido a saludarle con la cabeza. Juzgándose perdonado, el culpable había telefoneado y solicitado que ella le acompañara a una fiesta, la semana siguiente.

—Era un gran acontecimiento en el Hotel St. Charles. En este episodio también interviene una escalera, pero no de una manera trágica, salvo en lo que atañe a la dignidad. Se trata de esos amplios y altos escalones del salón de entrada del St. Charles, que suben desde el salón al entresuelo. Acostumbraban a cubrirlos con una alfombra gruesa y lisa de color rojo...

—Todavía acostumbran. ¿Y qué pasó?

—Penny y yo habíamos estado en uno de los salones del entresuelo, y comenzamos a bajar. Yo no la empujé; ni llegué a tocarla siquiera, a pesar de lo que dijeron después. Ella iba bastante de prisa y resbaló. De pronto, antes de que yo pudiera sujetarla, cayó hacia adelante y rodó. Puede que fuera por algo que había en los escalones; puede que fuera por el corpiño. Esta vez su vestido, de una clase de tejido plateado, se abrió en dos desde la cintura hasta el ruedo. Después se incorporó con demasiada presteza, sin darse cuenta de que no era solamente el vestido lo que había comenzado a perder. La enagua también estaba partida, y se le cayó hasta la cintura. Penny alcanzó a agarrar su ropa interior antes de que se deslizara más abajo de la cintura, pero hasta allí había caído. La gente que había en el salón de entrada no era mucha, pero entre ella estaba su madre.

»Penny gritó: “¿Qué me harás la próxima vez, aunque no *habrá* nunca una próxima vez? ¿Desnudarme por completo?” Eso fue todo, aparte del alboroto. Nuevamente rompió a llorar y echó a correr. Sí, las desdichas de la adolescencia

siempre se supone que son divertidas. ¡Pero si te ríes te rompo el pescuezo!

—No me reía, Jeff —aseguró Dave—. ¿Dices que no pudiste apaciguarla?

—Ni entonces, ni después. No me quiso volver a ver. Cuando llegué a comunicarme con ella por teléfono, su padre intervino y nos cortó la comunicación. Hice un nuevo intento después, pero su madre interrumpió con la misma táctica. Traté de hablar con ella varias veces, una de las cuales cuando estaba razonablemente seguro de que sus padres habían salido, y Penny mandó decir con la criada que no tenía interés en conversar conmigo. Los psiquiatras, nuestros modernos médicos brujos, podrían haber dicho que ella había pasado por una experiencia traumática. Todavía puede que esté resentida conmigo.

—¿Después de todo el tiempo que ha pasado? —se burló Dave—. No lo vayas a creer, hijo. ¡No creas nada de eso!

—¿Qué sabes *tú* de este asunto?

—Nada, pero conozco a las mujeres. Penny tiene demasiado buen carácter como para haberte guardado rencor por tanto tiempo. Y si ella es tu fiel admiradora, como sospecho, realmente no le va a importar lo que hiciste entonces o lo que puedas hacer en el futuro. ¿Puedo explicarte algo más?

—Sí. ¿Puedes explicarme qué es lo que os preocupa a ti y a Serena?

Un toque prolongado y desabrido del pito del vapor vibró en ese momento. Y al mismo tiempo, Serena Hobart en persona, con el vestido oscuro de media etiqueta que había usado en la cena, abrió la puerta y entró desde la cubierta.

—Realmente, Dave... —comenzó, con fuerte acento de desaprobación.

Toda la atmósfera emocional se había alterado. Dave saltó, instantáneamente, a la defensiva.

—¡Está bien, Serena! No he dicho una sola palabra que no debiera.

—Es un alivio, si es que puedo creerte. Hay un asunto, por lo menos —y una mirada se cruzó entre ellos—, que nunca debe ser tratado ni siquiera mencionado, por grande que sea la curiosidad que puedan tener nuestros amigos. Cuando me enteré de que nos favorecías con tu presencia...

—¡Está bien, está bien! Siéntate y ponte cómoda, entonces. ¿Cómo supiste dónde encontrarme?

La rubia Serena, con el aplomo de una heroína de Michael Arlen, permitió que la acomodaran en el sillón de Dave y le observó con piadosa indulgencia, en su aturdimiento y su ajeteo.

—No hace mucho —dijo ella—, estaba sola sentada en el salón de la Texas, pensando en bueyes perdidos, cuando figuraos que veo entrar a Kate Keith. No la había visto en el almuerzo ni en la cena; evidentemente Kate no me había visto a mí, aunque difícilmente dejara de verte a ti. Me dijo que estabas aquí, entre otras cosas.

Serena levantó un hombro.

—Por supuesto, he tenido que fingir que ya lo sabía, y que estaba enterada de lo que hacías en esta parte del mundo. A propósito, Dave, ¿dónde estuviste?

—Fui a consultar a un experto, nada más. Luego, como ninguno de nosotros necesitamos estar en casa mucho antes del 1º de mayo, me pareció que esta era la forma más agradable de viajar.

—¿Agradable, Dave? También yo lo habría dicho, hasta esta mañana. Ahora no estoy del todo segura.

Una fría sonrisa recorrió el rostro de Serena.

—Jeff es aquí algo así como un personaje privilegiado, admitámoslo, pero no debe llevar las cosas demasiado lejos. ¿Todavía te sientes tan insaciablemente curioso, Jeff?

—Me siento curioso —replicó Jeff— porque se me han dado ya demasiados motivos para sentirme curioso.

—Oh, ¿de veras? ¿Qué motivo en particular, por ejemplo?

Jeff la miró.

—Primero Ira Rutledge me escribe una carta en la que dice que me quiere ver en Nueva Orleans para hablarme de una situación delicada (sin puntualizar) que me concierne a mí y a otra persona (sin nombrar) que no pertenece a la familia Hobart. Luego Dave me escribe en el mismo sentido, pero con más urgencia, insistiendo en que tengo que estar aquí porque es algo de muchísima importancia. La naturaleza de esta situación, o en qué forma puede interesar a otro que no es pariente, aparte de mí, nunca llega siquiera a indicarse. Finalmente, ¿qué significado místico se relaciona con la fecha del 1º de mayo?

—¿El 1º de mayo, Jeff?

—Ira mencionó cierta fecha de fines de abril. Dave citó concretamente el 1º de mayo, que volvió a citar a continuación. En resumen, ¿de qué se trata y por qué el 1º de mayo?

Dave giró en dirección a él, furioso.

—¡Escucha, Sabatini...!

—El sentido del humor de los Hobart —señaló Jeff— no se aquieta por mucho tiempo. En la carta me llamabas Sabatini, no sé si lo recuerdas. Antes, esta misma noche, Dave, Serena misma murmuró un nombre que sonó algo así como «Merriman». No parecía mirarme a mí, pero tengo la sensación de que se refería al difunto Henry Seton Merriman. Si encontráis divertido bautizarme con el nombre de algún novelista histórico más o menos reciente, vivo o muerto, al menos podríais darle variedad a la lista. Están Stanley Welmen, Charles Major...

Serena rió en forma evidentemente sincera.

—No, Jeff. Estoy de acuerdo en que eso no es divertido; parece que no te das cuenta de qué es lo divertido. Es toda la verborrea que utilizas, la cual sería aburrida

y molesta si no fuera tan completamente cómica.

Entonces sí sonó la burla en su voz.

—La situación es delicada ¿no? ¡Delicada de veras! Será mejor que se lo digamos, Dave.

—¡Pero...!

—Te repito que es mejor, o sólo lo sabrá por Ira y sacará falsas conclusiones. No es delicada; no es importante; no es absolutamente nada.

—¿Esa parte, quieres decir? —preguntó Dave.

—Esa parte, por supuesto. Como ahora, técnicamente, eres el cabeza de familia, será mejor que se lo digas tú mismo. Entonces dos de sus horribles perplejidades, mi supuesta palabrería y la terrible fecha del 1º de mayo, se resolverán de inmediato. ¡Habla, Rey David de Israel! Da rienda suelta a tu acostumbrada locuacidad, por una vez con mis bendiciones.

Dave pareció prepararse para hacer un esfuerzo.

—Muy bien; ¡yo bromeaba sobre Sabatini! Pero si Serena se ha referido a alguien llamado Merriman —miró a Jeff— no ha aludido al Seton Merriman que escribió *Barlasch of the Guard*. Se refería a Earl G. Merriman, de St. Louis, Missouri. Puede ser un bárbaro de la peor especie, pero ha hecho una oferta bastante justa y le hemos prometido tomar una decisión para el 1º de mayo. Como verás, Jeff, probablemente venderemos la Mansión Delys.

Cuando Jeff bajó a desayunar, a las nueve de la mañana del martes, pocas preguntas habían recibido contestación y pocas actitudes se habían aclarado.

Se hicieron las dos de la madrugada antes de que dejara a Serena y a Dave, sentados pensativamente en el cuarto de este último, con un marcado desasosiego pesando sobre ambos. Tampoco habían mejorado sus estados de ánimo, dando vueltas y vueltas alrededor del mismo círculo.

—¡No, por supuesto! —había dicho Serena, con estremecida vivacidad—. Me imagino lo que debes haber pensado, Jeff, pero estás equivocado. No hay una dificultad financiera, de veras, no la hay. Nuestro padre puede haber hecho una o dos pequeñas inversiones que no fueron prudentes, pero el grueso de las propiedades permanece intacto. Todavía podemos mantenernos en el estilo a que estamos acostumbrados. Dave no necesita encontrar trabajo y yo no tendré que trabajar de lavandera.

—Pero —protestó Jeff—, vender la Mansión Delys...

—¡Por supuesto que la vendemos, mi pobre tonto romántico! Estoy aburrida y harta de ese lugar; hace mucho que lo estoy. ¡Es tan falso, tan esencialmente pretencioso!

Aquí había intervenido Dave.

—La Mansión tiene sus inconvenientes; estoy de acuerdo en que debemos vender. ¿Pero qué es falso o pretencioso?

—Adornar el edificio con un montón de muebles históricos... Fingir que somos señores feudales de la mansión con siglos de historia sobre nuestras espaldas...

Dave meditó.

—Siempre se han hecho chistes —le recordó— sobre el *nouveau riche* compatriota nuestro, real o imaginario, que importó un castillo del siglo XIV para su campo en Idaho. Pero siempre he sentido una secreta simpatía por ese tipo, que debe haberse parecido en mucho a Earl George Merriman. De todos modos, no es lo mismo.

—¿No, Dave?

—No, Serena. Como comentábamos Jeff y yo, la Mansión tiene aspecto de antigua y es *antigua*; nunca ha parecido fuera de lugar donde ahora está, como lo parecería un castillo feudal en Idaho o en cualquier otra parte. Esos tres siglos y medio de historia (¡más de tres y medio!), no son una broma ni un mito: son reales. ¡No pongas ese aire de superioridad, hermanita! Tú eres la que...

Dave se detuvo bruscamente, como si hubiera estado a punto de cometer un

desliz, y se volvió hacia Jeff.

—¡Pero esto es sólo discutir en el vacío, muchacho! ¿Hay alguna diferencia en el hecho de que vendamos ese edificio o no?

—La hay para la cuestión que estamos considerando. Vosotros podéis vender la Mansión; podéis cualquier cosa. Prescindiendo de eso, ¿dónde está la situación delicada o el asunto de gran importancia?

—No hay nada de eso —le dijo Serena—. Es solamente el lenguaje jurídico de Ira Rutledge, ya sabes.

—También es el lenguaje de Dave, no lo olvides. Sea lo que sea lo que vosotros vendáis o dejéis de vender, ¿en qué forma puede afectarme a mí y a esa otra persona fuera de la familia?

—Más lenguaje jurídico, me atrevería a decir —Serena se irguió—. Si *llegara* a resultar que hubiera alguna cosilla en el fondo, sin duda tu curiosidad quedaría satisfecha en el momento adecuado. Yo no te lo diría, aunque lo supiera; tu impaciencia es horriblemente excesiva para tu propio bien.

Y así, sin más, Jeff se marchó y los dejó solos.

Durmió bien, aunque poco más de seis horas. En una mañana de brillante sol sobre las aguas que lo rodeaban, se afeitó, se duchó, y se vistió con calma. Se dirigía a desayunar cuando recordó haber dejado su reloj de pulsera sobre un estante junto a la cabina de la ducha del pequeño cuarto de baño. Pero no necesitaba volver a buscar el reloj ahora; podía ir en cualquier momento después del desayuno.

Y Jeff observó algo más al mismo tiempo.

Había entrado desde la cubierta de camarotes de lujo, al salón delantero de esa cubierta, en su camino hacia la Sala Plantación de abajo, cuando se dio cuenta de que había un hombre de mediana edad, calvo, sentado solo junto al despacho del comisario de a bordo, en el costado de babor o de «un silbato».

La mirada de Jeff pasó con indiferencia. Había llegado a la gran escalera, consistente en un tramo de peldaños de caoba cubiertos de bronce, entre curvados pasamanos de caoba, y había bajado un escalón, cuando algo le hizo mirar a través de la sala. El hombre de edad mediana, que tenía un grueso bigote más propio de alguna generación anterior que esta presente de afeitados totales, se había puesto de pie y miraba en dirección a Jeff con un interés tan evidente como inexplicable. Sintiendo observado él mismo, se volvió a sentar inmediatamente y empezó a encender ostensiblemente un cigarro. Jeff se apresuró a bajar hasta la Sala Plantación.

Aunque la mayoría de los pasajeros había terminado su desayuno y se había ido, algunos se demoraban aún entre un ligero murmullo de conversaciones. En su misma mesa Jeff encontró a Serena Hobart y a Charles Saylor sentados y a punto de terminar su café. En otra mesa de cuatro que cruzaba el salón, también solos, Kate Keith y Dave Hobart parecían estar conferenciando.

Serena no parecía haber dormido bien; todavía la acosaban las sombras de la noche anterior. Pero saludó al recién llegado con; una buena dosis de su habitual aplomo.

—Dave ha encontrado un lugar para sí, como ves. Dave suele encontrarlo, aunque sea un lugar equivocado. Siéntate, Jeff. Tengo que marcharme dentro de un momento, pero aquí Chuck quiere decirte algo. Espero que seas discreto en lo que dices.

—Con tu ejemplo, Serena, difícilmente podré ser de otro modo.

Mientras terminaba de pedir tocino, huevos, tostadas y café, Jeff vio la mirada de Serena que se dirigía hacia la escalera. Rápidamente miró hacia atrás por encima de él.

El hombre de gruesos mostachos que había estado en el canapé, con el cigarro aún sin encender entre los dedos de su mano izquierda, se detuvo en la escalinata y paseó su mirada por el otro lado del comedor. Después de un momento de inspección, se volvió y se fue pesadamente escalera arriba.

—Ese personaje de bigote, Serena...

—¿Qué?

—Al pasar junto a él cuando bajaba, por algún motivo, me ha estado vigilando.

—Tú no eres el único. Cuando estaba desayunando, no hace mucho, me clavó los ojos largamente. Puede que sean imaginaciones mías, pero no me parece.

—¿Tienes idea de quién puede ser?

—No, ninguna. Pero puedo averiguarlo fácilmente. Y ahora *me tengo que ir corriendo*. ¡*Au revoir*, muchachos! ¡Hasta luego!

Y así se fue, elegante en su traje sastre gris, con el bolso de cocodrilo bajo el brazo.

El corpulento y amistoso señor Saylor no habló hasta que Jeff hubo terminado de comer, aunque parecía dar vueltas como si estuviera esperando la oportunidad. Por fin ofreció a su acompañante un cigarrillo, cogió él otro, y encendió los dos.

—¡Así es mejor! Serena tiene razón, sabes. Necesito cambiar unas palabras contigo; quería hacerlo ayer. Pero me pareció un poco ordinario recordártelo en seguida. Y, de todas maneras, le prometí a Serena que no lo haría. La verdad es, como verás... ¿*te molesta que te tutee*?

—No, de ninguna manera.

—La verdad es, como verás, que también yo soy escritor. Artículos de revistas, en su mayor parte y cosas así. Tampoco es mal negocio, desde que tuve la suerte de trabajar para las revistas más importantes.

—¿Artículos de revistas, dices? ¿Estás ahora haciendo un trabajo?

El fuerte sentido dramático del otro se encendió al momento.

—¡Sobre las grandes mansiones de nuestro país! —proclamó—. ¿Por qué ir al exterior, en busca de historia y leyendas, cuando las tenemos aquí, en nuestra casa?

«En la margen izquierda del Mississippi, no lejos de la pintoresca Nueva Orleáns...».

—¿La Mansión Delys, naturalmente?

—Naturalmente, la Mansión Delys, entré otras. Se puede llevar a cabo la mayor parte de la investigación en cualquier buena biblioteca pública, sin necesidad de causar demasiadas molestias a la gente. Pero me voy a dedicar a la Mansión Delys. Se ha escrito tanto acerca de ella, y no sólo en Nueva Orleáns, que ya estaba bastante bien informado antes de decidirme a bajar el río y empaparme de su atmósfera. El domingo por la tarde, al conocer a Serena en el Netherland Plaza Hotel de Cincinnati, y saber quién era...

—Parece que todos estábamos en el Netherland Plaza. ¿Cómo ha recibido tus preguntas hasta ahora?

Saylor pareció incómodo.

—Admito que no ha colaborado mucho. Pero por otra parte, tampoco me ha rechazado...

—Si no puedes obtener respuestas de un miembro de la familia, ¿qué clase de respuestas esperas conseguir de mí?

—¡Ninguna! Es decir, nada que a ti mismo no te permitieran publicar si tuvieras autorización. ¡Por mi vida —juró el corpulento joven, con aire de virtud incorruptible—, ni siquiera pediré que me permitan entrar en ese lugar infernal, si ella no quiere! Escucha, Jeff —continuó, aplastando el cigarrillo que acababa de encender y encendiendo otro inmediatamente—, nunca he disgustado a nadie con una palabra de lo que he escrito, y estoy orgulloso de eso.

—Bueno, eso es algo.

—¡Ya lo creo que lo es! Lo que realmente me interesá, y que interesaría a muchísimos lectores, es esa historia de un cuarto secreto, o un escondrijo secreto. Solamente hay un hombre en Estados Unidos que es una autoridad verdadera en trucos de arquitectura de esos; si llegáramos a lo peor, cosa que espero no suceda, siempre podré escribirle a él.

»Aparte, además, está la historia de una muerte misteriosa hace dieciséis años. Cierta visitante llamado Peters o Peterson subía la escalera cargado de objetos de plata, cuando cayó y se rompió el cuello. ¡Qué asunto, eh!

De pronto, en el fondo del pensamiento de Jeff sonó una alarma.

—¿De dónde has sacado esa historia?

—Oh, no de las hemerotecas; no hay confirmación sobre el montón de objetos de plata. Sin embargo, un amigo mío —es anciano ahora, pero vivió en Nueva Orleáns— me dio el dato verdadero. Dijo que era una de esas cosas que siempre se habían sabido entre los que realmente estaban informados, pero no se publicaban ni se hablaba de ellas. ¡Jeff, cuánto se podría hacer, con un tratamiento imaginativo, sobre una fuerza asesina que resida en una escalera encantada...!

Jeff golpeteó la mesa con los nudillos.

—¡Un momento, Señor Investigador a Fondo! Aunque no estoy muy familiarizado con las revistas ni sus exigencias, ¿estás seguro de lo que quieres hacer? Supongamos que preparas tu relato sobre la muerte misteriosa, agregándole todos los espantosos detalles que puedas desenterrar o soñar, ¿publicaría algún editor responsable ese cuento si no pudieras sostener la parte de mayor importancia?

Chuck Saylor, con su pelo amarillo-rojizo, le miró horrorizado.

—No creerás que tengo intenciones de escribir eso, ¿no?

—¿No era esa tu idea?

—No, no es esa mi idea. Dulce y sufriente Moisés, ¡jamás en la vida! El padre de Serena murió hace apenas unos meses. No lo ha tomado muy a pecho, como habrás notado. Pero eso no tiene nada que ver. ¿Soy tan tonto como para arriesgarme a causar un trastorno a la chica, hablando acerca de la muerte misteriosa de *cualquiera*, aunque no fuera una muerte en la familia y sucediera allá por 1910?

—Gracias. Eso está mejor.

—En cambio —prosiguió Saylor, concentrando su energía—, el asunto del cuarto secreto es muy distinto. El abuelo de Serena fue un viejo tramposo, un pirata del Caribe o algo así; debo estar seguro de los hechos. Si hizo construir tal cosa en la Mansión Delys, o encontró allí algo cuando desarmó el edificio, quiero saber qué es. El informe sobre un cuarto secreto nunca ha sido ningún secreto, ¿verdad?

—Por lo menos, no fue muy secreto. No te vas a hacer muy popular si describes al Comodoro Hobart como un viejo tramposo, pero...

—No te preocupes por eso, Jeff. No describiré al maldito viejo en ninguna forma que pueda ser ofensiva. Y puedo mostrar un interés legítimo por el cuarto secreto, escondrijo, o lo que sea. Una historia muy similar, sólo que más trabajada y adornada, se ha contado durante siglos sobre el castillo de Glamis, en Escocia.

Jeff le llamó al orden.

—*Glam-is*, no; si no te molesta: Ese nombre se pronuncia *Glams*, en una sílaba, como si rimara con *psalms*.

El otro exhaló un gemido de agonía.

—¡Estas malditas pronunciaciones británicas! —exclamó, manoteando como si estuviera deslumbrado—. ¡Nunca se pronuncia un nombre como se escribe!

—¿Y no hacemos exactamente lo mismo nosotros? A juzgar sólo por las letras, ¿cómo pronunciaría cualquier erudito extranjero Connecticut o Arkansas?

—Admito que lo hacemos ocasionalmente. Pero ellos lo hacen en *todo* momento, y se ofenden si se les dice que es una cosa de locos. Cholmondoley es Chamly, Cavendish es Candish...

—No Candish, y no te molestes de nuevo. Ellos decían Candish en los tiempos de Thackeray; según el testimonio que tenemos de Thackeray era así. En el Londres de

hoy, si preguntaras el camino a la plaza Cavendish y dijeras Candish, o te corregirían o te preguntarían a qué plaza te refieres.

—¡Mira! —exclamó el exaltado investigador, manteniendo su voz baja, pero hablando con poderosa persuasión—. No discutamos sobre eso, ¿eh? Pero Glamis, que yo llamaré Glams para satisfacción del Viejo Sur, abre una nueva línea de pensamiento. Glams fue uno de los castillos de Macbeth, me parece recordar, aunque puede no ser el lugar donde mataron al rey Duncan. Sin embargo, el viejo Macbeth era un gran tipo para borrar la gente del mapa y no dejar testigos. Ahora bien, si llegara a haber un asesinato en la Mansión Delys, o si la escalera asesina funcionara de nuevo...

—¿Asesinato? ¿Quién ha dicho nada de asesinato?

—No tu humilde servidor; no he abierto la boca y no la voy a abrir. De todos modos, eso sería una noticia; yo no me ocupo de las noticias. Tampoco te preocupes ahora; no va a suceder, y no sería muy divertido si sucediera. Pero sólo estoy pensando que...

De pronto se interrumpió, para escuchar.

—¡Eh! ¿Qué es eso?

Jeff también se puso a escuchar.

—Si te refieres a la música o a la supuesta música que oímos afuera (*Beautiful Ohio*) viene de una famosa institución en los vapores de río: un órgano.

—Un órgano de vapor, ¿eh? ¿Cómo en los circos?

—Es algo parecido. Si quieres subir a cubierta, podrás ver el órgano de vapor, así como escucharlo. Toca cuando nos acercamos o partimos de las ciudades ribereñas.

Saylor meditó un rato.

—Hace años, una Nochebuena, allá en el oeste de Filadelfia, ciertas almas piadosas, o pretendidos humoristas, alquilaron un órgano instalado en un camión de circo para rodar por las calles *lo más tarde posible*, despertando a todo el mundo con su ensordecedora versión de *Noche de Paz*. El lugar donde encontraron un camión de circo hacia fines de diciembre sería un cuento aparte.

»Sí, —agregó, aplastando su cigarrillo y levantándose—, me imaginé que sería un órgano de vapor. Además, por lo que Serena me ha dicho, nuestra primera parada será Louisville. ¿Bajas a tierra?

Creo que no por esta vez. ¿Y tú?

—Yo sí; me gusta estirar las piernas un poco. Bueno...

Jeff echó una mirada por el salón; Kate y Dave se habían ido.

—Bueno, ejemplo de cordura —sugirió Saylor, aún vacilante—, ¿eso es todo? ¿Algunos indicios o avisos para ayudarme?

—Solamente uno. Cuando te encuentres con Serena, o con su hermano, podrías moderar tu febril fantasía. No les digas lo que no dirías si pensaras un momento,

especialmente acerca de asesinos y de una escalera que mata.

El otro se pasó la mano por el pelo rubio.

—¿Cuántas veces —insistió— te tengo que decir que no te preocupes? Todo está bien. Yo no soy de los que hacen sugerencias irresponsables o interpretan mal los hechos, eso debe quedar muy claro. No quiero causar molestias a nadie, y menos aún a mí mismo. Confía en Tío Chuck para manejar las cosas, y todo será alegre como campanas de boda. Y así —concluyó, como para que todo quedara en radiante claridad—, hasta que Townsend encuentre ese cuarto secreto y todos nos reunamos en un pico de Darien ¡te doy mi adiós con la absoluta conciencia de mis buenas obras!

Y de este modo se fue Saylor, haciendo muecas por encima del hombro.

Jeff pidió más café. Lo bebió lentamente, y continuó bebiendo mientras el *Bayou Queen* se deslizaba hasta su atracadero en la margen izquierda, donde los altos depósitos ocultaban toda vista inmediata desde las ventanas de la Sala Plantación. Comenzó el alboroto fuera de la escena: golpes sordos, crujidos, arrastrar de cadenas, testimoniaban la actividad de la tripulación en cubierta.

Jeff terminó su café y saludó con la cabeza al mozo. Subiendo la escalera a su vez, buscó primero el aire libre de la cubierta de camarotes de lujo en el lado contrario al muelle, luego el aire libre de la Texas, más arriba. Allí, de inmediato, se dirigieron a él Kate y Dave Hobart. Este último, que llevaba una chaqueta azul, pantalones de tenis de franela y tenía el aire de quien está espiritualmente marchito, detuvo a Jeff poniéndole una mano sobre el brazo.

—¡Tranquilo, Dave! ¿Qué pasa?

—Nos están siguiendo, eso es lo que pasa. Puede ser que ahora no, pero tenías que haber estado aquí hace un momento.

—¿Os siguen?

—Esta bañera —explicó Dave— tiene setenta y cinco metros de largo, ochenta y cinco si cuentas la rueda impulsora. Kate y yo pensamos dar diez vueltas a la cubierta como un ligero ejercicio. Y lo teníamos detrás, a seis metros de nosotros, pero manteniéndose al mismo paso...

—¿Quién era, Dave? ¿De quién estás hablando?

—Parece que nadie sabe quién es. Podría ser un suboficial de marina o un sargento del ejército en traje de civil. Podría ser un tendero anticuado, con ese bigote. Parece todo eso en uno solo.

—¡Ah, nuestro hombre misterioso! Sí, lo he visto. ¿Y bien? ¿Qué ha pasado?

—No ha *pasado* nada realmente, en el sentido de una acción definida.

—Si me preguntas a mí... —comenzó Kate, que nuevamente estaba vestida de blanco.

—Si me preguntas a mí, mujer —interrumpió Dave—, tenía sus ojos sobre mí y

no sobre ti, aunque eso sea extraño para cualquiera. Cuando paseábamos más despacio —continuó Dave, volviéndose hacia Jeff nuevamente—, el hombre misterioso disminuía la marcha y no nos pasaba. De pronto nos hemos vuelto y hemos empezado a pasear en dirección contraria. Entonces, después de un rato, para que no fuera tan evidente, él también se ha vuelto.

Se detuvieron en la parte delantera, cerca de la sala Texas, cuyas ventanas formaban una pared de tres lados con las sillas de cubierta alineadas debajo de ellas. Dave volvió la espalda a la sala.

—Puede ser que esta mañana esté un poco excitado. Pero cuando el hombre misterioso nos estaba siguiendo, cosa que ha durado como media hora, me he empezado a poner nervioso. Me fui derecho a él y le he dicho, muy cortésmente: «¿Puedo hacer algo por usted?». Me ha contestado solamente que él había estado dando un paseo, y se perdió en la sala esa.

Mirando por la ventana que estaba más cerca, Jeff pudo ver tres costados de un oblongo mostrador de caoba donde se servían gaseosas y soda como bebidas en sí, o para mezclarlas con alcohol, que proveían los mismos pasajeros. También se podía divisar un fuerte mostacho,

—¡Ay, Dave, pobre muchacho! —exclamó Kate condolida—. ¡Si hicieras lo que yo quiero que hagas...!

—Cuando hago lo que tú quieres que haga, amorcito, me quedo peor de lo que estoy ahora. Aunque, en serio —dijo Dave a ambos—, no me diréis que es una situación fácil. No hay nada que dé motivos para quejarse o gritarle; ese fantasma perseguidor tiene tanto derecho a estar aquí como nosotros. Es esta sensación inquietante de ser vigilado o espiado, ¡nada más! Y esto no puede seguir así todo el día, o veré al capitán Josh y haré que tome medidas. Mientras tanto...

—No hemos terminado las diez vueltas a la cubierta, ¿sabes? —le recordó Kate—. ¿Seguimos paseando los tres?

—No, gracias; ya es suficiente. Mientras tanto, como decía, el vapor no se detendrá aquí mucho rato. Dentro de lo que deba ser un tiempo muy corto...

Dave se interrumpió, galvanizado.

—¡Por supuesto! Jeff, ¿qué hora es?

Automáticamente Jeff miró su muñeca izquierda, antes de recordar.

—¡El reloj! —dijo—. He dejado mi reloj en el estante junto a la ducha; será mejor que corra a buscarlo antes de que desaparezca. No, no os molestéis en acompañarme; vuelvo en un momento.

Por lo menos, esperaba, mientras se apresuraba hacia los escalones descubiertos de popa, haber silenciado a Chuck Saylor el tiempo que duraran las seguridades que había dado. Podría resultar un respiro muy corto. El irreprimible Saylor volvería inevitablemente a la imagen de la escalera asesina que había conjurado. ¿Escalera

asesina? ¡Qué venenosa tontería!

—Hubo una escalera en mi vida —se decía Jeff—. Ahora no quiero una que sea mortal, además de aquel estúpido asunto de hace trece años.

Estúpido, sí. Cuando pensaba en Penny Lynn, tan bien formada y a la vez tan enojada en el Hotel St. Charles, se daba cuenta de que debería haber desechado ése incidente de su cabeza mucho antes. La inexperiencia y la timidez de la juventud, frente a ese accidente tan imprevisible como ridículo, había hecho que se comportaran los dos como se comporta la juventud.

Pero todo estaba ya pasado y terminado; podía convertirse en un recuerdo casi tierno, con un toque de nostalgia. Cuando llegara a Nueva Orleans, ni siquiera necesitaba tratar de evitar a Penny. La combinación de circunstancias que tanto la avergonzaron debía ser única entre todos los infortunios; era única; nunca podría volver a ocurrir.

Con este estado de ánimo, pensando sólo en la recuperación de su reloj de pulsera, Jeff corrió hacia su camarote, abrió la puerta y la cerró tras de sí. El pequeño cubículo que albergaba los artefactos y la ducha había sido construido en la esquina más lejana de la pared izquierda, entre esa pared y la división que separaba el camarote 340 del 339, al otro lado de la cubierta de deportes. Ni siquiera necesitaba encender la luz del cubículo; por ambas, ventanas entraba suficiente luz solar.

Se introdujo decididamente en el espacio cerrado, buscando el estante con su reloj, y mirando la cabina de la ducha a su derecha, justo cuando alguien abrió la ducha. Vio un gorro de baño de goma amarilla, vio unos vividos ojos de azul grisáceo, y vio carne de mujer. Vio todo esto una fracción de segundo, antes de que el súbito carraspeo de ella se convirtiera en un grito, antes de que la cortina de la ducha se cerrara apresuradamente y que se cortara el agua.

Jeff se retiró rápidamente, cerrando la puerta del baño. Había sido un golpe, pero no debía dejar que le derribara. Se inclinó hacia la puerta cerrada.

—Esta vez, Penny —gritó—, ni siquiera tus padres podrían decir que soy yo el culpable. Hay una gran diferencia, ¿eh?

Antes de contestar, Penny titubeó largo tiempo. Cuando levantó su suave voz, fue con menos aturdimiento e indignación de lo que él esperaba, pero con una tendencia a tartamudear.

—¿Tú... tú *no* sabías que yo estaba aquí? ¿No puedes ver esa silla junto a una de las camas?

Sobre el respaldo de la silla a que aludía colgaba una chaqueta de tela de color castaño claro, una falda del mismo material, un jersey de *cashmere* color naranja y un pantalón de seda blanca. Sobre el asiento de la silla estaban dobladas un par de medias tostadas y un par de ligas, con los zapatos de color tostado en el suelo. Sobre la cama cercana, una pequeña maleta de viaje, de cuero blando, estaba abierta y mostraba más objetos femeninos. Jeff habló hacia la puerta;

—No he tenido tiempo de ver nada, Penny. ¿Puedo ofrecer una sugerencia, sin embargo? Si tienes que tomar una ducha en el cuarto de baño de otra persona, podrías echar él cerrojo a la puerta del baño ó por lo menos cerrar la cortina de la ducha.

—De otra persona... —La estupefacción la ahogó por un momento—. ¡Pero si es mi cuarto! ¡Lo voy a compartir con Serena!

—¿Te ha dicho algo Serena?

—¡No la he vi-visto! Creí que ella me e-encontraría, ¡pero ni siquiera la he visto! Me telefoneó desde larga distancia cuando yo estaba en Louisville...

—¿En Louisville?

—Es mi ciudad natal; yo nací aquí. ¿No lo sabías?

—Sabía que tu familia vino a Nueva Orleans desde Kentucky, pero no de qué lugar de Kentucky. Entonces, ¿qué te dijo Serena?

—No había hecho la reserva cuando telefoneó. Pero dijo que sería un camarote grande en la popa de la cubierta más alta, algo acerca de un «porche trasero». ¡Es *c-carro*, dijo ella, y nunca lo t-toman en esta e-época del año!

—Hay dos camarotes en la popa de esta cubierta, frente a frente. Uno es el 340 que es mío...

—T-T-Tú...

—¿Dudas de que es mi camarote? Sobre el estante que está fuera de la ducha verás mi reloj, que es lo que entraba corriendo a buscar. Si Serena ha estado ocupando el 339, al otro lado de la división, no me lo ha dicho.

—¡Y a mí me dijeron que este era el camarote de ella! Un oficial de uniforme me lo ha dicho. Y-yo me preguntaba por qué no habían traído mi baúl grande; la maleta pequeña la traía yo misma. ¡Este puede *s-ser* tu cuarto, pero...!

—Te pido disculpas una vez más, Penny, por lo que no se ha podido evitar. ¿Quieres terminar de tomar tu ducha?

—¡No; yo... yo no podría! Ya he pasado bastante calor, por un motivo u otro, para querer más agua caliente. ¡Sinceramente, Jeff...!

—Entonces dejo el campo libre para que te vistas en paz.

Retirándose hacia la cubierta al aire libre, cerrando cuidadosamente la puerta de afuera, se encontró cara a cara con Serena Hobart, que daba la vuelta a la cubierta desde el lado de babor. La rubia muchacha mostraba preocupación, pero también un cierto regocijo.

—Serena...

—Ya lo sé, Jeff. De todos modos estaba en camino hacia aquí; las ventanas están cubiertas; sé lo que ha pasado esta vez. Y debo decir...

—Di lo que quieras, Serena, pero por favor no me digas que yo le he quitado la ropa y la he arrojado bajo la ducha. ¿No es tiempo ya de terminar con esta fábula acerca de mi pasión por desvestir a Penny en toda ocasión posible?

Las cejas de Serena se elevaron.

—No tenía intención de hacer semejante observación. Cuando digo que sé lo que ha pasado, significa que puedo decirte exactamente qué es lo que ha pasado y cómo ha sido.

—Entonces podrías decírmelo.

—Muy bien. Yo pensaba encontrarme con Penny cuando ella subiera a bordo. Pero estaba con el señor Learoyd, el comisario, en su despacho, preguntándole sobre ese hombre del bigote; y he tardado más tiempo del que nadie pudiera suponer.

Serena sacudió la cabeza, meditando.

—¡Hay que ver! Para ser una persona nacida en Louisville, criada aquí y en Nueva Orleáns, Penny sabe menos sobre el río que tú. ¡No sabe nada, absolutamente nada!

—¿Y bien?

—Cuando subió a bordo, en lugar de hacer las preguntas razonables en el despacho del comisario, en la cubierta de camarotes especiales, la pobre chica se ha extraviado por la cubierta principal nuevamente. Ernie Aspem, ayudante del señor Learoyd había ido a hacer una diligencia. Penny le ha encontrado en la entrada entre la Sala Plantación y la Sala del Viejo Sur, y le ha preguntado: «¿La señorita Serena Hobart?». Ernie, que la había visto en la cubierta de camarotes especiales sólo momentos antes (Penny atrae las miradas de un hombre, como *tú* comprenderás) simplemente ha hecho un gesto y ha contestado: «Allí, señorita». Él quería decir en el despacho del comisario, donde yo estaba realmente. Como ellos estaban parados en la entrada de este lado de adelante, y ella sabía que mi cuarto estaría en el porche trasero de más arriba, Penny pensó que eso era lo que él quería decir.

»Pero ¿iba a preguntar a nadie para que le indicaran o la llevaran? ¡Oh, no! Ella debía bastarse a sí misma.

»Ernie ha vuelto al despacho y nos ha dicho que una joven estaba buscándome. Entonces es cuando he empezado a darme cuenta de lo que debía estar pasando. Al preguntar por su equipaje, Ernie me ha dicho que ella no traía nada más que una pequeña maleta, que podría haber sido de un visitante. Pero conozco a Penny desde hace bastante tiempo. Sabía que ella llevaba su gran baúl, que está marcado P. L., cuando iba a visitar a sus abuelos. Así que les he dicho que hicieran buscar ese baúl por un mozo de cuerda, dondequiera que estuviera, y que lo hicieran subir al 339 rápidamente. También empezaba a preocuparme.

—¿Sobre un posible error?

—Naturalmente, ¿qué otra cosa? Yo había conseguido el cuarto 339, que era el que yo quería. Aun así, he pensado que era mejor venir. Pero yo no soy una profetisa ni tengo una bola de cristal. Hasta que no os he oído hablar ahí dentro, no se me ha ocurrido en qué estado estaría al tropezarte con ella. En el nombre del cielo, Jeff, ¿qué te pasa? ¿Has perdido la cabeza?

Puede que hubiera perdido él su sentido de la dignidad; puede que estuviese ella perdiendo el equilibrio. El caso es que, sin ceremonias había tomado él a Serena por la muñeca y tiraba de ella, alejándola, por la cubierta.

—Si nos has oído a Penny y a mí allí dentro —dijo—, exactamente igual puede ella oírnos a nosotros ahora. ¡No hay necesidad de divulgar que te has enterado de todo!

—Estabais gritando; tú estabas positivamente gritando. Yo en cambio estaba hablando en un tono bajo y contenido, apenas más que un murmullo; ella no puede haber oído, y no se le diré después. Mi querido y buen idiota, ¡ejercita el autodomínio! Nadie piensa realmente que eres un violador vagabundo en busca de presas. Además —y una simpatía súbita e inesperada dio calor a la actitud de Serena—, ella no puede haberse disgustado tan terriblemente, ¿no es cierto?

—Como de cualquier forma que conteste esa pregunta, llevo las de perder, aprovecharé tu alusión y no voy a contestar. ¿Han encontrado el baúl perdido?

—Sí; está en mi cuarto ahora. En cuanto al siniestro personaje de los bigotes...

—¿Te has enterado de algo?

—Si se trata del hombre misterioso —intervino Dave Hobart, subiendo a saltos los escalones de la cubierta inferior y reuniéndose con ellos—, yo también quiero estar en la conversación. ¿Y bien, Serena?

—Os puedo decir su nombre, que es Minnoch, y su destino: Nueva Orleans. Viaja con otro hombre llamado Bull, también para Nueva Orleans. Eso es todo lo que se puede decir de cualquiera de ellos. El señor Learoyd no ha visto ni ha oído hablar jamás de Minnoch antes de este viaje. Ni el mismo capitán Josh, que habitualmente

conoce a todos, puede suministrar ninguna información.

—¡Pero...! —protestó Dave.

—Al fin y al cabo, en el río no tienes que mostrar un pasaporte ni establecer la identidad; es suficiente pagar el pasaje. Learoyd piensa que Minnoch no es más que un comerciante y un entremetido. Cualquiera que pueda ser su juego, ninguno de nosotros tiene por qué molestarse. Puede ser un pesado y un fastidioso; pero no es muy peligroso.

—¿Por qué no, hermanita?

—Mi pobre Dave, ¡ese patán es tan llamativo! No podría haber demostrado menos sutileza de haber empleado un ariete o de haber arrojado un flan.

—¿A quién esperabas, al doctor Fu Manchú? No le hará falta arrojar arañas venenosas por la ventana para que me de un ataque de nervios. ¡Bonita situación!, ¿verdad? No he podido tener un solo lance con Kate sin encontrar al hombre del misterio en el guardarropa...

—¿Es eso lo que ocurrió, Dave? ¿Estabais tú y Kate...?

—¡No, y no voy a estar! Solamente lo decía como tema de discusión...

En ese momento Penny Lynn, completamente serena en su atavío castaño y naranja, que Jeff ya había visto, abrió la puerta del cuarto 340 y les sonrió.

—¡Hola, Serena! ¡Hola, Dave! Qué hermoso día, ¿verdad?

Dave puso cara de estupefacción.

—¡Hola a ti, Penny!, y al fin brilla el sol.

Miró a Serena.

—¿Es ella quién tenía un lugar reservado en tu mesa? Sí, ya lo veo. No me dijiste que Penny nos honraría, Serena.

—No, Dave, y tampoco se lo dije a Jeff. Pensé que sería una, agradable sorpresa para los dos.

—Se *han* producido varias sorpresas, ¿no? —sonrió Penny—. Pero, antes de que vayamos abajo o que hagamos otra cosa, ¿puedo por favor tener una palabra aparte con Jeff?

Si por un momento él sintió cierta vacilación para acercarse a ella, Penny en cambio no vaciló. Nunca había parecido tan atractiva después de casi trece años. Ella retrocedió para entrar al cuarto; el jersey y la falda definían su silueta, fijos en él los ojos azul-grisáceos, y él la siguió.

—¿Quieres cerrar la puerta, Jeff?

—Espero que no creas, Penny, quiero decir sobre...

—Bueno, yo me voy a referir a eso. No irás a pensar que yo *estoy* enojada, ¿verdad? Después de reponerme de la sorpresa de verte, que puede haberme durado dos minutos enteros, me he dado cuenta que no sentía ningún enojo. Estaba contenta.

—¿Contenta?

Penny sacudió hacia atrás su suave cabello castaño dorado, peinado en un largo bucle, donde brillaba la luz de las ventanas.

—Porque ahora sé lo que debía haber sabido desde siempre. Esas otras veces, cuando perdí mi vestido o cuando perdí vestido y parte de mi ropa interior también, no te parecieron una broma, como algunos dijeron. Eso era lo que yo no podía soportar; que tú pensaras que era divertido. Y nunca pensaste eso, ¿no es cierto? ¿Estás tú enojado *conmigo*?

—No, por supuesto; ¿por qué tenía que estarlo?

—¡Por actuar como la pequeña bestia tonta y rabiosa que debo haberte parecido! Cuando pienso en las cosas insultantes que dije e hice o me obligaron a hacer...

—A propósito, Penny, ¿cómo están tu madre y tu padre?

—En la actualidad, sumisos; muy sumisos. Ya no rigen mi vida como si estuvieran dirigiendo un riguroso pensionado; me alegra decir que ni siquiera lo intentan. Estos hechos del pasado, que yo distorsioné tanto, fueron simples accidentes que nos persiguieron y todavía nos persiguen. ¡Si al menos pudiera hacerte comprender cuánto he pensado en eso, con cuánta frecuencia pensé en eso...!

Penny juntó firmemente las manos. En sus oscuras pestañas brillaron lágrimas repentinas que acentuaron los ojos azul-grisáceos y el blanco luminoso. El tuvo que contener un impulso casi avasallante de cogerla en sus brazos.

—¡Lo siento! —dijo Penny, retrocediendo—. Es solamente mi manera igualmente tonta de mostrar que soy feliz. Pero no debo comenzar a gimotear en tu hombro, ¿verdad? O esa gente de ahí fuera puede oírme y entender mal.

—Ciertamente, eres imprevisible, jovencita. ¡No importa! Elige tu estado de ánimo o cámbialo; llora, ríe, haz lo que te plazca. Para mí, es suficiente estar contigo de nuevo.

—¿Lo dices de veras?

—Tú sabes que digo la verdad, ¿no?

—Bueno, *y-yo* esperaba que fuera cierto. *Tu* vida por lo menos ha sido un éxito por tu propio esfuerzo. Elegiste el camino que querías; no te dejaste detener o desviar por los consejos demasiado «sensatos»; y ahora te has convertido en el distinguido escritor que siempre quisiste ser.

—No muy distinguido, Penny. Pero puedo vivir de eso si sigo trabajando.

—¿Y no ha sido una gran satisfacción el trabajo en sí? Todos esos libros son buenos, Jeff; dos o tres de ellos son terriblemente buenos.

—¡Tonterías románticas, en su mayor parte!

—¿Qué hay de malo en las tonterías románticas, si está bien hecho o es realista en su propia especie?

Penny levantó los ojos.

—De *La Posada de las Siete Espadas*, jamás olvidaré esa lucha en las murallas

almenadas de Falworth Morat House. Y la escena de amor con Lady Phillida en el jardín, podría haber sido en el jardín que está detrás de la Mansión Delys. Hablando de la Mansión Delys...

Él no le dijo que el personaje de Lady Phillida Falworth se lo había sugerido Penny Lynn. Penny se acercó a la ventana que daba a la cubierta y miró hacia afuera.

—Se han ido —informó, volviéndose hacia él—. Serena y Dave se han ido. Hablando de la Mansión Delys, decía, ¿te parecerá demasiado fuera de lugar que mi alborozo contenga una pizca de depresión o tristeza?

—¿Tristeza?

—Estoy preocupada —confesó Penny—. Estoy preocupada por Serena, porque Serena misma está tan preocupada y aturdida que a veces apenas sabe dónde se encuentra y qué está haciendo.

—¿Es que alguna vez ha preocupado algo a Serena?

—No te dejes engañar por su modo de ser. Ella trata de impresionar mucho; siempre lo ha hecho. Por debajo de sus afectados bla-bla, es distinta.

—Bien, ¿y qué la preocupa?

—No lo sé, aunque podría tratar de adivinar. Ella no me lo ha confiado, por favor ¡compréndeme! Serena no haría confidencias a nadie acerca de algo que tuviera realmente importancia para ella, y a mí ni se me ocurriría mencionarlas, si me las hubiera hecho. Pero...

—¿Pero...?

—Ella habla conmigo un poco más que con otras personas. En las cosas que conciernen a sus asuntos propios, Serena es tan reticente que...

—Serena (y Dave también, por su parte) no solamente tienen reticencias acerca de sus propios asuntos. Son también misteriosamente reservados acerca de lo que no les concierne para nada, sino que afecta a otra persona.

—¿A otra persona?

—A mí.

Por algún tiempo había oído el revuelo que precede a la partida. Con órdenes lejanas, confusas, con un gran batir de espuma en la rueda de paletas. Él se estremeció, se movió y se apartó del muelle.

Mientras se dirigían una vez más corriente abajo por el Ohio, con *My Old Kentucky Home* en las notas del órgano del vapor, Jeff le contó a Penny lo de la carta de Ira Rutledge y la de Dave.

—Lo que este superlativo de los abogados familiares tiene que comunicarme, y a quién más lo debe comunicar, queda en un profundo, inexplicable secreto.

—Realmente parece extraño, ¿no? —Penny frunció el ceño—. ¿Has oído decir, Jeff, que probablemente van a vender la Mansión?

—Sí; no es nada secreto: me lo han contado. El posible comprador es un tal Earl

George Merriman de Saint Louis; la decisión le será comunicada el 1º de mayo.

—A Serena no le gusta eso; no le gusta nada. Bueno, por lo menos ya estamos en camino. ¿En qué hora estamos viviendo?

Jeff entró al baño, recuperó su reloj, y se lo puso en la muñeca.

—Son las once pasadas —dijo—, ¿te importa?

—No, desde luego. Pero no debemos quedarnos aquí de pie chismorreando. Será mejor que nos reunamos con los demás, o van a pensar que te quiero monopolizar.

—Yo soy quien te quiero monopolizar a ti, Penny; un día no muy lejano te diré cómo y cuánto quiero monopolizarte. En esta amplia y mundanal luz de casi mediodía, sin embargo, será mejor presentarnos para inspección. ¿Has viajado en este barco antes?

—No, en ningún barco a vapor.

—Antes que nos reunamos con los demás, ¿te interesaría hacerle una visita con acompañante? Por lo menos puedo mostrarte lo poco que he conocido de nuestro transitorio hogar flotante. ¿Te gustaría?

—¡Jeff, me encantaría! Ya he cerrado la maleta, déjame ponerla en el cuarto de Serena, y me gustará muchísimo ir contigo. ¿Conforme?

—Excelente, mi Circe de bolsillo. El enviarte al cuarto equivocado solamente fue un malentendido del ayudante del comisario: tu baúl te ha sido devuelto. Por aquí, entonces, y en pocos momentos más...

Inmediatamente, con una Penny muy atenta a su lado, rodearon la cubierta de deportes («Esos son los cuartos delanteros de los oficiales; no debemos pasar por ahí»), descendieron a la Texas y miraron en la sala de esa cubierta sin siquiera encontrar al por demás curioso señor Minnoch. Una vez en la cubierta de camarotes especiales, donde los pasajeros todavía permanecían acodados en las barandillas, Jeff la condujo adentro y bajaron por la gran escalera.

—Yo he estado *aquí* antes —le dijo Penny—. Esta es la Sala Plantación, donde comemos. Por allí más allá de esa entrada, está la Sala del Viejo Sur.

La Sala del Viejo Sur —con paneles color gris Confederado, con un gran escudo de estrellas y barras sobre un falso hogar, así como un mobiliario muy tapizado y una gran cantidad de mesas redondas a lo largo— parecía oscura a pesar de la luz que venía de afuera. En una mesa cerca del centro encontraron a Serena, Dave y Charles Saylor, estos dos últimos en un estado algo emocional. Serena y Dave estaban sentados; Saylor, de pie, mirándoles, como en mitad de su vuelo narrativo.

—¿Continúo? —preguntó.

—Mi querido amigo —dijo Serena, que parecía estar reprimiendo un bostezo—, no puedo pensar en nada que me interese menos. Sin embargo, si eso te causa placer...

¡Yo no digo que me produzca ningún placer! Pero tú no estás ofendida, ¿verdad?

Quiero decir, ¿no creés que es divertido?

—No teniendo embotado el sentido del humor.

No quiero decir divertido ja-ja, ¡maldición! Quiero decir...

Si, Chuck no necesita interpretar.

—Comprendemos muy bien tus buenas intenciones; ya lo has explicado suficientes veces. Nos ha estado contando cosas sobre G-l-a-m-i-s, que ha tenido buen cuidado de pronunciar Glams de la manera más precisa.

—Por supuesto que lo pronuncia Glams —gritó Dave, si ha hecho algo parecido a una buena investigación. Adelante, Chuck. Nadie te detiene.

—Yo no sé si es un hecho o sólo parte de la leyenda —continuó Saylor—, pero está mencionado en todos los relatos sobre el castillo de Glams que se hayan escrito. Buscaban el cuarto secreto, ¿os dais cuenta? —continuó, incluyendo a los dos recién llegados—. Fuera de cada ventana del castillo colgaron algo de color blanco bien visible, como una toalla o una funda de almohada. Es un edificio grande, por supuesto...

—¿Grande? —repitió Serena como un eco—. Debe ser positivamente enorme, si pudieron encontrar tanta ropa blanca.

—Por el bien del debate —pidió Dave—, ¿no podríamos dejar a un lado las argucias el tiempo suficiente como para oír esto? Saylor señalaba a ventanas invisibles.

—Cuando hubieron hecho esto, según la historia, quedó una ventana solitaria sin marca. Buscaron y buscaron; siguieron buscando hasta el día de hoy. Pero no pudieron encontrar la ventana del cuarto perdido. Es toda una historia, ¿eh?

—Sí, es toda una historia —convino Dave—, sólo que tales tácticas tampoco valdrían para la Mansión Delys.

—¿Por qué no?

—En primer lugar, no tenemos motivos para suponer que sea un cuarto en ninguno de los sentidos convencionales, o que exista ninguna ventana. Lo que necesitamos es un lugar que sirva de escondrijo secreto de alguna clase, que no está realmente escondido si se sabe mirar.

—En ese caso, Dave —el índice de Saylor se irguió—, debe haber un camino hacia eso desde el interior de la casa.

—Bien, ¿dónde se empieza a buscar un camino?

—Si me dejaran dirigir a mí, empezaría a mirar por las proximidades de esa escalera asesina.

—¿Escalera asesina? —repitió Penny, con la voz tartamudeante—. Creo que he estado en la Mansión como cualquiera, pero ¿qué quiere decir con eso de escalera asesina?

—No quiere decir nada —estalló Jeff—, salvo que nunca piensa en hada de lo

que dice.

Saylor había retrocedido, con el brazo izquierdo levantado como para atajar un golpe.

—¡Está bien! ¡Está bien! Dije que no hablaría de eso y no hubiera hablado, pero Dave no hace más que charlar y charlar hasta que me lo ha sonsacado. Esa es la verdad: ¡pregúntale a Serena! Y no es más que una fantasía mía, nada para alarmar o inquietar a tan bellas damas como estas dos.

—A mí no me inquieta, muchísimas gracias —le aseguró Serena—. Estoy hecha a prueba de golpes y libre de fantasías, al menos de fantasías supersticiosas. ¿Tú tienes alguna sugerencia sensata?

—Sí, la tengo. Le decía a Jeff en el desayuno que yo podría escribir a alguien; puede ser la determinación más sensata que pueden seguir ustedes.

—¿Qué?

—Existe un hombre en Estados Unidos que es la autoridad máxima sobre escondrijos secretos, pasajes ocultos y cosas así. Los ha estudiado por todas las Islas Británicas y en el continente europeo; en este país también. Hay más fuera que aquí, aunque tenemos algunos buenos en nuestro propio suelo. Así que este tipo es el hombre que ustedes necesitan.

—¿Por alguna casualidad se trata de Malcolm Townsend? —preguntó Dave.

—Sí, me refiero a Malcolm Townsend; él escribió un libro que es clásico. ¿Habéis oído hablar de él?

—Sí, he oído hablar. Hace un par de años escribió a mi padre y le pidió permiso para hacer un ensayo en la Mansión. Nuestro padre, recuerdas —Dave miró a Serena—, no quería que nadie se entremetiera en esos tiempos. Le escribió una respuesta cortés y le dijo que consideraba que era imposible. Pero la carta del señor Townsend todavía está allí, con su dirección de Washington. ¿Para qué piensas que he hecho un viaje especial a Washington ahora, sino para verle por el mismo asunto?

—¿Y le has visto, Dave? —preguntó Serena.

—¿Viajaría yo toda esa distancia para que no me atendiera? Bueno, echarme, no me echaron. Pero Townsend tiene que dar una conferencia, y también tiene una reunión con cierta sociedad de anticuarios. Pero todo va bien. Viene en tren; estará en Nueva Orleans el sábado por la mañana, sólo un día después que nosotros. Entonces tendremos algo de acción. Todavía pienso que el secreto está en ese cuaderno de bitácora que dejó el abuelo, si es que alguien puede hallar la clave.

En la entrada de la sala apareció la silueta corpulenta, uniformada en azul, y la faz colorada del capitán Joshua Galway, con Kate Keith solícitamente adherida a su brazo. Kate dijo algo al oído a su acompañante. Sólo habían dado uno o dos pasos más acá de la puerta; instantáneamente dieron la vuelta los dos y volvieron a salir.

Hubo un corto silencio.

—Los Galway —observó Dave— han sido yanquis por cerca de cien años. Naturalmente, tenían que decorar esta sala como para alegrar los corazones de Jefferson Davis y de Robert E. Lee —[Presidente y general en jefe de los confederados respectivamente]—. ¿Qué piensas, Serena? Nuestra Kate también está conquistando al capitán Josh.

—Mejor que no lo haga —dijo Serena—, o la esposa del capitán Josh blandirá un hacha sobre alguna cabeza. ¿No estás celoso, Dave? ¿No estás...?

Y entonces, el modo lánguido de Serena sufrió un cambio completo.

—Realmente, Penny —exclamó, levantándose de pronto—, hay algo que *tengo* que decirte. Debo decírtelo en seguida, y lejos de esta buena pero obtusa gente. Has querido tener unas palabras en privado con Jeff; ahora por favor debes permitirme una palabra en privado contigo. ¡Sin esperar; no puedo esperar! ¡No discutas, querida; ven conmigo!

Penny, con cara de protesta, pero con el mismo buen carácter de siempre, se dejó arrastrar fuera del salón.

Dave habló restándole importancia.

—Bueno, ¿os ha gustado eso? —dijo—. Allá va la chica sin ideas raras ni fantasías. Pero a la hora de la verdad: son todas iguales, Serena; Penny; ¡todas las hijas de Eva desde el comienzo de los tiempos!

—Sí, ha sido muy súbito —concedió Saylor— y es para pensarlo bien. Aunque en verdad, es difícil en este momento.

—No, no viene al caso; veamos dónde estábamos. El próximo sábado será 23 de abril. Eso nos da toda una semana para la búsqueda. Si el experto puede aparecerse con algo bueno de veras no podríamos hasta...

Pero Chuck Saylor no iba a permitir que Dave terminara. Saylor, claramente, ya se consideraba como uno de los buscadores.

—Si encontramos el cuarto secreto, Dave...

—¿Qué te pasa? ¡Eeehh!

Los ojos del otro, muy juntos sobre una larga nariz, habían vagado hacia el infinito. Ahora su mirada retomaba, vacilante pero determinada.

—Sólo estaba pensando...

—¡A ver!

—Si encontramos un cuarto secreto, y está en algún lugar de esa escalera...

—¿Qué?

—Sería el colmo de no sé qué, ¿verdad?, si encontráramos otro hombre muerto dentro.

U n tiempo después, cuando Jeff Caldwell pasaba revista a los acontecimientos subsiguientes a ese viaje río abajo, desde el almuerzo del martes hasta su llegada a Nueva Orleans, ya avanzada la tarde del viernes, comprendió que había visto o percibido poco, aparte de lo que era evidente. Fuera de uno o dos incidentes sin importancia no pareció nada en especial antes de la última noche de navegación, cuando amenazó de pronto con estallar algo demasiado grande.

El buque podía disminuir o aumentar su velocidad a discreción, con su silbato brindando siempre un hosco saludo a las naves que pasaban a su lado. Después de Louisville salvaron los Ox Bow Bends del Ohio. Luego, inmediatamente, el ancho Ohio se convirtió en el anchuroso Mississippi.

No bajó en Memphis, en las alturas de Fourth Chickasaw Bluff, en la margen izquierda. Ni vio tampoco Vicksburg, donde pasaron las primeras horas del jueves por la mañana. Natchez, decidió, sería distinto.

El tiempo pasó también entre múltiples conversaciones en las que se dijo poco. A insistencia de Jeff, apoyado por Serena, Penny y hasta Dave, se las arreglaron para disuadir a Chuck Saylor de hacer demasiadas especulaciones sobre el pretendido cuarto secreto de la Mansión Delys. Pero el rubio señor Saylor necesitaba estar especulando siempre sobre algo, y habitualmente sobre algo sensacional. Relató cada uno de los espantosos detalles de un caso que los periódicos llamaban «estrangulamiento en un nido de amor» de Nueva York, y trató calumniosamente a todos los involucrados.

La única dificultad real, tan inesperada como inexplicable, le ocurrió a Jeff con Penny.

Desde la comunicación de Serena, antes del almuerzo del jueves, Penny había cambiado. No es que tratara de evitarle, o que demostrara menos cordialidad, pero ya no parecía dispuesta, anhelante, ni especialmente interesada. Se había levantado entre ellos algún tipo de valla que mantenía a la chica fuera de su alcance. Cuanto más se daba cuenta él que se estaba enamorando de Penny, menos aliento recibía. Intentó hacer preguntas de tanteo ya el jueves por la noche.

Las diversiones de a bordo comprendían una orquesta de músicos blancos, cinco activos jóvenes con chaquetas de color castaño, camisas blancas, pantalones y corbatas negras. Después de la cena, casi todas las noches, tocaban para que los pasajeros bailaran en la sala de detrás de los camarotes especiales.

El martes por la noche, al compás de un vivo *fox-trot* de la obra *Hit the Deck*, Jeff y Penny daban vueltas al salón de baile semivacío, cuando ella dijo que no quería ir a

la cubierta a tomar aire.

—¿Hay algo que anda mal, Penny?

—¿Mal? Por Dios, ¡no! ¿Qué podría andar mal?

—Eso es lo que me he estado preguntando. ¿Te he ofendido de nuevo? ¿O te ha dicho Serena algo que causara ese cambio?

—¡No he cambiado un ápice! No es nada que tenga que ver contigo, por supuesto. Serena es amiga tuya, Jeff. Ella te estima; en privado lo demuestra. Y yo soy exactamente la misma que he sido siempre. Tú no eres absurdo con frecuencia, pero sí ahora.

Además, luego había tenido lugar esa conversación con Dave antes de la cena, cuando él y Dave terminaron sus cigarrillos en la cubierta Texas, al caer la tarde.

—Esta noche hay baile —anunció Dave, tarareando uno o dos compases—. No es de etiqueta ninguna noche, a menos que quieras vestirte para el baile del capitán, más tarde. Por lo menos, Penny no irá de gala. No se va a poner un vestido de fiesta, quiero decir, porque sino, tú probablemente le arrancarás de un tirón todo lo que lleve encima antes de concluir la primera pieza.

—Por el amor de Dios, Dave, ¿nadie va a dejar de gastarme esa fastidiosa broma?

—¿Qué hay de fastidioso en esta, o en cualquier otra broma? ¡Si nunca te preguntaste cómo sería Penny desnuda antes de que la vieras realmente así, no eres el hombre que yo creo! Yo me lo he preguntado con mucha frecuencia, ¡te lo aseguro!

—¡Eh, un momento! Este chiste de ver a Penny... de ver a Penny...

—¿Al desnudo, quieres decir? Sí, hasta hoy por la mañana, según entiendo...

—¡Pero...!

—¡Sí, ya sé! Ha sido un error; Serena me ha dicho que fue un error. Enviaron a Penny al cuarto equivocado, cuando tú entraste.

—¡Pero, Dave...!

—Pasó, ¿no es cierto? De alguna manera tenía que suceder. Tú probablemente no vas a echar la puerta abajo, y no creo que ella te vaya a invitar a observarla cómo se ducha. Kate Keith lo haría, otras quizá también; ¡pero no Penny!

Por supuesto, Dave nunca se hubiera referido a eso si Penny hubiera estado presente o al alcance del oído. Tampoco, por lo que sabía Jeff, lo había comentado con nadie más.

Pero ¿podría algún aspecto de ese infortunado asunto de la ducha explicar la presente actitud de ella? Aunque Penny lo había negado casi en el mismo momento en que ocurrió, ella a veces hacía observaciones que después estaban en contradicción con su conducta posterior. Él le había dado vueltas a ese tema antes de sus tanteos de esa noche, que sólo dieron por resultado una negación total.

Durante el baile del miércoles por la noche estuvo a punto de preguntárselo nuevamente, pero decidió abstenerse. Con Penny prácticamente en sus brazos,

aunque espiritualmente a millas de distancia, él no debía permitirse perder la cabeza y decir tonterías. ¡Tranquilo, Caldwell! ¡No apures las estocadas ni gastes pólvora en salvas!

El baile del miércoles fue precedido y cerrado por un incidente que pudo haber provocado una discusión. Después de cenar, la pequeña comitiva marchó hasta la Sala Plantación a través del amplio hall, donde las puertas de los camarotes se abrían hacia el interior en lugar de hacerlo hacia cubierta. Iban a la sala del piso de camarotes especiales, que estaba detrás de éstos, hacia el final. Kate Keith y Dave abrían la marcha; les seguía Penny con Jeff a su lado; Serena y Chuck Saylor iban lentamente, un poco más atrás.

—¡Señora Keith! —exclamó Saylor, que había estado tratando a Kate con arrolladora galantería desde que fueron presentados—. ¡Señora Keith!

Kate con su vestido amarillo de media etiqueta, se desprendió del brazo de Dave y se volvió.

—Hoy —entonó Saylor—, usted bajó del barco en Memphis. Se fue sola, desdeñando nuestra compañía. Cuando usted volvió, se murmura en Gath, llevaba un bolso de papel con el preciso contorno de una botella en su interior. Yo no quiero ser un entremetido; si he metido la pata, señora, usted me lo dice y me voy a volar cometas. Sin embargo ¿no le parece que debería invitarnos a su cuarto a tomar un refresco...?

—¿Hasta ese punto somos una banda de borrachines? —preguntó Dave mirándolo, desabrido—. ¿Necesitamos licor para sostenemos durante una velada? Si yo estuviera en tu lugar Kate, preguntaría en la tienda de regalos si tienen buenas cometas.

—¡Lo lamento, Dave! —se apresuró a pedir disculpas—. Pero ustedes saben cómo son éstas cosas.

—¡En verdad que sé cómo son! —suspiró Kate—. ¡Más tarde; por supuesto, sería *mucho* mejor!

El baile se balanceaba y giraba, compuesto en su mayor parte de fox-trots, alternados ocasionalmente con algún vals, y contaba con suficiente cantidad de acompañantes para cada muchacha. Penny, charlando de cosas triviales con Jeff, parecía más remota que nunca. Un buen rato antes de medianoche, cuando la orquesta decidió retirarse, se fueron hasta la sala de la cubierta Texas y se apoderaron de una de sus mesas rectangulares de caoba.

Kate desapareció un momento y volvió con un paquete envuelto en papel que pasó a Saylor por debajo de la mesa y cuyo contenido, inspeccionado subrepticamente, resultó ser una botella de forma cuadrangular, rotulada London Dry Gin.

—Nos dice bastante del carácter de esta dama —murmuró Saylor, cuando Kate se

llevó a Dave a otra mesa—. Entre otras cosas, no le falta la generosidad. Vamos a ver: mañana estaremos en Natchez, ¿no?

Así fue. Llegaron a Natchez hacia el mediodía del jueves.

En todos esos días, salvo en las comidas, casi no habían visto al enigmático, bigotudo señor Minnoch. Con su compañero de viaje (otro señor de edad mediana, tan delgado como macizo era Minnoch; y además tenía el pelo gris liso, en contraste con la calvicie de Minnoch), se pasó todo el tiempo masticando una serie de platos, en la mesa de cierta anciana y amable pareja que sonreía a todo el mundo. En otro sentido, los señores Minnoch y Bull se mantuvieron callados, sin manifestar ninguna curiosidad.

Jeff terminó el libro de cuentos policiacos que le había derrotado la primera noche, encontrándolos a la altura de la alta calidad del autor. Y le fascinaba la simple contemplación del río. Cuando pensaba que era pardo como un pantano, percibía matices de verde, de azul o de los tres colores juntos. Pero su preocupación por Penny no había disminuido. Si pudiera persuadir a Penny de que le acompañara a tierra en Natchez, vería cómo se comportaba ella fuera de esta atmósfera.

Penny en seguida estuvo dispuesta a ir. Como Serena y Dave optaron por quedarse a bordo, Saylor acompañaría a Kate Keith. Antes de que los excursionistas bajaran, sostuvieron una conferencia.

—Dave estuvo diciendo algo acerca del baile del capitán —observó Jeff—. Como llegaremos a Nueva Orleans mañana, ¿lo harán esta noche?

—O Dave entendió mal —dijo Serena— o, como siempre, no pensó en nada. Esto es una especie de crucero, sabes; la mayoría de los pasajeros volverán río arriba. El baile del capitán no se celebrará hasta que hayan llegado hasta Cincinnati. ¡Diviértanse, señoras y señores!

Si se podía denominar a Nueva Orleans una mezcla de elementos políglotas, la antigua Natchez parecía el mismísimo Viejo Sur en cada uno de los caminos, de las casas, de los árboles, desde la ladera que la convirtió en «Natchez de la Colina» hasta las lejanas y majestuosas mansiones grecorromanas.

Bajo un sol que adormecía, no demasiado cálido, el grupo compuesto por una docena de visitantes fue llevado en autobús para visitar varias casas importantes entre cuidados céspedes y jardines en flor. En el Garden Club, en sí mismo una mansión de importancia, Jeff vio en la pared un óleo que representaba a una mujer, acicalada belleza de la corte de Carlos II, que podría haber jurado era obra de Kneller.

Y más de una vez recibió de Penny un destello de esa comunicación ansiosa que le había demostrado antes de cambiar, aunque no comprendía, le bastaba con aceptar. Pronto estuvieron de regreso; y fue la misma Penny, junto a él en el autobús, quien hizo una sugerencia.

—Hemos tenido pocas oportunidades de hablar, ¿no es cierto? Quiero decir, de

hablar a solas. Como esta es nuestra última noche, ¿podríamos conversar esta tarde?

—En cubierta, ¿te parece?

—Sí, por supuesto. En la cubierta sin falta, me parece bien. ¿No te olvidarás?

—El riesgo de que me olvide, Penny, en el Lloyd's tendría todas las probabilidades en contra.

Se sentía tan apoyado, tan estimulado al volver al barco, que apenas oyó la pregunta de Saylor; Saylor quería saber quién se había empeñado en el duelo más sangriento que hubo al sur de la línea Mason-Dixon. [Línea que dividía los estados del Norte de los del sur, antes de la Guerra de Secesión].

Otra vez el batir de la rueda entre la espuma y el agua pulverizada. Zarparon de nuevo. Al poco rato, cuando el crepúsculo había comenzado a teñir el cielo, Jeff subió a lavarse antes de cenar. Todavía con el estado de ánimo exaltado, todavía lleno de prisa, subió por la escalera exterior, abrió de par en par la puerta de su cuarto, cruzó el marco de la puerta, que se levantaba algo del suelo, y se detuvo como si hubiera estado a punto de pisar una serpiente.

Lo que casi había pisado era solamente una hojita de papel de carta con el membrete del barco, una reproducción en colores de la embarcación misma, como se podía encontrar en cualquier escritorio del salón de la cubierta de camarotes especiales. Lo habían echado por debajo de la puerta durante su ausencia, y no contenía más que una línea y media mecanografiada en letra pequeña y pulcra, como por mano experta.

Cuando le sea cómodo, pruebe en Royal Street 701b. No tema nada, pero recuerde la dirección.

Eso era todo. Sin saludo ni firma; simplemente una dirección que no tenía significado alguno para él, con la exhortación igualmente misteriosa de que no temiese nada. ¿Por qué debía sentir temor nadie en determinado número de Royal Street: casa, tienda, o lo que fuera?

Pero había algo tan desagradablemente furtivo en esa pequeña nota, tan lleno de secreta sugestión, como un susurro, que a Jeff no le gustó nada. La levantó, se acercó a la ventana, y la inclinó hacia la luz. Todavía la tenía en la mano, cuando un golpecito en la puerta precedió a la entrada de Dave Hobart, seguido de Chuck Saylor, vestidos los dos con traje oscuro y corbata de color apagado.

Jeff les mostró la nota y les dijo dónde la había encontrado.

—¿Royal Street? —preguntó Saylor, inmediatamente alerta—. ¿Dónde está Royal Street?

—Si se trata de Nueva Orleans, lo que es presumible —respondió Dave—, Royal Street es una famosa avenida del Vieux Carré.

—Bien, pero ¿qué es Royal Street?

—Como lugar de compras —contestó Dave—, ha sido llamada nuestra Quinta

Avenida. Hay una diferencia. Se pueden comprar las joyas o las antigüedades más caras, y también se puede comprar una golosina barata que llaman praliné. ¿Esa descripción te recuerda algo, Jeff?

—No. Me parece recordar vagamente que, si te paras en Royal Street de espaldas a Canal Street, mirando en dirección a la Esplanade Avenue, los números pares están a la derecha de la calle y los impares a la izquierda. Entonces, el número 701...

—Dice 701b —indicó Saylor.

—Generalmente —explicó Dave—, la b significa bis, y entonces serían dos establecimientos separados, ya sea de familia o de comercio, en diferentes portales del mismo edificio. En nuestro barrio francés, sin embargo, no significa eso: 701b señala un edificio distinto al 701, pero ocupado por alguien distinto que el residente del 701.

»¡Un momento, un momento! —exclamó, tomándose de pronto la cabeza—. *Empiezo* a recordar. No te puedo decir qué hay en el 701b, pero te puedo decir muy precisamente qué hay en el 700, y qué era lo que había en el 701, en la acera de enfrente.

—¿Qué? —apremió Jeff.

—Es cierto que los números pares están a mano derecha. El número 700, en la esquina nordeste de Royal Street y St. Peter Street, es uno de los más célebres lugares que se pueden ver en la ciudad: el edificio Labranche, a veces llamado el edificio de encaje por el complicado trabajo en herrería de hojas y bellotas de roble en cada galería que da a la calle. Está erizado de hierro forjado; tiene más encaje de hierro que ninguna otra casa del barrio: es difícil pasar por allí y que no haya alguien fotografiándolo. ¿Comienzas a recordar ahora, Jeff?

—Sí. Y cruzando la calle...

—Cruzando la calle, el edificio de ladrillo del 701 fue siempre una famosa panadería. La panadería de Cadet Molon, a comienzos del siglo XIX. No podría decir quién le tiene ahora y mucho menos de quién o qué puede ser el 701b de la puerta siguiente. Sólo estoy tratando de fijar ideas para ayudarte, en caso de que sientas algún irresistible deseo de ir por allí.

—Sí —Jeff blandía el papel—, pero ¿qué clase de bromista puede mandar una nota así? Y, si se la tiene que enviar a alguien, ¿por qué a *mí*? Parece haber sido escrita con una máquina de escribir portátil.

—Eso parece —convino Saylor vivamente—. El bromista ha escrito con tu propia máquina, ¿no?

—Yo no traigo máquina; no me gustan las portátiles.

—Bueno, yo si la traigo y a mí me gustan. Pero no está escrita con mi Corona, podéis venir y comparar las escrituras. —Se dirigió a Dave—. Sin embargo, Jeff tiene razón. Se trate o no de una broma, ¿quién la ha mandado y por qué? ¿Tienes alguna

idea, Dave?

—No; ninguna. Seguramente tú quieres sugerir algo, ¿verdad?

—No se podría llamar una sugerencia, exactamente. Pero sólo estaba pensando...

—¿Sí, Hawkshaw? —[Personaje de una novela de Tom Taylor].

—¿No hay, o no había, un distrito íntegro de Nueva Orleáns en el que se podía practicar la prostitución legalmente?

Dave hizo un ademán.

—Sí, mi manantial de no sugerencias, había. En no menos de treinta y ocho manzanas del Vieux Carré las mujeres de vida alegre circulaban con todo su esplendor, libres de interferencias, a condición de que no armaran escándalos ni robaran a nadie. Fue la medida más prudente que jamás adoptó el gobierno local; funcionó con gran éxito durante veinte años, desde 1897 a 1917.

Luego unos condenados puritanos y mojigatos de Washington pensaron que eso podía corromper a nuestros soldaditos en la guerra que iba a terminar con todas las guerras —[Eso es lo que se decía de la primera guerra mundial]— y mandaron clausurar para siempre Storyville.

—¡Está bien, está bien! Pero si en esa dirección, por casualidad...

—¿En Royal Street? —exclamó Dave—. ¿Royal Street en nombre de Dios? Aun en los días de la mayor libertad, te lo digo yo, no hubieras encontrado una prostituta que tuviera su morada en Royal Street, con más seguridad que a todo el coro de ángeles tañendo sus arpas en el bar de Tom Anderson.

»Mira un poco, George Horace Lorimer^[6] —prosiguió Dave en un tono más razonable—. Os he dicho que no sé que encontrará Jeff en el 701b. Pero puedo decir lo que no encontrará, y es un establecimiento de la clase que tú piensas. En cuanto a la nota, creo que es mejor no mencionársela siquiera a las mujeres. No sé qué podríamos explicarles si la nombramos. Así que, por grande que sea la tentación, mantengamos la boca bien cerrada y guardemos silencio sobre la nota. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo. Es mejor no preocuparlas.

—Por supuesto, aunque esa nota me tiene bastante intrigado, estando las cosas como están. Me intriga y me choca, en realidad, porque no tiene sentido. ¡Pero en todo este maldito asunto nada tiene sentido!

Y así, después de otro largo debate, que no dejó cosa alguna en claro, bajaron finalmente a cenar.

En la mesa, Jeff dedicó tanta atención a Penny que todas las demás consideraciones quedaron excluidas de su mente. Aunque se dijeron poco entre sí, ya que Serena y Saylor hicieron el mayor gasto en la conversación, cruzaron sus miradas más de una vez: él no había perdido el sentido de comunicación que lograra esa tarde.

Más tarde, todo el grupo se dirigió escaleras arriba y esperaron hasta que comenzó a tocar la orquesta. Saylor salió a la pista con Serena, Jeff con Penny, Dave

con Kate. Además de las piezas del momento, los músicos la emprendían a veces con melodías de varios años atrás, *Down on the Farm*, *Barney Google*, *Nobody Lied*, y hasta llegaron a retroceder hasta *Dardanella*. Todo el mundo había cambiado de pareja varias veces, volviendo cada uno al acompañante con el que había iniciado el baile, cuando Jeff y Penny restablecieron por fin la comunicación totalmente.

Penny, una visión vestida de seda anacarada, comenzó a hablar en más de una ocasión. Jeff comenzó a hablar también a la carrera, justo en el mismo momento, y entonces ambos se callaron.

—¿Cuáles son tus pensamientos? —preguntó entonces él—. ¿Tendré que ofrecerte un penique por ellos, Penny?^[7]

—No, no lo hagas. No valen la pena. Y-yo realmente... ¡no quiero decir que ellos no valen nada...! Quiero decir...

—¿Vamos a tomar un poco de aire?

—Sí, por favor; me encantaría.

Al salir él con Penny afuera, Kate se inclinó por sobre el hombro de Dave.

—¡No os vayáis por mucho tiempo! Por lejos que sea, ¿eh?

Kate nunca evitaba decir trivialidades, aunque las hubiera repetido innumerables veces:

—¡No hagáis nada que yo no quisiera hacer!

—Eso es improbable, querida —le recordó Dave—. No tendré la suficiente falta de galantería como para aclarar el tema, siendo el hombre callado y fuerte que soy. Pero déjame decir...

La pareja que se alejaba no pudo escuchar lo que él quería decir. Salieron al aire libre por el lado de estribor; Penny desechó todo chal o pañuelo que impidieran a su cabello dispersarse al viento. Pero no soplaba la más leve brisa. Al ascender primero a la cubierta Texas, y luego a la más alta, hacia adelante, el río se prolongaba sombrío y misterioso, salpicado de luces muy suaves bajo la luna, que iba aumentando en resplandor.

El mismo sentimiento de expectativa parecía invadirles a los dos. Casi llegaban a la proa cuando Penny hizo un gesto hacia su izquierda.

—Allí está el órgano de vapor —dijo—. Es decir, ese es el teclado del órgano: las válvulas que lo hacen funcionar están en el techo, encima. Al mismo lado que tu camarote, sólo que hacia proa en vez de a popa. Espero que haya dicho bien los nombres, porque Serena siempre me corrige.

—Serena siempre está corrigiendo a todo el mundo.

—En el río, dice ella, no lo llaman órgano de vapor; lo llaman piano de vapor. Cuando salimos esta tarde de Natchez tocaba: *Hasta esta noche en él país del ensueño*, ¿recuerdas?

—Invitación que yo repito con todo mi corazón ahora. Es algo bastante parecido a

la región del ensueño, Penny; podría ser más que eso.

—Tendrías que decirme cómo —Penny alzó los ojos—. ¿Pero antes puedo pedirte algo?

—Por supuesto. Todo lo que quieras.

—Dave ya te lo ha pedido. Cuando llegemos a Nueva Orleans, Jeff, él no quiere que te quedes con tu tío o en el hotel. Quiere que te quedes en la Mansión. ¿Te quedarás allí? No te dejarás disuadir por ninguna charla estúpida sobre escaleras con fantasmas o fuerzas asesinas. ¿Querrás quedarte en la Mansión?

—Nada me gustará más, Penny, si es esa la petición que me querías hacer. ¿Tienes algún motivo especial para pedírmelo?

—Bueno, sí. No-nosotros nos hemos mudado a la casa de campo que tenemos junto al río, a poca distancia de la Mansión Delys. Tú podrías ir a buscarme a mí, y yo podría ir a verte con mucha más facilidad que si estuvieras en la ciudad. Si es de tener en cuenta eso, por supuesto...

—Es algo importantísimo para que yo lo tenga en cuenta. No creía que podía tener importancia para ti. Desde que Serena dio cierta información el jueves...

—Sí, Serena dijo algo. Pero ya te dije que no tenía nada que ver contigo, absolutamente nada. Y, de todos modos, debía haberle dicho a Serena en ese momento que no me importaba, lo que es cierto. En cuanto a si ha sido importante para mí el encontrarte —su suave voz vaciló—, ¡oh, Jeff, si supieras hasta qué punto lo es...!

Estaban de pie junto a la barandilla delantera de lo que en términos marinos sería el lado de estribor. La proximidad de Penny, ya embriagadora, le hacía perder el equilibrio al bascular hacia él. Pasó su brazo izquierdo alrededor de los hombros de ella, y su mano derecha por su cintura. Penny, sin ofrecer resistencia, y con buena disposición, se dejó atraer, cuando un leve estallido; detrás de la espalda de Jeff les hizo separarse de un salto como si se hubieran quemado.

Alguien, apenas algo más que una imperceptible forma maciza a la luz de la luna, estaba allí espiando.

—¡Bueno, bueno, bueno! —dijo una voz con tono pensativo.

La llama de un encendedor de bolsillo, al ser accionada por el pulgar de alguien, se elevó para iluminar los rasgos toscos y el fuerte bigote del hombre llamado Minnoch, con una gorra de tela echada sobre su frente.

—¡Bueno, bueno, bueno! —repitió—. No era mi intención entrometerme ni de alarmarles: fue un accidente. Pero...

Penny huyó. Alocadamente, sin pronunciar palabra, cruzó corriendo la parte delantera de la cubierta y dobló hacia el cuarto 339, al otro lado. Se oyó un portazo; Jeff rechinó los dientes y esperó.

—Repito que no era mi intención entrometerme ni alarmarles —repitió el recién

llegado con su fuerte voz—. Y lo siento, ¡de veras que lo siento! Creo que es mejor que me presente.

—Sí, indudablemente es mejor. También parece necesaria alguna explicación de su actitud.

—Así es, ¿no? Reconozco que le debo alguna clase de explicación. Mi nombre es Minnoch, Harry Minnoch, teniente Minnoch. De la Policía de Nueva Orleans —agregó—, soy policía.

—¿Policía?

—Así es; ha oído bien. Usted es sobrino del señor Gilbert Bethune, entiendo. Sí, soy de la policía; y no soy tan mal tipo si me llega a conocer.

—Muchos de nosotros podríamos renunciar a ese placer. ¿Y esa explicación de que hablaba...?

El teniente Minnoch bajó la llama del encendedor para inspeccionar algo del suelo, luego la apagó y se irguió.

—Nadie lo creería —dijo amigablemente—, una buena pipa de cerezo que se deshace en pedazos al caer al suelo... Se había apagado, eso sí; no hay peligro de incendio. Lo que yo decía...

—Si usted espera que yo sienta que la pipa se haya roto, va mal encaminado. Explique por qué nos está siguiendo otra vez.

—Bueno, vamos, ¡yo no lo llamaría seguir, exactamente!

—Entonces, ¿cómo lo llamaría?

—Vamos, vamos, joven, no se ponga violento. No ha habido intención de ofender; ¿insultaría yo al sobrino preferido del Fiscal de Distrito? Yo y Fred Bull (él es el sargento Bull, vea) estábamos en Cincinnati efectuando un trabajo profesional. Yo tenía pendiente un permiso; y Fred también; por eso estamos aquí. Hemos tenido que utilizar ciertas prácticas policiales para hacer que todos a bordo de este barco callaran sobre nuestra condición de policías. Es posible que nos hayamos excedido sobre nuestra autoridad; sí, creo que nos hemos excedido. Si usted piensa que le hemos molestado, me podría causar muchos problemas con sólo quejarse a su tío.

—Cualquier queja, teniente Minnoch, la dirigiré sólo a usted. No le hago caso al hecho de importunarme a mí. Pero cuando usted importuna a la señorita Hobart y a su hermano, por no decir nada de la señorita Lynn esta noche...

—Por el amor del dulce Jesús, señor Caldwell —en la voz del teniente Minnoch sonó una ronca nota de súplica— ¿quiere dominar su genio y tratar de calmarse? ¿No podemos hablar de esto de manera sensata?

—Parece que va a resultar imposible. Pero, si insiste usted en hacer una tregua...

—¡Así es mejor, mucho mejor!

—¿Sospecha que alguno de nosotros, o todos nosotros, estamos complicados en algún crimen?

—¿He dicho yo que sospechara algo de alguien? ¿Por lo menos, en algo que tuviera probabilidad de llegar a un tribunal? La respuesta es: no he dicho nada, esa es la realidad.

El teniente Minnoch se acercó a la barandilla lateral, apoyó sus codos sobre ella, y miró hacia el agua. Jeff hizo lo mismo.

—Sin embargo —prosiguió Minnoch—, he estado preguntándome si no debía hablar con usted. He sabido bastante de usted por su tío; sé que es escritor de libros, y que su tío tiene muy buena opinión de usted. El señor Bethune dice que me falta sutileza. ¿Sutileza es la palabra? Si entiendo lo que él quiere decir, sutileza es lo último que un policía puede necesitar o usar.

»Mi idea de un buen oficial de policía siempre ha sido el viejo Zack Trowbridge; me ascendieron a su puesto cuando él se retiró. Ahora Zack vive tranquilo; como todos los que se van. Y es un gran lector también, aunque yo terminé la escuela secundaria y él no. Fue un escritor quien le ayudó en el trabajo más importante que tuvo: lo admite él mismo. No es que yo crea que usted me puede ayudar a mí; su tío es el hombre de los casos raros. De todos modos, me he estado preguntando...

—Se ha estado preguntando —apuntó Jeff— si no debería hablarme ¿de qué?

—Bueno, verá, ahí está la cuestión. No le puedo decir gran cosa sobre eso a menos que lo haga el señor Bethune. Pero le puedo llegar a decir esto. Hemos recibido una información que podría causar el mayor ruido y alboroto desde el asunto Axeman, al fin de la guerra. Alguien quiere que volvamos a abrir lo que nuestro informador jura que es un caso de asesinato aún sin resolver.

El gran automóvil que se dirigía a la Mansión Delys corría por River Road, en las afueras de Nueva Orleans, poco después de las seis de la tarde del viernes 22 de abril, con un chófer negro al volante y tres pasajeros atrás.

Sentado entre Serena y Dave, Jeff iba pensando en lo ocurrido mientras hablaba.

—Durante la mayor parte de nuestro viaje —recordaba—, navegamos tanto tiempo pegados a la orilla izquierda, más que a la derecha o por el canal central, que estaba seguro de poder echarle un vistazo a la Mansión al pasar.

—Nadie podría haber visto la Mansión —le explicó Serena—, aunque hubiera querido. ¿Necesito explicártelo? Con esa lluvia...

Sí, la lluvia. Desde la hora del desayuno del viernes había llovido casi ininterrumpidamente, unas veces era una ligera llovizna, otras, una gran turbonada que oscurecía toda visión. Menos de media hora antes de llegar a Nueva Orleans, según la caprichosa modalidad de ese clima, la lluvia se disipó. Bajo el plácido cielo azul que anunciaba la noche, y con el órgano de vapor que tocó primero *Waiting for the Robert E. Lee* y luego *There'll Be a Hot Time in the Old Town Tonight*, atracaron majestuosamente en el desembarcadero de la línea Gran Bayou, sobre el muelle.

Dave Hobart, sentado a la izquierda de Jeff en la limusina Packard, por el River Road, se refirió a esto, entre otras cosas.

—Verás la Mansión muy pronto —dijo—. Pero me alegra que hayas decidido aceptar nuestra hospitalidad en lugar de ir a otra parte. Hasta esta mañana no he logrado una respuesta franca de tu parte.

—No quisiera molestar demasiado...

—No será ninguna molestia. Jeff, me pregunto si cuando desembarcamos viste también algo que vi yo.

—¿Qué?

—La primera persona que salió del barco, en cuanto arriaron con las cadenas eso que no sé cómo se llama, fue tu pequeña amiga Penny. ¿Te diste cuenta?

—Sí, me di cuenta...

—Estaba el venerable Cadillac que juro lo han tenido por muchos años, casi tanto como el venerable Pierce Arrow de antaño. Estaba el viejo Bertie Lynn —así describía Dave al padre de Penny— esperándola con ansia. Estaba su tío Gordon, huésped en su propia casa. Se llevaron a esa chica como si pensarán que alguien la quería raptar.

—Puede que alguien quisiera hacerlo.

—En el alboroto del desembarco —Dave apretó sus manos sobre los ojos— todo

se volvió confusión y barullo. ¿Dónde estaba Kate? Ni siquiera la vi. ¿Qué pasó con ella?

—Kate —contestó Serena— estaba con Chuck Saylor. Chuck la ha estado cortejando durante varios días. Él la iba a llevar en su taxi, o ella le iba a llevar a él en el suyo: algo así era, en fin.

Señaló al chófer negro a través del panel de cristal:

—Cuando vi a Isaac esperando en el desembarcadero y comprendí que había traído el coche como le telegrafíé desde Cincinnati, comprendí que no podía ofrecerme a llevar a todo el mundo. Podríamos habernos apretado para que entrara todo el grupo, pero no podríamos haber acomodado el equipaje; con el nuestro ya hay bastante. En cuanto a Chuck Saylor...

—¡Oh, Saylor! Olvídate de Saylor, ¿quieres? ¿Se ha comprobado si Kate estaba o no haciéndole el amor al capitán Josh Galway?

—No, Dave, seguramente no —le aseguró Serena—. El capitán Josh tenía cierta idea y todavía la tiene, pero eso no tiene nada que ver con Kate.

—¿Cómo lo descubriste?

—No estaba en la cabina del piloto cuando desembarcamos, cosa que todos vimos. No supervisó la entrada a puerto; eso lo atendió uno de los pilotos. No es frecuente ver la cara del capitán Josh sin una sonrisa. Pero esta tarde pasó por mi lado con un paso tan pesado como si llevara todo el mundo sobre sus hombros. Y dijo algo. No a mí; no se lo dijo a nadie; era la expresión de un hombre fuertemente atormentado. Simplemente murmuró: «¿Cuántos hay? Oh, Dios del cielo, ¿cuántos hay?», y pasó de largo. No entiendo qué habrá querido decir.

—Yo te lo puedo decir —se ofreció Jeff—. Anoche hablé con Minnoch.

—¡Ah, Minnoch! —dijo Dave, como en éxtasis—. ¡El buen teniente Minnoch! ¡El viejo Minnoch, espíritu de la justicia, el Gran Hijo de... la fuerza policial! Todos los caminos nos devuelven al círculo de Minnoch. Te suplico, Jeff, que nos repitas cada una de las palabras que te dijo.

Serena se irguió en actitud de protesta.

—¡Realmente, Dave! Desde esta mañana en el desayuno hemos repetido todo eso lo menos veinte veces. Seguramente —y sonrió casi con coquetería— no querrás que Jeff lo repita todo de nuevo.

—Sí, hermanita, eso es exactamente lo que yo quiero; y tengo muy buenas razones para quererlo. Si tú no ves la importancia que eso tiene y la que probablemente tendrá, es que no eres la chica inteligente que yo creía. ¿Y, Jeff?

Jeff miró a Serena.

—La actitud del capitán Josh —dijo— tampoco es muy misteriosa. Recordad lo que ha estado ocurriendo. El lunes por la mañana temprano, mucho antes de que el barco saliera de Cincinnati, Dave se desliza a bordo con la idea de mantener en

estricto secreto su presencia, en el camarote 240, durante todo el viaje. Arregla el asunto con el capitán Josh, quien no se queda satisfecho, pero finalmente acepta por ser amigo de la familia.

»Luego el teniente Minnoch y el sargento que le acompaña, un tal Fred Bull, abordan al capitán Josh con una petición de la misma clase. Aunque no quieren mantener en secreto su presencia, se aseguran de que nadie a bordo diga una palabra sobre que son policías. Parece haber empleado alguna clase de amenazas. Dave cambió de idea; pero ellos no. El capitán Josh ha tenido ya bastantes compromisos así, ¿eh? Casi ha tenido tantos como... como...

—¿Casi tantos —interrumpió Dave— como encuentros tú has tenido con Penny, en los que ella ha sido parcial o completamente desvestida? Pero esa no es la cuestión. ¡Escucha, muchacho! Me importan dos pepinos si amenazaron al capitán Josh con las leyes o le sobornaron con dinero de la policía o dijeron que le iban a hundir el barco en mitad del canal si se negaba a acceder. Minnoch no ocultó su presencia; ocultó su trabajo. ¿Por qué?

—Bueno...

—¿Qué fue lo último que te dijo, antes de que os separarais ayer por la noche? ¿Lo último de todo?

—Dijo: «No puedo impedirle que les cuente a sus amigos quién soy yo, o cualquier otra cosa que le he dicho. Pero estamos tan cerca de casa que ya no puede causar un gran perjuicio».

—Ya no puede causar un gran perjuicio. ¿Y antes de eso, Jeff? ¿Qué había estado diciendo ese Viejo Espíritu de la Justicia antes de eso?

Jeff reflexionó.

—Hace unos minutos, Dave, dijiste que no habías podido obtener una respuesta franca de mí hasta esta mañana. Yo no pude conseguir una respuesta más franca de Minnoch que de ti o de Serena. Pero ya os he dicho el quid del asunto. Cierta informador no identificado ha estado acuciando a la policía y a mi tío a propósito de un caso antiguo, de hace años, que el informador pretende que es un asesinato.

—¿Cuál fue este supuesto asesinato, y cuándo ocurrió?

—Minnoch dijo que no podía contármelo si tío Gilbert no lo hacía primero. Todo lo que consintió en decirme es que en noviembre hará diecisiete años que sucedió.

Dave profirió una exclamación de triunfo.

—¡Diecisiete años este noviembre! ¿Has oído, Serena? Apuesto el Tesoro de los Estados Unidos de Norteamérica contra una moneda de níquel a que el Viejo Espíritu de la Justicia se refería a nuestro asunto casero de la fractura de cuello de Thad Peters en la escalera.

—¡Dave, eso es tonto! —la voz de Serena sonaba con indignación—. ¡Te toleraré esas fantasías si insistes, pero es *tonto*! Un simple accidente que puede ocurrirle a

cualquiera...

—¿Podéis citarme otro caso que cumpla diecisiete años en noviembre? Sí, Iris March; sabemos que fue un accidente. Pero si alguien quiere problemas en este momento...

Dave se interrumpió.

—¿No se te ocurrió a ti, Jeff?

—Oh, sí. Se me ocurrió. Le dije: «Sea lo que fuere lo que ocurrió, teniente, ¿qué interés tiene usted en espiarnos a cualquiera de nosotros tanto tiempo después? En 1910 Dave Hobart y yo sólo teníamos quince años. La señora Keith no podría tener más edad; Serena Hobart tenía nueve o diez años cuando más, y Penny Lynn era menor todavía. ¿Por qué un interés tan tardío?».

—¿Y cuál fue la respuesta del Viejo Hawkshaw?

—Ya te la he dicho: «Bueno, dijo, ¿qué puede traerse entre manos cualquiera de ustedes ahora? ¿Usted mismo, o los Hobart, o incluso la señora de cabello oscuro y cuerpo bonito? No quiero incluir a la otra joven de tipo bonito. Ella está bien; es como la hija que nunca pude tener. Y yo no digo que haya nada en que se pueda uno interesar, entiéndame. Aunque, de todos modos, ¿qué podría traerse entre manos cualquiera de ustedes?».

—¿Y ahí quedo todo?

—Ahí quedó todo.

—¡Escucha, Dave —Serena alzó un hombro—, a menos que estés tratando de sentarnos sobre un hormiguero, lo que no lograrás, deseo que dejes este tema de una vez por todas! Y tú no debes preocuparte, Jeff.

—¿No debo preocuparme?

—Por Penny. Cuando Dave insinúa que Penny puede haber desertado de tu compañía, por dejar el barco tan pronto...

—¡Por Dios, Serena! —exclamó Dave—. Yo no he insinuado tal cosa. Nadie tiene la menor oportunidad con ella cuando ese burdo polizone ante cerca.

—Entonces, ¿te das cuenta? Jeff, poco antes de que el padre y el tío de Penny «se llevaran a esa chica», como dice Dave, tú y yo sabemos que te llamó y te pidió que le telefonaras pronto.

Jeff se inclinó hacia adelante, pensativo.

—Hay otra llamada que debo hacer. En una carta, el mes pasado, Dave pronosticaba que el tío Gilbert estaría en Bâton Rouge por cierto asunto de política. Según Minnoch, efectivamente está allí, y no volverá hasta el lunes. Yo quería darle la sorpresa, pero ahora no me parece una buena idea. Considerándolo todo, será mejor que le telefonee a su apartamento y le avise que he llegado.

Dave señaló con la mano hacia el lado derecho del River Road.

—Nuestro teléfono está a tu disposición. Y podrás usarlo dentro de un minuto.

Casi hemos llegado.

En Inglaterra, quizás, algún Delys del siglo XVI había ordenado la construcción de una pared que rodeara el terreno donde estaba la Mansión. Aquí no existía tal pared, ni nadie hubiera pensado construirla.

Alzándose bien lejos, detrás de encinas perennes cuidadosamente limpiadas de musgo negro, la Mansión Delys miraba al sur, hacia el río. El ladrillo y la piedra gris se habían oscurecido como los colores de una antigua pintura. Aunque solamente tenía dos pisos principales, con unas pocas ventanas de remate triangular que indicaban dependencias menores en un piso alto embrionario, cada planta se levantaba hasta gran altura, particularmente la de abajo, sobre una terraza de losas con una balaustrada de piedra. El camino de grava que también rodeaba una zona de césped con una estatua de Diana sobre pedestal de piedra, se dividía en dos ramajes ante los pequeños escalones bajos que subían hasta la terraza.

A pesar de que anochecía, el resplandor del sol incidía sobre las ventanas alineadas: cortadas en diagonal, cada ventana era un panel de cuatro cristales en forma de rombo, separados por columnas de piedra. Las partes bajas se podían abrir hacia afuera como pequeñas puertas. Muchas de la planta baja tenían cristales de colores. Proyectándose desde la mampostería entre los paneles de las ventanas, tanto en el piso alto como en la planta baja, destacaba una fila de ménsulas ornamentales de hierro en forma de flor de lys^[8].

Jeff no tuvo tiempo para especulaciones. Isaac, el joven chófer, detuvo el coche junto a los escalones que conducían a la terraza. Después de mantener abierta la puerta para que descendieran los pasajeros, desató las maletas de la parrilla trasera y bajó el otro equipaje de la baca.

Dave, a quien Serena trataba en vano de hacer callar, señaló un Ford modelo T, estacionado en el camino de entrada, donde se doblaba hacia la derecha, o sea al lado este de la Mansión.

—¡Pregunta para antiguos moradores! —anunció Dave—. En todo Nueva Orleans, ¿cuál es el único próspero personaje que todavía posee un Modelo T, y ese Modelo T en particular?

»Y hablando de automóviles, Jeff —agregó—, hay tres en el garaje, allá, detrás de la casa; este ataúd real, para uso oficial solamente; el de turismo, y un Stutz Bearcat para uso de Serena y mío. Te ofrecemos compartir el Stutz, si estás de acuerdo.

—Muy de acuerdo, gracias.

Dave subió bailando los escalones hasta la terraza de losas. En cuanto tocó el timbre la puerta en arco, maciza, de roble tachonado en hierro, fue abierta por el viejo Cato, que había sido mayordomo desde que Jeff tenía uso de razón.

El majestuoso vestíbulo de la planta baja, con su *boiserie* de roble, su famosa escalera, y su olor a piedra bien fregada, recibía ahora tan sólo una luz mortecina de

sol a través de las ventanas con vitrales sobre la puerta delantera. Cato saludó a Jeff sin sorpresa, como si éste hubiera visitado la casa todos los días durante los últimos años.

Dave, en medio del equipaje amontonado, aclaró su voz como un maestro de ceremonias.

—Hay una pregunta para el público —declaró—. La habitación que está sobre la entrada —y señaló hacia arriba—, es de Serena. Solía ser el dormitorio de huéspedes principal; pero se apoderó de él en su temprana adolescencia y lo ha venido ocupando desde entonces. Y la pregunta es esta: Serena, ¿dónde vamos a alojar al bueno de Caldwell?

—En el Cuarto de los Gobelinos, creo.

Serena se volvió fríamente práctica.

—Sí, en el Cuarto de los Gobelinos; le gustará. Podrías ocuparte de eso, por favor, Cato.

Y sin embargo, un cierto aire de preocupación envolvía a Serena y a Dave. Este no hizo sino aumentar, por algún oscuro motivo, cuando se reunió con ellos otra persona.

Si uno estaba de pie en el vestíbulo de la planta baja, tenía a la derecha otra puerta maciza que comunicaba con el salón de recepciones. Más allá se extendía el comedor, al que llamaban refectorio. Del salón de recepciones, alto, encorvado, entrecano, de voz y aspecto cadavéricos, salió el apreciable abogado de la familia, Ira Rutledge.

—¡Ah, Serena! —dijo, ajustándose las gafas y parpadeando en el crepúsculo—. ¿Así que han regresado?

—Eso parece bastante evidente, señor Rutledge. Cogimos el vapor en Cincinnati.

—Eso me dijo Cato, cuando llamé por teléfono por otro asunto. Para ser exacto, me informó que tú habías tomado el vapor. Ni siquiera me había dado cuenta de la ausencia de Dave.

Luego, levemente inquieto, se dirigió a los dos.

—Ha sido necesario, por el propio interés de ustedes, consultar ciertos papeles del despacho. Espero que no les importe. Como los dos estaban ausentes...

—¡Qué cosas tiene! —dijo Dave cordialmente—. Por supuesto que no nos importa. ¡Consulte lo que quiera; haga lo que le parezca! Pero su vista debe estar peor que lo habitual. ¿No hay nadie aquí que usted conozca a haya visto antes?

—Ese caballero, allí...

—¿Quiere decir que no reconoce a Jeff Caldwell?

—¡Es verdad! —exclamó el abogado, avanzando de pronto, y estrechándole formalmente la mano—. Me alegro de verte y darte la bienvenida, Jeff. Mayor será el gusto de tu tío, estoy seguro, cuando vuelva de Bâton Rouge. ¿Te espera él?

—No, al menos que yo sepa. Su carta, señor Rutledge...

¿Ah, sí? Me pregunto, Jeff, si puedo pedirte que me visites mañana por la tarde en mi despacho. A las dos, si te resulta cómodo. El sábado es un mal día, claro. Pero los abogados, como los médicos, no pueden tener en cuenta su comodidad. Si es también mal día para ti...

—Puede estar seguro de que iré, señor. A las dos en punto.

—¡Bien! Entonces, con el permiso de todos ustedes, es mejor que me vaya a casa a cenar. Me temo que Ford no es lo que era antes; y no debo causarle preocupaciones a mi esposa ahora, ¿verdad? Antes de retirarme, sin embargo...

De nuevo se dirigió a Serena y Dave.

—Sin deseos de tocar ningún tema delicado —agregó con un seco carraspeo en la garganta—, ¿puedo preguntarles si han llegado a alguna decisión definitiva respecto al 1º de mayo?

—No hay motivos para llamarlo un tema delicado —respondió bruscamente Dave—. Serena y yo todavía no nos hemos decidido; pero la respuesta probablemente será que sí. ¿Basta con eso?

—El 1º de mayo —meditó Rutledge— será domingo. Si el sábado es un mal día, el domingo lo es tanto, es preferible calificarlo directamente de penoso. Pero habiendo elegido la fecha ustedes mismos, me atrevo a decir que deben atenerse a ella. Al mismo tiempo, quisiera saber...

—¿Qué?

—Perdóname, muchacho. Me parece observar en ustedes dos algo más que una sombra de desconcierto o de inseguridad. Si el tema no es delicado...

Luego, de pronto, respiró aliviado.

—Vamos, ¡esta cuestión no debía haberse suscitado nunca! Me parece que veo y comprendo; no hablemos más de esto. Entonces, con mis mejores augurios para el futuro, permítanme que les desee buenas noches.

Cogiendo su sombrero de una mesa jacobina próxima a la puerta, les hizo una reverencia y se fue, cerrando la puerta tras de sí. Hubo un momento de silencio en el crepúsculo que se espesaba.

—Por el cielo, Dave —comenzó a decir Serena en voz muy alta—, ¡no vayas a decir que es un viejo enmohecido! Es mucho más sagaz de lo que podría pensar la gente.

—No te preocupes, hermanita. Podrá estar cubierto de moho, pero nunca le he tenido por un tonto. Y yo aprecio al viejo. En realidad, no estaba pensando en Ira para nada.

Dave estudió las grandes baldosas del piso. Durante ese intervalo Cato, ayudado por un joven que muy bien podría haber sido su nieto, estuvo tan activo en acarrear equipaje que ya no quedaba un solo baúl ni maleta por allí.

Girando para ponerse de perfil en dramática actitud, Dave apuntó con el índice

hacia el fondo del vestíbulo.

—¡He aquí esa cosa maldita! —dijo—. ¡He aquí la escalera que parece causa de todo el problema!

Serena y Jeff se volvieron también para mirar. Muy amplia, una pieza entera y sólida con pasamanos tallados y escalones algo gastados, se alargaba hacia arriba hasta entrar en una oscuridad casi total, en el piso superior.

—Habitada por trasgos y vampiros, ¿eh? —preguntó Dave, señalando todavía—. A ti, hermana mía, voy a reclamarte también una reflexión. Si yo no debo menospreciar a Ira Rutledge, no vayas tú a sobrestimar esos escalones ni su nefasto poder. No dejes que te afecten, chica. No te dejes asustar ni hipnotizar.

—Dave, ¿cuántas veces te tengo que decir que a mí no me afectan? Los únicos que parecen estar hipnotizados sois tú y quizá Chuck Saylor. ¡Desde luego, vamos...!

—Hay un precedente, Serena. Me parece recordar algo que decía Marmion en la tierra natal de Douglas^[9]. Sí, ¡ya recuerdo!

Adoptando una actitud aún más dramática, se remontó en el vuelo de la cita:

Aquí en tus dominios, con tus vasallos cerca,
¡te lanzo un desafío!
Y si tú has dicho que yo no estoy al par
de cualquier señor de Escocia en este lar,
de tierras bajas o altas, aquí o allá,
¡Lord Angus, tú has mentido!^[10]

—Pero esas palabras de Marmion tienen muy poco que ver con todo esto, ¿verdad? Acudamos a un párrafo de mi cosecha.

Y con esto, como completamente transportado, Dave increpó a los escalones.

—Vampiros y fantasmas y bestias de largas patas, espíritus malos todos que podéis oírme, escuchad: ¡*quedáis* desafiados! Atrapadme *a mí*, ¿por qué no lo hacéis?

Y se precipitó hacia los escalones, saltando por ellos.

—¡Atrapadme, echadme lazos, arrojadme rodando para hacerme morir! ¡Venid, yo os desafío!

—Dave —prorrumpió Serena—, ¿qué es lo que pretendes? ¡Ten cuidado! Casi es de noche ya; no se ve nada; sería fácil perder pie y...

En ese mismo momento en que ella hablaba, Dave pareció perder el equilibrio. Echó los brazos al aire, giró en redondo, y cayó de cabeza. Rodando sobre sí mismo, aunque sin hacer mucho ruido relativamente, llegó hasta el pie de la escalera y quedó tendido.

Soltando un grito, Serena corrió hasta la entrada, buscó en una fila de llaves eléctricas que había junto a la puerta, e hizo funcionar una de ellas. Una corona de grandes lámparas, con su pesado marco de hierro colgado de cadenas desde la viga central del techo, se encendió con su suave luz amarilla.

Al hacerse la luz, la silueta tendida se agitó. Dave Hobart, completamente sano y sin el menor síntoma de preocupación, se puso en pie de un salto como un gato de goma.

—¿Qué os ha parecido? —preguntó—. Por supuesto, lo he hecho a propósito. Es un truco de caída que aprendí en el gimnasio; me contaron que todos los actores cómicos lo conocen y lo usan. Tú misma eras una excelente gimnasta, Serena, antes de que el doctor te obligara a abandonar el ejercicio. Me he estado preguntando cómo Thad Peters, con su famoso sentido del equilibrio, pudo haber permitido que una caída así fuera fatal. Thad Peters...

Se interrumpió.

—Eh, ¿qué hay?, ¿qué pasa?

—¿Qué pasa? —repitió Serena, mirándole fijamente—. ¡Idiota! ¡Bestia! ¡Eres irremisiblemente algo que no quiero decir! ¿Tienes el valor de hacer un truco de esa clase, y todavía preguntas qué pasa?

—No hay nada como una demostración, ¿verdad? Tenía que ver si algo podía conmover tu compostura. Si lo he hecho de una manera demasiado realista, lo siento; no tenía mala intención. Además...

Por más que tratara de fanfarronear, Dave no fue convincente, no hizo esfuerzos por ser convincente.

—No toméis demasiado en serio lo que voy a decir ahora. Sé que lo he imaginado o lo he soñado.

Se dirigió a Jeff.

—Mientras estaba en esa escalera, muchacho, ¿oíste tú a alguien?

—¿Que si oí a alguien?

—¿Oíste a alguien que estuviera aquí además de nosotros?

—No; ¿a quién habría de escuchar? Te he oído a ti gritar tu desafío de comedia a los fantasmas. He oído a Serena decirte que tuvieras cuidado, que podías resbalar. Es todo.

—Sí, eso fue todo; y sin embargo es muy extraño.

Dave hizo un pase hipnótico.

—Cuando Serena gritó para prevenirme, y me volví para hacer el truco de la caída, juraría que una vocecita en mi oído murmuró también: «Cuidado». Lo he imaginado, lo he soñado; ¡eso es seguro! Pero juraría que he oído esa voz, y por unos segundos me asustó un poco al caer.

Poco más se dijo sobre lo que podría haber o no en los escalones. Serena y Jeff no hicieron preguntas; Dave no ofreció ninguna información ni teoría.

El Cuarto de los Gobelinos, un dormitorio que daba al exterior en el ángulo sudoeste de la Mansión, le hizo recordar a Jeff que lo había visto antes. Parecía razonablemente cómodo si bien igualmente austero, con las tramadas escenas gris-verdosas de caballeros con gorgueras jugando a los bolos o de damas y caballeros, también con gorgueras, sobre fondos ceremoniosos. El baño, en el que Jeff se lavó para la cena, habría sido moderno en los primeros años de este siglo.

Cuando bajó más tarde, Cato le condujo hasta el único teléfono de la casa, al fondo del vestíbulo principal. En la sección de Información le dieron el número de la casa de campo de los Lynn, que no estaba muy lejos de allí. Pero la línea estaba ocupada. De modo que llamó al apartamento de su tío y le informó de su paradero a Melchior, el más eficiente y ansioso de los criados. No hizo más que colgar el receptor cuando Cato anunció la cena.

Durante ella, a la luz de las velas del enorme refectorio de pesadas vigas, Serena estuvo preocupada y silenciosa, mientras que Dave habló hasta por los codos sin decir gran cosa.

—Si estás mirando al aparador, Jeff —observó—, la bandeja y la jarra de plata (esa jarra en particular, al menos) ya no están a la vista. Si estuvieran ahí para examinarlas, tampoco podríamos decir gran cosa ahora.

Los tres compartieron una botella de auténtico Sauternes. Aunque los vinos franceses pocas veces soportan bien los viajes, éste resultó excelente, tan absolutamente bueno como la comida.

—Sí —comentó Dave—, Washington Jones todavía es nuestro cocinero. Su repertorio puede carecer de variedad; pero nunca le ha faltado pericia. El pollo frito al estilo del Sur, como podrás comprobar, no estaría hecho mejor en *Antoine's* o en *La Louisianne*.

Después fumaron un cigarrillo mientras tomaban café y brandy Armagnac, y luego fueron hasta la sala. Allí, indecisos, se dirigían hacia el vestíbulo cuando sonó el teléfono. Antes que pudiera atenderlo algún sirviente u otra persona, Serena corrió a apoderarse de él.

—¡Es para mí! —exclamó, acunando el teléfono contra su pecho. Aunque su voz permaneció evasiva, pareció aumentar su aire preocupado y un leve rubor tiñó sus mejillas.

Para disimular que ambos estaban escuchando, aunque fuera a medias, Dave y

Jeff comenzaron a examinar la colección de armas de los siglos XVI y XVII, expuesta sobre las paredes recubiertas de roble. Poco más dijo Serena antes de colgar el teléfono y correr a reunirse con ellos.

—¿Alguno de vosotros va a salir esta noche? —preguntó.

—No, creo que no —respondió Dave—. Al menos, yo no ¿Y tú, Jeff?

—Tampoco. A menos que Penny...

—Lo pregunto —dijo Serena— porque yo voy a salir. ¿No te molesta si me llevo el Stutz, Dave?

—No, claro que no —Dave señaló al teléfono—. ¿Quién era, chiquilla?

—Oh, nadie en particular; no importa. Y tampoco me preguntes a dónde voy; voy al centro, nada más. Pero no te sorprendas si llego *un poco* tarde.

Deteniéndose sólo lo suficiente a buscar su bolso, Serena salió rápidamente. Pocos minutos después oyeron el zumbido de un coche que rodeaba el lado este de la casa y se perdía por el camino. Dave se volvió hacia su compañero.

—¿Estás pensando lo que yo?

—Yo no sé qué es lo que piensas, Dave.

—Pues deberías saberlo, muchacho. Con toda seguridad que deberías saberlo. ¡Esa chica...!

—Perdóname a *mí* por un momento.

Entonces fue Jeff el que se dirigió al teléfono, y de nuevo pidió el número de los Lynn. La deferente voz femenina que le habló, evidentemente una sirvienta, informó que la señorita Penny no estaba allí porque había salido. Dave se acercó a la mesita del teléfono.

—Sin suerte, ¿eh? Bueno, no importa. Como sé que no soy la compañía más brillante posible esta noche, Jeff, me pregunto si te gustaría hojear el cuaderno de bitácora del comodoro, el viejo diario del que te hablé por lo menos una vez y probablemente más de una. ¿Te interesa mirarlo?

—Sí que me interesa muchísimo. ¿Dónde se guarda?

—Donde lo guardaba mi abuelo, y mi padre después de él. En la caja fuerte de la habitación que ambos usaban como despacho.

—¿Sabes la combinación de la caja fuerte?

—Naturalmente, aunque nadie ha necesitado saber la combinación durante años. No está nunca cerrada. Si quieres seguirme, Jeff, podemos...

La voz se fue desvaneciendo. El zumbido de un coche, acercándose por el camino a no mucha velocidad, se hizo más fuerte, al acercarse a la casa.

—Bueno ¿qué te parece? —exclamó Dave—. Si mi imprevisible hermanita ha cambiado de idea y vuelve...

Se dirigió a la puerta y la abrió.

—No es Serena —dijo, mirando hacia afuera—, porque el coche no es siquiera un

roadster. Es un sedán; parece un Hudson, y eso probablemente quiere decir... Sí, Jeff, será mejor que salgas. ¡Es Penny!

La noche, a pesar de sus promesas de buen tiempo, se había puesto nublada. Una ráfaga de viento barrió el parque mientras el automóvil giraba y se detenía a lo ancho de la terraza. Dejando la puerta de la entrada abierta de par en par, Dave y Jeff cruzaron la terraza y descendieron para salir al encuentro de Penny, que se inclinaba para sacar la cabeza por la ventanilla izquierda con expresión de cierta alarma.

—¿Dónde está Serena, por favor? —comenzó—. ¡Tengo que hablar con ella!

—Lo siento, pero no puedes. Hasta tu llegada, Penny, todos menos Serena hemos echado de menos a los demás.

Dave pareció contagiarse un poco del estado de ánimo de Penny.

—La ha llamado por teléfono alguien que no sabemos y se ha marchado corriendo, no hace diez minutos. ¿Es algo importante?

—No lo sé, pero creo que puede ser muy importante. ¿Ha dicho ella dónde iba?

—Simplemente a algún lugar del centro. Ya conoces a Serena; no es fácil que diga nada. ¿Tienes tú alguna idea de adónde ha ido?

—No lo sé tampoco, pero puede que lo adivine. Nadie utiliza mucho este coche, excepto yo, así que he podido cogerlo. Hasta es posible que logre encontrarla si —y Penny miró suplicante— ...si Jeff quiere venir conmigo...

—Estoy a tus órdenes, como siempre —dijo el sujeto en cuestión—. ¿Subo delante?

—No, Dave —sugirió Penny, cuando Jeff daba la vuelta al coche y Dave hacía un gesto como para seguirle—. Es solamente un presentimiento tonto, es probable que esté equivocada. Y, en estas circunstancias, no creo que sea conveniente llevarte con nosotros. Pero, en vista de las circunstancias, también creo que comprenderás.

—¡Oh, ya comprendo! Los asuntos de Serena deben seguir siendo asuntos de ella, al menos para otro miembro de la familia.

—¡No he querido decir...!

—Sé que no lo has querido, Penny. Si algunos de sus amigos están preocupados por lo que ella está haciendo, tienen derecho a preocuparse y yo les aplaudo. Adelante, Jeff. ¿Quieres llevar tu...?, pero, tú no usas sombrero; nadie de nuestra generación ha usado sombrero desde que estuvimos en la facultad. ¡Buena suerte en vuestra pesquisa! Yo me iré a comulgar con el cuaderno de bitácora.

Otra ráfaga de viento hizo un remolino sobre el césped cuando Jeff se acomodó en el asiento delantero y cerró la puerta.

—¿Quieres que conduzca yo, Penny?

—No, gracias; soy más hábil de lo que parezco.

Rodaban suavemente hacia el camino principal cuando Penny se volvió para hablar. Aunque excitada, seguía absorta y algo lejana.

—Mira —dijo—, esta idea mía puede ser aún más ridícula de lo que yo pienso. ¿Puedes soportar que lo único que logremos sea que se rían de nosotros por lo que hacemos?

—Con toda tranquilidad; aunque sería preferible saber qué estamos haciendo. ¿O ahora te toca, a ti ser misteriosa?

—¡No me hago la misteriosa, de veras! Dave cree que hay un hombre en la vida de Serena; yo estoy casi segura de que existe, por ciertas observaciones que ella ha dejado traslucir. A propósito, ¿qué quiso decir él con eso de comulgar con un cuaderno de bitácora? ¿Se refería a comulgar con una rueda de molino o algo así?^[11]

—Se refería al libro o cuaderno de bitácora que llevaba el viejo comodoro. Dave dice que contiene algún indicio sobre el tesoro escondido.

—Quisiera saber —comenzó a decir Penny, volviéndose para mirarle y concentrándose luego en el volante— si el pobre Harald Hobart perdió realmente tanto dinero como dice mi padre. Eso no preocuparía a Dave, aunque podría preocupar a Serena. Y no es esa la cuestión de la que yo quiero hablar. Dave teme que Serena, que siempre ha sido tan cuidadosa de tener compañías recomendables, pueda haber encontrado a alguien que es de lo *menos* recomendable.

—Entonces, vamos a buscar a Serena. Pero ¿en dónde la vamos a buscar?

—En Bourbon Street. Es un bar clandestino.

—¿Tú en un bar clandestino? ¿Serena en un bar clandestino?

—Sí; ¿por qué no? —Penny habló rápidamente—. Tú sabes que entre los clandestinos hay bares y bares. Algunos son terribles, por supuesto. Los mejores, casi todos restaurantes donde sirven tan buenas comidas como bebidas, se han vuelto muy respetables. El lugar al que vamos es una especie de club nocturno, también razonablemente respetable. Se... Se...

—¿Qué?

—Se llama *El zapatito de Cenicienta* y es conocido como confitería. En cuanto a bebidas, solamente sirven ajenjo en tacitas de café. Si la gerencia no te conoce, lo que te sirven es realmente café, a un precio exorbitante. ¿Es cierto, Jeff, que el ajenjo ha sido prohibido hasta en Francia?

—Técnicamente es ilegal, pero tienen un sustitutivo lícito; cierto mejunje verde de lo más pernicioso llamado Pernod, que da un golpe tan mortal como el ajenjo verdadero. No me interesa mucho.

—A mí tampoco me gusta el ajenjo, aunque puedo tomar un poco y hacer como que me bebo el resto. Pero Marcel me conoce; fueron Serena y Dave los que me llevaron allí, así que mi acompañante no será interrogado. —Penny tiritó—. ¿Te das cuenta? Por más libre de prejuicios que me crea, no habría sido capaz de ir a ese lugar *sola*.

—La verdadera cuestión, Penny, es qué haremos cuando estemos allí.

Supongamos que nos encontramos a Serena, sentada junto a su ajenjo, con su personaje altamente indeseable; alguien de mala catadura o incluso un gánster. ¿Qué hago? ¿Me encaro con él y le digo: «Es usted un personaje indeseable, señor; váyase al infierno»?

—¡No, ni pensarlo! ¡Por el amor de Dios! No hay nada que podamos hacer, aunque quisiéramos. Además, el hombre en cuestión no será nadie de esa clase. Estoy segura, por las alusiones que ha hecho la misma Serena, que se trata de alguien que todos conocemos. Y cuando digo «todos», por supuesto no te incluyo a ti; tú has estado fuera mucho tiempo... ¿Qué pasa, Jeff? ¿Tienes alguna reserva mental?

—Sólo que esto me parece un poco de espionaje. ¿No tiene derecho esa chica a su propia vida amorosa?

—¡Sí, claro! Pero que el hombre sea socialmente presentable, después de todo, no es una garantía de que ella no esté mezclada en una situación que podría ser desagradable y hasta peligrosa. ¡Ay, espero que no exista una situación así; espero que no! Serena es tan... tan reservada, tan terriblemente difícil...

—Mientras que tú —preguntó Jeff con fuerte sarcasmo—, no eres ni reservada ni «difícil», supongo...

—¡Yo no soy nada reservada! Y, aunque es algo terrible de admitir, en mi corazón ni siquiera soy difícil de conformar. Eso es lo que debería haberle dicho a Serena directamente, cuando ella me contó...

—¿Cuando ella te contó qué? Anoche, antes que nos interrumpiera ese policía al que Dave llama el Espíritu de la Justicia...

—Qué mal estuvo, ¿no? —dijo Penny con suave intensidad—. Y yo me porté otra vez como una idiota, según mi costumbre.

Levantó sus ojos brevemente.

—Tenemos que volver a la noche de ayer, Jeff, y empezar las cosas donde las dejamos. Pero no ahora, por favor. ¿No ahora?

—Cuando tú digas, Penny.

—¿Sin más reservas?

—Ninguna. Y si tú lo deseas, mi vida, con gusto me encararé con ese demonio y le tiraré de las patillas.

Quedaron silenciosos, cada uno ocupado con sus pensamientos personales. Después de un recorrido bastante largo, que para Jeff, con Penny al lado, fue demasiado corto, se zambulleron en las luces titilantes. Tomando un camino que dijo iba a ser más corto, Penny entró desde el noroeste. Ya eran más de las diez de la noche, cuando él vio una escena familiar.

Bajo altas y pálidas lámparas y letreros luminosos, Canal Street arrastraba su gran amplitud hacia el sur, en dirección al río, con su tránsito diezmado. No se podía estar cinco minutos en el centro de Nueva Orleáns sin percibir la atmósfera despreocupada

ni responder a su espíritu de tolerancia.

Como Penny no quería llevar el coche por las estrechas calles del Vieux Carré, dejó el Hudson en University Place, en la parte que aún llamaban el lado americano. Cruzaron a pie Canal Street hacia el lado francés. Después de pasar Burgundy Street y Dauphine Street, torcieron hacia la izquierda para tomar la gran avenida que buscaban.

Bourbon Street y sus habitantes, por la noche, tenían ese aire levemente esquivo, ligeramente furtivo, que quizá todos habían adoptado desde que la calle existía. En la *banquette* de la izquierda, con el hombro derecho de Penny tocando su brazo izquierdo, Jeff se sintió inmensamente protector todo el camino.

—¿Qué estás pensando ahora, Jeff?

—Mi pensamiento principal, como me pediste, lo archivaré para una futura consulta. Un pensamiento secundario...

—¿Cuál es ese pensamiento secundario?

—¡La prohibición! —estalló Jeff. Por su mente trazaban una fina escritura las maldiciones que no pronunciaba. Aquí, la prohibición parece tan irreal como antinatural, como lo parecería en París o en Viena.

—No dudo que es antinatural; y ciertamente es irreal. Sigue llegando tanto licor por barco que nunca ha habido realmente escasez. Los que pescan en la desembocadura del río salen al encuentro de los barcos que llegan y tapan grandes cargas de botellas con langostinos u ostras hasta que pueden vender la carga en la ciudad. Eso es lo que me dicen los amigos; yo no estoy *au fait* de todo. *El zapatito de Cenicienta...*

—¿Está eso lejos de aquí?

—Está a cierta distancia. Pero no demasiada, en realidad. Entre Dumaine y St. Philip Street, no muy lejos de la Herrería de Laffite. Jeff, ¿por qué imaginarán semejantes cuentos absurdos? Ya sobre la Vieja Casa del Ajenjo que está allí o sobre esa que dicen que era una herrería... Hay suficientes lugares extraños sin necesidad de inventar leyendas sobre ellos.

Jeff no hizo ningún comentario. Un viento travieso silbaba y gemía por encima de los techos. Al cruzar la intersección de St. Peter Street, se le ocurrió que debía estar cerca del número 701b de Royal Street, cuya dirección escrita a máquina dormía escondida en la seguridad del bolsillo interno de su chaqueta, sobre el pecho, y que tenía intenciones de investigar al día siguiente.

En un punto que estaba apenas tres manzanas cortas más adelante, todavía en la misma acera de la calle, Penny le condujo hacia la pared. Entre dos edificios bastantes ruinosos, revocados de gris y amarillo respectivamente, un pasaje abierto con piso de ladrillos conducía a la puerta de una tercera casa, sin luces, que apenas podía distinguirse sumida en una incierta lobreguez.

Mientras andaban a tientas por el pasaje, Jeff creyó oír una débil música. Penny apretó el timbre que había a la derecha de esa puerta. Cuando se abrió, habría parecido que el interior también estaba oscuro de no ser porque se filtraban destellos entre las pesadas cortinas que colgaban, como una barrera, tres pasos más allá de la puerta.

El hombre que les dio entrada primero cerró la puerta de la calle. Después de recorrer una cortina, de rico carmesí, de modo que el resplandor cayera sobre Penny y luego sobre Jeff, les hizo seña de que entraran. Era un hombre joven, de rostro atezado, robusto, vestido de etiqueta, con frac y corbata blanca. Aunque Penny se dirigió a él con el nombre de Marcel, parecía más italiano que *créole*.

—Buenas noches, Marcel. Este caballero es un amigo mío, el señor Caldwell.

—... noches, señorita Lynn. ... noches, señor. ¿Una mesa para dos cerca de la orquesta?

—Si no le importa, Marcel, nos gustaría echar una mirada por los dos salones primero. A propósito, ¿está aquí la señorita Hobart?

—¿La señorita Serena Hobart? No, señorita. No la he visto en ningún momento: al menos esta noche. Usted es cliente, señorita Lynn; todo amigo de usted es bienvenido.

Habían llegado a un vestíbulo o salón de entrada, muy ancho, pero no muy profundo, con gruesas alfombras y decorado con muchos adornos en carmesí, blanco y dorado. En el *vestiaire*, detrás del mostrador, y a través de un hueco en la pared de la izquierda, presidía una joven que, lejos de lucir la escasa vestimenta tradicional de las chicas que reciben los sombreros en los clubes nocturnos, llevaba un vestido a la moda medieval, de falda larga aunque de bajo escote, representando a una belleza del baile de Cenicienta.

—Aquí contratan a varias orquestas conocidas —observó Penny, señalando.

Un cartel sobre un caballete dorado informaba a Jeff, al cual le tenían absolutamente sin cuidado las orquestas, que *El zapatito de Cenicienta* ahora presentaba a Tommy Nosequién y sus Muchachos. Esto se hizo evidente de inmediato: desde una arcada abierta al fondo del vestíbulo, surgió el sonido con una especie de furia religiosa, seguido poco después por la voz del tenor de los Muchachos con la exaltación de un mitin de predicadores.

¡Cuando la ansiedad te persiga canta Aleluya
Y eso hará tus penas volar!
¡Cuando la ansiedad te persiga, Aleluya
el peor día hará pasar!

Nuevamente, Penny señaló:

—Ahí detrás —explicó— hay dos salones que se comunican, en línea de derecha a izquierda. La orquesta está en el salón más alejado, al extremo izquierdo; por eso es

tan amplia esta entrada. No tienen bar; es decir, no tienen un mostrador para el bar. Hay que sentarse a las mesas para que le sirvan a uno. Por aquí, Jeff; derecho.

Con el solícito Marcel revoloteando, hicieron su inspección.

Los dos salones, que eran poco más que un gran cuarto separado por otro abovedado, estaban oscuros, iluminados tan sólo por un reflector azul que vagaba de aquí para allá, y un poco de resplandor que venía desde el tablado alto que albergaba a la orquesta. Cada salón tenía un pequeño espacio libre para bailar, rodeado de mesas para dos y para cuatro. Sobre el blanco mantel de cada mesa había un sifón de soda, tazas, platillos y cucharas, así como un recipiente plateado para los cubos de hielo. En el aire espeso de humo de tabaco y el húmedo aliento anisado del ajeno, ambos salones parecían bastante concurridos sin estar atestados, ni siquiera llenos. Nadie vestía de gala excepto los camareros o ayudantes. La mayoría de las parejas bailaban; algunas simplemente estaban sentadas y escuchaban con embeleso.

Después de echar una mirada a las mesas del primer salón, Penny condujo a su compañero al segundo. En una mesa próxima a los que bailaban, Jeff observó a una pareja: la mujer, de cabeza pelirroja bien formada, de espaldas; el hombre, de fuertes hombros y ya calvo a sus apenas pasados cuarenta años. Debería haber mostrado el mejor buen humor, y sin embargo no era así. Pero levantó la mano para saludar a Penny, que le devolvió el saludo con aire ausente.

Todavía nada de Serena. Penny llegó incluso a abrir una lejana puertecita adornada con un dibujo al pastel de la misma Cenicienta, desapareció por unos momentos y volvió meneando la cabeza.

—*Et alors, madame, monsieur?* —insinuó Marcel.

—Hay *bastante* ruido —dijo Penny, con lo que Jeff estuvo de acuerdo cordialmente—. Si no le molesta, Marcel, ¿podría darnos una mesa en el primer salón...?

Cuando estuvieron instalados en una mesa junto a la pista, el lugar de Marcel fue ocupado por un camarero. Al preguntarles en francés si *madame* o *monsieur* deseaban pedir algo, Penny replicó en el mismo idioma que ambos tomarían la especialidad de la casa. Retirando dos tazas con sus platillos, el mozo volvió en seguida con ambas tazas a medio llenar con el líquido verdoso que Jeff suponía. Acabó de llenar las tazas con soda ya tan fría que no fue necesario poner hielo a la bebida.

—¿No es mejor que hagamos un brindis en honor de la ausente Serena —sugirió Penny—, ya que no podemos beber con ella en persona? No está aquí, Jeff no está en ninguna parte: yo debía haber sabido que no iba a estar.

—¡Por Serena, entonces! Pero después —dijo Jeff cuando ambos hubieron bebido y dejado la taza sin hacer gestos—, ¿por qué no un brindis por nosotros? ¿Ó preferirías bailar?

—No; quedémonos sentados aquí un minuto o dos, por favor. Serena no está aquí

y tampoco ha estado; Marcel no mentiría en una cosa así. Además, no se cita una con un amante secreto en un bar clandestino; o, si lo hace, no se queda allí mucho tiempo. ¡Sí, por nosotros! —suspiró Penny, mirándole con cierta intimidad—. Pero podría beber con más entusiasmo si esta bebida estuviera destilada de alcohol más sano en lugar de ajeno. Y... Y...

—¿Qué es, Penny? ¿Qué te pasa?

—Desde que llegamos aquí, Jeff, ¿no has tenido la sensación de que alguien nos ha estado observando y vigilando?

—Sí, ya sé lo que quieres decir —Jeff había experimentado esa sensación sin poderla definir, aún menos explicarla—. Al principio pensé que era el bueno de Marcel mismo, pero no estoy seguro. ¿Verdad que no tiene ningún motivo especial para observarnos a ninguno de los dos? Si no, ¿quién...?

—No me imagino; ¡eso es lo que me pone tan nerviosa!

—Quienquiera que lo haga, Penny, no es ese tipo del otro salón.

—¿Qué tipo del otro salón?

—Ese tipo grande, con cuerpo de jugador de fútbol tirando para gordo. Está con la pelirroja vestida de verde, situada siempre de espaldas como si quisiera concentrarse en él; los puedes ver desde aquí. Te ha saludado con la mano, y tú le has devuelto el saludo.

—Oh... ¿él? —dijo aliviada Penny—. Está bien, Jeff; ése es tan sólo Billy Vauban. Es director gerente de Danforth & Co., una firma industrial. La mujer es Pauline, su esposa.

—¿Danforth & Co., has dicho? He oído ese nombre hace poco, relacionado de algún modo con los Hobart. ¿Cuál es la relación, Penny?

—No sabía que hubiera relación alguna. Billy es muy popular, y merece serlo; todo el mundo le quiere. Normalmente es el hombre de mejor carácter de la tierra, pero... ¿está bebiendo?

—Se ha sorbido lo menos dos desde que estamos aquí. Cuando pasamos, uno de sus ojos se veía vidrioso; parece que no está muy contento por algo. Y no se puede soportar esa pócima verde como si uno bebiera jugo de pomelo o gaseosa.

—Cuando Billy está bebiendo, y esto es más que un rumor, puede volverse inaguantable. Pauline Vauban tampoco es ninguna paciente Griselda^[12]. Se mantiene atenta con él para poderlo retar cuando tienen una de sus frecuentes desavenencias. Cuando Pauline se suelta, al parecer, pierde toda inhibición. —Penny tartamudeó—. En privado, por supuesto. Eso queda en casa; los Vauban son una antigua familia *créole*. Y-yo no creo que vayan a pelearse en público.

Pero iban a pelear.

La orquesta dio fin a un número con una nota elevada, y los músicos se acomodaron hacia atrás con ese aire desinflado que pronosticaba un intervalo.

Cuando con aplausos fuertes no consiguieron que hubiera más música, los que bailaban volvieron a sus mesas. Se encendieron luces suaves en ambos salones.

Hasta ese momento, bajo el zumbido de la conversación en esa atmósfera húmeda y nublada, Pauline Vauban y su marido habían hablado en voz tan baja que apenas podían haberlos oído en la mesa vecina.

Ahora la cosa cambió. La señora Vauban se inclinaba intencionadamente hacia adelante. Aunque siguió siendo inaudible, debió de administrar una nueva puñalada o aguijón. Hasta en el lugar donde se encontraba, Jeff podía sentir el golpe al hacerse añicos la compostura del esposo. Se puso bruscamente en pie y se quedó balanceándose, hecho una torre amenazante de cara enrojecida. Su hosca voz se abrió paso entre el humo y los vapores.

—¡Ahora no empieces con los parientes de mi madre, eh! ¡Thad Peters era mi tío, el mejor defensa central que jamás tuvo Tulane!

La mujer, todavía de espaldas, también se irguió como por un resorte.

—¿Ofensivo? —chilló—. ¡Ya lo creo que sois ofensivos, todos vosotros! Empezando por el borracho de tu abuelo y terminando con tu misma borrachera, ¡tú, el peor de todos los ofensivos conservados en alcohol!

Los ocupantes de las mesas cercanas, haciendo un esfuerzo para fingir que no veían ni oían nada, estaban como paralizados en sus asientos. Billy Vauban no prestó atención.

—¡Ya estoy harto de esto! —tronó—. Cierra esa maldita boca, ¿oyes? ¿Te gustaría que te pusiera sobre las rodillas de papá y té diera una paliza como te mereces?

—Eso te gustaría, ¿eh? —gritó la esposa—. Cada vez que pierdes la cabeza empujando el codo, que es prácticamente siempre, te gustaría pegarme o ponerme esas asquerosas patas encima. Pero ¿podrías hacerlo? ¡Oh, no! ¡No con gente delante! ¡No te atreverías, no, o te encerrarían en un manicomio, que es donde tienes que estar!

El marido no contestó; parecía incapaz de responder. Con la mano izquierda algo extendida, y la derecha atrás, comenzó a dar la vuelta a la mesa hacia ella. Varios camareros, con chaqueta negra y pechera blanca, convergían hacia ellos sin apresurarse.

—Yo no lo haría, señor —aconsejó tranquilamente el camarero jefe—. Yo en su lugar, sinceramente, no trataría de tocar a la señora. Porque si lo hiciera, sabe, tendríamos que frenarle.

Borracho o no, excedido en peso o no, Billy Vauban se movió con la rapidez de un leopardo al saltar. Cogiendo la silla que estaba atrás de él, sosteniéndola por el respaldo, la enarboló y la blandió en el aire, desafiando a todos.

Si su arranque fue sorprendente, lo que pasó a continuación no lo fue menos.

Porque, en el paroxismo de su furia, otro cambio se produjo. Pareció girar una rueda detrás de sus ojos. La rabia pareció disipársele súbitamente. Bajando la silla, se sentó en ella. Con un camarero a cada lado, los cuales tenían cada uno la mano cerca de su codo, puso ambos codos sobre la mesa y su cabeza en las manos.

Luego, después de una pausa durante la cual se podía haber contado hasta seis, Billy Vauban se sintió como si empezara a salir de su ofuscación.

—Bueno, bueno... —dijo con distinta voz—. Lo he hecho otra vez, ¿eh? Me he portado como un idiota, o casi.

El remordimiento, la contrición le sacudían al ponerse de pie.

—¡Chiguilla querida, te pi... pido perdón por todo! ¡Pido perdón, también a todos estos chig... a todos estos b-buenos señores y señoras a los que he ofendido con mi salida de pata de banco! Ch-Chiguilla querida, vamos a casa.

La mujer, era evidente, quedó inmediatamente apaciguada. Extrayendo un grueso rollo de dinero, Vauban dejó caer varios billetes sobre la mesa. Tendió el brazo a su mujer, que se cogió de él. Inestable, pero no sin cierta curiosa dignidad, la condujo hacia afuera por el otro salón.

Los camareros, que habían seguido al escandalizador hasta la entrada, pero no habían intentado escoltarle, se dispersaron. Un breve susurro de comentarios se dilató hasta morir.

—Jeff —dijo Penny poco después—, no es tarde; poco más de las once y media. Pero... ¿quieres realmente quedarte aquí con la especialidad de la casa?

—¿Todavía me está prohibido acercarme a lo que quiero acercarme?

—No te está *prohibido* nada. Y quizá esté yo pensando sobre eso tanto como tú dices que piensas. Pero no es este el momento ni el lugar. ¡Haberte traído aquí para perder el tiempo!

—No hemos averiguado gran cosa sobre el supuesto novio de Serena, es verdad. Si tú quieres irte...

—Por favor.

Jeff pidió la cuenta y le sorprendió encontrarla razonable. La orquesta había comenzado a prepararse para otro número cuando dejaron la mesa. Marcel les guió hasta la puerta lamentando volublemente su temprana partida e insistiendo, según la costumbre del Sur, en que debían volver pronto.

La puerta se cerró, dejándoles en aquel pasaje enladrillado. El viento silbaba todavía por los techos, aunque no penetraba hasta allí abajo. Penny se detuvo ante la puerta. A pesar de la oscuridad casi total, había abierto su bolso para asegurarse de que tenía las llaves del automóvil.

—Jeff, ¿no sigues notando que alguien nos está vigilando?

—No, eso ya pasó.

Al avanzar unos pasos hacia un costado, se sintió inspirado como si fuera un

oráculo.

—Te repito, Penny, que no nos hemos portado bien como detectives. Hemos averiguado solamente que cierto William Vauban de Danforth & Co., sobrino del difunto Thad Peters, se puede poner furioso y luego recuperarse antes de causar demasiado escándalo. La esencia de toda la velada es que *nada* ha ocurrido. Hay paz, al fin; hay una paz tan intensa que...

No terminó su discurso. Un objeto pesado y bastante grande, cayó silbando por el aire entre los dos y aterrizó estrepitosamente sobre el pavimento de ladrillos. Ambos se apartaron instintivamente; él oyó un sonido gutural de Penny.

Buscó una caja de fósforos en su bolsillo, encendió uno y bajó la llama.

La gran maceta de narcisos primaverales, que yacía ahora hecha un desparramado montón de trozos y fragmentos de ajadas flores amarillas, habría aplastado el cráneo de cualquier persona que estuviera abajo. Jeff se irguió. Vio el rostro asustado de Penny un momento antes de apagarse el fósforo.

—¿Iba destinada a ti o a mí? —gritó ella—. ¿Y por qué, oh, *por qué* tenía que estar destinada a uno de nosotros?

Cuando Jeff terminó de desayunar, a la mañana siguiente, un sábado con cielo nublado, no esperaba tener dificultades en la hora siguiente.

Había decidido, o casi decidido, que el incidente de la maceta de *El zapatito de Cenicienta* debió ser accidental, tal como todos pensaban. Inmediatamente después de caer, había atacado el timbre de la puerta en forma tal que Marcel acudió apresurado. Pero Marcel, aunque condolido, parecía tener pesares más profundos. Alguien, dijo el *maître d'hôtel*, dejaba siempre macetas en equilibrio muy precario sobre el borde que rodeaba el pequeño techo bajo. Y habían notado el fuerte viento, ¿verdad?

Un mozo, al que enviaron arriba a investigar, sin decirle qué clase de elemento hortícola estuvo a punto de causar un accidente, informó de la ausencia de una maceta de narcisos y añadió que él se había ocupado de retirar las otras macetas hasta un lugar más seguro.

Con incierta indirecta sobre que era mejor que no volviera a ocurrir, ya que un solo cliente descerebrado no sería una propaganda, Jeff se llevó a Penny.

La tranquilizó, según él creía. Pero ella condujo lentamente y en forma algo irregular durante el viaje de vuelta; no se dejaba alejar de sus preocupaciones. Pasada la medianoche, cuando le dejó a la entrada de la Mansión Delys, toda la casa parecía estar a oscuras, excepto un resplandor detrás de los ventanales con vitrales situados sobre la puerta de la entrada.

Jeff esperó hasta que Penny hubo partido y entonces hizo su camino rodeando el lado este de la casa hasta un moderno garaje de ladrillos que estaba al fondo. Empujó la puerta plegable y encontró la llave de la luz que encendía la lámpara que colgaba en el centro. El garaje, con espacio para cuatro coches, contenía dos en ese momento; la limusina Packard azul oscuro y el Marmon gris de turismo. El Stutz faltaba todavía. Realmente, no sentía curiosidad; sólo por casualidad tocó el *capot* del Marmon, y notó que estaba ligeramente tibio.

Volvió a la casa, donde le abrió un Cato con cara de dormido.

—¿No es mejor que te acuestes, Cato?

—*Creo que ahorita voy, señó. Él señó Dave ya lo hizo; la niña Serena tiene llave. Buenas noches, señó Jeff; ¡me alegre que esté de vuelta!*

De vuelta de sus aventuras, durmió pesadamente esa noche. Cualesquiera que fuesen las sombras que pudiera haber en la casa, no molestaron su reposo. Se despertó pasadas las diez de la mañana, y eran casi las diez y media cuando terminó de vestirse y bajó, para encontrar a Dave sentado ante los restos de su desayuno en el

gran refectorio con techo de vigas negras, con algunos vidrios de las ventanas abiertos al día cálido y húmedo.

—¿Cómo te ha ido, muchacho? Yo no he dormido muy bien —dijo Dave, que parecía no haber dormido nada—. Oí a Cato cuando te abrió la puerta alrededor de las doce y media. Serena no volvió hasta la una y media.

—¿Todavía no se ha levantado, supongo?

—Oh, está levantada. ¡Levantada y animosa! Estaba terminándose su tostada y su café cuando bajé hace un rato. Está en el jardín ahora, pero ha dicho que vendría a tomar más café conmigo cuando yo terminara. Bueno, muchacho, y tú ¿qué tal? Ella no ha dado explicaciones; yo no le he preguntado nada. ¿La encontrasteis anoche?

—No, ni rastro de ella. Penny pensó que podría estar en un club nocturno llamado *El zapatito de Cenicienta*. Pero no estaba allí y parece que tampoco había estado antes.

—Para la clase de reunión a donde yo pienso que fue, no hubiera ido allí... Bueno...

Jeff se sirvió en el aparador, que presentaba una variedad de platos. Mientras Dave seguía mirando hacia las ventanas abiertas hacia el sur, su compañero volvió a la mesa y se dedicó a desayunar. No mencionó el incidente de la maceta, ya que no veía ningún motivo para hacerlo.

—¿Tú también saliste anoche, Dave?

—Sí, un ratito. ¿Recuerdas el establecimiento de la Esquina de Rupert por el camino? Me estaba quedando sin cigarrillos, así que cogí el coche de turismo y fui a buscar más, antes de que cerraran.

—¿Hay algo interesante en el césped de ahí afuera?

—No estoy interesado en el césped, viejo; sólo en el camino de entrada. Ahí viene Malcolm Townsend: esa autoridad en casas antiguas y trampas arquitectónicas, ¿no recuerdas?

—¿Está en Nueva Orleáns?

—Claro que está en Nueva Orleáns. Llegó esta mañana en el primer tren. Está ahora en el Saint Charles, y llamó por teléfono en el momento en que yo bajaba. Por supuesto, le he invitado a quedarse con nosotros. Pero yo creo que prefiere la libertad de un hotel, como en el caso tuyo, hasta que cierta persona te persuadió. Yo debería haber dicho que estaba en el Saint Charles ya cuando llamó. Le ofrecí ir a buscarle con el automóvil y traerlo, pero tenía un taxi esperándole. Llegará aquí de un momento a otro.

Jeff, que había seguido comiendo tranquilamente, apartó su plato, y se dirigía al aparador para servirse el café cuando Serena, vestida de blanco para el tenis —tuviera intención de jugar o no—, entró a grandes pasos desde el *living*.

Dave había señalado que estaba muy animosa, por lo que presumiblemente quería

decir feliz o hasta radiante. Jeff no hubiera hecho esa descripción, sino que parecía decidida, con cierta fijeza en sus ojos azules y quizás una línea más obstinada en la fina mandíbula.

—¿Queda un poco de café, Jeff? ¿Podrías servirme, por favor? Crema, pero sólo un terrón de azúcar... Gracias.

Llevaron juntos sus tazas hasta la mesa, de la que Dave se había levantado con una expresión como de protesta en sus labios.

—Mira, Serena, ¿no...? —Sé frenó.

—¿No qué? Si es que piensas hacer un montón de preguntas sobre anoche, Dave, ¡es mucho mejor que no las hagas!

—Sí, ya sabemos. Y no tengo intenciones de hacer un montón de preguntas, que solamente te darían la oportunidad de preguntarme el doble a mí. Tengo un interrogante, Sin embargo, que debería ser inocente, ¿estuvo muy obsequioso?

—¿Quién estuvo muy obsequioso?

—El hombre al que fuiste a ver.

—¿Cómo sabes que era un hombre con quien me vi?

—¡Porque puedo estar bastante bien seguro de que no era otra cosa! Cualesquiera que puedan ser tus gustos, hermanita, todos sabemos que no son los de Safo.

—¡*Realmente*, Dave...!

—Si te haces la ofendida o indignada tampoco té queda bien, Serena. Ya que te molesta aun esa pregunta: utilizaré un eufemismo, como diría Ira Rutledge. ¿Pasaste una velada entretenida?

Serena levantó un hombro.

—Fuera o no entretenida —contestó— debo decir que sí fue esclarecedora y provechosa.

—¿Provechosa?

—Esa fue la palabra. ¿Podéis tú y Jeff decir lo mismo?

—Como me quedé en casa y me ocupé de mis cosas, mi velada fue de todo menos provechosa. No puedo hablar en nombre de Jeff; él se marchó a un club nocturno con Penny Lynn.

—¿Jeff se fue de parranda a un club nocturno? ¿Y con Penny? Cuéntame, Jeff...

Serena no concluyó. Por las ventanas abiertas todos pudieron ver un taxi amarillo que se acercaba a la entrada, donde giró y se detuvo ante los escalones de la terraza. Murmurando excusas, Dave salió presuroso. Le oyeron cruzar la sala y el vestíbulo y luego abrir la puerta de la entrada.

Serena y Jeff se dirigieron a la línea de ventanas que daban al sur. Una persona en traje color crema y sombrero panamá había salido del taxi, llevando una cartera. Dave apareció en la terraza, descendió los escalones, y estrechó la mano del recién llegado entre un murmullo de palabras ininteligibles. Serena frunció el ceño.

—Jeff, ¿quién es ése? No creo que...

—Se llama Townsend, Malcolm Townsend. Dave le estaba esperando.

—Ah, ¿el hombre que escribió *Pasajes secretos*? Sí, Dave lo mencionó más de una vez. Pero nunca pensé que realmente apareciera. ¿Verdad que nunca se espera que ocurra algo cuando se planea de antemano?

Haciendo una seña al taxista para que esperara, el recién llegado subió los escalones de la terraza acompañando a Dave y ambos entraron al refectorio. Visto de cerca, Malcolm Townsend resultó ser un hombre enjuto y de mediana estatura, de edad indefinible, no mal parecido, con una fina línea de bigote castaño. Sus modales combinaban la suavidad y la desenvoltura; no se podía evitar que cayera simpático a primera vista. Una vez que David presentó a los demás, el señor Townsend rehusó desayunar o tomar café, pues había comido hacía dos horas. Luego se volvió hacia Serena.

—Esto es más que agradable, señorita Hobart, pues es mi primera oportunidad de visitar la Mansión Delys. Su difunto padre no creyó conveniente darme permiso para hacerlo cuando se lo pedí. Eso es comprensible; por supuesto; a menudo debo parecer la más imperdonable clase de entremetido.

Serena decidió ser agradable.

—Usted no es entremetido ahora, en todo caso. ¿Es usted arquitecto, señor Townsend?

—No de profesión. Pero tengo mucho interés por las casas antiguas, y andando en eso, he aprendido un poco de arquitectura.

—Es muy interesante, estoy segura —dijo Serena, cuya voz reflejaba mucho interés—. Dave le habrá dicho lo que él quiere encontrar, supongo. ¿En qué forma una persona de su profesión o de su afición se ocupa de buscar esas cosas?

—Antes de tomar cualquier medida práctica, conviene familiarizarse con la historia de la casa, especialmente tratándose de una antigua casa inglesa como esta, y determinar un lugar para escondrijo secreto. Invariablemente era para ocultar a alguna persona, ya sea durante las épocas de persecución religiosa entre protestantes y católicos, o durante las de persecución política entre Cabezas Redondas y Caballeros^[13]. No construían esas cosas por diversión, ¿sabe?

—Pero ese es precisamente el problema, ¿verdad? —intervino Jeff—. Si esa antigua familia Delys era de tan absolutos conformistas como parecen haber sido, no habrán tenido motivo para esconder a nadie ni nada.

—¡Exactamente! —convino Malcolm Townsend, como si estuviera complacido, en lugar de lo contrario—. Pero deduzco de lo que dice el joven Hobart que su famoso abuelo puede haber pensado hacerlo como una especie de broma, humorística o no. Entonces, el primer paso práctico es encontrar algún espacio que no tenga justificación. Aquí tengo —mostró la cartera— algunas cintas métricas y otros

instrumentos portátiles.

—¿Usted sabe que esto es asunto serio! —exclamó Dave—. ¿Comenzamos a buscar de inmediato?

—Por supuesto, si no les parece demasiado precipitado...

—¡Oh, no, nada de eso! Podríamos comenzar echando una mirada a esa escalera de ahí. ¿Vienes Serena?

—Si me perdonan, señores, creo que es mejor que me ocupe de mis propios asuntos. Simplemente llámenme si encuentran algo; no estaré lejos.

Los tres se dirigieron hacia el vestíbulo principal. Al pasar junto a la ventana para unirse a ellos, Jeff miró hacia afuera. Por el camino de entrada venía rodando un sedán Buick, que se estacionó a un lado, a poca distancia detrás del taxi. Del automóvil surgió la silueta larga y flaca de Gilbert Bethune. El tío Gilbert, bien y sobriamente vestido, dio dos pasos hacia la casa, luego se volvió y quedó de pie, mirando al camino de entrada en dirección opuesta.

Jeff vaciló. Había un detalle que, como simple cortesía no debía descuidar. Se apresuró a entrar en el vestíbulo. Serena había desaparecido; Dave hacía ciertas observaciones acerca de la escalera, a un Malcolm Townsend fascinado. Jeff subió esos escalones corriendo, y llegó a oír la llamada del timbre al llegar al Cuarto de los Gobelinos, donde encontró el libro de cuentos policiacos que había traído consigo.

Cuando volvió a la planta baja, Dave había hecho entrar al segundo visitante de esa mañana; el segundo visitante había sido presentado al primero. Mientras Dave llevaba a Townsend hacia el fondo del vestíbulo, Jeff estrechaba la mano del más recientemente arribado.

—¿Cómo estás, tío Gilbert? ¿Cuándo has regresado de Bâton Rouge?

Con sus rasgos algo endurecidos por casi medio siglo de edad, aunque el gris apenas teñía su cabello oscuro, Gilbert Bethune estuvo como siempre: cordial, sin ser efusivo, todo inteligencia y controlada energía.

—Anoche muy tarde —contestó—, o más bien esta madrugada ya, hablé con Melchior por teléfono para ver si había noticias, y las había. Así que cogí el coche y volví; aquí estoy. La verdad es que no me puedo quejar de la salud, muchacho; según veo, tampoco te puedes quejar de la tuya. ¿Cómo está París?

—Como de costumbre. Se habla mucho de ciertos norteamericanos que tratarán de volar el Atlántico y llegar allí cuando el tiempo mejore. Pero ya han volado sobre el Atlántico, ¿no?

—Sí, por supuesto. Dos ingleses, Alcock y Brown, lo cruzaron en dirigible ya en 1919. Lo que la gente quiere decir es que nunca en un aparato más pesado que el aire. Ahora, con tantos candidatos preparándose para intentar ganar los veinticinco mil dólares del premio, alguien debe salirse con la suya antes de que pase mucho tiempo.

—Eso parece. De todos modos, tío Gilbert, te he traído un pequeño obsequio con

lecturas de las que prefieres.

Le mostró el libro, que su interlocutor miró y revisó.

—*El secreto del padre Brown*, por C. K. Chesterton. ¿Cuándo se publicó esto, Jeff?

—No ha sido publicado oficialmente aún. Estas son pruebas de imprenta adelantadas de la edición inglesa. Y los misterios son de primera clase; pensé que te gustarían.

—Gracias; te lo agradezco mucho.

El tío Gilbert introdujo el libro en su bolsillo. Luego, por su rostro cruzó una sombra.

Dave y Malcolm Townsend habían subido por la escalera, el último revisando escalón por escalón. Hacia el frente del vestíbulo de la planta baja, entrando a la izquierda, pero a la derecha en la dirección en que miraba Jeff ahora, otra puerta con arco conducía a la parte correspondiente al salón opuesto, una especie de saloncito más pequeño, menos austero debido a que no estaba tan desesperadamente sujeto al mobiliario de una época determinada. Más allá, en el ángulo sudoeste de la casa, se podían ver los estantes de una gran biblioteca oscura.

Colocando su mano sobre el brazo de Jeff, el tío Gilbert le llevó hasta la entrada de la salita. Pero no se llegó a entrar; se quedó en la puerta, bajando la voz.

—No me sorprende encontrarte aquí —dijo—, pero me hubiera gustado que fueras a mi apartamento. Puede ser que tengamos nuestra propia novela de misterio, y de primera clase, si es que no resulta una trampa para lobos; las cosas van a ser bastantes peliagudas, pase lo que pase.

»Esta mañana me he encontrado en la municipalidad con Harry Minnoch; me ha contado que te conoció en el barco y dijo que había aludido a nuestro problema. Tienes suficiente edad como para oír la verdad; es mejor que la oigas. ¡Así que atento, joven! El amigo de Dave, Townsend, no es exactamente un extraño; dio una conferencia en Richmond el pasado otoño; estarán ocupados largo rato. En cuanto a mí, tengo comprometida esta tarde y la mayor parte de la noche. Pero ¿por qué no vienes a la ciudad y almuerzas conmigo? Te puedo contar lo que pasa mientras tanto.

—¿Almorzar? —exclamó Jeff, mirando su reloj—. ¡Ya son algo más de las once y media, y acabo de terminar de desayunar! Podré tomar un sándwich más tarde, pero no me atrevería a almorzar. Además...

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—¡Ira Rutledge! Cada uno que habla conmigo me persigue con alusiones o referencias misteriosas que nadie quiere explicar. Y el mismo Ira, desde que me escribió una carta enigmática en marzo, ha sido el más evasivo de todos. Pero ahora puedo tener algún reposo mental. Le he prometido ir a verle a su despacho a las dos en punto, esta tarde. Por lo menos voy a saber en qué forma la muerte de Harald

Hobart me puede afectar a mí y a otra persona ajena a la familia Hobart. A veces Ira Rutledge puede resultar exasperante, pero cumple con lo que promete. Ira...

En la parte trasera del vestíbulo, penetrante, sonó el teléfono. Cato, que estaba allí, lo levantó y respondió. Luego, con una sonrisa expresiva, sostuvo el teléfono en dirección a Jeff, quien lo tomó.

—¿Sí? —dijo en el micrófono.

—¿Jeff? —respondió una voz inconfundible—. Habla Ira Rutledge —el teléfono zumbaba—. Muy a mi pesar, se han presentado circunstancias que hacen imposible que nos veamos esta tarde.

Jeff contuvo sus deseos de insultar en voz alta.

—Entonces, ¿no nos vemos, definitivamente?

—Al contrario, muchacho, es imprescindible que nos veamos y lo más pronto posible.

—Bueno, ¿cuándo entonces? Estoy a sus órdenes.

—Veamos, veamos.

El teléfono deliberaba.

—Para una persona de mi edad y mis costumbres sedentarias, sospecho que he caído en tener horarios alarmantemente imprevisibles. No estaré libre hasta esta noche. ¿Sería demasiado tarde para ti a las diez de la noche, y en el mismo lugar?

—¡No, de ningún modo! Pero no me postergue otra vez, ¿quiere?

—Si el presidente de los Estados Unidos requiriera mi presencia a esa misma hora, Jeff, me obligaría a declarar que tenía un compromiso previo. Tienes mi solemne promesa.

—Otra cosa más. Sólo basta que yo diga que algo no puede o no debe ocurrir para que inmediatamente ocurra y quede como un mentiroso. Este asunto que tanto me afecta a mí y a otra persona... ¿Me explicará usted lo que no quiso explicar en su carta ni ayer por la noche? En resumen, ¿me explicará todo?

—Todo lo explicaré. Tienes mi solemne palabra sobre eso también. La puerta de la antesala quedará sin llave; no tienes más que entrar. Hasta las diez de esta noche, entonces. Mis disculpas y ¡adiós!

Jeff colocó el receptor en su sitio. Acto seguido, como diabólicamente inspirado, volvió a sonar el teléfono. Una voz desconocida preguntó si podía hablar con el señor Bethune, que había dicho que estaría allí.

—Para ti, tío Gilbert. Parece que es de tu despacho.

Tomando el receptor a su vez, el tío Gilbert escuchó en él un largo discurso, con el auricular bien pegado a su oreja, al que respondió en monosílabos, hasta que por fin dijo: «Sí, inmediatamente», y colgó el teléfono.

—¡Era mi despacho! —rezongó—. Han capturado a un personaje al que le andábamos detrás hace tiempo, si es que realmente lo hemos capturado. Los

muchachos han estado presionándole toda la mañana, pero sin mayor éxito; creen que tendré que probar a interrogarlo yo. Y tengo que probar, con todos los demonios, si queremos enviar a Luigi río arriba por todo el tiempo que se merece. ¿Dónde está mi sombrero, Jeff? Tengo que irme corriendo.

—¿Y la proposición de almuerzo, tío y el misterioso exclusivo de primera clase? No es que me importe el almuerzo; y por supuesto no voy a interferir en tus ocupaciones. Pero ¿no podría ir contigo a la ciudad, y mientras me haces algún esbozo del misterio?

—No, muchacho; temo que eso no puede ser.

—¡Incluso tú tienes que hacerme a un lado, o salirme con evasivas...!

Hasta el mismo Gilbert Bethune podía asumir aires de señor, si quería.

—¡Y dicen que yo soy impaciente! —declaró, como si se preciara de una impaciencia monumental—. ¡No, Jeff, no! Estas cosas hay que tomarlas como vienen, una confusión por vez, de lo contrario el atareado funcionario público nunca llegará a buen fin. Quiero que veas el original de cierta carta: el original, no una copia. Por otra parte... bueno, eso puede esperar. Estate tranquilo; tú sabes dónde encontrarme.

Cato le dio su sombrero y le acompañó hasta la salida. La gran puerta de la entrada se cerraba cuando Dave Hobart y Townsend, absortos en su conversación, bajaron la escalera para reunirse con Jeff. Townsend, menos suave que antes, vaciló antes de dirigirse nuevamente a Dave.

—¿Puedo hacer una pregunta?

—Sí, haga cien preguntas; ¡pregunte lo que quiera!

—En esta ocasión —dijo el arquitecto aficionado, pasando un dedo por su fino bigote—, no será necesaria más que una. Según entiendo, usted busca algo que debe ser una cantidad considerable de oro en lingotes, escondido pero no enterrado. ¡Muy bien!, pero usted acaba de decirme que no hay nada escondido dentro de las paredes o entre ellas. ¿Qué es lo que puede darle esa seguridad?

—El lunes pasado por la noche —interrumpió Jeff—, Dave me dijo lo mismo. Me extrañó, pero no hice más preguntas. ¿Cómo puedes estar tan seguro, Dave?

Dave mantuvo sus manos apartadas unos centímetros.

—Cámaras de aire —dijo—, entre el interior de la pared exterior y la pared de la habitación próxima, ¡eso!

—Ah, las costillas, los listones para revoque... —murmuró Townsend.

—Si ese es el término técnico, sí. En el siglo XVI no construían cámaras de aire, creo. Simplemente echaban revoque sobre la cara interior de la pared exterior y apoyaban el revestimiento sobre eso; es uno de los motivos de que las casas tuvieran tanta humedad. Cuando mi abuelo hizo trasladar esta obra y construir las cámaras de aire en el 82, se necesitaron ciertos reajustes, pero nada que se notara al quedar el

trabajo terminado.

En este punto, dirigiéndose a Jeff, Dave apuntó con su índice para dar más énfasis a sus palabras.

—¡Más aún! —agregó—. Creo haberos dicho, que mis padres hicieron instalar la electricidad y el teléfono en 1907 ¿verdad?

Como arquitecto jefe emplearon al viejo Pete Stanley, que no era un joven entonces, pero que todavía está bien vivo y despierto para testificar lo que digo.

—Tú dijiste, creo —recordó Jeff—, que los obreros «abrieron» las paredes.

—Tuvieron que hacerlo. Para pasar los cables debidamente, por supuesto, abrieron las divisiones entre los cuartos individuales por dentro, donde no existen cámaras de aire, así como los que están en las paredes que rodean al edificio. Pete Stanley estaba tan interesado que hacía un examen minucioso de todo. Te puede decir, y te lo diré si se lo preguntas, que maldita la cosa hay oculta dentro de las paredes o entre ellas.

—Sí, pero...

—Se me olvidaba —interrumpió Dave, casi bailando de excitación—. Tengo la confirmación a mano. No necesitamos adivinar el peso del oro, si es que está. No necesitamos adivinar el tamaño de las cámaras de aire. Está todo en el cuaderno de bitácora del comedor, el libro que llevé durante años para hacer anotaciones de tanto en tanto. Prácticamente he hablado de ese libro hasta la náusea, ¡y todavía no lo ha visto ninguno de ustedes! ¿Les interesa venir a verlo ahora mismo?

—Con mucho gusto —convino Townsend—, aunque después de tantos años probablemente no...

—Tiene razón; puede que no. Pero quizá pueda que sí. Por aquí; ¡sígueme!

—Esa escalera de ahí fuera —dijo Townsend—, es del siglo XVI. Eso es todo, aunque es suficiente estímulo, hasta ahora, por lo menos, no he visto nada que provoque maravilla o sospecha. ¿Adónde vamos?

Caminando a grandes zancadas delante de todos, haciendo observaciones por encima del hombro, Dave les condujo por el salón más pequeño hasta la gran biblioteca, con sus ventanas divididas que miraban al sur y al oeste, y su mausoleo de estantes de roble.

—Esta biblioteca, Jeff, en otro tiempo te interesaba. Podrías ver qué es lo que puedes desenterrar en años más maduros. Ahora a la derecha. Esa puerta de atrás...

La puerta de atrás daba a un importante salón de billar, donde había dos mesas amortajadas por telas engomadas. Había estantes para los tacos y las bolas a cada lado de las ventanas que daban al oeste.

—Una mesa para billar —explicó Dave— y otra para «pool». Ambas proceden de la mansión original. La que está más cerca, en la que jugamos al «pool» —la golpeé al pasar—, estaba destinada a un juego inglés que se llama «snooker». Es más difícil,

con más trucos que nuestro «pool», aunque cualquier jugador avezado de «pool» (Billy Vauban es uno, e Ira Rutledge no es tan malo tampoco) puede ser un experto en el «snooker» también.

—Hay dos salones contiguos más allá, ¿verdad? —preguntó Jeff, comenzando a evocar sus recuerdos—. ¿El primero es la sala de armas?

—Se llamaba la sala de armas a este cuarto —contestó Dave, conduciéndolos a través de él—, en épocas victorianas, cuando todas las casas de campo tenían un pequeño arsenal. El heredero Delys, en 1882, se quedó con su panoplia de armas deportivas cuando vendió la casa. Esos muebles con puertas de cristal contienen ahora una colección reunida, pero casi nunca tocada, por mi abuelo y mi padre. Este salón es más pequeño que la biblioteca o el salón de billar, como ustedes ven, aunque el techo tiene igual altura. El despacho que está atrás es similar. Abro la puerta del despacho... así. Y es un día oscuro; será mejor que encendamos la luz.

Dave tocó la llave pasando la puerta hacia la izquierda. Entonces entró, mientras que los demás miraban desde el umbral.

La suave luz que bañó el despacho no venía de las ventanas, que daban al oeste, ni de la araña central. Sobre una mesa, en el centro, se alzaba una lámpara de estudio con pantalla verde. Grabados deportivos Victorianos adornaban las paredes; había sillones tapizados en cuero negro, agrupados en varios conjuntos, y lo que antiguamente se llamaba una mesa de fumar, con un cenicero encima y cajas de cigarrillos en una sección de más abajo. Sesgado en el ángulo noroeste, había un escritorio con tapa de persiana, bajo la lámpara colgante. Y en el ángulo noroeste, también diagonalmente, había una caja fuerte más bien pequeña, de modelo muy anticuado, con un enmohecido dial de combinaciones. Sobre la puerta se leía el nombre de Fitzhugh Hobart, así como el número romano V, en un dorado tan deslucido que casi era invisible. El resplandor de una lámpara de pie brillaba sobre la puerta de la caja.

Los dos acompañantes de Dave le siguieron hasta la caja.

—Aquí estamos; ahora verán ustedes —prosiguió vivamente—. Nunca está con llave, como le dije a Jeff; no hay nada de valor dentro. El famoso cuaderno de bitácora, como ustedes ven también, está debajo... debajo...

Tomando la enmohecida manivela, había abierto la puerta para revelar un compartimiento dividido en dos, uno superior y otro inferior, por un estante de metal.

Jeff no vio nada dentro, salvo unos papeles en ambos compartimientos. Pero tuvo algo más que una presunción. Después de echar una mirada al interior, Dave se arrodilló y comenzó a revolver entre los papeles. Luego se incorporó de un salto. Lanzándose hacia el escritorio, levantó la tapa, y no encontró otra cosa que la superficie desnuda del escritorio y los casilleros casi vacíos.

Acto seguido, Dave se dirigió a la mesa central. Levantó y echó a un lado unas

revistas que estaban sobre ella. Finalmente, después de inspeccionar el cajón de la mesa, los registró consternado.

—Sin duda, alguien —declaró Dave— podría pensar que esta es una buena broma. Pero yo no considero que sea una broma, ¡qué me aspen si lo pienso! No está, ¿se dan cuenta? ¡El libro ha desaparecido! Estaba aquí anoche, porque casi me quemé la vista mirándolo. Pero ahora no está. Quien lo haya cogido...

Malcolm Townsend había retrocedido. Sus facciones abiertas, que podrían hasta haber sido consideradas agradables —aunque no en un sentido regular, clásico—, mostraban un aspecto casi cómico de naciente alarma.

—¡Yo no lo he cogido! —dijo—. Se lo aseguro a ustedes, créanme: ¡Yo no lo he cogido! ¿Por qué no miran en mi cartera?

Desprendiendo el cierre de la cartera, lo mantuvo abierto para que vieran que solamente contenía unas cintas métricas, dos martillos muy pequeños y ligeros y un destornillador.

—Las novelas sensacionalistas, señor Hobart...

—Mire, ¿por qué no me tutea? Yo no le llamaré Malcolm; el usted es propio de personas como para ser mi padre, pero ¿por qué no me llama Dave?

—Las novelas de intriga, Dave, sugieren que todo hombre que lleva una cartera la utiliza probablemente con algún propósito nefasto. Y yo soy un extraño, el único extraño. Todo lo que les puedo decir es que no soy culpable. ¡Yo no lo he cogido!

—Oh, ya sé que no ha sido usted. Yo no pienso en usted. De hecho, señor, usted ha estado conmigo cada segundo de todo el tiempo que hace que está aquí. Si usted no lo ha cogido, entonces, ¿quién otro lo hizo? Yo no he sido; Jeff no ha sido; Serena tampoco. Nadie más estuvo aquí excepto...

—Si quieres que yo pruebe mi coartada para el Fiscal de Distrito —contestó Jeff, al desviarse los ojos de Dave hacia él—, puedo decirte que mi estimado tío estuvo conmigo en todo momento que no estuvo contigo.

—¿Quién lo habrá cogido, entonces? ¿Quién puede haberlo cogido, en nombre de Dios?

En el despacho, las brillantes lámparas parecían acentuar el peso oscuro del cielo, allá afuera.

—Como parece que hemos eliminado a todos —dijo Jeff—, se deduce como proposición lógica, que el libro no puede faltar de ninguna manera.

A sí que esa noche, Jeff tomó prestado el Stutz y se dirigió a la ciudad. Lo que ocurrió en el intervalo, entre el descubrimiento de la falta del libro, antes del mediodía, y su partida a las siete y media de la tarde, parecía singularmente insignificante.

Después de la frenética búsqueda de todos en el despacho, para asegurarse de que el libro perdido no se había traspapelado, habían emprendido una indagación general entre todo el personal de servicio que estaba presente. Dave, comportándose como un recio detective privado de los cuentos de revistas baratas, intimidó por completo a todos los que no logró asustar. Todos manifestaron su ignorancia; dijeron que no sabían nada.

—Y yo les creo —recapituló Dave—. En realidad, en cuanto a progresar en lo que sabemos, la pérdida de ese libro no tiene mucha importancia. Les puedo decir todo lo que escribió el comodoro; pesos, dimensiones, observaciones, todo. Lo he leído tan asiduamente que me sé el contenido prácticamente de memoria. ¡Lo que me extraña es la total falta de sentido de robar una reliquia como esa!

—¿Cuánta cantidad de oro —preguntó Jeff— se cree que está escondida?

—Unos doscientos cincuenta kilos.

—¿Doscientos cincuenta kilogramos de oro? ¿Un cuarto de tonelada?

—Es un cálculo aproximado. Puede ser algo más o algo menos.

Jeff trató sin éxito de hablar con Penny por teléfono: le informaron que la señorita Penny había salido por todo el día y que no volvería hasta la noche. Aunque nadie demostró tener mucho apetito para hacer un almuerzo completo, comieron unos sándwiches y tomaron café.

A las cuatro de la tarde sirvieron el té al aire libre en la terraza de losas detrás de la casa, abierta hacia un jardín que combinaba formales setos de boj inglés con la vegetación lujuriente, casi tropical, de Louisiana. Serena presidía, sobre la pulida urna, como una divinidad.

—¿Crema y azúcar, Jeff? ¿O prefieres limón?

—Limón no, gracias; es una costumbre rusa con la que no quiero tratos. Un poco de leche o crema; sin azúcar.

—¿Entonces no apruebas —preguntó Serena—, el hermoso nuevo experimento del comunismo ruso, con sus planes quinquenales?

—Detesto su experimento comunista y todo lo que representa. Hay todavía más que eso: no me gustan los rusos. No pueden gustarme los rusos desde que traté de leer sus novelas; los intelectualoides deliran con ellas pero a mí me parecen porquerías sin

humor, tan pretenciosas como torpemente ineptas.

Serena le pasó la taza. Sin una palabra llenó las otras tazas y las fue pasando. Evitando toda mención a los misterios, condujo la charla hacia las películas de moda que se proyectaban en los cines, las cuales Dave sugirió que podrían llegar a ser habladas dentro de un año o dos.

Mucho antes, con el argumento de que ellos siempre podrían llevarle de vuelta a su hotel en uno de los automóviles, habían convencido a Townsend para que despachase al taxista que ya llevaba mucho tiempo esperando. Así lo hizo con una generosa propina.

Con permiso para explorar por su cuenta, dedicó cierto tiempo a medir el vestíbulo de la planta baja y del piso de arriba. Jeff examinó la biblioteca, donde encontró poco, aparte de una primera edición de los primeros dos volúmenes de Gibbon, mientras que Dave estuvo sentado en el despacho y anotó todo lo que pudo recordar del libro perdido. La tarde se volvió crepúsculo y luego noche cerrada. Townsend aceptó la invitación a cenar, Pero Jeff, cada vez con mayor impaciencia, no podía permanecer sentado.

—Si no os molesta —dijo finalmente—, creo que comeré en la ciudad. No tengo que ver a Ira Rutledge hasta las diez, como ya sabéis. Pero puedo ir a uno de los mejores lugares y tomarme todo el tiempo que quiera. ¿Alguien va a utilizar el roadster esta noche?

Parecía que nadie lo necesitaba. Así que cogió el Stutz y salió.

También para el trayecto se tomó el tiempo que quiso. Había por lo menos una dirección que debía mirar antes de elegir el restaurante. Entrando a la ciudad desde el sur, se dirigió por Canal Street y torció a la derecha para coger la avenida por la que él y Penny habían andado la noche anterior.

Si subía un trecho por Bourbon Street, y luego torcía a la derecha para volver paralelamente por Royal Street en dirección opuesta, los números impares de Royal Street quedarían a su derecha.

«Cuando le sea cómodo, pásese por el número 701b de Royal Street. No tema nada, pero recuerde la dirección».

Lúgubrementemente iluminada, casi vacía ya, bastante pasadas las ocho de la noche del sábado, la Bond Street de Nueva Orleans parecía muerta, hasta un poco siniestra.

¡Pero eso era una tontería; no podía ser! Entonces, vio la dirección que buscaba.

El número 701b era la fachada de un establecimiento, vecino a otra tienda en la intersección de St. Peter Street, cerrada y oscura. Fugazmente, las luces delanteras del coche, como el centelleo errático de un farol callejero, iluminó la exposición de pipas, tabacos y cigarros tras el cristal del escaparate en cuyo frente figuraban letras doradas que decían *Bohemian Cigar Divan*, de... de alguien cuyo nombre Jeff no pudo llegar a leer al pasar. Más clara, descollaba la silueta de un escocés —un

Highlander—, de mayor tamaño que el natural, con su falda de *tartán* colorido, alto como una torre junto a la puerta.

Una o dos anticuadas tiendas de tabacos de Inglaterra tenían todavía un escocés de madera como anuncio, al igual que alguna de Estados Unidos usaban todavía un indio de madera. Pero aun en Inglaterra, no llamarían ya al establecimiento un diván de cigarros. Si algún británico había establecido su tienda en ese lugar del barrio francés; debía haber sido mucho tiempo atrás.

Dirigiéndose otra vez a Canal Street, Jeff se encontró turbado por un recuerdo que lo eludía. Ese anuncio de tienda de tabacos de alguna forma le había sido familiar; despertaba un eco; debía recordar y no recordaba.

Tenía también otras complicaciones. Esa noche sólo necesitaba identificar el lugar; podía visitarlo posteriormente. Pero ¿por qué hacerle una invitación, casi un desafío, para que visitara lo que debía ser el más inocente local en la inocente Royal Street? Inocente, ¿eh? Cada detalle de este asunto presentaba una engañosa apariencia inocente, o carencia de significado, hasta que de pronto se echaba sobre uno como en una emboscada.

Comprendiendo que estaba nervioso, diciéndose a sí mismo que debía contenerse, Jeff se dirigió por Canal Street y estacionó el Stutz en University Place, donde Penny había dejado su automóvil la noche anterior. Aunque se había propuesto comer en un restaurante francés del Vieux Carré, se avino a hacerlo en el Kolb's porque se hallaba muy cerca de allí, en el lado norteamericano.

Para que el tiempo pasara más rápido, se demoró con una langosta a la brasa en salsa blanca, con el café y con el diario de la noche. Debía reprimir su impaciencia. Por otra parte, si Ira Rutledge tenía realmente algo importante que comunicarle...

Pero no se puede hacer pasar el tiempo más rápido. A las nueve y media Jeff pagó su cuenta, salió del restaurante, y decidió dar un paseo. Cruzó hasta el lado francés, estiró las piernas en Bourbon Street con la vaga idea de echar un vistazo a *El Zapatito de Cenicienta*. Descartó este último capricho. Caminó hasta llegar a la Esplanade, sin encontrar a nadie aparte de dos mendigos callejeros y una *nymphe du pavé*, y retornó por la Dauphine Street al norte. Pocos minutos antes de las diez ya estaba entrando al pequeño vestíbulo del Edificio Garth, en el lado occidental de Canal Street.

El viejo Andy Stockton, que solía manejar el único ascensor del Edificio Garth, todavía lo presidía.

—No, el señor Rutledge todavía no ha llegado. ¿Le dijo que subiera y se sentara; que la puerta estaría sin llave? Por suerte le conozco, señor Caldwell; conocí a su padre y a su abuelo también. Ahí es; por allí; vaya derecho, pase y siéntese.

En el tercer piso, donde Andy le dejó, estaba la familiar puerta con panel de vidrio opaco, con el rótulo *Rutledge & Rutledge, Abogados*; el otro Rutledge era su hijo. El saloncito de espera, ordenado aunque algo polvoriento, estabas a oscuras,

aparte del pálido resplandor que venía de Canal Street, hasta que Jeff encontró el botón de la luz; contenía cuatro severos sillones de madera, un moderno escritorio de taquígrafa en acero color verdoso, con un teléfono, pero sin máquina de escribir, que se guardaba dentro, y un soporte para el dictáfono junto a él.

Sonaron las diez en unos cuantos campanarios, pero Ira Rutledge no apareció. En la biblioteca jurídica vecina Jeff encontró un cenicero de vidrio, volvió con él a la antesala, y fumó un cigarrillo tras otro. Las diez y cuarto; y todavía nada de Ira. A las diez y media sonó el teléfono. Si el tan ocupado señor Rutledge, maldito sea, ¡telefoneara para pedir disculpas...!

Pero no era Ira; era Penny Lynn.

—¿Jeff? ¡Esperaba que estuvieras ahí! Ellos parece que creían...

—¿Dónde estás, Penny?

—En casa; acabo de regresar.

—Sí, la criada dijo que no volverías a casa hasta la noche. No dijo que sería tan tarde.

—No me refiero a que llego a casa por primera vez esta noche. Había regresado antes de la cena. Cuando Hetty me dijo que habías llamado, pensé que era mejor acercarme hasta la Mansión. Estaban comiendo e insistieron para que lo hiciera con ellos. Después de cenar...

—¿Qué te ha parecido Townsend, el tipo del pasaje secreto?

—Muy bien, creo. Ya no está allí.

—¿No está allí ahora?

—Después de cenar, Jeff, ¿querrás creer que apareció Kate Keith? Kate se ha sentido terriblemente prendada del señor Townsend; estaba perdida por él. Ella tenía su automóvil allí, y dijo que *debía* mostrarle un poco de vida nocturna. Si ella se lo llevaba, dijo Dave, tendría que dejarle en su hotel. Parece que Isaac, su chófer, había pedido permiso por esta noche: Dave le permite a Isaac usar el coche de turismo cuando ha tenido un día de mucho trabajo. Así que Kate se ha ido con el experto en casas antiguas; daba la sensación de que le conocía de antes. Entonces...

Jeff podía imaginar a Penny junto al teléfono.

—¡Serena y Dave! —suspiró—. Hay algo terriblemente raro... sí, e inquietante también. No parecían los mismos, aunque es difícil decir cómo y por qué. Las cosas eran tan extrañas que no me he quedado demasiado rato... Como me han dicho que te habías ido porque tenías una entrevista importante con el señor Rutledge...

—No he tenido una entrevista importante con el señor Rutledge; ni siquiera le he visto. ¡Si este escurridizo caballero me hace esperar cinco minutos más...! —Se interrumpió al elevarse un zumbido dentro del edificio sobre el ruido del tránsito de la calle—. Se oye el ascensor, Penny. ¿Te veré mañana, espero? ¡Esté debe ser el pródigo errante, por fin!

Y así era. Cargado de hombros, cadavérico, con un sombrero hongo en la cabeza y un impermeable en el brazo, Ira Rutledge abrió la puerta de la sala de espera.

—Sí, muchacho, no necesitas recordármelo. Es imperdonable. Estos asuntos domésticos, finalmente, pueden ser peores que los negocios. Solamente puedo pedir disculpas por segunda vez, y sugerir que vayamos al grano de inmediato. Estaremos más cómodos en la biblioteca, creo. ¿Quieres ir delante...?

Todos los salones de este apartamento miraban a Canal Street. Hacia la derecha había un pequeño corredor sin ventanas que pasaba primero por el pequeño despacho de Ira hijo y luego por el más espacioso de Ira padre. Mientras Ira padre dejaba paso en el corredor, Jeff llevó su cenicero de pie hasta la estrecha y larga biblioteca jurídica de la izquierda.

Ya en ese cuarto —cuya pared izquierda contenía bibliotecas desarmables con majestuosos volúmenes encuadernados en piel y protegidos con cristales—, tiró de la cadenita de un lámpara con pantalla verde que había sobre una mesa lateral. Enmarcados en las paredes colgaban dibujos humorísticos sobre la profesión, aunque de poco humorístico aspecto. Jeff se sentó y los estudió hasta que Ira, llevando una carpeta de cartulina crema, se reunió con él y se sentó a la cabecera de la mesa.

El abogado todavía parecía no tener prisa. Por unos momentos tamborileó sobre la carpeta, pensativo, después de lo cual apartó el teléfono que estaba sobre la mesa y que era una extensión del que había en la otra salita.

—Nuestra reunión —dijo por fin—, se refiere a ciertos aspectos poco usuales del testamento que dejó el difunto Harald Hobart.

—¿Y bien?

—Las disposiciones de este testamento son extremadamente sencillas. Todo lo que mi pobre difunto amigo poseía está dividido en partes iguales entre sus descendientes, Dave y Serena. No existen otros parientes que sobrevivan y ningún otro legado, requiriéndose a los hijos simplemente que «cuiden de» ciertos sirvientes que se especifican. Te sugiero —y el señor Rutledge le miró fijamente a través de sus gafas—, que me oigas antes de poner objeciones o hacer comentarios.

—¿Por qué podría yo objetar?

—No espero realmente una objeción. Pero seriamente te sugiero lo que digo.

—Si quiere decirme de qué se trata...

—Por supuesto; perdóname. Lo que podría llamarse corolario de los mandatos, aunque también sencillo con respecto a la disposición de la propiedad, es tan insólito como para hacer necesaria una palabra de explicación.

»Antes del ataque al corazón que se lo llevó, mi amigo Harald, sabiendo que eso podría ocurrir en cualquier momento, había reflexionado mucho sobre el pasado. Quizá te hayas enterado de que hace muchos años el comodoro Fitzhugh Hobart tenía dos amigos íntimos: tu abuelo, cuyo mismo nombre llevas, y el (también difunto)

Bernard Dinsmore, que antes vivía en Nueva Orleans. El comodoro Hobart se peleó con Bernard Dinsmore, que se fue a Nueva Inglaterra y allí hizo una fortuna considerable. ¿Has oído algo de eso?

—Sí, Dave se refirió a eso hace unas noches. Dijo que su padre siempre pensó que Bernard Dinsmore había sido muy mal tratado. ¿Es correcto?

—Eso, muchacho —dijo el señor Rutledge, con un carraspeo—, resume el caso, de modo que apenas son necesarias mayores explicaciones del testador.

En la avenida, allá abajo, zumbaban y ululaban los coches, alternando con el estrépito distante de las campanas de los tranvías. Tras una breve ojeada al interior de la carpeta, sin abrirla por completo, Ira Rutledge se levantó y fue hasta una de las ventanas donde se quedó de pie mirando hacia abajo. No se volvió mientras hablaba.

—Si llegara a producirse la muerte de Dave o de Serena, el otro lo heredaría todo. Por otra parte, si ni Serena ni Dave llegaran a estar vivos el día de las brujas^[14] de este año...

—¡El día de las brujas! —explotó Jeff—. ¿Por qué no *iba a estar vivo*, cualquiera de ellos, en ese momento? ¿Y qué tiene que ver el día de las brujas con esto?

—¿He dicho el día de las brujas? —murmuró el abogado—. ¡Caramba, caramba! Está mal; no debo ponerme a fantasear. Y sin embargo la palabra, si bien legalmente inadecuada, no es inexacta.

Entonces se volvió de la ventana.

—Fitzhugh Hobart, como podrás o no estar informado, nació el 31 de octubre de 1827. Hubiera tenido un siglo de vida si hubiera llegado al 31 de octubre de este año.

—Estoy informado de las fechas de la vida del comodoro. Pero de todos modos pregunto...

—Aquí tienes la respuesta. El hijo de Harald y su hermana, aunque con mucha menos gravedad, han heredado ambos la debilidad cardíaca que mató a su padre. Entiendo que todo esto debe ser una novedad para ti.

—Exactamente una novedad, no. Dave me dijo que una muy leve afección cardíaca le había impedido entrar a la marina durante la guerra. Serena...

—¿Serena, decías?

—Ella siempre ha demostrado tendencia al atletismo. Ayer por la noche Dave comentó que ella era una gran gimnasta, pero que el médico la había obligado a abandonar. Otras veces...

—¿Algún otro recuerdo, Jeff?

—No sé realmente. La primera vez que vi a Serena esta mañana entró al refectorio vestida para jugar al tenis. Dave se levantó como para protestar y exclamó: «Mira, Serena, ¿no vas a...?», y se detuvo. Puede haber querido decir cualquier otra cosa. Pero se me cruzó por el pensamiento que podría haber sido: «... no vas a jugar al tenis, ¿verdad?», o algo parecido. Porque ella no jugó.

—Bueno, ¡esto es fundamental! —dijo el señor Rutledge, frotándose las manos—. Naturalmente, no me refiero a la debilidad cardíaca. La referencia es hacia tus propios procesos mentales. Para alguien de tu descabelladamente imaginativa profesión, Jeff, no dejas de ser observador.

—Gracias por ese salvador «no dejas». ¿Tiene algo más que decirme?

—Sí; la razón de que estés aquí.

Volviendo a la cabecera de la mesa, Ira Rutledge se sentó, abrió la carpeta color crema, y examinó unos papeles de su interior antes de volverla a cerrar.

—Harald Hobart —continuó de inmediato—, no esperaba que alguna fatalidad alcanzara a sus hijos; simplemente trató de protegerse de las contingencias. Entonces atestigüemos que el pobre Harald, por errático e imprevisible que queramos considerarlo, ¡tenía el mayor afán de que se hiciera lo que él creía que era lo correcto! En caso de que ni Dave ni Serena estuvieran vivos el 31 de octubre de 1927...

—¿Sí...?

—En ese infortunado e improbable caso, Jeff, la propiedad entera se debe dividir en partes iguales entre tú y el único descendiente que sobrevive de Bernard Dinsmore: su nieto, el reverendo Horace Dinsmore, de Boston.

El cigarrillo que Jeff acababa de encender se deslizó entre sus dedos y cayó sobre la mesa. Lo levantó de un manotazo antes de que pudiera causar demasiado daño con la quemadura, y lo aplastó entre las demás colillas del cenicero.

—¡No, de ningún modo! ¡No es posible que usted quiera decir eso!

—Pues es eso lo que quiero decir. ¿Por qué no lo voy a decir?

—¡Porque es imposible! ¡Yo no necesito dinero; yo no quiero dinero! ¡Desde luego, no ese dinero! ¡Eso no se hace!

—Yo estaba en lo cierto, al esperar ciertas objeciones. Pero la tuya, muchacho, no es una objeción real. ¿Me disculpas un momento?

Volviéndose a su despacho con el pretexto de que había dejado algo allí, y llevándose el legajo color crema con él, su anfitrión se fue por un tiempo tan largo que Jeff pensó en coger uno de los libros de leyes de los estantes, pero su formidable aspecto lo hizo desistir. Ira volvió y lo encontró todavía en su caos mental.

—Señor Rutledge —dijo—, ¿qué sabe usted sobre Horace Dinsmore? Aparte del hecho de que es un clérigo a quien Dave describe como muy piadoso y de rostro adusto...

—Hablemos con precisión, ¿quieres? No tengo motivos para poner en duda su piedad. Decir que ese caballero tiene el rostro adusto no se justificaría y podría llegar a ser difamatorio; yo nunca le he visto. Tampoco Dave. Sin duda se le ha ocurrido a Dave, como es costumbre en los jóvenes, que todo clérigo de Boston debe responder a una descripción de ese tipo.

—Pero...

—Seamos precisos, repito, si no te molesta. Si bien es ministro ordenado de la Iglesia Congregacionista, el doctor Dinsmore no ha ejercido ningún pastorado en fecha posterior al que tuvo originalmente en el norte del estado de Massachusetts. Ahora es profesor de religión en el Mansfield College de Boston. Ascendió por los acostumbrados niveles académicos, pero tienen tan buena opinión de él que lo hizo rápidamente; en 1919 le nombraron profesor de la más alta jerarquía. ¿Qué es lo que te inquieta, Jeff?

—¡Bueno! Con respecto a Dave y Serena, ¿existe algo que sugiera que yo, yo entre todo el mundo, pueda querer apresurar su partida?

—¿Apresurar su partida? Querido muchacho —gritó el abogado, evidentemente sorprendido—, ¡jamás me ha pasado por la cabeza una fantasía tan grotesca! ¿Por qué te ha pasado por la tuya?

—Porque ha habido conversaciones imprecisas sobre fatalidades que no fueron accidentes.

—Por lo menos, Jeff, tú tienes el buen juicio de reconocer que son conversaciones imprecisas. ¿Sospechar que *tú* tienes malos designios? ¡Tonterías! Tampoco, desde que hablamos del tema, debemos mirar mal a un clérigo de mediana edad y tranquilas inclinaciones, especialmente uno que es ya tan rico por derecho propio (he investigado al doctor Dinsmore con cuidado) que difícilmente le tentaría una propiedad en estado de agotamiento como...

Ahora le tocó a Ira el turno de interrumpirse.

—¿Es una propiedad exhausta, señor Rutledge? Perdóneme, pero ¿es una propiedad exhausta? Serena y Dave juran lo contrario; me parece que proclaman eso por demás y con demasiada frecuencia. Y Penny Lynn cita las palabras de su padre con respecto a las pérdidas de Harald Hobart. Si no tengo derecho a saber...

—No, no tienes derecho a saber. Todavía no, por lo menos. Sin embargo, en estas circunstancias, creo que está justificado el insinuar que...

De nuevo el abogado se contuvo, pero esta vez no por haber estado a punto de cometer un desliz. Levantó la mano para pedir silencio.

Los ruidos del tránsito que venían de la calle habían disminuido hasta el murmullo. En alguna parte del interior del edificio se podían oír pasos que subían la escalera y se acercaban.

—Andy Stockton —dijo Ira—, debe haber terminado su horario. Quienquiera que pueda ser, a esta hora de la noche no es probable que venga aquí. Y sinceramente espero que no. ¡La puerta de la antesala todavía está sin llave!

Dijo esto al mismo tiempo que los pasos, acercándose apresuradamente, penetraban en las oficinas de Rutledge & Rutledge. La puerta entre la biblioteca y la sala de espera brillantemente iluminada estaba abierta. En esta última sala, con aire de tomarla por asalto, irrumpió un hombre grueso, de cuerpo redondo, de algo más de

cincuenta años, cuyas serias gafas de carey hacían contraste con un festivo sombrero de fieltro verde con pluma tirolesa.

Ira Rutledge salió a su encuentro, cerrando la puerta de la biblioteca, pero Jeff podía oír con claridad.

—¿Me recuerda, consejero? —preguntó una persistente voz de tenor. Este recién llegado cincuentón hablaba como un chico frustrado—. Me llamo Merriman, Earl G. Merriman, de St. Louis. Usted es difícil de encontrar, me parece. Le he llamado por teléfono a su casa; dijeron que estaba aquí. Y he visto las luces encendidas, ¡pero el ascensor no funciona!

Ira habló con dignidad.

—Como ya son más de las once de la noche, mi buen señor, ¿podría esperar otra cosa? ¿A qué debo el honor de esta inesperada visita?

—Esos clientes suyos: ¿tienen respuesta para mí? Estoy aquí sólo por un par de días; tengo que volver a mi casa, y sería muy grato poder tener una respuesta que llevarle a mi esposa. Bueno, ¿qué hay de aquello?

—Mis clientes le han prometido su decisión, señor Merriman, para una fecha que usted aceptó. Esa fecha aún no ha llegado. Mientras tanto, como en este momento estoy muy ocupado con otro cliente...

—Yo quiero esa casa; mi mujer la quiere; ya he ofrecido más de lo que vale para mí. Hay un montón de dinero comprometido en este asunto, señor consejero; no lo puede barrer y poner bajo la alfombra como si fuera tierra. Pero creo que usted no me entiende; ¡parece que no estamos hablando de lo mismo!

—El asunto del que estamos hablando está bastante claro. Su oferta para comprar la Mansión Delys...

—¿No le digo que no estábamos hablando de lo mismo? Mi oferta está ahí; mi oferta es en firme. Pero ha llegado a mis oídos, de un modo o de otro, que puede haber otro que quiere ganarme la mano. Entiendo que es un tipo de apellido francés; no sé como se pronuncia, pero se deletrea V-a-u-b-a-n. Pero su nombre es Bill, y eso sí lo puedo pronunciar. ¿Y bien, señor consejero? ¿Les *ha* hecho este Bill Vobbin su propuesta, y le *van* a dar preferencia a él?

—Señor, ya le he proporcionado la información que me han dado instrucciones de brindarle. No tengo instrucciones de ofrecerle otra cosa. Y ahora, si usted me perdona...

Pero Earl G. Merriman no le quería perdonar. Por un tiempo que pareció como media hora se desgañó, repitiendo de mil maneras que después de toda la molestia y lealtad de proceder de su parte resultaría la jugada más sucia y rastrera que se le haya hecho a un honesto hombre de negocios, permitir a un francés hijo de... correr con ventaja.

El señor Rutledge padre escuchó con paciencia ejemplar, aunque los ruidos

indicaban que gradualmente llevaba a su visitante hacia la puerta.

Después de un «*Buenas noches, señor*» final de Ira, y escuchar el zumbido de la puerta al cerrarse sobre su colchón de aire, Jeff abrió la de la biblioteca a tiempo de oír las zancadas del señor Merriman hacia la escalera, al fondo del vestíbulo, protestando todavía con tanta intensidad que Jeff se quedó esperando que, al descender, se despidiera pateando el pasamanos para desahogar su berrinche.

Ira se volvió.

—Si en realidad el señor Vauban ha hecho esa oferta —dijo—, no he sido informado sobre ella. Probablemente es sólo un rumor y un infundio, porque... bueno, no importa.

Todavía muy premeditadamente, se desplazó con lentitud por la antesala, como poniendo en orden lo que no necesitaba ordenarse, antes de apagar las luces y reunirse con Jeff en la biblioteca, donde solamente estaba encendida la lámpara de pantalla verde sobre la mesa.

—¿De qué estábamos hablando? Ah, sí; de los asuntos financieros de los Hobart.

Pasaron varios minutos; Ira se sentó.

—Como parte interesada, muchacho, por lo menos se te puede informar de que ni David ni Serena quedarán reducidos a la pobreza. La Mansión Delys es suya, para disponer de ella como deseen. Mi reciente coloquio con el señor Merriman debe proporcionarte pruebas suficientes de eso.

—¿Entonces yo estaba totalmente equivocado?

—Si no totalmente equivocado, te habías adelantado en muchas de tus conclusiones. —Hizo una pausa—. Es curioso —agregó pensativo el abogado—, que tu propio tío se haya preocupado recientemente, a su vez, de un aspecto de las finanzas de los Hobart. Como él también es abogado, no hizo ninguna pregunta que no fuera ética o juiciosa. No le importaba, dijo, cuáles fueran los valores en el haber de la familia en la actualidad. Pero en el pasado, aun en un pasado remoto, ¿habrían tenido alguna vez intereses financieros en una industria del estado o de la zona?

—¿Y los tuvieron? ¿Pudo usted contestar?

—Sí, sin compromiso. Tuvieron acciones en la Dixieland Tobacco, de tu propia familia: compañía que si bien opera en Carolina del Norte, es dirigida desde aquí. Eran propietarios de intereses que casi controlaban a la metalúrgica Vulcan de Shreveport, que en un tiempo fue la más importante del Sur después de Tredegar de Richmond. El pobre Harald mismo trató de dominar los intereses de Danforth & Co. de Bâton Rouge, y creo que hubo un momento en que lo consiguió.

—Estos Danforth & Co.: ¿qué fabrican?

Ira hizo dibujos en el aire.

—Maderas finas de toda clase: revestimientos, bibliotecas muy trabajadas, reproducciones muy especializadas de muebles antiguos. ¡No existen muebles

antiguos imitados en la Mansión Delys, podría decírtelo! Ni la misma Danforth & Co. podría haber construido ese notable clavicordio del siglo XVI que hay en el salón. Yo no soy músico, pero tengo un ojo clínico para los muebles antiguos.

—¿Qué era lo que quería el tío Gilbert? ¿Detrás de qué andaba realmente?

—No te lo podría decir, —Rutledge, que por algún motivo había vacilado al mencionar el clavicordio del recibimiento, parecía ahora despertar—. Pero todo esto difícilmente viene al caso, ¿verdad? ¡Estas sospechas tuyas, Jeff! Dave y Serena, entiendo, te hicieron creer que estaban financieramente tan cómodos como siempre hasta ahora, No te dijeron, posiblemente, que tú mismo serías coheredero en caso de que les sucediera alguna desgracia.

—No.

—Por su aire de tensión e inquietud, cuando os encontré a vosotros tres ayer por la noche, tuve más que sospechas de que ellos no te habían dicho nada. Lo supuse, y con cierta imprudencia sugerí lo mismo.

—Ellos lo sabían, ¿verdad?

—¡Sí, claro que lo sabían! Tú y yo podemos comprender su renuencia a hablar claramente. Pero sabían asimismo que sería mi deber ponerte al tanto de todo. Me han dejado el trabajo a mí; yo lo he hecho; y la hora es muy avanzada. Cuando pienso en ellos: solos en esa casa tan grande, con poco juicio, con el mismo Harald ausente y nadie que les aconseje sino un viejo cascajo como yo, a veces me pregunto...

En la quietud de la noche, inquietamente, el teléfono de la otra habitación comenzó a sonar.

Ira Rutledge conectó la extensión del teléfono sobre la mesa, junto a su codo, y lo cogió.

Jeff se puso de pie y se acercó. Sería inexacto decir que sintió un presentimiento terrorífico al oír sonar el teléfono. Pero sintió algo parecido cuando Ira contestó y la voz de Dave Hobart se alzó con tanta claridad como si el teléfono estuviera en el mismo oído de Jeff.

—¿Ira? Y-Yo...

—Sí, aquí habla Ira Rutledge. ¿Qué pasa, Dave? ¿Por qué llamas a estas horas de la noche?

—Le llamo —gritó Dave—, después de haber llamado al médico de la familia. No es por el mismo motivo, ¡pero quiero saber qué hago! ¡La casa está alborotada; la policía está aquí; hay un infierno por *todas* partes!

—Dave, serénate. ¡Te pido por todos los cielos que te calmes! No debes inquietar a tu hermana con tu conducta atolondrada, y más con esas voces destempladas. ¡Serena! ¡Piensa en Serena! ¿Dónde *está* Serena?

—Bueno, ese es el motivo por el que le llamo —contestó Dave. Entonces, antes de que su voz se alzara hasta quebrarse, agregó—: Serena está muerta.

Bajo un cielo nocturno lleno de nubarrones, con rumores de viento en el follaje, Jeff dejó el Stutz en el garaje detrás de la Mansión Delys y se dirigió lentamente hacia la entrada principal. En el camino de entrada había varios automóviles. Aunque el mayor número de las habitaciones de la planta baja parecían hallarse iluminadas, arriba solamente podía ver luz en el dormitorio que estaba sobre la puerta de la entrada. Y esa puerta la abrió el mismo tío Gilbert.

Alerta, de mirada incisiva, vestido con cuidado aún a esta hora, Gilbert Bethune observó a su sobrino con cierta preocupación.

—¿Cómo te va, Jeff? ¿Cómo te sientes?

—Un poco atontado y con la cabeza vacía. Nada parece del todo real. Lo siento; no lo puedo evitar.

—No tienes nada de que disculparte. Has tenido un golpe; y no es más que lo natural. Pero si tú has sentido el golpe, te puedes imaginar lo que ha sido para Dave. Le ha dado en la cabeza, pobre diablo; no es para criticarlo.

—¿Qué ha sucedido, tío?

—¿No lo sabes?

—Sé que se trata de Serena, y nada más. Estaba en el despacho de Ira Rutledge cuando llamó Dave por teléfono, como te habrás enterado, y yo sabía que era bastante tarde, pero no me había dado cuenta de que ya había pasado la medianoche. Dave dijo apurado algunas cosas, incluso que la policía estaba aquí. Después de decir que Serena estaba muerta, parece que se desmayó.

—Sí, se desmayó.

—Y entonces, se ha puesto al teléfono el teniente Minnoch. El teniente preguntó si Ira estaba allí, y luego dijo que tú decías que yo viniera aquí lo más pronto posible. ¿Qué le ha pasado a Serena?

El tío Gilbert alzó la cabeza señalando el piso.

—Se ha caído, saltó o la empujaron desde la ventana de su dormitorio, allá arriba. Ha caído sobre las losas de la terraza.

—Bueno, es una buena caída. Pero... —Jeff se encogió ante el cuadro que imaginaba—. ¿Ha quedado... muy destrozada?

—No ha sufrido ningún golpe mortal. Le ha fallado el corazón, dice el doctor Quayle. Cuando has conocido a una persona durante casi toda la vida, como has conocido a Serena, será difícil pensar en ella como «el cadáver». Pero el cadáver ha sido retirado; no hay visiones de espanto. Dime ahora. ¿Quieres acostarte y tratar de olvidarte de todo esto por el momento? ¿O prefieres oír lo que se ha hecho para

investigar algo más?

—¿Acostarme? No podría dormir ahora, ¡aunque mi vida dependiera de eso! Prefiero oír lo que tenga que oír.

—Entonces, sígueme.

Echando a andar con sus grandes zancadas, tío Gilbert le condujo por el pequeño salón iluminado, la iluminada biblioteca, el oscuro salón de billar y la oscura sala de armas, hasta la iluminada puerta del despacho del fondo. En el despacho se detuvo de espaldas al escritorio de tapa corrediza, ahora cerrado.

—Cayó, saltó o la empujaron —repitió amargamente—. ¿Otra vez los comerciantes de la superstición?

»Si algún poder puede arrojar a una víctima por la escalera y romperle el cuello, ¿está en toda la casa? ¿Es que alguien sugiere que el mismo poder es capaz de levantar a otra víctima y arrojarla por una ventana del primer piso?

—No —replicó el tío—, y nadie va a sugerirlo mientras yo esté al cargo de esto. Este agente es humano, pero ¿de qué modo ha actuado ese agente?

»Aquí están los hechos. Parece que hubo una buena reunión aquí a primeras horas de la noche. Podremos dejar todo eso en claro cuando los interroguemos a todos mañana; quiero decir hoy. El último visitante que salió fue Penny Lynn, que se despidió no mucho después de las diez y media.

—Lo sé; me llamó por teléfono desde su casa.

—¡Muy bien! —tío Gilbert se irguió—. También parece que Serena había salido hasta altas horas la noche anterior. No eran todavía las once cuando dijo que era mejor retirarse. Dave estuvo de acuerdo; evidentemente él tampoco había dormido mucho el viernes por la noche. Se fueron por separado, Serena a su habitación del frente y Dave a su propio cuarto en la parte de atrás, el mismo que ocupa desde que era pequeño.

»Todo esto no se habría descubierto hasta mucho después, posiblemente esta mañana, si no hubiera sido por uno de los sirvientes. El chófer es un joven llamado Isaac, que fue empleado durante el tiempo que estuviste afuera. Son bastante más tolerantes con el personal que mucha gente. Este chófer...

—Penny también mencionó eso —interrumpió Jeff—. El chófer había pedido permiso para salir; Dave le autorizó para que utilizara el coche de turismo. ¿Y bien?

—Isaac debía volver a las once en punto o se las iba a ver con Cato, que es un devoto de la disciplina. No volvió a las once; pero llegó a las once y veinte. Había luz en la habitación de Serena, lo que no hubiera despertado su curiosidad. Pero las luces delanteras del coche iluminaron a alguien que yacía en la terraza.

»Allí encontró a Serena, muerta hacía tan poco que su cuerpo aún estaba tibio, un poco hacia la derecha de la ventana que está más hacia el extremo derecho del panel de encima; habría sido la ventana del extremo izquierdo mirando desde la habitación.

Serena tenía un pijama y algo puesto encima; hay discusiones sobre lo que llevaba sobre el pijama.

»Isaac guardó el coche; Cato se reunió con él en la puerta trasera; juntos trasladaron a Serena al interior de la casa, y la subieron arriba. No deberían haberla movido, por supuesto; pero hay que tener en cuenta su estado de ánimo.

»La puerta de la habitación de Serena estaba cerrada por dentro con pasador. Entonces la colocaron en otro dormitorio, mientras Cato despertaba a Dave. Luego comenzó el alboroto. ¿Me sigues hasta ahora?

—Perfectamente.

Gilbert Bethune sacó un cigarro del bolsillo superior izquierdo de su chaqueta, pero no lo encendió.

—Dave telefoneó al doctor Quayle —prosiguió—. Kenneth Quayle y yo somos viejos amigos de la familia. Antes de hacer su visita el doctor me llamó, diciéndome que no podría emitir un certificado de defunción en esas circunstancias. Me comuniqué con la Municipalidad y conseguí que viniera Harry Minnoch. Con otros más siguiéndonos, corrimos hasta aquí a toda la velocidad que podía dar el coche de la policía.

»Ya en ese momento toda la casa era un barullo. Habían forzado la puerta de la habitación de Serena para poder colocarla allí. Interrogamos a los sirvientes y les mandamos a dormir. Cuando pude obtener una declaración más o menos coherente de Dave —fue en la biblioteca de allá— corrió hasta el teléfono y llamó a Ira Rutledge. Entonces, casi se desplomó literalmente; hubiera tirado el teléfono si Minnoch no lo hubiera cogido al vuelo. El doctor Quayle lo colocó en la cama y le inyectó un sedante; Dave lo necesitaba. Me gusta ese joven; siempre le he apreciado mucho, aunque él no parece confiar mucho en mí en cambio.

»Y ahora, si puedes afrontar las pruebas contradictorias en la habitación de Serena —dijo tío Gilbert dirigiéndose a la puerta del despacho—, ven conmigo otra vez. No pierdas de vista a Harry Minnoch. Harry es un policía bastante bueno, un policía honesto. Pero una vez le dije que le faltaba sutileza, y no se le puede olvidar eso; está decidido a ser sutil hasta la muerte. ¿Cómo te sientes, Jeff?

—Como un intruso completamente inútil. No puedo hacer nada aquí; cualquier cosa que haya ocurrido, es como si yo lo hubiera apresurado todo al aceptar la invitación de Dave.

—Puedes hacer algo bueno aquí. Antes de que le hiciera efecto el sedante, lo último que dijo Dave fue: «Jeff vendrá, ¿verdad? ¿No abandonará el barco antes de que empiece a hundirse?».

—Me mantendré firme, por supuesto, si alguien lo desea. Pero...

Una vez más Jeff siguió a tío Gilbert. En el hall de la entrada, bajo el suave resplandor de las lámparas eléctricas en forma de vela, se encontraron con un señor

de cabellos plateados, de aspecto preocupado, que descendía la escalera con su maletín negro en la mano.

—Ya le he dicho a su teniente —le informó el doctor Quayle al Fiscal de Distrito—, que no puedo testificar qué pudo haber usado la pobre Serena sobre su pijama, o qué clase de zapatillas podía llevar en sus pies. A mí me corresponde revisar a la víctima, no sus ropas. Cuando la vi en la cama, allá arriba, lo más que recuerdo es que llevaba solamente pijama; no tenía calzado de ninguna clase. Como ahora ya se la han llevado, y ya no necesitan de mí...

—¿La causa de la muerte, Kenneth?

—En lenguaje no técnico, Gilbert, un fallo del corazón. Por eso no hubo lesiones externas. Buenas noches.

Las luces estaban encendidas en el vestíbulo del piso superior; más luces brillaban a través de la puerta abierta del dormitorio de Serena, en la parte delantera de la casa. Jeff vaciló antes de seguir a su tío.

La puerta había sido forzada, según todas las pruebas, con un formón, arrancando entre astillas el cerrojo echado en su cerradura, de modo que ambas cosas habían quedado colgando. Había un polvo gris sobre el cerrojo y sobre los dos picaportes de la puerta.

Como las habitaciones anteriores de la planta baja, cada una de las de arriba tenía un panel de puertas-ventanas con cristales en forma de rombo, divididas en cuatro secciones por columnas de piedra: arriba todas las secciones eran fijas, pero abajo tenían bisagras y se abrían hacia afuera como una puerta. Tres hojas de ventana permanecían cerradas; la del extremo izquierdo estaba abierta totalmente, formando un vacío bastante grande. Habían echado polvo gris sobre las manivelas de las ventanas y el vidrio.

A pesar del sombrío revestimiento de roble, a pesar de la cama con dosel y la mesa de tocador del siglo XVII, Serena había intentado aligerar el ambiente con un par de sillas tapizadas, una o dos lámparas de pie, una mesa con revistas y un cenicero de generosas dimensiones, y algunos cuadritos con copias de Renoir y Monet.

Jeff miró hacia la cama, con su colcha de seda intacta quitando la depresión en que un cuerpo había descansado. En un rincón del cuarto, como una clueca empollando, se hallaba el añoso sargento Bull. Con un gesto de reconocimiento hacia Jeff, se dirigió hacia los recién llegados el bigotudo teniente Minnoch.

—¡Señor Bethune, señor! —comenzó tomando una actitud formal—. Este asunto de la sutileza...

—¡Sin malentendidos, por favor! —dijo tío Gilbert—. Es su caso, Harry; manéjelo como crea que corresponde. Yo soy *amicus curiae*, y por el momento no soy más que eso. ¿Cómo interpreta la situación?

El teniente Minnoch, que no llevaba su sombrero dentro de la casa, se pasó una

mano por la calva.

—Bien, señor, ambos hemos escuchado a los testigos. En primer lugar, simplemente para comenzar, le diré lo que no ha sucedido. Aunque la señorita ha caído por esa ventana, no ha sido un suicidio ni tampoco un accidente.

—Parece bastante obvio. Aun así, ¿cuales son sus razones para decir eso?

—Ella entró aquí alrededor de las once menos diez. Echó el cerrojo a la puerta. Sus impresiones digitales están en todo el cerrojo y en ambos picaportes; el oficial Richards ha echado polvo en todas las superficies que suelen tener huellas. Ella se desvistió; se puso el pijama y otra cosa, cualquiera que fuese, que se echó encima. Pero le tenía sin cuidado la ventana. Por su propia voluntad, al menos, dudo que se haya acercado a la ventana.

—¿Cómo llega a esa conclusión?

—¡Porque no ha tocado la ventana! ¡Ni la que está abierta, ni las otras tres, ni parte alguna de ellas!

El teniente Minnoch fue hasta las ventanas y miró atentamente antes de regresar.

—Está tan alto esto —agregó—, que con estas ventanas trabajadas hay menos necesidad de tener cortinas que abajo. No hay cortinas en ninguna parte de la fachada. Y no hay una sola huella dactilar de la señorita Hobart en ninguna parte aquí, aunque sus huellas están por todo el resto de la habitación. Y no me pregunte quién abrió la ventana, señor: usted ha oído lo mismo que yo.

—¡Sí, por supuesto! —dijo tío Gilbert—. ¿Y la criada?

—Ya lo he averiguado, señor Bethune. La criada (creo que su nombre es Josie) se fue con los demás y que parece estar enamorada del chófer. Josie atendía a la señorita. Todas las noches abre la ventana, siempre esa misma ventana, y lo hizo anoche. Todavía no es tiempo de mosquitos, por lo que no hace falta poner una tela metálica, ni mosquitero en la cama.

»No he querido asustar a la criada más de lo que estaba ya, pero Richards le ha tomado sus huellas para ir a lo seguro. Sus huellas están en la ventana, en el cierre y en el marco también, un poco borrosas. Me parece señor, que solamente existe una cosa que puede haber ocurrido.

—¿Qué?

—La señorita, como le he dicho, entró aquí diez minutos antes de las once. Echó el cerrojo a la puerta...

—¿Por qué echó el cerrojo a la puerta? Nunca cierran con llave ni pasan los cerrojos de las puertas en la Mansión Delys; no tienen motivo para hacerlo.

—Tenían un buen motivo esta vez, señor, si lo hubieran sabido. Quizá Serena Hobart lo sabía, y pensaba que alguien la perseguía.

Tío Gilbert se puso rígido.

—Como tan cuidadosamente señala, Harry, yo también he oído a los testigos. En

ningún momento parecía Serena estar aprensiva; solamente decidida, si bien un poco abstraída o alejada. Su propio hermano lo ha dicho y los demás lo han confirmado.

—Si estuviera en su lugar, señor —dijo el teniente con indulgencia—, no me dejaría impresionar demasiado por nada de lo que diga el joven señor Hobart. Es un caballero de temperamento versátil, me parece. Y las negritas estaban todas confundidas; no solamente la criada, sino el chófer y el viejo mayordomo también.

Tío Gilbert, que había vuelto a guardarse el cigarro en el bolsillo de la chaqueta, estaba quieto, dando tirones a su labio inferior con tremenda indecisión.

—Entiendo, Harry, que no duda de que esto es un asesinato.

—En absoluto, señor. ¿Tiene usted alguna duda de que es asesinato?

—No, realmente no. Pero ¿qué ocurrió aquí, exactamente?

—Estaba llegando a eso, señor. El asesino entró aquí anoche para hacer precisamente lo que hizo. El no quiso dejar huellas digitales: todos usan guantes ahora. Simplemente la agarró y la tiró por la ventana. Probablemente sabía que estaba mal del corazón, y que moriría antes de tocar el suelo. O puede ser...

—Si Serena había cerrado la puerta de modo que no la cogieran de sorpresa, ¿de qué forma entró el asesino?

—Bueno, señor, esa ventana está abierta de par en par.

Muy bien; la ventana está abierta. Pero eso lo pone más difícil.

Gilbert Bethune fue hasta la ventana y sacó por ella la cabeza, mirando fijamente la fachada, primero a la izquierda y luego a la derecha.

—Yo he mirado esto desde el exterior —manifestó—. Si se digna mirar por sí mismo, puede confirmar lo que yo digo.

Jeff lo siguió, miró también y pudo confirmarlo.

—Un borde de piedra muy estrecho —continuó su tío Gilbert—, corre a lo largo de la fachada a unos noventa centímetros por debajo del nivel del piso de este cuarto. Un reparador de cúpulas profesional *podría* arreglárselas para desplazarse por ese borde apretándose contra la pared y avanzando de lado. Pero no hay manera de que nuestro reparador pueda alcanzar el borde desde abajo. ¡Mire allí!

—Estoy mirando, señor —le aseguró el teniente Minnoch.

Todos se habían concentrado en lo que se decía.

—Las paredes son de ladrillo liso y con las juntas lisas —dijo el Fiscal de Distrito—, sin ningún resquicio en la argamasa como para que se pueda afirmar ni un dedo. No hay cañerías por las que trepar. Las paredes están libres de hiedra u otras trepadoras, así como han mantenido a los robles sin musgo negro. A no ser con un trabajo profesional con sogas y ganchos y un aparejo (y ayuda), hecho por un equipo experto a plena luz del día, desde el punto de vista físico es un imposible.

El tío Gilbert volvió a meter dentro la cabeza y se encaró con los otros dos.

—No, Harry, eso no sirve. ¿Qué otra cosa propone?

—Bueno, señor...

—Temiendo un ataque, Serena Hobart ha echado el cerrojo a la puerta, pero no vacila en desvestirse y ponerse el pijama. El comportamiento de su hipotético atacante parece aún más curioso. Ascendiendo de alguna manera por la pared como Drácula, lleva a cabo su propósito: de acuerdo con lo que usted mismo dice, la agarra y la tira por la ventana. Todo esto, obsérvenlo, ¡sin un solo grito ni siquiera una protesta de la víctima! Aunque los que estaban anoche en casa discrepan en otros puntos, todos concuerdan en que no se oyeron gritos. Observemos nosotros mismos que no hay absolutamente ninguna señal de lucha.

—Pero...

—Cuando irrumpen aquí más tarde, los testigos también concuerdan en que no encontraron a nadie escondido. ¿Qué ha hecho nuestro asesino? O ha descendido al estilo Drácula o si no, se ha vuelto invisible. ¿Cómo?

El rostro del teniente Minnoch brilló con una especie de resplandor.

—¡Pero mi querido señor —gritó—, usted puede formarse tantas ideas raras como el mismo joven Hobart! Soy el primero en admitir que sus ideas a veces dan resultado, como en aquel asunto del envenenamiento del barrio irlandés, en que encontramos a la falsa enfermera que lo hizo. ¿Pero puedo hacer yo una sugerencia?

—Estamos esperando alguna.

—No es absolutamente seguro que ella le tuviera miedo al tipo que la mató. Puede ser que esa sea la respuesta a todo el problema. Yo no quisiera decir ni una sola palabra con respecto a la reputación de la señorita. Pero de todos modos, cualquier policía sabe que estas niñas tranquilas pueden portarse y hacer ciertas cosas que no debieran.

»Digamos que dejó entrar al asesino por la puerta, y luego echó el cerrojo para que nadie más pudiera molestar. No tenía sospecha alguna que él había venido a matarla. De ese modo él pudo acercarse lo suficiente para hacer lo que quería. Antes de que ella pudiera darse cuenta de sus intenciones, la agarró y lo hizo.

—Entonces, ¿cómo bajó él por la ventana? —preguntó el tío Gilbert—. Adoptando su propio estilo llano, amigo mío, podría señalar que, mientras que con torturas no me podrían arrancar una sílaba sobre su intelecto, a veces puede hablar como un asno.

—¡Tranquilo, señor Bethune! ¡T-tranquilo, eh! ¡No vaya usted a perder los estribos, usted nada menos, o terminará probando que aquí no ha pasado nada y que la víctima no está muerta!

—Sea lo que sea lo que yo termine probando, podríamos al menos hacer un pequeño esfuerzo para probarla. ¿Está bien?

—Si usted lo dice, señor.

—Sí que lo digo. Y ya he expuesto ciertos puntos en que los testigos concuerdan.

También están de acuerdo...

Meditando, Gilbert Bethune, se dirigió a pasos lentos hasta un tocador cuyo espejo veneciano del siglo XVII permanecía intacto a pesar del tiempo. Sobre el respaldo de la silla recta que estaba frente a él colgaba un vestido de color azul claro con cuello blanco. Más prendas femeninas estaban sobre el asiento de la silla, junto con las medias dobladas, de color carne y junto a ella, en el suelo, estaban los zapatos de cocodrilo color «beige».

—Ese es el vestido que usó en la cena —dijo el Fiscal de Distrito—, y las medias y los zapatos. Yo la conocía a Serena Hobart como una joven de extrema pulcritud. Pero no parece haber guardado nada, lo que en sí mismo es sugerente.

—¿Sugerente de qué? —preguntó Jeff.

—Bien, veamos. Cuando Cato e Isaac la trajeron arriba ella había estado tendida de espaldas sobre la terraza. Llevaba algo sobre su pijama, y algún tipo de zapatillas. Primero la colocaron en otro dormitorio, porque la puerta de éste tenía echado el cerrojo. Cuando hubieron forzado la puerta y los mismos dos la entraron, al ponerla allí sobre la cama, Dave Hobart, en una especie de aturdimiento, cogió el abrigo y lo colgó en el armario. También recogió las zapatillas.

—¡Pero ahí es donde surge la confusión! —dijo testarudamente Harry Minnoch—. No importa gran cosa, supongo, pero...

—Dave dice que ella llevaba una bata; el chófer está de acuerdo. Cato, por otra parte, cree que era lo que las mujeres llaman batín. Veamos si podemos determinar qué era.

Junto al cuarto de baño, en la pared sudoeste, habían construido un armario muy profundo. Cuando Gilbert Bethune abrió la puerta del armario, en su interior se escondieron varias luces con bastante intensidad.

Una larga fila de perchas a derecha e izquierda tenían un gran despliegue de vestidos, faldas, chaquetas y otras prendas. Una fila de cajones cerrados se alzaba a la derecha. A la izquierda, en el suelo, se alineaba una fila de zapatos y zapatillas de clases y estilos diversos apuntando a los estantes del fondo.

De la primera percha visible de la izquierda colgaba una bata de seda acolchada, color azul oscuro. La primera de la derecha tenía un batín de seda negra con un tenue bordado dorado en la parte delantera.

Levantando la percha de la izquierda, el tío Gilbert la sostuvo de modo que pudieran mirar mejor a la bata. Por la manga derecha, desde el hombro, había una larga mancha de polvo o suciedad. Dio la vuelta a la prenda y mostró la espalda con una mancha muy amplia de la misma clase.

—Podemos decidir con seguridad —dijo el tío Gilbert—, que la chica no cayó de cabeza. Tocó la tierra con los pies abajo, y rodó sobre su espalda.

—Ese es el que buscamos, ¿eh? —preguntó el teniente Minnoch.

—No necesariamente. —El tío Gilbert levantó el batín mostrando la manga derecha y la espalda también manchadas; luego volvió a colocar ambos en su lugar —. Puede haber sido o la bata o el batín. O si no... bueno, no importa. En cuanto a las zapatillas, tenemos otra diferencia de opinión, si bien ligera.

Pasando la suela de su zapato por sobre el piso bastante polvoriento del armario, señaló la fila de calzado.

—Dave y el chófer dicen que las zapatillas eran chinelas; Cato cree que eran un par de mocasines, indios o de imitación. Ambos están aquí, a la vista.

—No hay manera de elegir, ¿verdad? Ni tampoco hay mucho más que podamos hacer esta noche, señor, si me lo pregunta.

—El armario, si bien no revela todo, proporciona uno o dos puntos sugerentes ¿Cree que debemos poner punto final? Muy bien, Harry; punto final. Antes de irse, sin embargo...

Seguido por el sargento Bull, que no había dicho una sola palabra, el teniente Minnoch se dirigió, atravesando la puerta estropeada, hasta el vestíbulo. Gilbert Bethune le alcanzó y le dio ciertas instrucciones en voz baja.

—Lo hará, ¿verdad?

—Puede hacerse muy bien, señor, si usted cree que es necesario.

—Oh, es necesario; puede ser de capital importancia. ¿Vienes, Jeff?

Muy contento de salir de esa habitación, Jeff se reunió con ellos. Juntos atravesaron el vestíbulo y descendieron la escalera principal.

—Antes de irme yo también —observó tío Gilbert al bajar—, tengo que hacer otra pequeña pregunta. ¿Me perdona Harry, si algunas de mis observaciones pueden haber parecido algo enigmáticas?

—Perdóneme a *mí*, señor Bethune —dijo el teniente, que estaba hirviendo por dentro—, ¡pero son un poquito demasiado enigmáticas! ¡Usted habla de detalles sugerentes, uno después de otro, y todavía no ha dado con ninguno!

El tío Gilbert se había detenido en los escalones, observando el vestíbulo desde arriba.

—Por favor, por un momento, olvidemos lo que le pasó a Serena. Antes de llegar aquí esta noche, antes de saber que había pasado cosa alguna, pensé que podía ver un indicio para un pequeño misterio. Dos generaciones de Hobarts, comenzando por Harald, han estado buscando el oro escondido del viejo comodoro. ¿Dónde debemos buscarlo?

—Bueno, ¿dónde *debemos* buscarlo?

—Les daré una pista muy general. ¿En qué industrias locales o del estado han estado los intereses financieros de los Hobart durante tanto tiempo?

Hizo una pausa, estudiando a cada uno de sus acompañantes.

—Ahora olvídense del oro. Volvamos, como inevitablemente debemos volver, al

terrible asunto del piso alto. Había algo en ese armario a lo que no he prestado atención, pero siempre puedo refrescar mi memoria. No querría que ustedes pensarán que yo mismo estoy haciendo un misterio aventurándome en impertinencias en un momento como este. Sin embargo, a riesgo de que la misma policía me ataque, daré esto por terminado con otra pregunta más. ¿En qué cosa se parece mucho la muerte de Serena Hobart a la muerte de Thaddeus Peters, hace diecisiete años?

Muchas horas después, en ese domingo lúgubre con rachas de lluvia que arreciaban y se disipaban, Jeff se encontró nuevamente inmerso en una red que parecía no abrirse nunca para permitirle escapar.

Cuando ni el teniente Minnoch ni nadie más pudo responder a la pregunta que el tío Gilbert dejó caer en la escalera, el teniente se sumergió en una conferencia de susurros con el sargento Bull y un oficial vestido con ropas de civil, que había sido llamado desde uno de los automóviles de la policía que estaban fuera.

Llamando a Jeff con un ademán, Gilbert Bethune condujo a su sobrino primero a la biblioteca, luego por ella hasta el despacho. Le señaló a Jeff uno de los mullientos asientos y ocupó otro, donde se dio a la tarea de recortar y encender el cigarro que hasta ese momento no había podido fumar.

—Y ahora, con tu permiso.

—Tío Gilbert —insistió Jeff—, de nada sirve que me preguntes en qué se parece la muerte de Serena a la del difunto Thad Peters. Aparte de que ambos murieron de una caída, no existe un punto de similitud entre ellas. Ocurrieron en lugares distintos y en diferentes circunstancias. Finalmente...

—Sin embargo, después de reflexionar se puede presentar más de una similitud. Pero ahora no me preocupan las teorías; mi preocupación reside solamente en la información.

—¿Qué clase de información?

—Cuento —dijo el Fiscal de Distrito—, con tu memoria fenomenal. Para los acontecimientos del pasado, tú has recibido la bendición de lo que algunos llamarían la memoria total.

—¿Sí?

—Tú viajaste río abajo, tengo entendido, con Serena, con Dave, con Penny Lynn, con la señora Kate Keith, y con un inocente aunque inquisitivo personaje periodístico de nombre Saylor. Ten la bondad de decirme todo lo que viste u oíste entre el lunes por la mañana y el sábado por la noche.

—¿Todo?

—Por lo menos, todo cuanto se relacione con cualquiera de esas cinco personas. Quizá lo relacionado con otros también; eso surgirá a su debido tiempo. Si no estás demasiado cansado...

Jeff hizo lo que pudo, tratándose de esa soñolienta hora de la mañana. Pasó ligeramente por los detalles de las entrevistas privadas entre Penny y él, sin mencionar en ellas las situaciones embarazosas. En otros aspectos, describió e hizo

citas con tanta extensión que pensó que podría estar hablando demasiado. Pero Gilbert Bethune, lejos de parecer aburrido, más de una vez profirió una exclamación de contento.

—Ya ves, tío Gilbert, que realmente ocurrió bien poco.

—Y sin embargo puede haber ocurrido más de lo que parece evidente superficialmente. La preocupación del capitán Joshua Galway merece ser investigada. También... pero no importa. ¡Continúa!

Jeff obedeció. Era una narración muy prolongada; el tío Gilbert había fumado un discreto número de cigarrillos, Jeff más de medio paquete de cigarrillos, y las agujas del reloj se deslizaban hacia las cuatro de la mañana cuando el narrador se echó hacia atrás en su asiento.

—La conmoción de la muerte de Serena —resumió—, ha seguido casi inmediatamente a otra conmoción que, aunque de distinto modo, me ha producido casi tan mala impresión como esta. Me refiero a las noticias de Ira Rutledge: si los dos Hobart sobrevivientes murieran antes del 31 de octubre, su propiedad sería repartida entre yo mismo y un clérigo de Nueva Inglaterra que ya tiene más dinero del que necesita. ¡Maldito sea todo esto...!

—¿Puedo recordarte —habló el tío Gilbert entre una nube del humo de su cigarro—, que existe solamente un Hobart sobreviviente? Debemos tener mucho cuidado de que no le suceda nada a Dave, y yo he dado órdenes en ese sentido. Un policía vestido de civil ha sido apostado fuera de la puerta de Dave, con instrucciones de no causar molestias ni llamar la atención sobre sí mismo. Así te podremos ahorrar el embarazo de una herencia que no quieres.

Aplastando el cigarro en un cenicero, se puso de pie.

—No tengo idea —agregó—, de quién quiso hacer daño a Serena y puede querer hacer daño a Dave. Estoy de acuerdo con Ira en que es improbable que seáis tú o el estimado clérigo de Boston. Pero ahora tengo algunos hechos y puedo inferir ciertas deducciones.

—Bien, ¿y qué más?

Los ojos de Gilbert Bethune fueron errando hacia la caja fuerte de la esquina noroeste de la habitación.

—Después del descubrimiento de que el libro del comodoro Hobart había sido sacado de allí, creo que tú dijiste que Dave mismo hizo algunas anotaciones sobre lo que podía recordar del libro. ¿Dónde están esas anotaciones ahora?

—En ese escritorio del rincón opuesto, si es que todavía están ahí.

El tío Gilbert fue hasta el escritorio y descorrió la tapa.

—Las anotaciones están aquí —informó, levantando dos pequeñas hojas de anotador con la letra impaciente de Dave—. Aunque creo que difícilmente necesite esto, será mejor que me las lleve. La policía se habrá ido hace rato, excepto el oficial

O'Bannion; pero si han seguido mis instrucciones habrán dejado un coche para mí. Ahora trata de dormir un poco, Jeff. Mañana, no muy temprano, tengo intención de sacarte de la cama y arrastrarte hasta la ciudad como un verdugo^[15]. Mientras tanto, gracias; me has ayudado mucho. *A bientôt.*

Así que, después de dormir agitado —a veces profundamente, otras con sacudones o sobresaltos de vigilia—, Jeff se levantó y se vistió, en el ruido intermitente de la lluvia del domingo, poco después de las doce.

Cato le encontró vagando sin objeto escalera abajo e insistió en servirle huevos revueltos en el refectorio. A pesar de que no tenía apetito, comió lo que pudo. Cato se eclipsó pero volvió a aparecer cuando Jeff terminaba su segunda taza de café.

—*Él señor Dave 'tuvo 'perando pa' velo, señor Jeff. ¡Dijo que ha de velo, a pesá de todo! ¿Va a subí, señor Jeff?*

—Sí, ¡por supuesto que lo haré! ¿Cómo está ahora, Cato?

—*Bastante malo toavía, ya que me lo pregunta. Tomó su 'esayuno; comió menos que usted. Dotó 'etuvo y se fue. El oficial de policía también se fue. Él señor Dave no quiere 'ecir cómo se siente; ¿piensa que Cato no sabe?*

La lluvia había parado por el momento. Echando un vistazo por una de las ventanas abiertas, Jeff pudo ver el Buick de su tío que se acercaba y estacionaba fuera; Gilbert Bethune en persona, con impermeable y sombrero blando y llevando una cartera, desplegó toda su estatura fuera del coche. Jeff se asomó a la ventana y se tocó la frente cuando el tío Gilbert levantó la cartera en ademán de saludar.

—Cato, por favor dile a mi tío que he subido a ver al paciente. Volveré a bajar dentro de un momento.

Mientras Cato fue a abrir la puerta, Jeff echó a correr escaleras arriba. Al fondo del vestíbulo del primer piso, un pasaje transversal, igual al pasaje transversal del frente, recorría todo el ancho de la casa. Al final de este pasaje, hacia el oeste y sobre la derecha, estaba la puerta cerrada del dormitorio de Dave. Detrás, a mano izquierda, una escalera interior conducía hacia un pasaje similar, y a una puerta lateral del piso de abajo.

Respondiendo al golpe de Jeff en la puerta, una voz algo pastosa le invitó a entrar.

Aquí detrás, las ventanas, más pequeñas y menos trabajadas que las de la fachada principal, tenían todas cortinas. Aunque estas cortinas estaban abiertas, dejaban pasar solamente la luz de un día oscuro sobre un mobiliario cómodo, cuadros de barcos de vela, una desordenada y bien provista biblioteca, y la copa de plata ganada por Dave en los debates de la escuela preparatoria.

Dave, en pijama, sentado en otra cama con dosel, con una bandeja de desayuno apenas tocado, pero con un cenicero repleto sobre la mesita de noche que tenía a su lado, hizo una señal para evitar toda pregunta.

—Todavía estoy completamente lleno de esa maldita droga —dijo—. Estoy

absolutamente bien, muchacho, menos cuando empiezo a pensar sobre lo que pasó. Mira, Jeff. Siento lo de anoche; ¡siento haber actuado como una vieja!

—Tranquilo, Dave. No actuaste como una vieja.

—Y yo no puedo comprender por qué están tan preocupados por mí. ¡Es por Serena por quien deberían preocuparse, no por mí!

—¡Tranquilo, he dicho!

—Tú no te escaparás de mí, ¿verdad? ¿Te vas a quedar por unos días?

—Aquí estoy, Dave.

—Hablando de quedarse en la ciudad —continuó Dave, evidentemente sin tener conciencia de su falta de lógica—, ¿sabes que hasta tienen a un policía de guardia fuera toda la noche?

—Sí.

—Ha venido a echar un vistazo aquí dentro al terminar la guardia. Le he pedido que haga algo para mí, y espero que lo haya hecho. Otra cosa, Jeff. —Dave buscó sus cigarrillos, encontró uno y lo encendió—. Puedo adivinar casi todo lo que Ira Rutledge debe haberte contado. Después de Serena y yo, todo lo que quede de la propiedad es para ti y ese viejo Como-se-llame. No te lo dijimos; ¡no podíamos llegar a decírtelo!

—Eso es comprensible, Dave.

—Eso no es todo lo que Serena no te dijo. Ella estuvo fingiendo que deseaba fervientemente librarse de esta casa y salir de ella; yo la respaldaba. Pero eso no es verdad; nunca fue verdad. Ella estaba tan apegada a esta vieja casa como yo, o más. Tú tenías una especie de sospecha de eso, ¿verdad?

—Yo podía sospechar o no, pero Penny Lynn estaba segura de eso.

—¿Penny? No le dirías a ella...

—En aquel momento, a principios de la semana, yo no sabía nada que pudiera contarle a ella. Cuando le comenté que probablemente le venderíais la Mansión Delys a cierto Earl George Merriman, Penny dijo: «A Serena no le va a gustar eso; no le va a gustar nada».

—Anoche, antes de que se nos echaran encima todos estos fantasmas, Penny estuvo aquí. También estuvo Kate Keith, que atacó y se apoderó de Malcolm Townsend. Y eso hace que me acuerde de una cosa, Jeff. Este tipo, Townsend, es excelente; me gusta. Pero ¿tú dirías que es un hombre por el que las mujeres se desvivirían de esa manera?

—No, no especialmente. ¿Por qué?

—Porque te equivocarías. ¡Siempre ocurre condenadamente lo mismo, sea cual fuese la mujer con que hables! Una mujer dirá que cierto hombre es atractivo, poniendo delante un —imitó Dave— «bárbaramente» o «terriblemente», y te desafiará a que nombres a alguien que tú consideres que le gustaría a ella, y cuando lo

haces te mira como si le hubieras pedido que encontrara un gran «sex appel» en el jorobado de Notre Dame. Kate Keith...

Y aquí Dave se salió de nuevo por la tangente.

—Yo mismo, *moi qui vous parle*, no fui enteramente franco cuando hablé con los policías o con tu tío. Tal vez tenga que remediar eso, pero...

—Podrías tratar de ser franco con tío Gilbert, por lo menos. Él quiere ayudar; está completamente de tu lado. Y acaba de venir para llevarme a una especie de diligencia que debemos hacer en la ciudad, así que tengo que irme. ¿Por qué no has sido sincero con él?

—De pronto, como surgida de la nada, me asaltó una sospecha sobre algo con lo que he vivido desde que tengo uso de razón. Me asusté; me asusté de veras. Así que no dije nada del asunto, aunque *tú* debes adivinar de qué se trata. Seguiré tu consejo. Si tú dices qué conviene tener confianza en tío Gilbert, confiaré en él. Tienes libertad de decirle todo lo que he dicho. Me levantaré pronto; luego yo le diré el resto. Entre tanto, hay un libro de Palgrave sobre esa silla junto a la lámpara de pie; échamelo hacia acá y sigue tu camino.

Jeff cerró la puerta detrás de él. En el vestíbulo de abajo, Cato se inclinó y señaló con la cabeza hacia la biblioteca.

En la larga mesa que estaba en medio de la biblioteca, bajo las ventanas de *vitraux* y estantes de libros antiguos, estaba encendida una lámpara con pantalla de seda amarilla. Gilbert Bethune, con sus mefistofélicas cejas alzadas, estaba de pie en el extremo más alejado de la larga mesa, abriendo su cartera. Acercó una silla jacobina tallada e hizo una seña a Jeff para que ocupara una igual frente a él.

—Por mi parte —comenzó el tío Gilbert—, estoy levantado desde las ocho de la mañana. Con cierta presunción puedo informarte que he hecho y he recibido varias llamadas telefónicas; Harry Minnoch ha estado reuniendo información con la misma actividad. También ha tenido que desembarazarse de los periodistas, como lo estuvo haciendo Cato cuando telefoneaban aquí. Nuestro buen teniente, además, está ahora meditando sobre algo que pesa en su pensamiento (la sutileza quizás) y sobre lo cual no puedo persuadirle de que hable. Antes de que salgamos para la ciudad...

—¿Qué, tío Gilbert?

—Quizás recuerdes que ayer te mencioné un misterio propio ahora incuestionablemente unido al misterio de lo que ocurrió en ese dormitorio anoche. Dije que quería mostrarte el original de cierta carta. Antes de que nos dirijamos a la ciudad, creo que podrías mirarlo. Fue enviado desde Nueva Orleans a finales de marzo, dirigido a mí en la Municipalidad, marcado «particular». Aunque no está firmado salvo con dos palabras al final, y da informaciones solamente en un aspecto...

—¿Tú te refieres al asunto de que hablaba el teniente Minnoch en el vapor? ¿Es

que permitís que os perturbe una carta anónima?

—La carta en sí misma proporciona respuestas parciales. Aquí está.

El tío Gilbert sacó de su cartera una hoja de papel doblada y se la alcanzó. Jeff desdobló el papel, miró las líneas escritas a máquina que ya habían sido muy estudiadas, lo extendió bajo la lámpara y se sentó.

«Estimado señor:

»Esta comunicación llama su atención sobre el asesinato de Thaddeus G. Peters en la Mansión Delys en la noche del 6 de noviembre de 1910. Antes de que arroje mi carta al cesto de los papeles, exclamando con impaciencia que no va a prestar atención a los anónimos y que de todos modos la muerte de la víctima fue accidental, sea simple, haga la justicia de leer lo que sigue».

Los ojos de Jeff se detuvieron un momento. Llevando la mano al bolsillo interior de la chaqueta, encontró y desplegó la hoja escrita a máquina, mucho más pequeña, que habían pasado por debajo de la puerta de su camarote durante el viaje por el río.

—No es la misma máquina —anunció—. La que me enviaron a mí tiene la letra más pequeña, y probablemente fue hecha en una portátil.

—Ah, ¿la nota misteriosa que llamaba tu atención sobre Royal Street número 701b? Por tu descripción parecía improbable que fueran obra de la misma mano, o por lo menos de la misma máquina. La carta que me enviaron fue escrita en una Remington corriente por alguien que no dejó huellas dactilares. ¡Pero te estás olvidando de lo que hacías; continúa leyendo!

Así lo hizo Jeff.

«El número de personas que sufren lesiones graves al caer escaleras abajo, aunque sean escaleras antiguas es muy reducido. Que la víctima se rompiera el cuello de esta manera es un hecho tan raro como para que sea casi inaudito. Encontrará confirmación de mis afirmaciones en las estadísticas proporcionadas por cualquier compañía de seguros».

Nuevamente se detuvieron los ojos de Jeff; leyó la última frase en voz alta. A pesar del día cálido, la atmósfera de la biblioteca de pronto parecía helada.

—Pero ¿se rompió el cuello o no? ¿Existe alguna duda de eso?

—No, no hay duda sobre eso —dijo el tío Gilbert—. Por otra parte, nos deja en nuestras manos un accidente bastante milagroso. Anónimo o no, lunático o no, el que escribe dice la verdad. Esas son las cifras de las compañías de seguros.

—¡Pero un extraño accidente...!

—Después de esa frase sobre la compañía de seguros, Jeff, solamente hay un párrafo más. ¿Qué es lo que dice?

«Si cualquier huésped de su propia casa se levantara de madrugada para explorar el piso de abajo, ¿no suscitaría evidentemente su curiosidad? Este huésped, aparentemente, creyó necesario subir la escalera con una jarra de plata y su bandeja. ¿Por qué estaba el señor Peters allí? ¿Qué podría haber estado haciendo? Cuando haya examinado todas las circunstancias, señor, supongo que adoptará el punto de vista tomado por

Jeff dobló la carta y la devolvió.

—Tomas en serio a Amor a la Justicia, ¿verdad?

—Lo suficientemente en serio por lo menos como para examinar lo que dice. *Tu extraño accidente*, suponiendo que haya sido eso, le ocurrió a un atleta famoso con un estado físico de primera clase, quien por ninguna razón visible pareció comportarse como un lunático.

—Según Dave, esos detalles sobre Peters llevando los objetos de plata que dejó caer, no se revelaron en la indagatoria ni llegaron a la prensa. ¿Quién pudo haberse enterado de todo eso?

—Cualquiera, de cualquier edad, que tenga oídos para oír. En 1910 yo mismo era solamente un abogado joven que luchaba por abrirme camino en mi práctica jurídica. Pero no me he olvidado: toda la ciudad bullía en rumores, tanto verdaderos como falsos.

—¿Hay algo que valga la pena recordar?

Volviéndose hacia los estantes de libros, Gilbert Bethune cortó y encendió un cigarro. Otra vez con más rostro mefistofélico que con cara de tío, la mirada sardónica volvió hacia la mesa.

—Cada vez que me encuentro contigo, Jeff, parece que fumo mucho más que lo que me conviene. Pero eso también te pasa a ti, y ninguno de nosotros tiene la menor intención de renunciar a eso.

Su tono se hizo más serio.

—En 1910, técnicamente —explicó—, Thad Peters era director gerente de *Danforth & Co., Carpintería Fina*. En la pura realidad tenía mucho más poder que eso. Su hermana mayor se casó con Raoul Vauban. Con el respaldo de un clan rico y poderoso, Thad trataba de obtener el pleno control de Danforth. También en eso estaba Harald Hobart, quien finalmente lo obtuvo. Durante cierto tiempo hubo rivalidad entre ellos.

»Parecía la más amistosa especie de rivalidad. Harald profesaba gran estima por Thad, y siempre sostuvo que había alguien en la sombra; alguien cuya identidad no pudo adivinar, tratando de crear problemas entre los dos. ¿Conocías bien a fondo a Harald Hobart?

—Le conocí, por supuesto, pero eso es todo.

El tío Gilbert meditó.

—Tenía un carácter extraño, anómalo: combinaba al hombre callado con el conservador abundante, de buen natural pero imprevisible. No es algo que se haya sabido pero en ciertas oportunidades Harald bebía mucho. Nunca salía de parranda ni se portaba mal en público. Pero podía confiarle a una persona totalmente extraña en

un bar lo que jamás le habría contado a un amigo íntimo, y a la mañana siguiente olvidar que hubiera dicho una palabra.

»Un amigo íntimo era el doctor Ramsay, un brillante cirujano que vivía, y aún vive en Bethesda, Maryland. No creo que haya bebido demasiado en casa de Ramsay, pues el doctor era uno de esos escoceses de carácter fuerte que se oponen a la bebida. Serena, que era la hija favorita de Harald, trabó una gran amistad con Laurel Ramsay, la hija del médico, y la visitaba allí también.

—Estas observaciones últimas, por supuesto, ¿debo referirlas a algún tiempo después de 1910?

—Así es, Jeff, así es; me estaba adelantando. Sin embargo, con respecto a la acusación hecha en esta carta por Amor Justitiae —y el tío Gilbert la devolvió a la cartera—, puedo decirte lo que hice.

—Según el teniente Minnoch —dijo Jeff, reflexionando mucho—, él entrevistó a un detective retirado de nombre Trowbridge, que había sido el teniente que estuvo a cargo del asunto de Peters. Minnoch no agregó nada más.

Gilbert Bethune formó un anillo de humo y lo observó disolverse.

—Hay muy poco más que pueda yo agregar —contestó—. Zack Trowbridge, entrado ya en años, pero todavía bien despierto, no nos pudo prestar mucha ayuda. Solamente pudo agregar una pizca de testimonio adicional y al azar, que puede tener significación o no tenerla.

—¿Y es?

—Hace diecisiete años parece que generalmente había acuerdo en que Thad Peters no había gritado al caer; solamente se oyó ese tremendo estrépito de los objetos de plata. Todos convinieron en eso, es decir, salvo una criada, ahora muerta, que había estado durmiendo en la parte superior de la casa. La criada creía haber oído cierta clase de grito leve. Pero ella pensaba, no estaba segura, que lo había oído poco antes del estrépito de los cacharros, y creía que venía de fuera de la casa.

—Eso no parece que...

—Quizá no; interprétalo como quieras —dijo el tío Gilbert—. Y sin embargo, eso nos devuelve como en un círculo, no sé si lo ves, a la pobre Serena, muerta anoche en circunstancias igualmente oscuras y sin sentido. Nos gusten o no, los hechos actuales también se deben afrontar. Es mejor que nos dispongamos a interrogar a ciertos testigos.

—Hablando de testigos, tío Gilbert, ¿qué otras personas entre los que están comprometidos en este asunto, se enteraron de la muerte de Serena?

—Todos deben haberse enterado; ha aparecido en los diarios del domingo por la mañana, o sea de hoy. Cuando los periodistas fueron despedidos de aquí, tuvieron que contentarse con un comunicado de la policía en la ciudad.

—Gracias por avisarme. Pensaba hablar por teléfono con Penny Lynn, pero no lo

haré todavía. Penny se quedará tan sorprendida e inquieta que... que...

—Sí, es mejor que esperes. —Entonces, el Fiscal de Distrito meditó en sus propios asuntos—. Anoche, como ya te he indicado, olvidé buscar algo en la habitación de Serena que evidentemente debía estar allí. El descuido ha sido corregido hoy, con resultados satisfactorios, y también con un descubrimiento interesante. Todavía hay una serie de interrogantes más directos; pero puesto que es domingo, debo esperar a los días de trabajo. Apostaría...

No terminó la frase, detenido por el claro sonar de la campanilla de la entrada. Por las puertas abiertas de la biblioteca y el salón más pequeño pudieron ver a Cato dirigiéndose a responder a la llamada.

—Lo que iba a decir —reanudó sus palabras el tío Gilbert, señalando con el cigarro—, sustitúyelo por la declaración de que apostaré a que sé quién es. ¡Es Ira Rutledge, o soy alemán puro en lugar del híbrido racial que he resultado! Me ha llamado esta mañana por teléfono, y me ha dicho que pensaba que era su deber estar aquí.

Era, efectivamente, Ira Rutledge. Después de pasar su sombrero y su paraguas a Cato, que murmuró algunas palabras, el abogado cruzó el saloncito y entró.

—Ni siquiera he ido a la iglesia —dijo—, con el impacto de las aplastantes noticias de anoche. Sin duda, los arreglos para el funeral recaerán sobre mí. ¡Bueno, así debe ser!

—Antes del funeral, Ira —le recordó el tío Gilbert—, hay ciertas desagradables pero necesarias formalidades que se deben cumplir. Es lamentable por supuesto, y sin embargo...

—Por supuesto, por supuesto; ¡no pidas disculpas! Pero entre tanto, una corona en la puerta no será prematura ni inadecuada, ¿verdad? ¡Y... Dave! ¡Pobre Dave! ¿Dónde está, Jeff, y cómo está?

—Mal, según Cato. Pero parece bastante fuerte la mayor parte del tiempo. Está en su cuarto, y dice que se va a levantar.

—Si me perdonan, entonces, voy a ofrecerle mis condolencias. En su cuarto, ¿eh? Creo recordar...

—Antes de que te vayas, Ira —interrumpió Gilbert Bethune—, una pregunta sobre las habitaciones. Aunque he visitado esta casa a menudo, nunca he pasado aquí una noche; tú lo has hecho. La esposa de Harald Hobart, si recuerdo bien, murió en 1911 ó 1912. Cuando vivía, ¿cuál de los dormitorios de arriba ocupaban ellos?

—¿La pobre Amy? Si eso importa, ocuparon dormitorios separados no mucho después de casarse. Amy estaba en la llamada Habitación Reina Isabel, de la esquina sudeste, y Harald en el Cuarto de los Gobelinos, en la esquina sudoeste.

—Aunque nunca ejerció, ¿Harald no era ingeniero de profesión?

—Estudió ingeniería electrotécnica, pero nunca se graduó. Estaba demasiado

ocupado con... con otros asuntos. ¡Perdónenme, perdónenme!

El señor Rutledge salió apresuradamente. El tío Gilbert, achicando los ojos, seguía observando la puerta.

—Aun apartándonos de su carácter de abogado familiar, Jeff, nuestro amigo tiene alguna preocupación personal en su cabeza. Se le notaba claramente por teléfono. Ira tiene poco de qué preocuparse, se me figura. Pero el hecho de que le falten motivos nunca ha liberado a ningún hombre de la preocupación, y particularmente a Ira. Que se decida a contarme qué le pasa, es otra cosa.

—En cuanto a eso, tío. Dave mismo tiene algo que decirte. Dave está decidido a hablar: puede aclarar muchas cosas. ¿Le verás ahora?

—Veré a Dave, me parece, cuando haya visto a algunos otros primero. Para nuestro viaje a la ciudad, Jeff, no necesitas molestarte en tomar prestado el coche que has estado usando. Te llevaré en el mío y te traeré de vuelta. En cuanto a aclarar las cosas...

Al ir a cerrar la cartera, Gilbert Bethune vaciló. Con el cigarro en la mano derecha, colocó su mano izquierda en el bolsillo interior de su chaqueta y extrajo un sobre en cuyo dorso había copiado una línea a lápiz.

—Ya me he visto obligado —dijo—, a modificar una manifestación que hice anoche. Dave escribió lo que podía recordar del libro del comodoro Hobart. Cuando retiré esas notas y me las llevé, dije que probablemente no me ayudarían. Pues todo lo contrario; me han sido de inmensa ayuda. El viejo comodoro dejó una clave más, una clave atronadora, un indicio que debe descubrir y revelar.

—¿Indicio? —explicó Jeff—. ¿Indicio atronador? ¿Qué indicio?

—¡Escucha! Después de estimar el peso del oro escondido, el comodoro Hobart escribió lo que sigue. «Desconfía de la superficie; las superficies pueden ser engañosas, especialmente las de ese taller. Ver Mateo VII, 7».

—¿Mateo? ¿Taller? —Jeff lo miró—. ¿Quieres decir que tenías una idea, pero que tuviste que modificarla porque la idea era equivocada?

—¡No, por todos los Magos! —dijo el tío Gilbert, volviendo a meterse el sobre en el bolsillo y cerrando la cartera—. Quiero decir que la idea estaba en lo cierto. La referencia del comodoro Hobart al evangelio de San Mateo, lejos de ser curiosa, es tan confirmatoria como para ser casi inevitable. «Desconfía de la superficie; las superficies pueden ser muy engañosas, especialmente las de ese taller». —El tío Gilbert se irguió—. Allí lo tienes. Interpreta correctamente esas palabras, Jeff, y habrás resuelto la mitad del rompecabezas que es este caso.

Al pasar velozmente por el River Road en el Buick de su tío, Jeff se dio por vencido.

—¡Muy bien! —dijo—. Como toda pregunta es rechazada con algún comentario enigmático más (¡tú eres peor que el Padre Brown!), entonces es evidente que las preguntas son inútiles.

—No me obligues a parafrasear al doctor Johnson —rogó su tío—, y decir que yo debo proporcionar la información pero no el entendimiento para intepretarla. Tú eres un hombre inteligente, Jeff; la evidencia estaba delante de tus ojos. ¡Seguramente...!

—Muy bien: información. ¿Adónde vamos?

—A casa de la señora Keith. Aunque no soy muy íntimo de esa señora, y la conozco principalmente por referencias, al menos me la presentaron.

—¿Por qué a casa de Kate?

—Ya verás. Una tarde lluviosa de domingo debería encontrarla en su casa y estará en su casa; Harry Minnoch se ha asegurado de eso.

»¡Más información, sobrino! Entre las llamadas telefónicas que yo mismo he hecho esta mañana hay una a Westchester County, del estado de Nueva York. Quería informarme acerca de Malcolm Townsend y, si era posible, sobre Charles Saylor también.

—¿Townsend? ¿Piensas tú...?

—No, Jeff. No es de esperar que un extraño como Townsend tenga mucho interés en la familia Hobart, aparte de su natural interés en la casa que tienen. Pero buscaba información y la he encontrado.

—¿En qué sentido?

—El libro de Townsend, así como un trabajo previo de la misma naturaleza, fue publicado por la pequeña pero responsable firma de Fumess & Hart, de la Cuarta Avenida. Y Jerry Fumess, a quien he encontrado en casa alimentando su borrachera dominical, es un viejo amigo mío.

—¿Y?

—Townsend, a quien Jerry elogia mucho, pronuncia conferencias bajo los auspicios de Major Pond, Inc., una de las mayores empresas de Madison Avenue. Comenzó a dar conferencias a principios del otoño pasado, y con cierta desgana, porque le impide pasar cierto tiempo en el exterior investigando casas pintorescas. Townsend tiene una renta independiente, con la cual puede llamarse afortunado. Sus libros tienen amplias y favorables críticas, pero no se venden.

—¿Y qué pasa con Saylor?

—Mi informante —contestó el tío Gilbert—, no ha oído jamás el nombre de Saylor, pero me ha prometido investigar el asunto y, si encuentra algo, contármelo por teléfono a mi cargo.

Y con esto, Gilbert Bethune enmudeció por tan largo rato, con su atención aparentemente fija en el camino que tenía por delante, que actuó como papel de lija sobre la curiosidad de Jeff.

—¿Estás meditando sobre algo más, Señor Oráculo?

—Bueno, sí. Si buscamos sospechosos en un caso de homicidio, vuelta a vuelta quedamos empantanados. En cuanto a los hechos elegidos por el teniente Minnoch, consideremos nuestra colección realmente notable de coartadas.

—¿Coartadas?

—Tú con Ira Rutledge, para empezar. Tú mismo no eres un probable sospechoso; tampoco lo sería Ira. En todo caso estuvisteis los dos juntos desde la diez y media hasta después de la medianoche. Townsend y la señora Keith tienen una coartada aún más inexpugnable.

—Cuando Penny me habló por teléfono al despacho de Ira —recordó Jeff—, dijo que Kate había tentado a Townsend para que salieran de la Mansión poco después de la cena.

—Correcto. Ella le trajo hasta un club nocturno.

—¿Fue a *El Zapatito de Cenicienta*?

—No, al *Zapatito de Cenicienta* no. Este lugar, llamado poéticamente *Le Moulin de Montmartre*, brinda comida y licores así como una pista de baile. Muchos presentes atestiguan que él estuvo allí con la señora Keith desde la diez de la noche hasta después de la una de la mañana. En cuanto a Penny, con quien he hablado hoy...

—¿Has llamado a Penny?

—Penny me ha llamado a mí. Había visto el diario de la mañana y estaba muy perturbada.

—Tío Gilbert, no me habías dicho...

—¿Te advertí o no que dejaras tranquila a la chica por el momento? No tenía valor, dijo, para hablar por teléfono a la Mansión Delys o acercarse a alguien de allí. Por eso me eligió a mí. Las noticias sobre Serena ¿eran realmente ciertas? No podían ser verdad, ¿no? La he tranquilizado todo lo que he podido, sin mucho resultado. Después de llamarte al despacho de Ira anoche, jugó al *bridge* a tres manos con sus padres, hasta casi las doce.

—No pensarás que Penny necesite una coartada.

—En absoluto; simplemente he hecho el comentario sobre una colección impresionante de coartadas. Si llegamos a incluir a Saylor también, la lista será casi completa.

Nuevamente se quedó el tío en silencio. Excepto para repetir la esencia de lo que Dave le había dicho, Jeff mismo dijo muy poco mientras su tío se detenía en una casa del lado norte de la avenida St. Charles, justo antes de cortar la avenida Jackson, en el distrito de Garden.

La casa de ladrillos, revocada de blanco, pulcramente cuidada detrás de su seto, tenía cuatro delgadas columnas blancas en la planta baja y cuatro más para la galería con barandilla de hierro en el piso alto. Se produjo otra pausa en el tiempo lluvioso; Jeff, que no tenía impermeable, ni siquiera necesitó apresurarse.

Una criada les hizo pasar al amplio vestíbulo central y de allí, después de coger el sombrero y el impermeable de Gilbert Bethune, hasta un salón que había a la derecha.

Entre la opulencia Luis xv del recibimiento, en medio de una profusión de flores en sus floreros, Kate Keith se levantó para saludarles. Si bien deprimida y algo insegura, tenía el aire inconfundible de pulido y satisfecho bienestar. Malcolm Townsend, igualmente deprimido, pero quizá menos satisfecho, también se levantó para saludar.

—¿Sí, señor Bethune? —comenzó Kate.

Presentó a Townsend al tío Gilbert, y ya iba a presentárselo a Jeff cuando ambos murmuraron que ya se conocían.

—Ha venido, supongo —se apresuró Kate—, para preguntarnos (lo llaman poner en la parrilla, ¿no?), sobre el horroroso asunto de anoche. Bien...

—Acepte mi seguridad, señora Keith —le informó el tío Gilbert—, de que nadie será quemado, ni siquiera chamuscado. Pero usted estará enterada de la muerte de Serena, ¿verdad?

—¡Oh, sí que me he enterado! Venía en los periódicos. Y el teniente No-sé quién, ¡ese terrible hombre del barco, ya ha estado aquí!

—¿Usted, señor —el tío Gilbert se había vuelto hacia Townsend—, se ha enterado también?

Cortés, intranquilo, Townsend se apoyó sobre un pie y después sobre el otro.

—Sí, me he enterado, en efecto —respondió—, aún antes de ver el diario o encontrarme con el teniente Minnoch. ¿Se lo explico?

—Si lo desea.

Kate casi interrumpió la conversación transformándose en una buena ama de casa. Después de instalar a Townsend sobre el sofá junto a ella, insistió en que los demás se sentaran y ofreció un refresco, que ellos rehusaron.

—Verá usted —continuó Townsend, pellizcando su labio inferior—, junto con esta señora, a quien ahora me tomo la libertad de llamar Kate...

—Verdaderamente, Malcolm —murmuró Kate—, ya era hora de que te decidieras, ¿eh?

—Kate y yo, entonces, salimos con el fin de ver algunos aspectos de la ciudad.

No estoy muy seguro de si hago bien en decírselo a un representante de la ley...

—Hace bastante bien, señor —dijo Gilbert Bethune—, en decírselo a este representante de la ley en particular. Ustedes fueron a un club nocturno, *Le Moulin de Montmartre*, donde comprobaron que las bebidas eran de mejor calidad de lo que habían supuesto. La policía está satisfecha con respecto a sus movimientos y paraderos, en ningún momento importantes desde que ambos llegaron allí. Pero ¿qué me pueden decir sobre los acontecimientos anteriores de la noche; los acontecimientos, digamos, inmediatamente anteriores y posteriores a la cena en la Mansión Delys?

Kate cerró los puños.

—¡Bueno, señor Inquisidor! —explotó—. No quiero escatimar ni negar colaboración. Pero ¡nunca he oído tanta inutilidad en mi vida! ¿Escuchó usted alguna vez una cosa tan inútil? —preguntó a Jeff, y luego se volvió hacia el inquisidor—. ¿Qué diablos puede importar lo que Malcolm o yo o cualquier otra persona estuvo haciendo más temprano esa noche?

—No obstante, señora, la pregunta tiene interés.

—Cuando yo llegué allí —respondió Kate—, Penny Lynn estaba con ellos. Acababan de cenar, y hablaban de tomar fotografías de interiores.

—Penny Lynn —dijo el tío Gilbert—, ya me lo ha mencionado. ¿Hubo quizás alguna otra cosa, señor Townsend?

Townsend exhaló un suspiro de alivio.

—La toma de fotografías de interiores —contestó—, había comenzado antes de la cena. La señorita Hobart trajo una gran Kodak plegable, y su hermano un reflector con una nueva clase especial de lámpara para «flash» que se enciende con gran brillo durante varios segundos por vez si se conecta con cualquier enchufe corriente.

»La señorita Hobart resultó ser muy exigente a la hora de elegir fondos y poner ante él objetivo los temas a fotografiar. Dave tomó las fotografías, lo que casi invariablemente encontraba ella que hacía mal. Dave insistió luego en tomar tantas fotografías de la señorita Lynn (en la puerta, en el clavicordio) que tanto la señorita Lynn como la señorita Hobart protestaron enérgicamente.

—¿Algo más?

—No puedo recordar nada más. Hacia el final de la cena se habló de reanudar las fotografías. Pero no se hizo. Llegó Kate, como habrán oído; ella y yo salimos inmediatamente para el *Moulin de Montmartre*. ¡Cuando pienso que, mientras tomábamos coñac en nuestra mesa o yo llevaba torpemente a Kate por la pista de baile, Serena Hobart...!

Las palabras subieron de tono y se disiparon. El tío Gilbert asintió con la cabeza.

—¡Sí, desde luego! Ustedes salieron del club nocturno... ¿cuándo?

—No me fijé especialmente; era más de la una. Algún tiempo después Kate me

dejó con su coche en el hotel. Y ahora —dijo Townsend—, llegamos a la parte de mi relato que puede tener cierto interés.

—¿Sí?

—Cuando Kate me dejó en el hotel, me dijo que me invitaba, muy amablemente, a almorzar aquí hoy. Me dormí imperdonablemente hasta casi las nueve, y cuando bajé decidí no desayunar. Había pedido el correo en el mostrador; me dirigía a buscar un taxi cuando...

—Malcolm —interrumpió Kate—, ¿no debes tomar taxis para todas partes! Hay dos automóviles en el garaje aquí; utiliza cualquiera de ellos cuando lo necesites. Después de todo...

—Gracias, Kate, pero... En fin, señor —continuó Townsend dirigiéndose al tío Gilbert—, iba en busca de un taxi, cuando encontré a un joven educado, de buenos modales, que dijo había llegado en ese momento y me oyó pedir la correspondencia. Después de presentarse como el detective Terence O'Bannion de la policía, me contó la trágica muerte de la señorita Hobart. No explicó mucho. Si por un momento las noticias parecieron tan increíbles como para sugerir que era alguna burla o broma grotesca, el joven O'Bannion resolvió pronto mis dudas entregándome un mensaje de Dave Hobart. Dave, que se había desmayado anoche, ahora pedía que no desertara de su lado en un momento como este; que me quedara en Nueva Orleans hasta que pudiera levantarse.

»Mi primer impulso fue telefonar a Dave o ir a la Mansión a verle. Pero el señor O'Bannion me aconsejó que no lo hiciera, diciendo que Dave estaría mucho mejor si le dejaban solo durante el resto del día.

—Así que Malcolm ha cogido un taxi —completó Kate rápidamente—, y se ha venido aquí. Había bastantes noticias en el diario, con referencia a una o dos horas determinadas de la noche, pero no mucho; la mayor parte eran cosas que no querían o no podían decir. Luego ese otro detective, ese hombre horrible de enorme bigote y todo pelado, se ha presentado antes del almuerzo. *Él* es quien ha empezado a hablar de asesinato; ¿asesinato, por caridad? ¡Es una locura, eso es lo que es; y no me diga más!

Townsend extendió ambas manos.

—Agradezco tu ofrecimiento del automóvil, Kate, aun cuando no puedo aprovecharlo. Y es muy grato pensar que Dave cree que puedo serle útil en algo. Pero no me puedo quedar en esta ciudad mucho tiempo más; eso es imposible.

—¿Por qué es imposible, Malcolm?

—La semana que viene, por lo pronto, tengo ya pasaje para salir de Nueva York en el *Île de France*...

—Nos han informado, señor Townsend —interrumpió el tío Gilbert—, que pasa gran parte del tiempo fuera del país.

—En verano, sí; siempre en verano. Hasta el mismo clima inglés es generalmente tolerable en ese tiempo. Y los que tienen casas históricas, ya sea en las islas británicas o en otras partes, se encuentran con el ánimo propicio para entrar en contacto con ellas. ¡Pero mis viajes por el exterior, señor, son paparruchas, insignificantes paparruchas! La verdadera razón de que no pueda y no deba permanecer en Nueva Orleans mucho más tiempo...

—¿Sí, señor?

—Ya —volvió a hablar el otro, con la turbación llegando casi hasta sus apuestas facciones—, he resultado el peor y más inoportuno de los intrusos. Habiendo tratado de ayudar a Dave, ¿realmente le he ayudado? Ustedes saben que no, y que tampoco puedo hacerlo.

Townsend se levantó del sofá. Dirigiéndose a las dos ventanas que miraban a la avenida St. Charles, se quedó de pie entre las dos, con su espalda hacia la pared, imagen de la más turbada indecisión.

—Lo que parecía importante ayer, señores, ya no tiene importancia hoy. Ayer, la vida entera de Dave Hobart parecía concentrada en una sola cosa: la búsqueda del oro escondido de su abuelo. Suspiraba por qué le brindaran una sugerencia, cualquier sugerencia en cualquier sentido.

—¿Y usted no ha conseguido brindarle ninguna?

—Le he hecho una sugerencia, señor Bethune. Como Dave estaba seguro de que nada había sido ni podía ser ocultado entre las paredes, le pregunté con respecto al espacio entre los pisos.

—¿Qué dijo Dave a eso?

—Lo eliminó de inmediato. Los suelos, me aseguró, han sido levantados una vez para instalar cables. Los suelos tampoco tienen ningún secreto.

—Usted estaba presente, creo —el tío Gilbert se aclaró la voz—, en el descubrimiento de que el famoso libro del comodoro Hobart había sido sustraído del despacho. Después, como usted sabrá, Dave hizo anotaciones de lo que recordaba de ese libro.

—Todos sabemos que hizo anotaciones. No se las ha enseñado a nadie, por lo menos en mi presencia.

—Aquí —prosiguió el tío Gilbert, sacando el sobre de su bolsillo—, hay una cita directa, otra parte del desafío que hizo el comodoro. «Desconfía de la superficie, las superficies pueden ser engañosas, especialmente las de ese taller. Ver Mateo VII, 7». ¿Cómo debemos interpretar eso?

Townsend miró a la lejanía.

—«Pide y te será dado; busca y encontrarás; llama y se te abrirá». ¡Qué extraños retazos de memorias se adhieren al fondo del cerebro de cada hombre! La referencia, estoy de acuerdo, alude claramente a ese antiguo desafío. Pero ¿cuál es la superficie

de la que debemos desconfiar? No tenemos ahí ningún indicio. ¿La superficie de ladrillo, de piedra o de madera?

—Supongamos que no fuera ninguna de las tres cosas.

—¿*Ninguna* de ellas?

—Hago una conjetura, nada más; todavía no se puede probar. Si la superficie resultara ser de madera, en definitiva...

—Madera, ladrillo, piedra, hasta cartón o encaje de Bruselas, no altera una situación que ahora se ha vuelto intolerable; la señorita Hobart ha muerto; Dave, de momento está destrozado.

Cualquier búsqueda de un tesoro escondido se vuelve tan absurda como morbosa. ¿Qué pasó con el tesoro de Jean Lafitte, o con el del capitán Flint? Si fuera a quedarme aquí mucho tiempo más, manifestaría un estado mental cercano al vampirismo.

—¡Verdaderamente, Malcolm...! —protestó Kate.

—No salgo para Europa hasta el sábado que viene. Si tú insistes, si Dave insiste, me quedaré hasta el martes por la noche o el miércoles por la mañana. Me enorgullecía solamente de una cosa en la vida y he fracasado en ella. Que me sirva de aviso para el futuro.

—Quizá no haya fracasado —sugirió el tío Gilbert, volviendo a meterse el sobre en el bolsillo y levantándose—, aunque puede ser que hasta ahora no haya llegado a comprender de qué debe estar más orgulloso. Señor, señora, gracias a los dos. Como no tengo más preguntas con las que molestarles por el momento...

Unos minutos más tarde, al subir él y Jeff al automóvil, Jeff expresó cierta desesperación.

—No has sacado mucho en limpio, ¿verdad?

—Por el contrario, me he enterado de algo muy valioso. Ese hombre *no* tiene idea de dónde encontrar el oro del comodoro; ¡no tiene la menor idea!

—¿Creías que podía tenerla?

—Era una posibilidad a considerar. Tenía que hacer una prueba, y la he hecho. Tan pronto me he dado cuenta de que en su voz sonaba la verdad, he visto en qué dirección tenemos que mirar.

—¿Para encontrar el tesoro perdido?

—Para encontrar la respuesta a una pregunta que ha sido muy descuidada.

—Bien, ¿adónde vamos ahora?

—A mi club, creo. No hemos almorzado todavía; es demasiado tarde ya para preocuparnos de eso. Pero el club nos puede proporcionar un sándwich hasta en día de domingo.

El club del tío Gilbert, el Blackstone, para hombres de leyes, había sido apodado por tanto tiempo *Los Querellantes*, que la mayoría de los que no pertenecían a él

creían que había sido bautizado así. Situado en el centro de la ciudad, se erigía en tres pisos con balcones salientes en la esquina de Gravier Street y la St. Charles Avenue.

Otra racha de lluvia había llegado y se había ido antes de que Gilbert Bethune dejara su coche en el estacionamiento que estaba al norte. Siguiéndole por el club, entre las sombras del vestíbulo hacia la escalera del fondo, Jeff pensó que veía una silueta vagamente familiar que entraba por la puerta, a su espalda.

La sala de arriba era un recinto grande y cómodo con sillones y sofás de cuero bien mullidos, con sus balcones salientes que dominaban Gravier Street. El tío Gilbert señaló una silla a su huésped. Aún no se habían sentado, cuando entró esa silueta familiar: era el hombre tosco, algo excedido de peso, rubicundo de rostro y expansivo por naturaleza, a quien Penny había señalado el viernes por la noche como Billy Vauban.

—¡Ah, señor Fiscal de Distrito! —dijo.

El tío Gilbert presentó a Jeff, quien de inmediato se dio cuenta de las agradables cualidades del recién llegado;

—¡Encantado! —declaró Billy Vauban, estrechando sus manos cordialmente—. Si se pregunta usted qué es lo que hace un hombre de negocios vulgar y corriente en un club de abogados, le diré que soy abogado. Terminé la carrera hace años, aunque mi familia me haya empujado hacia un trabajo que en un tiempo tuvo un tío mío... ¿Qué es lo que se dice de bueno o de malo, señor Fiscal de Distrito?

—Iba a pedir sándwiches y algo de beber, si es que lo pueden servir aquí. ¿Nos acompañas, Billy?

—Lo siento, pero no puedo. Tengo que ir a buscar a mi esposa a casa de Wentworth, allá por el River Road, pasando... ¡Oye! Qué desagradable asunto el de Serena Hobart, ¿eh? ¿Es cierto que se cayó por la ventana de su dormitorio?

—Eso, por lo menos, es lo que las pruebas parecen indicar. —El tío Gilbert se sentó perezosamente, buscando un cigarro—. Tú nunca les has guardado rencor a los Hobart, ¿verdad?

—No; ¿por qué se lo habría de guardar? No es culpa de la familia que mi tío Thad resbalara y se matara allí. No puedo decir que haya intimidado jamás con ninguno de ellos, es cierto. Pero muchas veces he jugado al «pool» con Harald y he tomado varias copas con él, también. Otra cosa rara, Gilbert. Alguien ha estado propagando activamente el rumor de que yo quiero comprar la Mansión Delys.

—¿Entonces es sólo un rumor?

—Es peor que un rumor; es un maldito infundio —dijo el hombre de rostro encendido con gran emoción—. Tenemos nuestra propia casa de campo, y esa casa de la Esplanade, en la ciudad. ¿Qué haríamos con un museo inglés importado, todo engalanado como si esperaran que de un momento a otro llegara la Reina o Sir Francis Drake? Habría que mirar con bastante inspiración a la bola de cristal, para

saberlo.

—Un comprador en perspectiva de nombre Merriman...

—No sé quién está haciendo correr esa noticia; ni me importa. Bien, ahora tengo que ir a buscar a Pauline, y eso me recuerda algo. Durante dos noches seguidas, primero el viernes y luego el sábado, he tenido un hervidero en casa que casi se convierte en drama. La primera vez fue en un club nocturno público; admito que hice el ridículo. Anoche fuimos a una cena de gala en casa de Wentworth. El problema se inició mucho más tranquilamente; no se complicó realmente hasta que íbamos camino de casa, y yo estaba frío y sobrio. Pero...

—Cuando ibais camino de casa, ¿a qué hora? ¿Lo recuerdas por casualidad?

—Oh, alrededor de la medianoche. Sí, seguramente a esa hora. —Luego Vauban exhaló un suspiro profundo como si quisiera hacer desaparecer el tema con un soplido—. Tú no has llegado a casarte, ¿eh? ¿Puedes dar gracias a tu buena estrella por no haberlo hecho! De todos modos, ya me voy, adiós. Encantado de haberte conocido, Jeff, ¡mantente lejos del matrimonio tú también!

Cuando el abogado sin ejercicio se hubo marchado, tan confiado en sí mismo como siempre, Gilbert Bethune tocó el timbre para llamar al camarero.

—Esta corta entrevista —comentó—, en definitiva, nos ha proporcionado información adicional y una sugerencia más. ¿Qué te parece Billy el Sincero?

—Puedo decirte lo que me parece tanto la información como la sugerencia.

—¿Qué?

—Superficialmente —respondió Jeff—, no hay motivos para relacionar a Vauban o a su esposa con lo que le pudo haber pasado a Serena. Pero, si no salieron de casa de sus amigos hasta la medianoche, lo que se puede establecer fácilmente, nos da otra completa e irreprochable coartada doble.

—Quizá no estamos pensando en la misma sugerencia —dijo el tío Gilbert.

A petición suya, les sirvieron *sándwiches* de pollo, ensalada de patatas, y una cerveza fría que tenía el sabor de la verdadera Pilsen. Después se arrellanaron en sus butacas, fumando, mientras las sombras del anochecer comenzaban a oscurecer el salón. Gilbert Bethune, como una especie de Sherlock Holmes jurídico, observaba la punta de su cigarro.

—¿Discutimos un poco este asunto? —sugirió—. La mayoría de los hechos, repitémoslo, se hallan bien a la vista. Uno de esos hechos, en sí mismo aparentemente sin importancia, ha sido repetido con mayor frecuencia que cualquier otro. Y sin embargo, nadie parece haber notado qué es lo que puede significar.

—¿Algún indicio con respecto al oro perdido?

—Este hecho, Jeff, no se refiere al oro perdido.

—¿No se refiere a...?

—¡Piensa! —le instó en voz baja tío Gilbert—. El oro del viejo es un hecho

importante; ha sido reconocido así, pero para la resolución de este misterio es solamente de una importancia parcial. Si yo revelara el paradero del oro en este momento, como me inclinó a pensar que podría hacer, no estaríamos más cerca de saber quién mató a Serena o de qué manera se acercó a ella el asesino.

—¿Quieres decirme que hay algo tan evidente que no alcanzo a verlo?

—Olvídate de las paradojas; solamente nos pueden conducir a un callejón sin salida. ¡No, Jeff! Hay algo tan corriente, tan cotidiano, que se espera tanto, que en sí mismo no despertaría las sospechas de nadie, ni siquiera curiosidad. Y sin embargo, por inocente que el hecho puede ser, las circunstancias que lo rodean zumban como el aviso de una serpiente de cascabel ante cualquier paso descuidado. Debemos estar sobre aviso y tener cuidado. Debemos...

Fue interrumpido por la entrada del camarero, quien, al retirar los platos, le dijo que le llamaban por teléfono.

—¿Puedo recibir aquí la llamada? —preguntó el tío Gilbert.

Indicó un teléfono en la pared del salón que formaba ángulo recto con la pared donde estaba la gran chimenea de mármol. Cuando el camarero asintió, el tío Gilbert se puso de pie, caminó hasta allí con cierta premura, y dirigió su voz al carbón sensible del aparato.

—¿Sí, Harry? —le oyó decir Jeff—. ¿Qué es? ¿Cuándo? ¿Pero está...?

A pesar de la creciente oscuridad que hacía difícil leer en los rostros, Jeff no pudo dejar de percibir la alarma en la voz de su tío. El presentimiento entró en el salón en forma tan palpable como un visitante de carne y hueso. Después de preguntas y comentarios muy breves, el perturbado Fiscal de Distrito colgó el auricular.

—Ha habido otro atentado —dijo, volviendo a grandes pasos—. No, no ha tenido éxito; Dave todavía está vivo. Pero podría haberlo tenido; el asesino casi ha mostrado la cara. Tenemos que ir a la casa y rápido. ¡Vamos!

Quien abrió la puerta fue el teniente Minnoch. Otra vez el piso bajo de la Mansión Delys resplandecía de luces, desde el vestíbulo principal hasta las habitaciones de ambos lados. Pegado al teniente, Cato esperaba con paciencia para tomar el sombrero y el abrigo del tío Gilbert.

El mismo Harry Minnoch, con una mancha roja de ira cruzándole la frente, pero con el aire de quien está emboscado al acecho detrás de un arma que utilizará en el momento preciso, llamó a los dos recién llegados.

—Por aquí —dijo—. Yo no estaba aquí cuando ocurrió. Todo el día —se dirigió acaloradamente al Fiscal de Distrito—, todo el día, señor, he estado de caza por la ciudad para comprobar algunas cosas, y creo que las he comprobado. No, no estaba aquí cuando ocurrió. Pero O'Bannion estaba; él le contará.

Y Minnoch les condujo por el recibidor pequeño, la biblioteca y dos cuartos más, hasta el despacho del fondo que estaba iluminado.

Junto a la mesa con la lámpara estaba de pie un hombre joven, de anchos hombros y vestido con pulcritud, cuyo pelo oscuro contrastaba con el color fresco del rostro y los azules ojos célticos. El teniente Minnoch hizo un gesto de estímulo.

—Muy bien, O'Bannion; ¡adelante!

—Bueno, teniente...

—No me hable a mí, joven; yo sé lo que va a decir. Háblele al señor Bethune y a este otro señor, que es su sobrino. Eso, señor, si está bien que su sobrino escuche esto.

—Sí, puede estar presente —asintió el tío Gilbert—. ¿Qué es lo que tenemos que oír?

Terence O'Bannion obedeció las órdenes.

—Bien, señores, ha ocurrido de la siguiente manera. Anoche el teniente me destacó aquí para que hiciera guardia ante la puerta del señor Hobart. Una vez terminado mi horario, y después de haber ido a casa a dormir un poco, debía volver aquí y vigilar. Sin órdenes específicas; simplemente «estar alerta». Al terminar mi guardia esta mañana, el señor Hobart me pidió que le llevara un mensaje a un amigo suyo que está en el Hotel St. Charles...

—¡No debiste hacer eso, Terry! —le amonestó Minnoch—. Un agente no es mandadero para llevar mensajes; por lo menos, no sin tener permiso de su oficial superior. ¡En fin! No ha pasado gran cosa, entiendo, así que lo olvidaremos por esta vez. Adelante; continúa.

—Cuando volví —continuó O'Bannion sin perder de vista a su superior—, era bastante avanzada la tarde. El teniente había dicho que no me apresurara, así que me

tomé mi tiempo. Pero esperaba encontrarle a él cuando volviera. Él no estaba aquí; tampoco había otro oficial en el lugar.

—No puedo estar en todas partes a la vez, ¿no? —preguntó el teniente Minnoch—. Anduve corriendo por ahí lo bastante como para agotar a dos hombres más jóvenes; pero no me quejo; ¡he hecho el trabajo!

—Una pregunta, en este momento —dijo el tío Gilbert colocando la maleta sobre la mesa—. Al volver usted, oficial O'Bannion, ¿quién estaba aquí? Aparte de los sirvientes y el mismo Dave Hobart, digamos, ¿quién estaba aquí?

—Solamente el abogado de la familia, señor; el señor Rutledge. Él me dijo lo que ya el mayordomo me había contado. El señor Hobart se había vestido y había bajado un rato a este piso. Pero todavía se sentía mal, después de lo de anoche. Así que dijo que volvería a subir a su cuarto a descansar, tal vez a dormir un poco.

—Sí, ¿y entonces?

—No sabiendo exactamente lo que debía hacer, señor, me sentí preocupado. El teniente no había dicho nada de hacer guardia durante el día, pero pensé que no sería mala idea.

—Sus sospechas —le dijo el tío Gilbert—, parecen haber estado justificadas. ¿Qué hizo?

—Fui arriba, señor, y llamé muy suavemente a la puerta del señor Hobart. Cómo no me contestó, abrí la puerta. Estaba tendido sobre la cama: completamente vestido, bien dormido y respirando pacíficamente.

»Salí y cerré la puerta. Cogí una silla grande del vestíbulo de arriba; la llevé cerca de la puerta del cuarto del joven, y me senté a esperar. No podrían haber pasado más de diez o quince minutos...

Como claramente se acercaba al punto culminante de su relato, el oficial O'Bannion trataba de hablar tratando de no reflejar nerviosismo en su rostro irlandés, pero sin evidenciar tampoco una completa estupidez de patán.

—No podrían haber pasado más de diez o quince minutos —dijo—, cuando sonó el timbre de la puerta de entrada. Pensé que sería el teniente Minnoch, probablemente, y que mejor sería que me presentara. El mayordomo había abierto la puerta cuando yo bajé. Pero no era el teniente. Era una señorita, muy bonita y también muy nerviosa, llamada señorita Lynn.

»Preguntó por el señor Hobart pero no quiso entrar. Cuando le dije que el señor Hobart estaba dormido, dijo que no quería ni podía quedarse. Habló en forma como si quisiera decir que no podía soportar quedarse. ¡Ah, sí! —O'Bannion se volvió hacia Jeff—. Si usted es el señor Caldwell, la señorita también preguntó por usted. Le dije que aquí no había nadie con ese nombre en ese momento, así que volvió corriendo al automóvil y se alejó.

»No hay mucho más, señores.

»Pensé echar un vistazo por el piso de abajo antes de volver arriba; no sé por qué. El salón principal está a la derecha de la puerta delantera según se entra a esta casa. El señor Rutledge estaba allí. Por algún motivo, esa habitación parece fascinarle; siempre está ahí cuando se encuentra en la casa. Pero dijo que *él* tenía que irse.

»Después de mirar por las habitaciones de este lado del piso principal, pensé que era hora de volver a mi puesto arriba. Es algo raro, señor Bethune, no quiero decir que yo tenga... tenga...

»¿Qué es lo que no quiere decir que tiene, oficial O'Bannion? —le incitó el tío Gilbert—. ¿Premoniciones? ¿Adivinación? ¿Clarividencia?

El joven irlandés emitió lo que no era del todo una risa.

—Si me perdona, señor, no hago mucho caso de la clarividencia, ni al hecho de haber nacido de coronilla, u otras cosas que he oído en mi familia. Todo lo que puedo decirle es esto. Al volver a subir, empecé a caminar algo más rápido. No corrí, comprenda. Simplemente alargué algo más el paso. Y eso sí, no sé por Dios si lo hice o pensé que lo hice, justo antes de oír una especie de grito ahogado en dirección al dormitorio del señor Hobart, seguido de un ruido como de algo que se caía.

»Entonces sí que corrí. Se hace mucho ruido en esos escalones y no hay alfombra en el vestíbulo de arriba, pero no oí ningún otro ruido, ni vi a nadie, moverse.

»La puerta del cuarto del señor Hobart estaba completamente abierta. Junto a la cama ya había observado una mesa y una bandeja con alimentos a medio comer. La mesa con todo lo que había sobre ella, había sido volcada: platos rotos, manchas de café frío, un revoltijo. El mismo señor Hobart estaba encogido en el suelo junto a la cama, con un chichón de la gran... ¡perdone, señor!

—Nos damos cuenta que es un... chichón —dijo el tío Gilbert—. No pida disculpas, ¡explíquese!

—... con un chichón, señor, en el lado izquierdo de la frente, poco más abajo del nacimiento del cabello. Sobre la alfombra, a su lado, había una almohada de la cama; al otro lado había una cachiporra, una cachiporra de ladrón, de cuero y pesada, de las que se les encuentran cuando uno los cachea.

»No había nadie más que la víctima en el cuarto. Tiene el corazón débil, igual que la hermana. Es de pensar que golpearle en frío con una cachiporra podía haber terminado con él, para no decir nada de qué más le hubiera pasado. Estaba vivo, bien, aunque no me gustaba el ruido de su respiración. Ya para ese momento el viejo mayordomo, Catón o Séneca o no sé qué nombre romano, había entrado corriendo y estaba junto a mí. Juntos lo levantamos y lo pusimos sobre la cama. Mientras bajaba para llamar por teléfono se me ocurrió... pero usted no quiere saber lo que estaba pensando, ¿verdad?

—Por el contrario —corrigió el tío Gilbert—, me interesaría escuchar lo que pensaba. ¿Qué era?

—Bien, señor —respondió O'Bannion, aclarando la voz—: alguien golpeó al señor Hobart y escapó del cuarto. El criminal o posible criminal no podría haber corrido por ese pasaje lateral hacia la parte principal del vestíbulo de arriba; de lo contrario, le habría visto yo. Solamente hay una cosa que podría haber hecho.

—¿Qué?

—En el pasaje, no lejos de la puerta del dormitorio, hay una escalera que da a los fondos. El asesino se deslizó por esa escalera, y salió de la casa por una puerta lateral que nunca se cierra con llave hasta la noche.

—O si no... —comenzó el teniente Minnoch con gran aparatosidad, pero se detuvo—. Para enseñarte un poco sobre el trabajo de la policía, muchacho, me quedaré callado por un minuto. Ahora que el señor Bethune ha oído tus profundos pensamientos, sigue contando lo que hiciste.

—Fui abajo a telefonar al doctor Quayle. El anciano señor Rutledge ya se había ido, como dijo que haría. Estaba al teléfono con el señor Quayle cuando llegaron el teniente y el sargento. El teniente se ocupó de todo. Y eso, señor Bethune, es todo lo que puedo decirle que yo sepa.

—Gracias; ha sido muy claro —el tío Gilbert se cuadró de hombros—. En cambio, teniente —agregó con seriedad—, una vocecita me susurra que *usted* tiene mucho que comunicar.

—¡Sí, señor; Cierto como el evangelio que tengo mucho que contar! En un momento, si no le molesta, le pediré que venga arriba...

—¿Para qué? ¿Para interrogar a Dave Hobart?

—No podemos hacer eso ahora; al menos por esta noche. El doctor está todavía con él. Yo pensé que llamarían a la ambulancia y llevarían a ese joven al hospital. Pero el doctor Quayle ha dicho que no hace falta; dice que se las puede arreglar él solo. Hay algo arriba que me gustaría que viera, eso es todo. Entre tanto —dijo el teniente Minnoch, tomando un cuaderno—, podríamos aclarar algunas cosillas que deben ser de ayuda.

—¿Cuáles?

—Las coartadas de anoche, que son la clave de todo este asunto. No debemos descuidar un asesinato de anoche a causa de lo que parece un casi asesinato en esta tarde.

—No tengo intención de descuidarlo.

—¡Muy bien, señor! Hoy bien temprano, como usted recordará, le dije que la señorita Keith y el señor Townsend estaban absolutamente eliminados. Demasiados testigos jurarán que no salieron en ningún momento de ese club nocturno entre las diez en punto y la una de la mañana. Ella no lo dejó en su hotel hasta cerca de las tres. Si bien yo no diría una palabra contra la moral de la señora, apostararía dólares contra rosquillas a que se lo llevó con ella a su casa entre la hora que salieron del club

nocturno y la hora en que ella le llevó de vuelta al St. Charles. Pero todo el sucio trabajo ya había sido hecho mucho antes de ese tiempo. Además, he hablado con los dos hoy...

—También yo.

—Y estoy satisfecho, señor Bethune, si usted lo está. De todos modos, yo diría que no hay ninguna mujer implicada en este asesinato, en primer lugar.

—¿No ha tenido nada que ver ninguna mujer en ninguna forma?

—Ninguna mujer ha tenido nada que ver en él en forma culpable. Después, están el señor Rutledge y aquí el señor Caldwell.

—¿Está usted convencido de su inocencia también?

—¡Me gustaría ver al policía que *no estuviera* convencido! Es algo tan claro que no necesita siquiera ser discutido ni mencionado. Finalmente, si usted recuerda, usted me pidió que le siguiera la pista a ese tipo llamado Saylor.

—¿Y lo ha hecho?

—Sí, señor. Hay que eliminarle también.

El teniente Minnoch abrió su cuaderno y pasó varias hojas.

—Fue por usted, señor, por lo que tuve mi primera pista de Townsend y la señora Keith. Esta mañana temprano, usted dijo que la señorita Penny Lynn le había hablado; la señora Keith dijo que probablemente irían al *Moulin de Montmartre*. De ese modo pude buscar a la gente del club nocturno, aunque detestaran ver a un policía un domingo por la mañana, aún antes de cazar a Townsend y a la señora Keith.

—Sí, ya nos ha explicado eso. ¿Qué pasa con Saylor?

—Ha sido más difícil seguirle la pista a Saylor; nadie le conocía para nada. Pero descubrí que estaba registrado en el Jung Hotel. Parece que aquí es completamente un extraño. Después de cenar en el hotel, anoche, le preguntó al empleado del mostrador el camino más corto para ir al Muelle de la Línea Grand Bayou.

El tío Gilbert hizo chasquear los dedos.

—Saylor, tal como Jeff le había descrito, es inquisitivo e inteligente. Quería encontrar al capitán Joshua Galway, ¿verdad?

—Por las barbas de Mahoma, señor, eso es justamente lo que quería. ¿Cómo sabe que buscaba al capitán Josh?

—Una parte de la evidencia lo indicaba. ¿Ha visto al capitán?

—No, directamente no.

Después de consultar nuevamente la libreta, el teniente Minnoch la volvió a colocar en su bolsillo.

—Saylor cogió un taxi para el muelle. El capitán Josh había salido hacia alguna parte de la ciudad, de modo que Saylor habló con el comisario de a bordo. No parecía muy capaz, dice el comisario, pero yo no lo creo.

»¿Que por qué no lo creo? Le diré. Esta gente de los vapores son tipos muy

amistosos; van a hablarle a uno hasta por los codos si se le da oportunidad. El comisario sacó una botella; tomaron unos cuantos tragos y hablaron de naderías hasta las once y media, en que el capitán Josh llegó de vuelta al barco.

—Serena Hobart —dijo el tío Gilbert—, fue encontrada muerta a las once y veinte. ¿Se puede justificar el paradero de Saylor hasta las once y *media*?

—¡Hasta mucho después de eso, señor! Verá usted, tan pronto como regresó el capitán, va Saylor y se lo lleva aparte para una misteriosa confabulación en privado hasta después de medianoche. Hablé hoy con el capitán Josh y luego fui a Jung Hotel y vi a Saylor. Ambos sostienen que no hablaron de nada importante, pero este periodista de Filadelfia me parecía muy astuto cuando decía eso.

Gilbert Bethune comenzó a pasear de un lado a otro entre la mesa y la puerta.

—Teniente —exclamó—, ¡esto es simplemente una locura! Otros dos que probablemente eliminará son un sobrino del difunto Thad Peters y la esposa de dicho sobrino. Supongamos, con fines dialécticos, que *sus* coartadas son firmes. Eliminando a Saylor también, y añadiendo al capitán Galway para completar, parece que eliminamos a cada una de las personas, hasta remotamente relacionadas con este asunto. No, no me olvido del señor Earl Merriman. Según nos cuenta Jeff, ese buen hombre de negocios de St. Louis debe haber visitado el despacho de Ira Rutledge a una hora muy cercana a las once y treinta. Y eso parece...

—Ah, pero ¿elimina eso a todos? Piense sólo un minuto, señor. ¿Elimina eso a todos?

El teniente Minnoch, que había hablado de que Saylor parecía astuto, tenía ahora tal aspecto de astucia que parecía que iba a estallar.

—Lo que digo, teniente, es que «parece» que eliminamos a todos: esa es la modificación salvadora. Sin embargo, ¡haga su propio resumen! Por supuesto, es concebible que alguien totalmente extraño matara a Serena anoche y atacara a Dave esta tarde. ¡Al mismo tiempo...!

—Todavía pregunto, señor, si aun en *apariencia* los ha eliminado a todos... ¿Quieren venir usted y el señor Caldwell conmigo, por favor? Puede venir usted también, O'Bannion.

Llevando su bigote como una bandera de guerra, lleno de resoplidos internos que indicaban satisfacción, el teniente les condujo al vestíbulo principal y siguió escalera arriba.

Muchas lámparas eléctricas brillaban en la pared de allí, arrojando una suave luz en el vestíbulo y en el corredor transversal que cruzaba todo el ancho de la casa. Marchando hacia la puerta cerrada del dormitorio de Dave, junto a la que había una gran silla de roble tallado, con aire un poco presumido Minnoch modificó su rumbo y se volvió para enfrentarlos en el comienzo de la escalera del fondo.

—Es posible que yo no sea muy sutil; señor Bethune. Pero, repito.

—¿Todavía sigue usted con eso de la sutileza, hombre? He dicho que este es caso para que lo maneje usted, y lo es. Ya se lo he dicho, ¿verdad?

En la voz del teniente sonó un tono de queja.

—Usted *dice* que este es mi caso, lo sé. Lo ha dicho más de una vez desde anoche. Pero cuando usted comienza; señor, nadie tiene la menor oportunidad de manejar las cosas, salvó usted mismo. Y cuando haya terminado, señor Bethune, quizás por esta vez usted dirá que soy sutil hasta el extremo, más de lo que me conviene. Sostengo que es solamente sentido común, lo que necesita un policía.

»De modo que no largaré demasiado ahora; me guardaré algo hasta que me encuentre bien seguro. Solamente reclamaré su atención para una o dos cosas en que puede valer la pena pensar. Cuando vine aquí hoy, no esperaba ningún problema y no traje al hombre que toma las huellas. Pero, en cuanto vi esa cachiporra que encontraron en el piso del dormitorio, me apoderé de ella.

—¿Usted...?

—¡Oh, no quiero decir que me apoderé, así como suena! La guardé en una caja, con el mayor cuidado posible, para que nadie más pudiera cogerla o tocarla, y le dije a Fred Bull que la llevara y estudiara sus huellas.

—¿Qué esperaba encontrar, o qué esperaba que la cachiporra nos dijera?

—La cachiporra, señor, nos puede decir mucho con no decir completamente nada.

—La sutileza que tiene en su mente, teniente —dijo el tío Gilbert, cortés—, no necesita elevarse o descender a la paradoja de Chesterton. Eso me corresponde a mí; reclamo los derechos de prioridad.

—Usted siempre puede reclamar derechos de prioridad, ¿verdad, señor? Caramba, ¿se me permite a *mí* decir lo que quiero, aunque sea solamente algo de sentido común?

—Sí, por supuesto; lo siento.

—Usted es el Fiscal de Distrito, señor; *usted* no necesita disculparse. Ahora bien, aquí O'Bannion —prosiguió el teniente Minnoch—, ha estado sosteniendo todo el tiempo que el posible asesino se introdujo por una puerta lateral sin llave cerca del pie de esta escalera, subió secretamente hasta este piso, golpeó al joven Hobart, y se escapó de nuevo de la misma manera.

—¿Duda usted de eso?

—Simplemente le quiero mostrar algo, eso es todo. Ha estado lloviendo todo el día, a ratos; afuera el terreno está empapado. ¿Quiere seguirme, señor?

Sacando su encendedor de bolsillo y encendiendo su gran llama, el teniente bajó lentamente por la escalera. Gilbert Bethune descendió después de él, y luego Jeff, mientras O'Bannion se quedaba en lo alto.

La escalera, aunque larga y empinada, con la luz del día habría estado bien iluminada por un pequeño panel de ventanas sobre la puerta lateral, al final del

corredor transversal de abajo.

Minnoch abrió esta puerta y mantuvo en alto la llama del encendedor. Afuera, bajo un arco de piedra una especie de sombrerete que protegía la entrada en tiempo lluvioso, los escalones de piedra conducían hasta el brazo oeste del camino de salida, más allá de la Mansión Delys.

Nuevamente había cesado la lluvia, dejando solamente la oscuridad, el follaje mojado y un viento racheado. El teniente Minnoch sostuvo el encendedor hacia afuera.

—Todavía hay un charco de agua —comentó—, al pie de esos escalones de fuera. ¡Ahora vuelvan por los escalones, señores! Y échenles una ojeada mientras pasamos.

»Si todavía tengo luz verde, señor Bethune —agregó, después que hubieron llegado a la parte superior de la escalera—, haré una especie de resumen. Anduve por los escalones, subí y bajé por ellos. Recorrí todo el piso de la entrada lateral de allí abajo, y el piso de este pasillo de aquí arriba. Y el piso del dormitorio también. ¡Y no hay un solo vestigio de barro, agua o suciedad en ninguna parte de los escalones ni del piso!

—¿Y eso?

—En un día como hoy, señor —proclamó el teniente con energía—, ningún hombre vivo puede haber entrado y salido sin dejar alguna clase de huella o de rastro que muestre que haya estado allí. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Entonces, ¿está usted afirmando —respondió el tío Gilbert con voz extraña—, que quienquiera que sea el que ha atacado a Dave Hobart, debe proceder de dentro de la casa?

—Parece que es de esa manera, ¿verdad? ¡Y eso no es todo lo que se prueba! Con su permiso, señor, tengo un pequeño plan en mi cabeza. Sólo para mostrar que siempre tomo precauciones, mantendremos al joven señor bien vigilado desde ahora en adelante.

Viendo que el ojo del teniente se dirigía hacia O'Bannion, Gilbert Bethune aclaró su voz para llamar la atención.

—Yo también —dijo el Fiscal de Distrito—, estoy comenzando a forjar un plan en mi mente. Para ejecutar todas las fases de este plan, necesitaré ayuda profesional de varias clases y en varios sentidos. ¡Por ejemplo! Usted quiere poner al oficial O'Bannion como guardia permanente, ¿verdad? Si es así, ¿hay alguien que usted pueda usar para esa tarea en su lugar?

—Sí, señor, ¡por supuesto que hay! ¿Por qué lo pregunta?

—Porque si puede arreglarlo por medio del capitán Kelly sin tener que pasar por el superior del capitán Kelly y llegar al Comisionado de Policía, quiero pedir prestado a O'Bannion para una pequeña diligencia que hay que hacer. Dígame, joven; ¿ha hecho alguna vez un vuelo?

—¿Vuelo, señor? —dijo O'Bannion mirándole fijamente.

El tío Gilbert, le pareció a Jeff, reprimió un impulso de bailar.

—Se ha hablado tanto de un vuelo transatlántico —contestó—, que naturalmente esa idea saltó en mi cabeza. Pero lo que quiero decir no es tan ambicioso ni tan trascendente. La pregunta correcta es: ¿ha volado alguna vez en aeroplano?

—Una vez o dos, señor, con esos aviones ambulantes que acostumbraban llevarle a uno en paseos muy cortos a cinco dólares la vuelta.

—Ya han empezado —dijo el tío Gilbert—, a transportar el correo. Dentro de veinte años y aún menos, se ha pronosticado habrá vuelos regulares de pasajeros de ciudad a ciudad. Mientras tanto, en forma mucho más modesta y restringida, nuestro Ted Patterson de Nueva Orleáns proporcionará un tipo similar de servicio. ¿A usted no le molestará mucho, teniente, si le pido que me preste a su subordinado?

—Si usted lo desea, señor Bethune, ¡tómelo prestado y listo! Pero...

Después de una pausa tormentosa, cómo si se estuviera conteniendo para no arrojar un rayo, el teniente Minnoch se dispuso a continuar.

—Yo le he preguntado, señor, qué otra cosa prueba esta evidencia. Y estoy un poquito sorprendido, es posible, de que alguien tan agudo como usted no haya caído en eso de inmediato. Quiero decir, el ruido.

—¿El ruido?

—Bueno, la falta de ruido. ¡Vaya! Cualquier cosa que haya ocurrido en ese dormitorio, parece que alguien tenía que entrar y luego salir. O'Bannion, como ha dicho él, oyó una especie de grito. Oyó la mesa y los platos al caer estrepitosamente. Pero eso es todo lo que oyó, y no vio nada. Él mismo armó bastante alboroto corriendo por la gran escalera, y no hay alfombra en este pasillo. ¿Cómo es que el atacante, ya sea de fuera de la casa o de dentro o de donde quiera que haya venido, no hizo ningún ruido?

Gilbert Bethune le miró con algo que se parecía a la consternación.

—Teniente, mucho temo...

El tío Gilbert no terminó la frase. Literalmente, se puso la mano sobre la boca al abrirse la pesada puerta del cuarto de Dave y cerrarse después tras el canoso doctor Quayle, quien se reunió con ellos cerca de la escalera del fondo y les habló en voz baja.

—Es suficiente por ahora —dijo—. Espero que por esta noche no me necesitarán aquí de nuevo. Si toda la situación no fuera tan grave, podría tener justos motivos de queja. ¿Alguna pregunta?

—Una o dos —le dijo el tío Gilbert en el mismo tono—, pero principalmente: ¿cómo está el corazón de Dave?

—La única cosa que se puede pronosticar en esta clase de afecciones es que no se pueden hacer pronósticos. Irá bien, creo. Orgánicamente Dave está en mejor estado

que su padre; y su padre, con afección cardíaca o no, vivió hasta la edad bastante madura de sesenta y siete años.

—¿Ha dicho alguna cosa Dave?

—Oh, sí. Ha estado tratando de hablar —hasta que le ha hecho efecto el sedante. Me disgusta darle tantos sedantes, pero no he tenido más remedio.

—Podía... ¿ha dicho algo coherente?

—Sí, hasta cierto punto. —El doctor Quayle balanceó su maletín negro contra su pierna—. El muchacho ha sufrido un gran *shock*, por supuesto; pero aparte de las causas físicas, su emoción principal parece ser de ira. Antes de golpearle con esa arma, el asesino que ustedes persiguen trató primero de ahogarlo con una almohada.

—¿Ahogarlo? ¡Entonces eso explica...!

—¿La almohada sobre el piso? Sí, es seguro. La cama tenía dos almohadas. La cabeza de Dave estaba sobre una de ellas. Estaba tendido, con los ojos cerrados y descansando, pero no dormido, cuando de pronto la otra almohada cayó sobre su cara con todo el peso de las manos, brazos y hombros de alguien.

»No se quedó, si puedo decirlo así, acostado. Dave es un joven de mucha fuerza. Saltó sobre sus pies, arrancándose la almohada, y le hizo frente al asaltante.

—¿Vio quién era?

—No pudo ver la cara del tipo, aunque debió de estar tan cerca de él como lo estoy yo de ustedes. El asaltante soltó la almohada y levantó el brazo izquierdo... (con algo así como un impermeable flojo, dice Dave) para cubrirse la cara. ¡De todos modos! En un día oscuro, asustado y confuso como estaba, lo que ocurrió no es sorprendente. Vio levantarse el brazo derecho del hombre. Algo golpeó al muchacho; supo que caía contra la mesa, pero es todo lo que recuerda, antes de perder el sentido.

—¿No puede decir nada más?

—No, me temo que no. —El doctor Quayle exhaló un profundo suspiro—. Le he pedido que no se excite, pero ustedes conocen a Dave. Y le he preguntado solamente una cosa. Al final de una tarde soñolienta de domingo, sin ningún ruido en la casa, un atacante desconocido se introduce y coge a su víctima desprevenida. «¿Quieres dar a entender, le he dicho, que no oíste ningún ruido que te advirtiera?».

—¿Le ha contestado Dave?

—Sí, si es que pueden sacar algo en claro de esto. El muchacho dijo: «No pude haber oído nada, doctor. Ni siquiera llevaba zapatos; iba en calcetines».

Jeff detuvo el Stutz Bearcat junto a la acera y cerró el contacto.

—Esta es la tercera vez en cuatro días, Penny —le dijo a la joven que tenía a su lado—, que un coche en el que viajo se estaciona aquí en University Place. La primera vez, el viernes por la noche, estábamos juntos en tu Hudson. El sábado por la noche estaba solo, conducía este mismo coche, y venía al despacho de Ira Rutledge. Ayer, domingo, el tío Gilbert y yo hicimos varias visitas sin pasar por aquí. Esta tarde...

—Por el camino —admitió Penny—, me has contado lo de ayer por la tarde. Pero ¿qué pasó ayer por la noche? Sé que no debería ser tan terriblemente curiosa, pero no lo puedo evitar. Un desconocido atacó al pobre Dave y escapó. ¿Qué pasó después?

—Muy poco, como he tratado de contarte. El teniente Minnoch, iluminado por cierta gran idea que no quiso explicar, dijo que lo *haría* hoy cuando pudiera estar absolutamente seguro. Y el Espíritu de la Justicia no es el único. El tío Gilbert, con dos series distintas de grandes ideas —él dice que van en diferentes direcciones— no quiere explicarlas hasta que esté tan seguro como de la muerte. Viéndote hoy, Penny...

—¡Y-yo quisiera que no dijese seguro *como de la muerte!*

—Lo siento; no tenía intención de...

—¡Por supuesto que no tenías intención! —le tranquilizó Penny—. ¡Y-yo fui en coche a la Mansión ayer por la tarde!, y debe haber sido poco antes del ataque a Dave. Pero no pude entrar. Puede parecer cobardía temblar así, cuando quería tanto a Serena y aprecio tanto también a Dave; ¡pero no pude!

—No tenías ningún motivo para entrar. Y has conseguido hacerlo hoy.

—Sí, porque estaba decidida a no ser tan gata asustada. Entonces, en cuanto he salido del automóvil, has insistido en que debía dejarlo allí y venir a la ciudad contigo. No necesitas ser tan dominante, ¿sabes?; haré cualquier cosa que me pidas en el momento en que la pidas. Pero, ahora que estamos aquí, ¿qué hacemos?

—Eso puede explicarse, Penny, terminando con lo que pasó anoche. El doctor Quayle se fue. El teniente Minnoch se fue, murmurando para sus adentros. Cato nos persuadió al tío Gilbert y a mí para que comiéramos algo. Cuando terminamos de comer...

Bajo el claro cielo azul de la tarde del lunes 25 de abril, Jeff recordó con precisión a Gilbert Bethune en el refectorio, la noche anterior.

—El doctor Quayle, Jeff —había hecho notar el tío Gilbert—, rinde un alto tributo al valor y a la presencia de ánimo de Dave Hobart, diciendo que Dave es muy

parecido a su padre. Es un veredicto justo. Mi difunto amigo Harald tenía una presencia de ánimo y un coraje indiscutibles. Toda su vida, por lo que yo sé, temió solamente a una cosa.

—¿Eh?

—Tenía miedo a las alturas —dijo el tío Gilbert—. Harald podría haber subido en aeroplano, porque le pueden atar a uno con correas al asiento. Pero nunca habría dado un paso por el borde de un precipicio, aunque fuera un precipicio muy bajo.

—¿Tiene importancia eso?

—Si usas tus ojos y tu memoria, Jeff, creo que lo encontrarás muy importante. Mañana, dejando a un lado los asuntos que no estén relacionados con el caso Hobart, tengo intención de seguir mis dos líneas de investigación. ¿Cuál es tu propio programa?

—Visitar el número 701b de la Royal Street, según la invitación de la nota anónima. ¿Encontraré algo interesante allí?

—Es posible, por lo menos es posible. Pues yo creo recordar ese local —había contestado el tío Gilbert—, y el personaje bastante curioso que lo habita.

—Curioso o no, ¿es un personaje siniestro? ¿Tengo que cuidarme de las borrascas si compro tabaco allí?

—¿Siniestro, Jeff? ¡No, todo lo contrario! Aunque de él se pueda decir cualquier cosa, el viejo... el caballero en cuestión, no llevará una cachiporra en su manga. Es bastante seguro, en términos de integridad física, hacer negocios con él.

Y así detrás del volante del Stutz, en University Place, esa cálida tarde del lunes, Jeff miraba a Penny Lynn.

—Como tú dices, aquí estamos. Ahora no hay motivo para que no te cuente lo de la nota anónima del barco, por eso te lo he dicho. El sábado por la noche pasé en auto por el 701b: naturalmente, estaba cerrado. Puesto que no te gusta ir en coche al Vieux Carré, dejaré éste aquí. Si te apetece acompañarme a la dirección esa...

Más atractiva que nunca en su vestido blanco de verano, Penny salió del automóvil y se puso a su lado, en la acera.

—¡Por supuesto que me gustará ir, Jeff! ¿Es una tienda de tabacos, dices?

—El propietario la llama un *diván* de cigarros, que es un término que yo solamente asocio con... —Jeff vaciló—: ¡Si pudiera entender un poquito de lo que está pasando, y probar que no soy tan cerrado como debo parecer...!

—Tú no puedes parecer cerrado, digas lo que digas. —Entonces Penny puso cara de desesperación—. Sin embargo nada de todo esto parece tener mucho sentido, ¿verdad?

Jeff no contestó hasta que cruzaron Canal Street y giraron hacia el sur por el borde de Old Square.

—Y tiene menos sentido —exclamó— cada vez que mi benemérito tío formula

algún dictamen que él declara destinado a iluminarme. Anoche, al salir el tío Gilbert de la Mansión, casi formuló su sentencia final.

—¿Cuál fue?

—«Hay varias fechas, Jeff, son de gran importancia en este asunto. Una de las más importantes puede ser el año 1919, considerándolo en relación con el presente».

»Yo le dije: “¿Qué tiene que ver 1919 con esto? En 1919 me marché al extranjero a escribir, pero tú no te refieres a que tenga importancia para mí, ¿verdad?”. Con lo que el tío Gilbert, en su tono de oráculo dijo: “Fue una decisión importante para ti, y puede haber sido todavía más importante para alguien con planes no tan inocentes; me refiero a su resultado final de hoy”.

—¿Eso es todo lo que dijo?

—No completamente. Encendió una linterna y entonces hizo pasar la luz por la fachada de la casa. «¡Ojos y memoria, Jeff! ¡Acuérdate de usar tus ojos y tu memoria!». Entonces se dirigió a grandes zancadas hasta su coche como si todo hubiera quedado muy claro.

Tropeles de personas que iban de compras caminaban o se demoraban por la Royal Street, por donde un carruaje repleto de turistas avanzaban lentamente. Nadie parecía tener prisa salvo Jeff y Penny hacía lo posible por mantenerse al ritmo de sus grandes pasos.

Pasaron por joyerías, peleterías, escaparates de tiendas polvorientas que exhibían antigüedades. En el lado sur de la avenida se alzaba una tapia de tablas pintadas de verde, que había sido el solar donde se alzaba el demolido St. Louis Hotel, en la actualidad ocupado por un aparcamiento de automóviles.

Andando así por la acera norte, Jeff fue mirando cómo los números crecían del quinientos al seiscientos. Luego el revoque amarillo y los hierros forjados del edificio La Branche descollaban mirando al sur...

Cuando cruzaron la intersección de St. Peters Street, se encontraron ante el establecimiento que ocupaba la esquina de Royal y St. Peter y que era una talabartería. Ni Jeff ni Penny le echaron una mirada. Más allá, con los chirriantes tonos de su manta y de su *kilt*, el alto *Highlander* de madera se erguía junto a un escaparate cuyo letrero dorado ahora podía leerse completamente: *Bohemian Cigar Divan, de T. Godall*.

Sin fijarse en pipas, cigarros y tabacos, Jeff contempló el letrero.

—El sábado por la noche —dijo—, no vi el nombre del propietario. ¡Pero esa no es excusa, Penny! Eso de «Bohemian Cigar Divan» debería habérmelo dicho.

Penny, que hasta ese momento era toda ansioso interés, ahora parecía desorientada.

—Hablando de gente cerrada, Jeff, me parece que ahora lo soy yo. ¿Qué es lo que ese letrero debía decirte?

—Bohemia, que fue un reino independiente y luego parte del imperio austrohúngaro, desde 1919 ha sido una provincia de la república de Checoslovaquia, que...

—Todavía no entiendo —balbuceó Penny—, ¿pero aquí aparece otra vez el año 1919! Si es eso lo que tu tío quiso decir...

—Cualquier cosa que haya querido decir tío Gilbert, Penny, no podía referirse a eso. La Bohemia del letrero no trata de ninguna Bohemia real que haya existido o vaya a existir. ¡Piensa, Penny! ¡Tú también lees novelas!

—Tengo una vaga idea de que debe querer decir algo, pero sin embargo no me dice nada... ¿Tratas ahora simplemente de hacerte el oráculo como tu tío?

—No, querida; pronto lo verás. Entremos.

Sonó una campanilla sobre la puerta cuando él la abrió.

—«Pequeño, pero cómodo y bien decorado» —citó Jeff, estudiando el local cuando entró detrás de ella—. Sí, Penny; es un diván en el sentido especial del Diccionario Oxford, o sea de salón para fumar o venta de cigarros. Allí está el sofá que debiera ser (¡y es!), de «felpa pardusca»... Originalmente este salón debió ser decorado no muchos años después de trasplantar el viejo comodoro Hobart la Mansión Delys desde Inglaterra, y se ha conservado en esa época desde entonces. ¡El descaro de cierta gente!

Aunque solamente había estado hablando en voz muy baja, no dijo más. Al fondo de la tienda se apartó una cortina de paño pesado que había sobre una puerta. Entró al salón una joven menudita, bien formada, de cabello castaño, de unos dieciocho o diecinueve años, que se situó detrás del mostrador. Sencilla pero correctamente vestida, pertenecía a la época actual, lo mismo que el diván de cigarros pertenecía a la elegancia comercial victoriana. A pesar del brillante sol de afuera, el negocio permanecía a oscuras.

—¿Señorita, señor? ¿En qué puedo servirles?

Le sonrió a Jeff, y este le devolvió la sonrisa.

—*Usted* no es británica, ¿verdad? —preguntó él.

—No; soy nacida aquí. Yo... ¡Oh! Usted querrá ver a mi abuelo, ¿verdad? Un momento, por favor.

Sonriendo nuevamente, levantó la cortina y la dejó caer detrás de ella. Después, levemente, pudieron oír hablar a alguien más. Entonces se acercaron unos pasos más fuertes.

Entró lentamente un viejo señor grueso, de aspecto agradable, con barba recortada, bigote y cabello de color gris acero. Tenía modales suaves y ojos de entendido. Su manera de hablar, en cada entonación o giro de las frases, era la del británico culto. Colocándose detrás del mostrador, se dirigió a Jeff con gran cortesía.

—Si usted hubiera deseado simplemente hacer alguna compra, señor, mi nieta

podría haberle atendido. Pero, como Anne parecía creer que mi presencia podría ser necesaria aquí...

—En realidad necesito cigarrillos, si es que vende cigarrillos.

Jeff le dijo su marca y le fue entregada.

—Sin embargo —continuó Jeff, con una cortesía que igualaba al del singular cigarrero—, su letrero ha despertado de tal modo mi curiosidad que me gustaría conversar con el propietario. Entiendo, señor, que su nombre no es realmente Theophilus Godall, ya que este local no está realmente en Rupert Street, en el Soho de Londres, para recibir a clientes tales como los señores Challoner y Somerset...

—Su conjetura es exacta —dijo el anciano señor, con aspecto feliz—, me llamo Everard, John Everard, como se llamaba antes mi padre. Ese título del escaparate —y su gesto lo señaló—, fue adoptado por mi difunto padre como una especie de marca comercial cuando inauguró el negocio en 1885. Quizás usted desconfía de las extravagancias, señor: desconfianza que toda su generación parece compartir. Pero a mi me pareció una inocente clase de impostura, no falta de dignidad, que he tenido el placer de continuar y apreciar. ¿Puedo felicitarle por haber descubierto la referencia?

—Una referencia literaria, ¿verdad? —exclamó Penny—. ¡Es tonto el sentir que estoy tan cerca de comprender, que un pequeño indicio probablemente me aclararía todo! ¿La referencia, seguramente, es a cierto libro?

—Te daré el indicio más amplio posible —respondió Jeff—, diciéndole que la referencia es a dos libros de cuentos del mismo autor, ambos publicados a principios de la década del 80, y que ambos tienen el mismo protagonista. Este protagonista...

—¿Qué le parece si lo llamamos —sugirió el señor Everard—, más que protagonista, una especie de *deus ex machina* que pone todo en el orden correcto?

—Gracias; esa definición es mejor —convino Jeff—. Ese *deus ex machina*, el príncipe Floricel de Bohemia, fue ideado como una sátira, una especie de libelo contra el entonces príncipe de Gales, después rey Eduardo VII. Al comienzo, el príncipe Floricel, disfrazado, vaga por las calles de Londres con su ayudante, el coronel Geraldine. Lo encontramos en un «oyster bar» de Leicester Square. Traba conocimiento con un muchacho que vende tartas de crema y se entera de que existe una institución llamada el Club de los Suicidas. El autor de estos cuentos...

Los ojos de Penny brillaron.

—¡Robert Louis Stevenson! —exclamó—, ¡y el primer libro era *New Arabian Nights*! Al final, el príncipe Floricel, por razones que nunca se explicaron, tiene que abdicar y salir de Bohemia. Vuelve a Londres, ¿verdad?

—Vuelve a Londres —completó Jeff—, y se establece en el comercio como Theophilus Godall del Bohemian Cigar Divan, siendo «Godall» una abreviatura de «Godallmighty»^[16]. Allí el ex príncipe actúa como forjador de destinos en otra colección de cuentos, *The Dynamiter*, que Stevenson escribió en colaboración con su

esposa. —Jeff interrumpió el resumen—. Señor Everard, le presento a la señorita Lynn —agregó—. No quedan dudas de que es *usted* británico, ¿verdad, señor?

—Ahora soy ciudadano norteamericano —replicó el digno señor—. Pero nací y fui criado en Inglaterra, donde tuve el placer de graduarme en Cambridge antes de reunirme con mi padre aquí en 1891. Pensándolo bien, señor —y miró muy fijamente a Jeff—, no es para sorprenderse que usted haya identificado tan instantáneamente el trabajo de un autor que ya no es del gusto de quienes prefieren el sabor de los depósitos de basura. Varias veces, aunque no recientemente, he visto su fotografía en los diarios. Usted mismo, señor Caldwell, goza de cierta reputación como novelista dentro de la gran tradición. Porque usted es el señor Caldwell, ¿verdad?

—Sí, lo soy.

—¿Y todas sus novelas históricas contienen algún elemento misterioso que se aclara al final?

—Sí, así es.

—Hablando de misterio —continuó el cigarrero—, tenemos cerca de esta ciudad una casa, la Mansión Delys, a la que se relaciona más de un elemento misterioso. Por los informes algo confusos de los diarios de ayer, entiendo que ha habido allí otra muerte sospechosa.

—En los cuarenta y cinco años entre 1882 y 1927, señor Everard, han ocurrido más de dos muertes en la Mansión Delys. Eso ocurriría en cualquier casa que usted quisiera nombrar.

—Ah —se opuso el otro—, ¿pero cuántas muertes sospechosas? En este lamentable asunto de hace veinte años, por ejemplo, ¿por qué se oiría un grito *fuera* de la casa pocos momentos antes de que la muerte ocurriera *dentro*? ¿Conoce bien la casa, señor?

—Muy bien; vivo allí. Pero me parece que no puedo hablar...

—Por supuesto que usted no puede; ni tampoco yo quisiera. Al mismo tiempo...

A lo lejos, en algún lugar del fondo del establecimiento, comenzó a sonar un teléfono. El repiqueteo se cortó; unos pasos ligeros se apresuraron por lo que parecía ser un pasillo detrás de la puerta. La joven llamada Anne apartó la cortina.

—Si usted es el señor Caldwell, el señor Jeffrey Caldwell —dijo ella— le llaman por teléfono. ¿Está bien, abuelo?

—Por supuesto que sí, querida mía, no debo quejarme si con esto se interrumpe una conversación tan prometedora. Siga a la niña, señor; ella le indicará.

Jeff la siguió por el pasaje hasta una sala en desorden con una pared llena de libros y dos ventanas que miraban a un jardín lleno de malezas. Levantó el teléfono, que estaba sobre una mesa cubierta de libros en desorden bajo un estante para cartas lleno de correspondencia, junto a la máquina de escribir cubierta que esperaba el momento de ocuparse de contestarlas.

—Me habías dicho que estarías ahí —le recordó la inconfundible voz de Gilbert Bethune—. Lo único que podía esperar es que el viejo Everard (o Floricel, o el príncipe de Gales, o como quiera llamarse él) te entretuviese ahí conversando. ¿Se ha lamentado de la disminución en la costumbre de fumar cigarros, por lo que ya los clientes no se sientan en el sofá a consumir un *regalía selecto*?

—¿A consumir un qué?

—«Regalía», Jeff, es el término especial para un gran cigarro de buena calidad.

—No ha hecho mención de los cigarros. Quiere hablar de las muertes en la Mansión Delys.

—Sí, también haría eso. Estoy en la Mansión Delys; necesito un testigo que me sirva de apoyo y sustento. Es mejor que vuelvas de inmediato.

—Tío Gilbert, ¿alguna otra maldita cosa ha...?

—No, no ha habido más fatalidades o casi fatalidades. Es Harry Minnoch. Cuando él piensa que está en lo cierto, nadie le puede detener; es tan obstinado como todos sus antecesores escoceses juntos.

—¿No puedes controlar a Minnoch?

—Le puedo controlar oficialmente. Pero hemos tenido que echar a más periodistas de aquí. Mis planes están perdidos si él deja caer una palabra descuidada antes de que yo esté preparado. Si Penny Lynn todavía está contigo, Cato dice que ha salido contigo, tráela aquí, pero no la dejes entrar en la casa.

Lo que vas a ver no es nada agradable.

Jeff colgó el receptor y volvió a la tienda, pero tuvo cierta dificultad para salir. Con toda su dulzura y cortesía, el anciano señor Everard preparaba gambitos en la conversación tan tenaces como los tentáculos de un pulpo.

—Casi me había olvidado —concluyó—, que el Fiscal de Distrito Bethune es tío suyo. ¡Ah, bien! Si no le puedo retener para charlar un rato, entonces dejémoslo estar. Enviaré a Anne a la botica por unos polvos para el dolor de cabeza, y seguiré meditando según mi costumbre. ¡Cordiales buenos días a los dos! ¡Como dicen en el Sur, vuelvan pronto!

En la calle, del brazo con Penny, Jeff se sorprendió de ver un taxi vacío, que les llevó de vuelta a University Place.

—Me has llevado a rastras a casa del señor Everard —comentó Penny por el camino—, y ahora me llevas a rastras de nuevo. Está bien; no me molesta que me lleves así. Pero tienes la mirada fija, terriblemente extraña, ¡como si hubieras descubierto un montón de cosas!

—Es posible. En el barco, Penny, tuve una conversación con Saylor acerca de la diferencia entre la pronunciación de los ingleses y la de los norteamericanos para la misma palabra. ¿Has notado alguna vez la diferencia entre los nombres que dan los ingleses y norteamericanos a la misma cosa? Nuestro anfitrión stevensoniano ha

llamado «depósitos» de basura a lo que tú y yo hubiéramos llamado cubos de basura. Ha llamado botica a lo que tú y yo llamaríamos farmacia.

—¿Quieres decir que el anciano Everard ha dicho algo extraño o sospechoso?

—No, Penny. No ha pronunciado una sola palabra extraña o sospechosa; esa es la cuestión. Creo que sé lo que habría dicho si hubiera tenido ocasión para decirlo.

—¿Vas a explicarme *eso*?

—No ahora, desde luego. Como tú no has visto un indicio muy llamativo que me mostraron ayer, no adelantarías gran cosa con que te lo explicara.

—¿Dónde vamos después en el Stutz?

—Te llevo de vuelta a la Mansión. Pero, según instrucciones estrictas del tío Gilbert, no debes entrar. No me ha dicho lo que pasa allí, pero sí ha dicho que no es agradable.

Penny no hizo más comentarios, y habló poco en el viaje de vuelta a la Mansión Delys. Aunque parecía abstraída en algún mundo remoto muy suyo, más de una vez sus ojos gris-azulados se dirigían a él y le turbaban el juicio.

La media tarde avanzada se había vuelto casi anochecer cuando detuvieron el automóvil en el camino de entrada para que ella pudiera bajar. Penny descendió, cerró la puerta del automóvil y se dirigió a él.

—¡Un ruego, por favor! Si las cosas no son tan malas como parecen temer, ¿me llamarás por teléfono?

—Serás la primera en oírlo.

—Gracias, Jeff. Sólo estaba pensando...

Lo que ella pudiera estar pensando, que para él era la más agradable de todas las ideas, brilló breve, receptivamente, en sus ojos. Luego ella buscó su coche y se fue.

Después de dejar el Stutz en el garaje, Jeff dio la vuelta por delante otra vez.

—Todavía no es crepúsculo —se dijo—, pero el crepúsculo está tan cerca que se puede sentir. Casi cada crepúsculo nos da, al parecer, alguna nueva clase de sobresalto. Así que el teniente Minnoch está agitado, ¿eh? ¿Habrá contagiado su agitación a todos los demás también?

Evidentemente no. Cato, que le abrió la puerta, parecía terriblemente intrigado más que inquieto o aprensivo, menos en lo que se refería a sí mismo.

—*Hubo un montón de idas y venidas, señor Jeff. No puedo hablar de má; no debo hablar de má; ¡no señor!*

El señor Bethune, explicó más o menos Cato, lo iba a desollar si hablaba demasiado. Después de hacer cierta temerosa e inquieta alusión a un furgón de muebles —por lo menos pareció sonar como un furgón de muebles— agregó que el señor Bethune estaba en la biblioteca.

Otra vez la lámpara con pantalla de seda amarilla se reflejaba en la larga mesa de esa biblioteca. Nuevamente la cartera del tío Gilbert descansaba a su lado. El tío

Gilbert mismo, cigarro en mano y con las cejas tan mefistofélicas como siempre, se levantó de la silla que estaba en el extremo más alejado.

—¿Quieres decirme qué es lo que pasa aquí? —le saludó Jeff—. ¿Y por qué Cato habla de un furgón de muebles?

—¿Ha dicho qué es lo que había en el furgón de muebles?

—No; te tiene demasiado miedo para decir nada.

Por un momento el tío Gilbert había parecido menos el amigable y lampiño Mefistófeles que un Gran Inquisidor preparándose para ordenar una tortura. Pero volvió a él cierto grado de amabilidad, y se sentó.

—Eso está bien —dijo—. Sin embargo, no es Cato el que más me preocupa ahora.

—¿Es el teniente Minnoch?

—Sí. Nuestro buen teniente se reunirá con nosotros en cualquier momento. Le he desafiado a que nos diga exactamente qué es lo que piensa...

—Sería útil que tú hicieras lo mismo.

—Mucho de lo que pienso —replicó el Fiscal de Distrito—, será demostrado tan pronto como reciba una llamada telefónica que estoy esperando. La demostración que haga Harry deberá ser completa. Y aquí, si no me equivoco, está nuestro caballero.

Se pudieron oír fuertes pasos que descendían por la escalera principal del vestíbulo. El teniente Minnoch, haciendo esfuerzos para no mostrarse satisfecho consigo mismo, avanzó por el saloncito hasta la biblioteca. Gilbert Bethune se quitó el cigarro de la boca y lo puso en equilibrio en el borde de un cenicero.

—¿Y bien, Harry?

—Antes de que yo diga nada, señor, ¿está usted seguro que desea que su sobrino lo oiga?

—Sí; Jeff puede quedarse.

—¡Pero usted no sabe lo que yo voy a decir!

—Quizás pueda arriesgar una conjetura. Usted ya tiene al asesino, ¿verdad? ¿Lo tiene en la bolsa, listo para ser juzgado?

—¡Sí, ya tengo al asesino! Si hay bastantes pruebas para un arresto ahora mismo... eso no lo sé; posiblemente no; usted es quién debe juzgar eso. Pero yo sé quién es el culpable. He estado bastante seguro desde ayer por la noche, y estoy perfectamente seguro hoy.

Como si tuviera el oído alerta, por si Cato o alguna otra persona pudiera andar por la casa, el tío Gilbert se levantó, cerró la pesada puerta del saloncito, y volvió a su silla.

El teniente Minnoch hablaba ahora como ofendido.

—Si practicamos un arresto, o lo podemos practicar, señor, eso lo decide usted. Si existe justicia en el mundo, sin embargo, debemos hacerlo. Sinceramente, señor,

¿cree usted que es correcto interrogarme como si fuera un testigo hostil?

—Le estoy *preguntando*, teniente. Trate de entender el significado del interrogatorio antes de dar tan mal uso a la palabra.

—Bueno, ¿usted sabe lo que yo quiero decir!

—Trato de ser claro con respecto a su significado. ¿Qué es lo que le preocupa tanto, teniente Minnoch?

El otro extendió las manos.

—Es el joven Dave Hobart, señor. A usted le es simpático, ya lo sé; pero desde el principio no le he creído ni una palabra. Es él quien ha matado a su hermana; ha mentido a cada paso; ha simulado ese ataque teatral sobre sí mismo; y ahora me temo que se salga con la suya en todo, ¡es culpable como el demonio, señor Bethune! ¡Si usted quiere que le muestre lo que es una verdadera prueba, aunque no sea una verdadera prueba para el jurado, estoy dispuesto!

Interrumpiéndose, el teniente Minnoch miró fijamente al Fiscal de Distrito.

—¿Algún comentario, señor?

—No antes de haber oído lo que usted llama una prueba verdadera —dijo el tío Gilbert, echándose atrás en su silla—. El campo es suyo, amigo mío. ¿Por qué no se sienta y se pone cómodo?

—Si no le molesta, señor Bethune, me quedaré de pie. Y haré lo que usted siempre hace; abordaré la cuestión punto por punto. —El teniente inclinó la cabeza hacia Jeff—. El pasado jueves por la noche, en ese viaje por el río, su sobrino me preguntó insistentemente por qué me tomaba tanto interés por su grupo, especialmente por Dave Hobart y su hermana. ¿Sospechaba yo que alguno, me preguntó su sobrino, estuviera implicado en un crimen?

—¿Y usted qué contestó?

—Yo contesté, señor, que no había dicho que sospechara que nadie hubiera hecho nada; por lo menos, hice la salvedad, de nada que llevara a nadie al tribunal. En ese momento, señor Bethune, era la pura verdad.

—¿Pero sospechaba algo?

—Sí señor, sospechaba. Ya habíamos puesto nuestra atención en esta casa, y en la familia Hobart, por esa carta anónima sobre el cuello roto de Thaddeus Peters en 1910. Por accidente, vea usted, Fred Bull y yo fuimos a parar al mismo barco que los dos Hobart. De ese modo me fijé en cualquiera con ese apellido, y en sus amigos también.

—¿No sugiere...?

—No, señor. Me puede faltar sutileza, pero no soy un imbécil. Nunca he sugerido, ni se me ha ocurrido pensar, que Dave Hobart o su hermana pudieran haber tenido nada que ver con una muerte que ocurrió hace diecisiete años, cuando ambos eran niños.

»Pero hubo algo muy extraño, y sospechoso también, en esa situación del vapor. Tomemos a Dave Hobart, tomemos lo que dijo, y pondré a su sobrino por testigo. ¿Le parece justo, señor Caldwell?

—Bastante justo, supongo —admitió Jeff.

El teniente Minnoch se dirigió nuevamente al tío Gilbert.

—Dave se introdujo secretamente en ese barco en Cincinnati, y persuadió al capitán Josh Galway para que guardara silencio sobre eso. Pero pronto cambió de idea con respecto a esconderse, o fingió cambiar de idea, después de haber sostenido una pequeña conversación con su sobrino el lunes por la noche. Él fingió que no

sabía que su hermana estaba a bordo, como fingió ella que no sabía que él estaba allí. Pero recordemos lo que él le dijo al señor Caldwell (lo que él confesó, podría decir usted) esa misma noche en el río.

»Invitó a su sobrino a que bajara a su camarote de la cubierta Texas, donde abrió una botella de *whisky*. El señor Caldwell le preguntó qué pasaba, por qué estaba nervioso como un gato y actuaba como un criminal a quien busca la policía. Dave admitió que había una mujer en su vida; confesó hasta ahí y nada más. También dijo que, cuando hacía lo que no debía, su conciencia culpable no le permitía ningún reposo. Y usted pudo ver...

—Sí, teniente —explotó Jeff—, ahora todos podemos verlo: ¡*Usted* era la silueta siniestra que acechaba afuera y escuchaba!

Minnoch se atragantó.

—Yo soy muchas cosas, quizá —manifestó, levantando el puño para dar énfasis a sus palabras—, pero mi peor enemigo no me podría llamar siniestro. Solamente le recordaré, joven, lo que ocurrió en medio de todo esto. Vino caminando la señorita Serena Hobart. ¿Recuerda?

—Sí, recuerdo.

—Inmediatamente Dave, a la defensiva, gritó que él no había dicho una palabra de lo que no debía decir. Y ella le dijo, con una clase de extraña mirada entre ellos, que había un asunto que nunca debía ser tocado o siquiera sugerido. Bueno, ¿qué significaba eso? ¿Quién era la mujer en su vida? La ley tiene un nombre feo para esa clase de asuntos, y es también una cosa fea.

—Quiere decir incesto... —comenzó el tío Gilbert.

—Sí, quiero decir incesto —rugió el teniente Minnoch—. Pongámosle el verdadero nombre a lo que todo policía experimentado ha visto por sí mismo. Porque habitualmente lo encontramos entre los pobres desconocidos de las chabolas no hay razón para que no pueda ocurrir entre los ricos conocidos de las noticias sociales. —Se volvió hacia Jeff—, Cuando usted volvió a su camarote ese lunes por la noche, que era ya martes por la madrugada, dejó a los dos juntos. ¿Quién puede decir lo que hicieron el resto de esas horas sombrías? Rayos del infierno, señor —y el teniente se dirigió al tío Gilbert—, ¿tampoco quiere usted admitir la *posibilidad*?

—Oh, admito la posibilidad. La verdad es que fue lo primero que se me ocurrió.

—¿De veras, señor Bethune? ¿Por qué?

—Porque soy un gran lector de novelas policíacas; por ninguna otra razón. Habiendo admitido la posibilidad, cosa que naturalmente se le ocurriría a cualquier aficionado a Sherlock Holmes, el Padre Brown, y Hércules Poirot, voy a decir que no creo una palabra de eso.

—Tampoco yo —convino Jeff inmediatamente—. El teniente Minnoch podría apoyar su caso señalando que Dave se refirió una vez a Serena con el nombre de Iris

March, la notoriamente desenvuelta heroína de *The Green Hat*, aunque el teniente no estaba allí y no pudo haber oído a Dave decir eso. Igualmente, hay sólidas razones, aunque no razones de novela policíaca en absoluto, por las que esa teoría es muy improbable.

—¿Podemos oír esas razones? —preguntó el tío Gilbert.

—Si Dave hubiera mantenido una relación incestuosa con Serena, no creo que hubiera estado tan ansioso de que yo me quedara aquí en la Mansión. Luego está la rápida escapada de ella cuando salió de aquí el viernes por la noche después de la misteriosa llamada telefónica, sin duda para reunirse con ese amante desconocido en la ciudad. Dave se quedó en la Mansión, ¿verdad?

—¿Realmente se quedó aquí, señor Caldwell? —preguntó el teniente Minnoch—. Él le dijo a usted un montón de cosas, y le hipnotizó para que lo creyera; es un joven muy persuasivo. Ya le había echado tierra a los ojos sugiriendo un amante desconocido, para que usted no creyera que el hombre era él. Todavía quedaban varios coches en el garaje el viernes a la noche. Después de conseguir a algún cómplice inocente para que hiciera la llamada telefónica previamente arreglada, pudo haber seguido a la señorita Serena adonde hubiera ido. ¿Pudo verles el pelo a cualquiera de los dos hasta que les volvió a encontrar el sábado por la mañana? ¿Podría usted jurar que Dave no salió de la casa el viernes por la noche?

—Salió de la casa el viernes por la noche. Pero sólo a comprar cigarrillos en la esquina de Rupert, camino arriba.

—Eso es lo que él le dijo, ¿no?

El cigarro del tío Gilbert había formado una larga punta de ceniza en el borde del cenicero. Gilbert Bethune sacudió la ceniza, aspiró dos veces profundamente el humo, y luego aplastó el cigarro.

—Usted ha prometido, teniente —dijo ceremoniosamente—, presentar pruebas en apoyo de su tesis. Hasta ahora, esté o no en lo cierto, hemos oído teorías y nada más. ¿Existe alguna prueba?

—Seguro que existen pruebas, señor, ¡y las presentaré en un minuto! Antes de hacerlo, sin embargo —y se irguió en toda su corpulencia—, me gustaría hacerle una pregunta a su sobrino. Dígame, joven, ¿está de acuerdo con la idea... la certeza, diría yo... de que Dave Hobart se ha conducido mal con su propia hermana?

—No, no estoy de acuerdo con eso.

—Pero él le dijo que había una mujer en su vida, ¿verdad? Usted no niega que él dijo eso, ¿verdad? ¡Muy bien! Si la mujer no era Serena Hobart, ¿quién podía ser?

—A eso no es fácil contestar, sospecho. Está Kate Keith, por supuesto; eso no es ningún secreto. Pero Dave nunca la tomó muy en serio; ella no es de las que arremolinan la corriente. Lo que Dave quiso decir, creo yo, es que hay una chica que a él le gustaría que fuese la mujer de su vida, pero él está inquieto porque ella se

niega a aceptarlo como al hombre de la suya.

—¿Ah, sí? ¿Y quién sería esa chica?

—Penny Lynn.

—La señorita Lynn, ¿eh? ¿La hermosa señorita que es una damita?

—Sí, teniente. Dave hizo más de una observación que indica que tiene a Penny en la cabeza, y que se tiraría al río por ella, si ella le diera el menor estímulo. Pero ella no quiere alentarle. Evidentemente, Penny está interesada en... en otro. Y Dave lo sabe. El viernes por la tarde dijo que nadie más tenía oportunidad con ella mientras este otro anduviera por aquí.

—¿Usted habla de usted mismo, por casualidad?

—Le contesto a sus preguntas, señor Minnoch; interprete las respuestas como quiera. Si me pregunta mi opinión sobre Dave, ya se la he dicho. La mujer de su vida no quería ser la mujer de su vida, y eso le atormentaba.

—¡Oh! —tronó el teniente Minnoch, tan arrebatado que se puso de puntillas, al tiempo que levantaba el puño—. Dave Hobart estaba atormentado, muy bien, pero era por un motivo distinto. Estos Hobart siempre fueron extraños; tampoco es un secreto eso. No le pidan a un hombre sencillo como Harry Minnoch que simpatice con ese pecado mortal a la luz de cualquier religión. Pero por lo menos un hombre sencillo como Harry Minnoch puede ver a través de ellos como un cristal.

—¿Y entonces? —le incitó el tío Gilbert, observando al oficial de policía con los ojos entornados.

—Está claro como el agua, ¿no? Dave Hobart estaba atormentado por lo que había estado haciendo en un tiempo con su hermana. Pero ese joven tornadizo y de hábil palabra no podía soportar el infierno por el que pasaba su conciencia culpable. Así que mató a su cómplice con la esperanza de librarse de ese peso, igual que lo hicieron otros hombres antes que él en casos que puedo citar y que están registrados.

»La mató tan sigilosamente, pueden decir tan hábilmente también, que si hubiera dejado allí las cosas nunca podríamos haber probado nada contra él. Podríamos haber sospechado y sospechamos; pero no habríamos podido probarlo. Pero ¿iba a dejarlo todo como estaba? ¡Oh, no! Estos vivales nunca pueden dejar las cosas como están. Tuvo que añadir algunos toquecitos de más; tuvo que hacer que pareciera demasiado real; se excedió, y ya lo tenemos.

Completamente lanzado, arrebatado, el teniente Minnoch se había permitido un torrente de palabras al dirigirse al tío Gilbert.

—Harry —preguntó el Fiscal de Distrito—, ¿estoy detectando una nota de triunfo?

—Puede que sí, señor. No me gusta decirlo, pero ya le he dicho: detesto recordarle que le he engañado. Yo sabía que él no corría peligro; sabía que era el asesino. Pero cuando usted me pidió que le pusieran vigilancia el sábado por la

noche, yo obedecí al jefe y dejé a O'Bannion ante su puerta.

—Ya tiene la teoría, ¿verdad?, de que lo del anoche del domingo fue un falso ataque.

—Es más que una teoría, señor. Él fingió todo ese ataque; dijo un montón de mentiras que no habrían engañado a un niño de pecho, no digamos a usted. Empecé a probarlo ante usted y el señor Caldwell ayer por la tarde, así que terminaré de probarlo ahora.

—¿Esto incluye, sin duda, su intento de demostrar que nadie de fuera podría haber entrado a la casa por la puerta lateral, atacar a Dave, y salir por el mismo camino?

—Eso es una parte, sí; pero es solamente una parte.

—¿Y bien?

Ahora, seguro de sí mismo, Harry Minnoch se pudo permitir un poco de indulgencia.

—*Nadie* entró o salió, señor Bethune. Afuera, como le mostré, no había más que barro o agua por todas partes. Ningún alma viviente, por mi vida, podría haber subido por esa escalera, cruzar un pasaje sin alfombra, golpear a su víctima en el dormitorio y salir de nuevo, sin dejar rastros de barro y agua en el piso, y sin que O'Bannion oyera ningún sonido, a tan corta distancia.

»Y luego, ¿qué dice el señorito Dave a esto? Todo lo que puede decir es que el supuesto hombre de la cachiporra no usaba zapatos. En Japón, puede ser, se quitan los zapatos al entrar en la casa, aunque el tiempo de afuera sea primo hermano del diluvio de Noé. Pero en este país no lo hacemos, señor, y yo digo que el cuento del señorito Dave es una mentira descarada. Si usted todavía no quiere coincidir en todo conmigo, apelaré a la prueba de la cachiporra.

—¿La prueba de la cachiporra?

—Aquí tengo —dijo el oficial triunfante, extrayendo su cuaderno—, las comprobaciones de nuestro especialista en huellas, que analizó la cachiporra encontrada en el piso junto a Dave Hobart.

—¿Y?

—*No* había huellas en esa cachiporra, señor, ninguna huella. Solamente unas raspaduras como de que fue manejada con guantes, o limpiadas después, propiamente, o no manejada para nada. —El teniente Minnoch hizo floreos con su cuaderno—. Usted estuvo majestuosamente sarcástico cuando dije que la cachiporra nos podía decir mucho al no decirnos nada; usted lo llamó una paradoja de no sé cuánto. ¡Pero de todos modos eso era una verdad como el evangelio!

Gilbert Bethune se irguió en su asiento.

—Un momento, Harry. ¿Pretende que Dave, usando guantes, se golpeó él mismo para dar realismo? Si es así, ¿qué pasó después con los guantes? Cayó desmayado del

golpe, usted lo sabe. Si usó él la cachiporra...

—No usó la cachiporra, señor; ¡nadie usó la cachiporra! Eso fue solo una parte del engaño para despistarnos. La tenía preparada en el bolsillo de su pijama o de su bata, con cuidado de no tocarla salvo con un pliegue de la tela.

—¿Y entonces?

—En el momento justo —anunció Minnoch con toda energía—, dejó escapar una especie de grito, tiró la mesa con los platos, dejó caer la cachiporra al suelo, y se zambulló directamente en el piso para golpearse la cabeza y causarle la lesión. No podemos escapar a las pruebas, señor. ¡Así es como él lo hizo, y digo que lo tenemos!

A través del silencio de la casa, a pesar de la puerta cerrada entre la biblioteca y el saloncito menor, pudieron oír el repiqueteo lejano del teléfono. No mucho después, un golpe en la puerta de la biblioteca anunció la aparición de Cato, quien dijo que llamaban al señor Bethune al teléfono.

El tío Gilbert, que claramente esperaba esto, echó a andar apresuradamente. No estuvo ausente mucho tiempo. Después de un intervalo de quizá dos o tres minutos, durante el cual Jeff y el teniente Minnoch se miraron fijamente entre ellos sin hablar, el Fiscal de Distrito volvió con paso más elástico. Ordenando a Cato que encendiera las luces del despacho y se fuera, volvió a ocupar su sitio detrás de la mesa de la biblioteca.

—Usted parece contento, señor Bethune —dijo el teniente Minnoch con voz acusadora.

—*Estoy* contento —respondió el tío Gilbert—. Empieza a aclararse un poco la niebla.

—Si usted me lo permite, señor, ¡está toda aclarada! He presentado la causa contra Dave Hobart, ¿verdad? ¿Tiene algún comentario sobre eso?

—Sí que tengo comentarios —le aseguró el tío Gilbert con entusiasmo—. Usted es más que un celoso oficial de policía, Harry. Es también un poeta nada desdeñable.

—¿Poeta? —exclamó el otro, como si lo hubieran llamado charlatán o hipogrifo.

—Eso es lo que digo. Este cuento romántico que ha tejido para nosotros...

—*Romántico*, por los cuernos de...

—Verdaderamente romántico. El romance, según una definición, es una narración en prosa o a veces en verso con escenas e incidentes, y un idilio amoroso muy ajeno a la vida cotidiana. Así lo ha hecho, amigo mío; su reconstrucción satisface todas las necesidades. Además, si no me hubieran asegurado tantas veces lo contrario, yo sospecharía que es un secreto lector de novelas policíacas.

—Señor...

—En los cuentos de crímenes, casi invariablemente, todo personaje atacado sin ser muerto será el culpable, que ha imaginado esta lesión como parte de su propio plan. Usted gana puntos en eso también, con un vuelo imaginativo que...

El teniente Minnoch se cuadró.

—Mire señor, ¡se lo ruego! Diga lo que quiera decir; diga lo que usted tenga que decir; pero no me suelte un *discurso*. Dado que usted cree que yo me he equivocado, ¿dónde me equivoqué? ¿Hay alguna pregunta a la que no pueda contestar yo?

—Sí, hay. Si Dave Hobart mató a su hermana, ¿de qué forma la mató?

—Bueno...

—Usted mismo tiene dudas, creo. Esta fantasía romántica, con un extraño idilio amoroso así como un motivo de culpa de aire jacobino, carece de apoyo central. Si la puerta estaba cerrada por dentro y las ventanas son virtualmente inaccesibles, ¿de qué forma entró y salió el asesino del dormitorio? Hasta que pueda responder a esa pregunta, teniente, no puede llevar a la justicia a Dave Hobart; no le puede acusar; no tiene motivo en absoluto.

—Bien, señor, ¿puede usted explicar de qué forma lo hizo el asesino?

—Creo que puedo. Creo que puedo dar el nombre del asesino, que actuó solo y no tuvo cómplices culpables ni inocentes. Mi idea original sobre la identidad del asesino, que al principio me causaba desconfianza pues era más rara que la tuya, parecía estar respaldada por la razón más firme. Mañana, con suerte, podré tener la prueba irrefutable. —Tío Gilbert levantó los hombros—. Mientras tanto...

Gilbert Bethune se sacó otro cigarro del bolsillo de la chaqueta, mordió la punta, y lo encendió.

—Ahora ya es tiempo —dijo— de descifrar la mitad del acertijo: lo que podría llamarse la mitad inocente, aunque choca bastante si no se sabe lo que sigue. La reciente llamada telefónica, que me ha puesto tan contento, no procedía de mi despacho, procedía de cierta firma o compañía de Algiers, al otro lado del río; necesitaba la colaboración de un experto de cierta clase, así como mañana necesitaré la colaboración de un experto de otra clase; y me la han proporcionado.

»Al abordar la explicación de la mitad inocente, teniente, tomaré a mi sobrino por testigo, como lo ha tomado usted. Durante el viaje por el río, Jeff, tú observaste que Dave y Serena Hobart estaban muy mal de los nervios. Tenían un peso encima; ambos estaban inquietos. ¿Cuál era la causa?

—¡No me lo preguntes, tío Gilbert! Hice tantos esfuerzos para contestar eso que ya estoy casi convencido de que no tiene respuesta.

—Y sin embargo, existe una respuesta. No necesitamos contemplar las estrellas en busca de un idilio incestuoso entre hermano y hermana. ¿Qué era lo que les preocupaba a los dos?

—Bueno, ¿qué era lo que les preocupaba?

—Les preocupaba el hecho de que iban a perder la Mansión Delys —respondió el tío Gilbert—, aunque no deseaban perderla. Serena te dijo muchas veces y con mucha vehemencia que se quería librar de esta casa. Penny Lynn dudaba de esto, y después

Dave reconoció que Serena amaba esta casa tanto como seguía queriéndola él.

»Pero parecía casi seguro que iban a perder la Mansión. El informe que a regañadientes te presentó Ira Rutledge en su despacho pone bien en claro que Harald Hobart había en realidad dilapidado la mayor parte de la fortuna familiar. Si les han quedado algunos bienes, el único bien real importante era la Mansión misma. Y para salir a flote, iban a vendérsela al señor Merriman, de St. Louis. A menos...

—Usted sabe, señor —intervino el teniente Minnoch—, tengo que admitir que eso tiene sentido. Pero no lo entiendo; no veo a dónde conduce esto. Tendrían que hacer frente a las pérdidas y vender, a menos... ¿a menos qué?

—A menos —exclamó de pronto Jeff, al darse cuenta— que logran encontrar el oro escondido del comodoro Hobart. Un peso en oro que valía trescientos mil dólares les aliviaría de futuras angustias y les permitiría también quedarse con la Mansión.

—Pero no han encontrado el oro —dijo el teniente Minnoch—. ¿No es así?

—No han encontrado el oro —concedió el tío Gilbert—. En estas trágicas circunstancias, mis buenos amigos, resulta difícil que sea un placer decirles que yo lo he encontrado.

Dos voces gritaron: «¿Dónde?». Gilbert Bethune, conteniéndose, formó tranquilamente un anillo de humo y lo contempló mientras se disolvía.

—Veamos —continuó—, qué podemos deducir de ciertos enigmáticos indicios dejados por un anciano señor de mente ingeniosa que por sí mismo hubiera sido devoto de las novelas policíacas, de haber sido entonces tan sofisticadas como han llegado a ser hoy.

»Encontró ese oro en el verano de 1860, veintidós años antes de importar esta casa. ¿Dónde podría haberlo guardado, durante ese intervalo, y después, de modo que no despertara ninguna sospecha?

»Con respecto al oro, recuerden su propio comentario. “Está aquí, le dijo a su hijo. No está enterrado; en cierta forma ni siquiera está escondido. Está a simple vista, si sabes buscarlo”. Y otra vez, cuidadosamente escrito. “Desconfía de la superficie; las superficies pueden ser muy engañosas, especialmente las de ese taller. Ver Mateo VII, 7”. Bien, ¿qué taller en particular? La cita bíblica es del Sermón de la Montaña. Quién sino un... Bueno, no importa. Ayer preguntándose qué superficie debía ser objeto de desconfianza, alguien quiso saber si la superficie sería de ladrillo, piedra o madera. Cuando yo contesté que podría no ser de ninguno de esos materiales, mi propio sobrino pareció dudar de mi salud mental. Pero yo no sólo hablaba con cordura sino muy en serio. ¿Qué superficie y de qué taller?

Minnoch le miró fijamente.

—¿Todo esto tiene algún fin, señor?

—Lo tiene. Vengan conmigo los dos y les mostraré.

—¿A dónde, señor Bethune?

—Al despacho, por favor.

Jeff giró en redondo. La puerta que daba al salón de billar, a la sala de armas y al despacho estaba abierta de par en par. Aunque los dos primeros salones estaban a oscuras, un ancho sendero amarillo corría a lo largo de esa perspectiva, partiendo de las luces que Cato había encendido en el estudio hacía varios minutos.

El tío Gilbert iba delante, con los otros dos pegados a sus talones. Gilbert Bethune caminaba lentamente, hablando por encima del hombro mientras atravesaba el salón de billar y la sala de armas.

—Hace un tiempo, como Jeff puede atestiguar, le hice algunas preguntas a Ira Rutledge a las que (por una vez) esa luminaria jurídica contestó rápidamente. Como ya he dicho, no me preocupan los bienes financieros presentes de la familia Hobart.

—¿Usted nos dice, señor —le respondió Minnoch—, que sus finanzas actuales no importan?

—Para mi finalidad en particular, no importan en absoluto. Pero sí cuáles fueron sus bienes en el pasado: el largo pasado, cuando el comodoro Hobart era todavía joven. ¿Tenían intereses en la industria de este estado o esta localidad?

—¿Y fue eso una ayuda?

—En verdad que fue una ayuda. Entre otras fuentes de ingresos, Ira respondió, habían mantenido intereses que casi controlaban la metalúrgica Vulcan en Shreveport, en otro tiempo la más importante del Sur, después de la de Tredegar en Richmond.

Cruzando la entrada del despacho, con Jeff y Minnoch siguiéndolo de cerca, el tío Gilbert se echó a un lado e hizo un ademán de esgrimista con su cigarro.

—¡Díganme ahora! —exclamó—. ¿Tiene esta sala el mismo aspecto que ayer, o hay algo diferente hoy?

Tres lámparas, la lámpara central de la mesa y las dos de pie, arrojaban una suave iluminación sobre este despacho del siglo diecinueve con sillas de cuero y grabados deportivos. Jeff no tuvo que mirar muy lejos. Cuando sus ojos buscaron el rincón de la izquierda, lo único que pudo hacer fue mirar fijo.

—Bueno, señor —explotó Minnoch—, ¿no nos va a mostrar dónde está el tesoro?

—Les voy a mostrar a ustedes dónde estaba el tesoro —contestó tío Gilbert—. Pero ninguno de ustedes me ha contestado a la pregunta. ¿Hay alguna cosa diferente en esta sala?

Jeff se tuvo que contener para no saltar o bailar.

—¡La caja! —gritó—. Esa caja de hierro del rincón de la izquierda. ¡Ya no está ahí, la han quitado!

—La han quitado, Jeff, porque se la han llevado esta tarde los de la Fitzroy Scrap Metal Company de Algiers. Como no tenían ninguno de sus propios camiones disponible, la han sacado con bastante esfuerzo y la han transportado en un furgón de

muebles prestado. En ausencia de la caja, ¿quieres describírnosla, por favor? En particular la parte delantera, y todas las letras o letreros que recuerdes haber visto allí.

—Es vieja, muy vieja, ¡negruzca y deslustrada! En la parte delantera, sobre la puerta con el dial de la combinación, tenía el nombre de Fitzhugh Hobart en un dorado deslucido. Debajo, sin ningún motivo aparente para mí, tenía el número romano v por 5, también dorado.

—Lo que parecía el número romano cinco —dijo el tío Gilbert—, era en realidad la letra V de Vulcan, que es la marca de fábrica de la firma que fundió esa caja a fines del año 1860.

»La superficie engañosa, señores, no era de ladrillo ni de piedra ni de madera; era de hierro. No hace mucho he recibido el informe telefónico del capataz de la Fitzroy que ha realizado ciertas pruebas. Bajo una fina capa de hierro, aparte de un verdadero dial de combinación y una base simple de metal, toda la caja está hecha de oro, fue fundida en oro y luego recubierta.

Gilbert Bethune señaló con el cigarro.

—Como ven, mis buenos amigos, han mirado por todas partes en lugar de hacerlo en la dirección correcta. Ustedes buscaban un libro mayor desaparecido de dentro de la caja, y ni siquiera una vez se han detenido a pensar en la caja misma. Era casi demasiado evidente para que lo vieran. Esa caja no contenía el secreto del oro escondido por el comodoro; es el oro perdido del comodoro, y lo ha estado durante casi setenta años.

Durante la larga pausa que siguió, Jeff pudo oír a lo lejos un leve retumbar en el cielo. Sin duda una breve tormenta de truenos, tan típica de este clima inseguro, se preparaba allí, acercándose a la ciudad. Jeff contemplaba el rincón donde había estado la caja fuerte del comodoro Hobart.

—Hay que reconocer —aventuró—, que el comodoro era un viejo intrigante más hábil de lo que nadie esperaba. En cualquier parte que viviera, podía llevarse su tesoro con él sin que nadie hiciera preguntas. La razón de tener una caja fuerte en el despacho de cualquier hombre parece evidente; no la tenemos que explicar, ni tampoco tiene que hacerlo el propietario. ¿Cuándo caíste en la cuenta del truco, tío Gilbert?

—No hace mucho —el tío Gilbert se mostró apesadumbrado—, y quizá debiera disculparme. Si hubiera aplicado mi poco talento a este problema del oro tan pronto como me enteré de que nuestra familia Hobart controlaba la Metalúrgica Vulcan, en lugar de archivarlo para futuros estudios como hace la falible humanidad...

—«Poco» talento, ¿eh? —exclamó el teniente Minnoch, clavándole los ojos—. ¿«Poco» talento, por San Pedro? Cualquiera que diga que eso es poco talento, señor, ¡tiene alguna gotera en su propio juicio, para empezar!

—Y sin embargo debe quedar en claro: si yo hubiera actuado más pronto, Serena Hobart todavía podría estar viva. Te das cuenta, ¿verdad?

—Francamente, tío Gilbert —contestó Jeff—, no creo que ninguno de nosotros vea nada de eso. Encontrar el oro, como tú decías, es solamente la mitad de nuestro problema, la mitad inocente. Para tener todas las respuestas, para explicar la mitad que puede ser cualquier cosa menos inocente, debemos saber quién mató a Serena y de qué forma llegó el asesino hasta ella. ¿Tú dices que puedes explicar eso también?

—Creo que sí; espero que sí.

—¿Fue hecho, por ejemplo, con otro ingenioso truco como el de la caja de oro?

—Por un truco de muy parecida especie, por lo menos.

—¿Qué derivó su inspiración de la misma fuente?

Gilbert Bethune contempló su cigarro.

—Si preguntas si el comodoro Hobart, difunto hace tanto tiempo, tuvo algo que ver con la muerte de su nieta, aun en el sentido de inspirar a la persona que la mató, mi respuesta es un «No» rotundo. Por otra parte...

—Como hombre práctico, señor —dijo el teniente Minnoch—, tengo que hacerle una pregunta. Quienquiera que sea el asesino, y en cualquier forma que lo haya hecho (si no me lo quiere decir, muy bien; no me lo diga) ¿qué demonios hacemos ahora?

—Como hombre práctico, teniente, le contesto que hacemos planes para atrapar al asesino. Alguien, ante nuestros propios ojos, ha llevado una doble vida. Ya, con otra llamada telefónica más, he recibido cierta información que deseaba. Cierta actividad, como yo sospechaba, se practica en otoño, invierno y comienzos de primavera, pero nunca en verano. Finalmente, si podemos conseguir el consejo de expertos que yo espero, habrán terminado para mañana a esta hora. Entre tanto, teniente, ¿puedo persuadirle de algún modo de mi creencia de que Dave Hobart es completamente inocente?

—No me resulta fácil, señor Bethune; admito que no me resulta fácil. Estaba bien seguro de que ese joven era más culpable que Belcebú. Salí a buscar pruebas en su contra, y pensaba que lo había conseguido. ¡Y sin embargo! Usted acaba de probar su afirmación sobre la caja del viejo comodoro; usted ha acertado antes de esto y acepto también. Si usted dice que Dave no está mezclado en este feo asunto, es suficiente para mí.

—¡Bueno! —sonrió ampliamente el tío Gilbert—. Dave está ahora en la casa, recuerde; arriba en su cuarto, creo. Cuando Jeff le vio ayer por la mañana, si no recuerdo mal, dijo que no había sido enteramente franco con nosotros. Pero Dave prometió ser franco. Si ahora intercambio unas palabras con él, quizá pueda aclarar uno o dos puntos todavía dudosos. Cuando usted lo vea, teniente, ¿será discreto? ¿No le hará saber que tenía tan fuertes sospechas de incesto, asesinato, ni ninguna otra cosa?

Minnoch, exhalando un hondo suspiro, se golpeó las mangas de la chaqueta, como desechando todo cuidado.

—No soy ningún tonto, señor, pero puedo hacerme el burro como los mejores. A veces pienso que podría haber ido al teatro y tener éxito; ¡créame! En cuanto a Dave Hobart, si no es culpable, entonces está bien. Una vez que traigan esa carga de oro de vuelta, y supongo que usted se asegurará de que lo devuelvan...

—¡Oh, sí!; ya me he asegurado de eso.

—Entonces, casi seguro que se encontrará en buen estado y tendrá que agradecersele a usted. ¡Ha hecho una fortuna, en definitiva!

Una vez más el tío Gilbert se volvió y se dirigió hacia la biblioteca con los otros dos detrás. Nuevamente habló por encima del hombro mientras atravesaba las salas intermedias.

—La cuestión, por supuesto, es si Dave admitirá —o puede admitir— que está en posesión del tesoro de su abuelo. Ese oro fue sacado ilegalmente de territorio británico sin declararlo a las autoridades legítimas. En una fecha tan lejana las autoridades británicas, o las de cualquier país, tendrían un trabajo difícil de probar que el oro fundido en los Ambrogian Reefs fue convertido en la caja fuerte de oro que estaba en el despacho del comodoro Hobart. Produciría muchas jaquecas legales

que afortunadamente no conciernen ni a la policía ni a mi propia jurisdicción.

»Un asesino muy depravado, conociendo la debilidad del corazón del propio Dave, pensó que un golpe con una cachiporra le mataría. No necesitamos preocuparnos por la falta de huellas dactilares en el arma; ese alguien tomó la simple precaución de usar guantes. Nuestra propia tarea, si estamos de acuerdo en la inocencia de Dave, es asegurarnos de que el mismo asesino no haga un nuevo intento. El motivo de estos crímenes...

Al llegar a la biblioteca, el tío Gilbert se detuvo sólo el tiempo suficiente para apagar su cigarro en el cenicero que estaba sobre la mesa. Entonces se dirigió a la puerta del salón más pequeño, todavía cerrada como Cato la había dejado al salir, Gilbert Bethune acababa de abrirla cuando Jeff dijo:

—¡Sí, el motivo! Alguien mató a Serena y trató de matar a Dave. Pero ¿cuál es el motivo posible? Los únicos que nos beneficiaríamos matando a Dave y a Serena somos o yo mismo, definitivamente no culpable, o un pacífico clérigo de Boston ya muy rico por su cuenta. El motivo no puede ser el lucro, ¿verdad?

—Eso parecería muy improbable, convengamos. Y sin embargo, si examinamos las pruebas con cuidado, podemos ver vestigios de cierto motivo distinto del lucro financiero.

—Tío Gilbert, hay una pregunta justa que tú has eludido completamente. En tu opinión, ¿fue asesinada Serena por el amante secreto que tanto Dave como Penny piensan que ella tenía?

—En mi opinión, sí.

—Entonces ¿tú sugieres que hubo cierto motivo personal o emocional? ¿Que Serena se cansó del amante, o que el amante se cansó de Serena, y en cualquiera de los casos él decidió librarse de ella? Si es así, ¿por qué tratar de matar a Dave?

—¡Tchit! —el tío Gilbert hizo chasquear la lengua—. No digo que se trate de ningún motivo personal ni emocional de esos que tú dices. Cierta persona que todos conocemos codicia evidentemente algo que podría obtenerse solamente después de dos muertes. Como verás, Jeff...

Una corta llamada del timbre de la puerta exterior fue seguido de otra más prolongada que pareció hacer sonar una alarma por toda la casa. Gilbert Bethune, con su mano en el picaporte de la puerta abierta del saloncito, Salió de los pensamientos que mantenían ocupada su mente.

—Ese timbre, ya lo noté antes —dijo—, tiene un sonido muy penetrante. Me pregunto, ¿cómo funciona?

La voz de Dave Hobart le contestó desde el vestíbulo más alejado. Se podían oír pasos que bajaban por la escalera principal. Dave, completamente vestido, todavía algo pálido pero con mucho de su antigua fanfarronería, se volvió para encararse con ellos al entrar en tropel tío Gilbert, Jeff y el teniente Minnoch por el vestíbulo, donde

todas las luces estaban ahora encendidas.

—El timbre de la puerta, como siempre —contestó Dave—, funciona mediante tres pilas secas corrientes que Cato reemplaza cuando se hace necesario. —Hizo un gesto a ese fiel servidor, que se dirigía hacia la puerta delantera—. ¡Un momento, noble romano! Yo atenderé al visitante.

Cató retrocedió. Dave fue hasta la puerta y la abrió de par en par de manera bastante dramática.

Un relámpago resplandeció contra el oscuro paisaje; el trueno rodó a lo lejos, bajo, por el cielo. En el camino de entrada brillaban los faros delanteros de un taxi. Pero afuera no estaba nadie más alarmante que el señor Charles Saylor, corpulento, desaliñado y con su pelo amarillo, en otro traje de golf.

—Chuck Saylor, ¿eh? —lo saludó Dave—. Así que eres tú por fin, ¿verdad?

—¡Mira, Dave! —comenzó el otro, inseguro, pero decidido—. Me he mantenido lejos, lo sabes; no me he acercado por aquí hasta ahora, ¿verdad? Este horrible asunto de Serena, me tiene tan turbado... tanto como debe tenerte a ti. ¿Te molesta que entre y te diga cuánto lo siento?

Dave vaciló. Tranquilo y cortés nuevamente, el tío Gilbert se acercó hasta ponerse al lado.

—Si no te molesta, Dave —dijo—, en este momento la ley reclama tu primera atención. Tu huésped, aquí...

—Chuck —barbotó Dave—, este es el señor Bethune, tío de Jeff Caldwell. También es Fiscal de Distrito, así que ten cuidado. El señor Saylor, señor Bethune.

—Aquí está el mismísimo Jeff —gritó Saylor—, y a menos que estos ojos me engañen, el teniente de policía que ya me siguió la pista. No quería verme a *mí*, ¿verdad?

—En realidad, señor Saylor, sí queremos —le aseguró el tío Gilbert—. Pensamos que usted puede ayudarnos bastante. En esta ocasión, sin embargo, nuestro asunto atañe solamente a Dave. ¿Podría arreglar las cosas para visitarme en mi despacho mañana por la mañana? ¿Digamos a las diez en punto? Me encontrará en la Municipalidad, que está...

—Oh, ya sé dónde está. ¡Sí, estaré allí!

Los modales de Saylor se volvieron de pronto malhumorados y quisquillosos, como si le fuera a dar un berrinche. Y dio media vuelta y se dirigió al taxi que esperaba.

—¡Espera, Johnny! —le gritó al conductor—. Aquí nadie parece que me quiere tener cerca, así que puedes llevarme de vuelta a la ciudad.

Cuando se hubo marchado, y cerraron la puerta, Dave se volvió hacia el tío Gilbert.

—En verdad, señor, ¿realmente tiene algo que hablar conmigo? Lo ha dicho como

si se tratara de una conferencia importante.

—Es una conferencia importante, Dave, en más de un sentido. Tengo buenas noticias para ti. Y tú, espero, tendrás noticias esclarecedoras para mí. Vamos.

Tomando a Dave del brazo, condujo al aprensivo joven al saloncito, con Jeff y Minnoch todavía tras ellos. Cuando llegaron a la biblioteca, el tío Gilbert habló mordazmente a los dos últimos.

—Traten de ocuparse ustedes aquí durante los próximos quince o veinte minutos —aconsejó—. Es mejor, creo yo, que hable con Dave a solas en el despacho.

—¿Como el director de la escuela —sugirió Dave—, con un alumno de sexto grado que se ha portado mal?

—Ya eres un *poco* mayor para sexto grado, Dave, y quisiera que te hubieras portado a la altura de tu edad. Pero tus pecados son perdonables; trataré de no ser demasiado severo. Sígueme, por favor.

Cruzaron la sala de billar y la de armas, hasta el despacho, donde Gilbert Bethune cerró la puerta.

Harry Minnoch y Jeff Caldwell, que no tenían absolutamente nada que decirse, ni siquiera trataron de entablar conversación. El teniente, meditabundo, se sentó en el borde de la mesa de la biblioteca y musitaba consigo mismo. Jeff recorrió los estantes, tomando un volumen raro o dos al azar. Pero *The Art of Heraldry* no retuvo su interés; tampoco *Sermons from a Sussex Parish*; los volvió a poner en su lugar.

Pocas palabras comprensibles se podían oír en el murmullo de voces detrás de la puerta del despacho. Una vez, al proferir Dave una exclamación, Jeff descifró sílabas audibles. Pero como estas sílabas consistían solamente en una palabrota dicha con toda el alma; es poco lo que pudo inferir de eso. La conferencia parecía prolongarse mucho tiempo. Había transcurrido mucho más de quince o veinte minutos, decidió Jeff, cuando el tío Gilbert volvió solo con aspecto satisfecho.

—¿Y bien? —le preguntó Jeff—. Tus deducciones eran correctas, ¿verdad?

—Casi eran más exactas de lo que cabía esperar.

—¿Y qué pasa con Dave?

—Dave quiere que le dejemos solo un rato, para poder pensar. En resumidas cuentas, tiene muchas cosas en que pensar.

—¿Le has dicho que has encontrado el oro?

—Sí, por supuesto. Ese es el punto que él quiere tener más en consideración. Si todavía no puede tomar una decisión al respecto, es difícil culparle. En cuanto a nosotros —tío Gilbert consultó el reloj—, son más de las siete y es tiempo que hagamos un paréntesis para comer. Antes que demos por finalizadas nuestras actuaciones, sin embargo, me gustaría mostrarles algo que no les enseñé cuando el sábado por la noche ya se había convertido en el domingo por la mañana. ¿Están listos?

Haciéndoles pasar delante, les llevó hasta el vestíbulo principal, subieron por la escalera, y por el vestíbulo del piso alto hasta el cuarto de Serena, en la parte delantera de la casa.

Aquí encendió varias lámparas. El cuarto había sido completamente ordenado: los muebles acomodados otra vez, las ropas guardadas. No quedaba sobre ninguna superficie rastro alguno de polvo para revelar huellas dactilares. Salvo la puerta dañada, tenía el aspecto de lo que debía haber parecido en cualquier momento, antes de estallar la violencia.

El tío Gilbert examinó los resultados.

—En este cuarto, en la primera noche que lo examinamos, les planteé muchos interrogantes. Entre otras cosas, les pregunté qué estaba haciendo Serena aquí y por qué puso cerrojo a la puerta. Finalmente, al salir, les pregunté en qué forma se parecía la muerte de Serena a la de Thad Peters hace casi diecisiete años. Interpreten correctamente la prueba que les voy a mostrar, y tendrán una respuesta colectiva a todos esos interrogantes de una sola vez.

Como si caminara sobre un alambre de nervios, el Fiscal de Distrito fue hasta el profundo armario empotrado en la pared sudoeste junto al baño. Abrió la puerta del armario.

Una vez más, al penetrar la luz en el armario, Jeff pudo ver el despliegue de vestidos, faldas y chaquetas colgando de las perchas a cada lado. Más a mano, a la izquierda, alcanzó a ver la bata de seda acolchada azul oscuro que, cuando el tío Gilbert se la había mostrado, estaba manchada de polvo en la manga derecha y en la espalda. Lo más próximo hacia la derecha, podía ver el batín de seda negra bordado en oro, manchado en forma muy parecida. Del piso, a la izquierda, se alzaba una columna de cajones cerrados. A la izquierda se alineaba una fila de zapatos y zapatillas.

—¡Pero...! —comenzó Jeff, pero se contuvo.

—Hubo desacuerdo entre los testigos, recuerden —señaló el tío Gilbert—, sobre qué era lo que Serena llevaba sobre su pijama. Dave Hobart e Isaac, el chófer, dijeron que era una bata, de azul tan oscuro que casi parecía negro. Cato, por otra parte, dijo que era batín. Yo les hice observar a ustedes que podía haber sido cualquiera de las dos prendas. «O si no...» agregué, paralizando la sugerencia que se me había ocurrido. Lo que quise decir era que, por razones evidentes, probablemente no era ninguna de las dos.

—¿Razones evidentes? —repitió sin expresión el teniente Minnoch.

—Sí, muy evidentes. Vea ahora lo que realmente llevaba.

Gilbert Bethune, encogiendo los hombros, entró al armario, se inclinó y abrió de un tirón la bandeja inferior de la columna de la derecha. De este cajón extrajo, y lo sostuvo para que lo vieran sus acompañantes, una chaqueta de mujer de lana negra,

arrugada y con muchas manchas de polvo. Del bolsillo izquierdo de esa chaqueta, donde habían sido metidos apresuradamente, retiró un par de guantes de algodón de color castaño, también manchados de polvo.

—¿Y bien? —preguntó el tío Gilbert.

La tormenta que amenazaba se había acercado bastante. Aunque las hojas de las ventanas ya estaban cerradas, podían oír el viento que se convertía en un rugido y el tronar que seguía al resplandor del relámpago.

El teniente Minnoch, como si estuviera en parte fuera de juicio, solamente podía señalar el jersey que el tío Gilbert sostenía todavía en alto.

—Eso es lo que ella llevaba, ¿verdad?

—Sí, Harry. Dave Hobart admite ahora que sí. Porque comenzó a tener una visión de lo que ella perseguía el sábado por la noche. Y, aunque no pudo suponer los detalles, le asustó tanto que para ocultarlo todo escondió el jersey en ese cajón y mintió sobre lo que ella había usado.

Volviendo a colocar los guantes en el bolsillo del jersey, el tío Gilbert lo volvió a colocar en el cajón, y salió del armario para unirse a ellos.

—¡Vea, señor! —dijo desesperado Minnoch—. ¿Usted quiere decir que ella llevaba guantes y jersey? Y, cuando Dave le quitó el jersey, ¿le quitó también los guantes y los puso en el bolsillo?

—No, nada de eso —contestó el tío Gilbert con gran claridad—. Serena misma se había quitado los guantes antes de eso. Por favor, no me pregunten cómo sé eso; la razón debe ser evidente.

Mostrando ahora su rostro mefistofélico más complacido que perverso, Gilbert Bethune se irguió.

—¡Bien! —agregó—. Ya han visto la chaqueta de punto y los guantes; han observado su estado. ¿Alguno de ustedes, como Dave, empieza a tener alguna noción de lo que Serena debió de estar haciendo? Si no me pueden contestar, ¿tienen preguntas que hacer? ¿Harry?

—Creo que yo paso, señor.

—¿Jeff?

—Yo tengo dos preguntas, tío Gilbert —le dijo Jeff—. Una de ellas es tan pertinente que tú probablemente me burlarás con más indicios enigmáticos. La otra pregunta, que trata del único aspecto de este asunto que creo entender, parece a primera vista tan fuera de lugar y sin sentido que dudo en hacerla.

—¡Por todos los santos y pecadores —tronó el tío Gilbert—, no te desanimes ni te dejes apartar de tu camino por ninguna aparente incongruencia! A ver esas dos preguntas, si quieres. Y *comienza* con la que aparentemente no tiene importancia, que es un enfoque de los que más me gustan.

—Sí; nadie puede negar eso. Pero, como he estado fuera de esta ciudad durante

ocho años, me veo obligado a preguntar. ¿Es el viejo John Everard, el cigarrero filósofo de Royal Street 701b, un personaje muy conocido en Nueva Orleans?

Tío Gilbert hizo un gesto airoso.

—Sí, Jeff. Para quienes están orgullosos de sus conocimientos literarios, por lo menos, se ha convertido en un personaje conocido de verdad. John Everard es el que todo lo pregunta, es el que se entremete en los problemas raros, siempre activo con su lengua o con su pluma. Si hubiera recordado eso desde el principio, en lugar de que me distrajeran asuntos ajenos, me habría ahorrado muchas preguntas innecesarias. ¡Ahora bien! ¿Cuál es tu pregunta muy pertinente?

—Siempre sugieres —la contestó Jeff— que hay pruebas de todo por todas partes. Dices de manera tajante que el amante secreto de Serena también es su asesino. ¡Lo que me ha estado volviendo loco es la identidad de este amante secreto! —Ahora era Jeff quien blandía el puño—. Si existen pruebas de la identidad del amante secreto, ¿quién proporcionó esas pruebas?

—La misma Serena.

—¿Serena?

—Oh, indudablemente. Jeff, ¿cómo tomas tú el té?

—¿Qué?

—Cuando te ofrecen té, ¿cómo lo bebes? ¿Con leche y azúcar; o con limón?

—Con un poco de leche y sin azúcar, y nunca con limón. ¿No té lo he dicho, tío Gilbert? ¿Volvemos nuevamente a los indicios enigmáticos?

—No es un indicio, ni enigmático ni de los otros; es la pista que te lo debe indicar. Si dejaras de vilipendiar a tu santo tío y pensaras por un momento en el pasado, seguro que verías la relación.

—Bien, yo no la veo. ¿Quién es este amante desconocido? —aulló Jeff—. ¿Quién es, en nombre de Satanás? Serena, tan segura de sí misma, perdió el corazón y la cabeza, ¿verdad? ¿Los perdió por un hijo de... que se ha escondido detrás de la escena todo el tiempo?

—Un bastardo, diríamos en el sentido vulgar del término, sin duda. Pero no desconocido, Jeff, y ciertamente no oculto detrás de la escena. La persona en cuestión...

Jeff experimentó una especie de trance psíquico.

—Tengo el presentimiento, acertado o no —dijo—, de que todavía no hemos terminado con las cosas desagradables. Hay una emboscada futura; algo maldito se oculta en ella. Es posible que estés esperando para saltar sobre tu presa, tío Gilbert, pero también lo está el enemigo. Cuando muestre su mano...

Todas las ventanas se pusieron blancas con el relámpago; el trueno estalló con dureza y cerca; todavía no se desataba la tormenta. Como la puerta rota todavía tambaleaba, como borracha, oyeron el claro sonar del timbre de la puerta.

Pasos, demasiado ligeros para ser los de Cato, corrían sobre la piedra hacia la puerta de la entrada. Hubo una ráfaga de viento al abrirse la puerta.

—¡Penny! —exclamó la voz de Dave Hobart, instintivamente elevada.

Una voz femenina de tono bajo dijo algo que no se pudo distinguir. La respuesta de Dave tampoco se pudo distinguir hasta que él levantó la voz nuevamente.

—Sí, está aquí. ¡Cato!

—¡Señó!

—Todos están arriba en el cuarto de Serena, probablemente. ¿Quieres pedirle al señor Jeff que baje para ver a una amiga de él?

Jeff no esperó más.

Rápidamente, pasando por el vestíbulo superior, se dirigió al comienzo de la escalera. Cato, en camino hacia arriba, le vio descender y se volvió. La voz de Dave continuaba sonando.

—¿Qué quieres decir con eso de que no puedes pasar? ¡Entra, Penny! ¡Entra y quítate ese impermeable!

Penny, con un impermeable amarillo de capuchón; estaba entrando por el lado izquierdo de la puerta que estaba abierta de par en par. Dave, con la mano izquierda extendida, había girado en esa dirección y estaba de pie, casi de perfil, contra la tormentosa noche de fuera.

Un fogonazo que partía de esa tormentosa noche fue seguido por lo que solamente podía ser el estampido de un arma de fuego. Dos fogonazos más, dos estampidos apagados más, partieron de algún sitio al llegar Jeff al pie de la escalera.

Dave no había retrocedido; ni siquiera trató de cerrar la puerta. El resplandor del relámpago iluminó brevemente la terraza y el camino. El enorme estruendo del trueno, al estallar sobre la Mansión Delys, se propagó en ecos retumbantes por el cielo. Cuando ese cielo se abrió y comenzó la lluvia, el teniente Harry Minnoch alcanzó a Jeff y salió el diluvio, gritándole órdenes a alguien.

Penny Lynn se encogió y se hizo a un lado. Dave Hobart cerró la puerta de la entrada. Jeff Caldwell se quedó de pie mirando con fijeza el orificio hecho por tres balas que, errándole a Dave por centímetros, se habían alojado en la columna en que terminaba la barandilla, a la derecha de Jeff.

—¡Bueno, bueno! —dijo sin dirigirse a nadie en particular—. Parece que por una vez mi profecía ha resultado acertada.

—¡T u profecía estuvo acertada muy bien!, exclamó Saylor la tarde siguiente—. Sin embargo, ¿cómo resultó? Ese bromista de los tiros, entiendo, estaba en un automóvil de no se sabe qué marca. Todo el lugar estaba lleno de policías, y le siguieron. Pero le perdieron de vista entre el tránsito de la carretera principal, y ni siquiera le tomaron el número de matrícula. ¿Es buena la síntesis?

—Es una síntesis exacta —concedió Jeff—, sin ser estrictamente justa. El ataque les cogió desprevenidos; todos estaban desprevenidos. Aunque esperaban alguna acción contra Dave, no esperaron que le trataran como a pato de tiro al blanco. Ahora que te hemos contado nuestra parte...

Cuatro personas —el mismo Saylor, Jeff, Dave y Penny— estaban sentadas alrededor de los restos de un almuerzo en el restaurante de Henri, Toulouse Street cerca de Bourbon Street, hacia las tres de la tarde, el martes 26 de abril. En el tranquilo salón central de Henri, con su empapelado rojo oscuro y sus plácidos camareros, Jeff sintió que su mente volvía a trabajar sobre los acontecimientos de la noche anterior.

Habían extraído tres balas de la columna de la barandilla de la escalera. Sólo Gilbert Bethune parecía impasible entre la confusión o el caos consiguiente. En el momento en que el alborotó era más grande Saylor, que evidentemente había regresado a la ciudad, telefoneó con urgencia.

¿Querrían Dave y Jeff, rogaba, almorzar con él al día siguiente en el restaurante de Henri? Sabía que Dave estaba de luto; pero dado que Saylor podría tener algo muy importante que comunicar, ¿aceptarían los dos? Cuando Dave transmitió este mensaje a Jeff, este al principio había respondido que no podría porque había invitado a Penny a almorzar ese mismo día.

Aunque él no había pronunciado todavía la invitación, una mirada de Penny demostró su asentimiento. Entonces Saylor había encarecido que fueran *todos*, insistiendo en la importancia de lo que él tenía que comunicar.

Y así se había dispuesto. El problema del luto de Dave se había resuelto esa misma noche, cuando el tío Gilbert se llevó a rastras a los mismos tres huéspedes para cenar en *La Louisianne*, prolongando la comida hasta una hora bastante tardía.

—Mañana hagan lo que quieran —había dicho al partir—, pero asegúrense de estar todos en la Mansión Delys a las cuatro de la tarde. Estoy invitando a una pequeña reunión de personas interesadas. Y estamos preparando una sorpresa.

—¿Qué clase de sorpresa, tío Gilbert?

—En la pared de ciertos famosos salones científicos de Londres, en honor de las

realizaciones de *Sir William Crookes*, solía haber, y quizá todavía haya un lema que dice: «*Ubi Crookes, ibi lux*» [Donde está Crookes, está la luz]. Cuando *Sir William* abrazó el espiritismo con tanto empeño, alguien que presumía de humorista sugirió que se cambiara el lema por: «*Ubi Crookes, ibi spooks*». [Donde está Crookes, están los fantasmas]. Yo también tengo esperanzas de arrojar un poco de luz.

—Una cosa más ¡cuando nos encontremos con Saylor mañana! —había advertido Dave—, ¡ni una sola palabra sobre que el oro está recuperado! Se lo he dicho a Penny, pero no debe trascender hasta que haya decidido qué hacer. ¿De acuerdo, Jeff?

—De acuerdo. ¿También ocultamos el hecho de que alguien te disparó desde el camino?

—Quizá no podamos ocultarlo. Hasta ahora han mantenido bastante bien a raya los diarios; no se ha publicado nada sobre ese bromista que me golpeó en el coco el domingo por la tarde. Los tiros disparados en público pueden pertenecer a una categoría distinta.

Sí, pertenecían a una categoría distinta. Una mención de los disparos, sin detalles de los hechos pero con todos los ribetes posibles para causar sensación, apareció en los diarios el martes por la mañana. Saylor al encontrarse con sus invitados en el restaurante de Henri, tenía un aire de gran misterio y mal agüero, como un diplomático balcánico en negociaciones secretas.

Pidió un menú espléndido, pero no se refirió al presente hasta que les sirvieron el café. Entonces reclamó alguna explicación sobre los tiros, y Jeff le contó hasta donde le pareció que era discreto.

—¿Y con respecto al arma? —preguntó Saylor de inmediato.

—No ha aparecido ningún arma —respondió Jeff—, pero por las tres balas que sacaron de la columna de la barandilla, se trata de una pistola del calibre 38. Y ahora que te hemos contado nuestra parte —repitió—, ¿por qué no nos cuentas la tuya?

—¿*Mi* parte?

—¡Vamos! —dijo Dave, jugando con los cubiertos de plata—. El señor Bethune quería verte esta mañana, y no puede haber muchas dudas de que has ido. Bueno, ¿para qué te quería ver?

—¡Ah! Esa es una parte del problema, ¿no?

—Uno de estos días, más tarde o más temprano —observó Jeff en forma general—, alguna pregunta directa va a obtener una respuesta directa. Hasta mi estimado tío ha comenzado a aflojar. ¿Por qué no puede nuestro estimado escritor de revistas aflojar también?

—¿Qué...?

Jeff sostuvo la mirada de Saylor.

—Como tú mismo señalaste en la puerta de la casa ayer a la noche —continuó—, el teniente Minnoch ha estado siguiéndote desde el domingo. En el Jung Hotel

comprobó que el sábado por la noche preguntaste por el camino al muelle de la Línea Grand Bayou. Tío Gilbert dijo que probablemente andabas en busca del capitán Josh Galway, y que algo en las pruebas indicaba eso, que tú debías de estar buscándole.

»Bueno, eso es exactamente lo que hiciste. El sábado por la noche, no encontrando al principio al capitán Josh a bordo del *Bayou Queen*, te sentaste a hablar con el comisario. Entonces apareció el capitán Josh, así que tú y él tuvisteis una conferencia muy a media voz. Después dijisteis que no habíais hablado de nada importante. Pero Minnoch no quiso conformarse con esa explicación, y tampoco mi tío. ¿De qué hablasteis tú y el capitán?

Saylor se levantó, imponente.

—Como el Fiscal de Distrito Bethune ha estado jugando al detective —comentó— ¡podría habersele ocurrido a él que yo estaba jugando al detective, también!

—Sí que se le ocurrió a él, como ya te expliqué. Ahora no reduzcas tus respuestas a comentarios sibilinos como: «¡Oh!», y «¡Ah!». ¿Sobre qué asunto *estuviste* preguntándole al capitán Josh Galway?

Todavía de pie, Saylor los contempló con aire de franqueza persuasiva.

—¡Muy bien! —dijo—. ¡Muy bien! Nunca he tenido intención de tomaros el pelo ni de confundiros, o de hacerme el oráculo de Delfos; había decidido decir mi parte cuando llegara el momento. Y quería llegar poco a poco, eso es todo.

»Primero, sin embargo, olvidad esas tonterías que dije a bordo del vapor: escaleras asesinas, cuerpos en un escondrijo secreto, y demás estupideces. No eran más que juegos de mi imaginación, y no significaban nada. No esperaba realmente que hubiera un crimen, aún menos que corriera peligro alguno para Serena Hobart.

»Pero no fui muy inteligente, debo confesarlo. Hubo varias cosillas que yo debía haber observado la semana pasada. Y sin embargo ya habíamos llegado a Nueva Orleans cuando súbitamente comprendí lo que significaban, lo que tenían que significar. ¿Nunca habéis tenido la impresión de que alguien de nuestro grupo, en el *Bayou Queen* se comportaba de manera bastante extraña?

Penny Lynn habló por primera vez en mucho rato.

—¡Oh, pero...! —comenzó con voz de protesta.

De frente a Jeff en la mesa, Penny llevaba la misma vestimenta —jersey de color naranja, falda de «*tweed*» castaño claro— que había usado después de su extraña reunión el martes de la semana anterior. También había otra similitud. En los giros de su mirada, en cada matiz de su expresión, Jeff podía sentir que volvía aquel modo ansiosamente receptivo que actuaba sobre él como una bebida fuerte. A través de la claraboya del techo, un errabundo rayo de sol, se reflejó en su cabello castaño dorado.

—¿Objetas algo, Penny? —preguntó—. Si es así, tienes pleno derecho a oponerte. De una persona tras otra hemos oído poco más que vagas charlas sobre alguien que se comportaba de forma culpable...

El índice de Saylor se alzó, amonestándole.

—Yo no he dicho «de forma culpable», ¡tenedlo presente! —corrigió Saylor—. Yo no he dicho «de forma culpable» ni mucho menos; yo he dicho «de forma extraña», y en eso insisto. Las cosas que vi, y que vosotros visteis también pero no observasteis al parecer, nada tienen que ver con que nadie sea culpable. Tampoco son cosas vagas; encajan entre sí. Yo no me tengo por un viejo sabueso, pero encajan entre sí y con eso empieza la explicación. Hasta pueden explicar por qué el capitán Josh, al llegar ese barco al muelle, pasó a grandes zancadas junto a Serena gimiendo: «¿Cuántos hay, oh Dios del cielo, cuántos hay?».

—Señor Saylor —preguntó Jeff—, ¿cómo sabe que el capitán Josh dijo eso? Usted no estaba allí cuando Serena le oyó decir eso.

—Alguien me lo dijo después, supongo. De todos modos...

—De todos modos —interrumpió Dave, golpeando sobre la mesa con el mango de un tenedor—, ¿qué importa y por qué discutimos? Alguien está detrás de todo esto; alguien es culpable; ese es el que buscamos. Nos has hecho venir aquí porque dijiste que tenías que decirnos algo muy importante, pero hasta ahora no hemos oído nada. ¿Para qué sirve la charla imaginativa, si es más prueba de inocencia que de culpabilidad?

Saylor se balanceó hacia atrás y hacia adelante sobre sus tacones.

—Ah —dijo en tono de sabiduría—, pero la conducta relativamente ingenua por parte de una persona puede conducir a alguien más, que es realmente culpable. Ahora yo debo corregirte a *ti*, Dave. Yo dije que *podría* tener algo muy importante que comunicar. En ese momento no podía ser más preciso; todavía no había puesto a prueba mis ideas con el Fiscal de Distrito Bethune. Pero las he comprobado y estoy seguro. En realidad, invitados y amigos, fue una sugerencia inocente, inocentemente lanzada, lo que me mostró la dirección hacia donde teníamos que mirar. ¿Queréis que os hable de eso?

—Bueno, al fin —casi aulló Dave—, puedes decirnos *algo*.

Quedaba poca gente almorzando todavía en el restaurante de Henri; tenían casi todo el enorme salón para ellos. Con tremenda lentitud, Saylor encendió un cigarrillo, sopló el humo, y miró con fijeza a cierta distancia.

—Si recuerdo con exactitud —dijo, dirigiéndose a todos—, fue hace hoy una semana, en la Sala Viejo Sur del *Bayou Queen*, cuando Dave nos contó que había hecho un viaje especial al norte para ver a Malcolm Townsend, el investigador de casas antiguas, y que éste le había prometido estar en Nueva Orleans para ese fin de semana.

—Y aquí está —asintió Dave—. Le hemos visto.

—Ya lo sé; yo también. —Saylor acarició suavemente su cigarrillo—. Hacia finales de enero, como es costumbre oí a Townsend dar una conferencia en Filadelfia.

Cuando terminó, me presenté y nos dimos la mano. Así que le conozco de vista.

—¿Y...?

El anfitrión adoptó una actitud aún más presagiosa.

—El domingo por la noche, solo con mi alma y realmente sin saber qué hacer, decidí comer en el hotel St. Charles. En el comedor estaba Townsend, solo, comiendo y con un libro ante él.

»Yo había prometido no importunarte a ti ni a tu familia, Dave; puedes ser testigo de que he cumplido. Pero a pesar de todas las circunstancias trágicas (¡lo siento!), no había razones para que yo me sintiera obligado a no usar mi talento para sonsacar a alguien que pudiera tener alguna información. Así que me acerqué a él; le saludé; le recordé que nos conocíamos de antes. Y él muy cortésmente me invitó a sentarme.

—¿Y qué información obtuviste? —preguntó rápidamente Dave.

—Sobre la Mansión Delys o la familia Hobart, muy poca. El *no ha* encontrado ningún secreto, entiendo...

Resistiendo la tentación de intervenir con un: «No, no es él quien lo encontró», Jeff se maldijo y se quedó callado.

—En cuanto a lo que vosotros y yo llamaríamos significativo —prosiguió Saylor—, Townsend se mantuvo con la boca muy cerrada. Está protegiendo los intereses de los Hobart, Dave; él te aprecia; solamente se ha quedado aquí porque tú se lo pediste. Pero, sobre cualquier edificio que no sea la Mansión Delys, habla hasta por los codos. Tampoco las casas antiguas son su único *hobby*. Le entusiasma una afición secundaria, y quiere escribir un libro también, sólo que su editor le desalienta en cuanto a eso.

—¿Y cuál es esta otra afición? —preguntó Dave.

—Los disfraces.

—¿Los disfraces?

—Ciertas personas, jura Townsend, se pueden volver completamente irreconocibles utilizando todos esos perifollos de pelucas o maquillajes o barbas postizas. Cuando era joven dice que se interesó en el difunto *Sir Herbert Tree*, el actor, famoso incluso fuera del teatro por su habilidad en cambiar totalmente su apariencia y su personalidad.

»Yo mismo no lo podría hacer, me dijo Townsend. Probablemente usted no podría hacerlo tampoco. Pero he conocido a más de una persona que con los efectos más simples, más la habilidad de actuar, podría engañar a cualquiera salvo a un amigo íntimo. A veces con modificar simplemente su peinado, y con ponerse o sacarse las gafas, pueden realizar un cambio sorprendente. ¡Y entonces es cuando tuve *mi* gran idea!

—¿Sugieres, como tío Gilbert —preguntó Jeff—, que alguien en este asunto ha estado llevando una doble vida?

Saylor le miró fijamente.

—¿Y qué si yo sugiriera, Jeff, que el culpable es alguien a quien no hemos conocido todavía? ¿Cómo lo llamarías a eso?

—Francamente, lo llamaría un cuento policíaco terriblemente pobre.

—¿Quién está hablando de cuentos policíacos?

—Todos, y en especial mi tío.

Dave, enojado, no pudo estarse callado.

—Que la vida real copie o no los cuentos policíacos, Chuck, ¡este interminable monólogo tuyo no nos ha dicho maldita la cosa! ¿Todavía no te has demorado lo suficiente para la revelación? Si tienes algo importante que comunicar, ¿por qué no nos lo comunicas, simplemente?

—Eso es lo que quiero hacer, Dave, en cuanto hayamos participado del entretenimiento.

—¿*Entretenimiento*, por el amor de Dios?

Saylor aplastó su cigarrillo e hizo señas al camarero para que trajera la cuenta.

—Todo buen anfitrión, como sabéis, prepara un pequeño entretenimiento a los postres de una comida. Yo pensé que esto os pondría en el estado de ánimo adecuado (como una especie de «ablandamiento») para el inevitable final y culminación.

Dave se puso de pie de un salto.

—¿Por Jesucristo, hombre, crees que *tenemos* que ser «ablandados» para poder estar en disposición de escucharte a ti?

—¡Calma, Dave! ¡*Cal-ma!* ¡Nunca conocí a un tipo tan rápido para perder los estribos y saltar al techo! —Saylor contó el dinero sobre la mesa—. Quiero llevaros a un lugar tan cerca de aquí que casi podría tirar una piedra y darle desde la puerta del Henri; entonces entenderéis lo que quiero decir. ¿Listos?

—Estamos todos listos.

—Muy bien. Tú ven conmigo, Dave, con este viejo sabueso de guía; Jeff, tú síguenos con Penny. Por aquí, entonces, y ¡alegría para todos!

Desde el *foyer* del hotel, que estaba bastante oscuro, salieron a la estrecha calle Toulouse entre Bourbon y Royal, pero más cerca de la primera. El dorado resplandor del sol, así como la temperatura, que andaba por los veinticinco grados, derramaban el rubor de la tarde sobre las casas del Old Square en tonos pastel ahora más soñoliento que nunca.

Dave y Saylor iban delante. Jeff, siguiéndolos a corta distancia, con el brazo izquierdo de Penny rozándole el brazo derecho, observó que los que iban delante no caminaron mucho. Pocos pasos los llevaron a la calle Bourbon, donde doblaron a la derecha por la acera sur. Siguiendo el mismo camino, instintivamente Jeff echó un vistazo hacia atrás por encima del hombro.

Penny, Dave y él habían venido de la Mansión Delys en dos automóviles. Penny,

en el Hudson de su familia, llevó a Jeff; Dave condujo el Stutz. A pesar de que a Penny no le gustaba conducir por el Vieux Carré, había sido cómodo dejar ambos coches en el aparcamiento que ahora ocupaba el lugar del demolido hotel St. Louis, allí cerca.

Pero Jeff, al conducir a Penny hacia la derecha por la calle Bourbon, no se preocupaba de los automóviles. Miraba a Penny; sus ojos se encontraron; instantáneamente ambos miraron a otra parte. Pero sus brazos todavía rozaban. Había crecido tanto entre ellos el sentido de la comunicación, hasta de la intimidad, que les causaba una cierta turbación.

A él le hubiera gustado llevarla a algún jardín romántico, en la tibieza y el secreto, donde él pudiera hablarle de sus pensamientos. Penny, él lo sabía, pensaba lo mismo. En cambio, la estaba llevando... ¿a dónde?

Saylor y Dave habían recorrido sólo una corta distancia cuando Saylor se detuvo, irguiéndose como un director de circo.

—¡Atención! —exclamó.

—¿Atención a qué? —preguntó Dave, deteniéndose también.

—¡Aquí estamos! —dijo el otro—. A su derecha, señoras y señores, el lado sur de la no tan majestuosa calle Bourbon, ¡contemplan la verdadera majestuosidad!

—¿Qué majestuosidad? ¿Y es este el entretenimiento?

—Lo es, como pronto podréis comprobar.

—Bueno, ¿qué es? —preguntó Dave—. ¡Suponiendo que haya algo majestuoso en una tienda de dulces!...

—No es la tienda de dulces, ¡maldita sea! Es más allá; a continuación. Esa noble fachada, más alta que las demás casas de los alrededores, con el letrero eléctrico que no está encendido durante el día;; Miradlo, ¿no podéis? No os quedéis ahí de pie atontados; ¡miradlo!

Todos lo miraron.

La fachada cuadrada, sin duda de ladrillo revocado de blanco, se alzaba algo más de dos pisos. No había escaparates. En lugar de ellos, sobre las amplias puertas dobles de color verde, con el anuncio «ENTRADA» en letras de oro, la fachada estaba pintada de manera realista para representar el horizonte de una ciudad sobre varias colinas, con hermosos edificios dominados por una estructura imponente con una cúpula dorada.

Saylor señaló al letrero luminoso apagado, que decía: SAN FRANCISCO.

—Se ha dicho —proclamó— que en los Estados Unidos de Norteamérica existen solamente tres ciudades «históricas» que atraen a la imaginación: Nueva York, Nueva Orleans y San Francisco. Mediante una natural transición pasamos de la segunda a la tercera. Si la señora quiere precedernos empujando para abrir la puerta doble de la derecha...

Penny miró a Jeff.

—¿Hago lo que me dice?

—Sí; ¿por qué no? Por primera vez, en nuestras correrías por Old Square —le recordó—, entramos en un edificio del lado sur de la calle. *El Zapatito de Cenicienta*, el *Bohemian Cigar Divan*; todos estaban en el lado norte, sea de Bourbon o de Royal. No podemos estar lejos del señor Everard en este momento.

Penny pasó al interior.

Jeff, Dave y Saylor siguieron en fila india hasta el foyer, amplio, aunque no muy profundo, de suave iluminación. En la cabina de cristales, contra la pared de la izquierda, estaba sentada una decorativa cajera vestida con cierto indefinible estilo antiguo.

La pared del fondo había sido pintada y decorada para representar la planta baja, junto con una parte del piso superior, de una casa de piedra arenisca rojiza imponente, como una residencia de gente muy próspera. Aunque la puerta de esa casa era practicable, un segundo vistazo mostraba que las ventanas a cada lado eran imitaciones de pintura y carpintería. La suave luz podía interpretarse como el resplandor de los faroles de la calle. Junto a la puerta de la casa había un hombre con uniforme de opereta, que recogía las entradas. A lo lejos, Jeff creyó oír el resonar de un carro sobre el empedrado.

Saylor hizo gestos hacia la taquilla.

—¡Que nadie se acerque a la taquilla! —ordenó—. Ya está todo arreglado y pagado. Por lo general, cuando un grupo circula por esta exhibición, va acompañado de un cicerone que la describe. En esta ocasión, mis buenos amigos, yo hago de cicerone.

—Ojalá resulte buena esta función, sea lo que fuere —gruñó Dave, echando una mirada sin cumplidos a su anfitrión—. No parecerías más feliz si fueras Kublai Khan mostrando Xanadú a los visitantes de Elks, así que ojalá que esta función sea buena.

—No habrá motivo de queja —le aseguró Saylor—. Os he prometido un entretenimiento, ¿no?

»Mi nombre —prosiguió con voz retumbante—, es Meldrum, Barnabas T. Meldrum. Soy un afortunado corredor de bolsa que vive en la avenida Van Ness. Ante ustedes está mi casa, y ustedes tres son mis huéspedes. Hemos pasado una noche divertida en la licenciosa San Francisco; ya viene la aurora: les traigo aquí para tomar la copa final antes de separarnos.

Haciendo una señal con la cabeza al uniformado portero, que le contestó de la misma manera, Saylor se inclinó al pasar junto a él e hizo girar el picaporte de la puerta delantera.

—Al vestíbulo de abajo, por favor, donde ha quedado encendida una luz para nuestro regreso.

Entonces Saylor cerró la puerta detrás de ellos.

Se hallaban en una muy pasable reconstrucción del vestíbulo así descrito, con un piso que representaba baldosas cuadradas de mármol blanco y negro, y una maciza escalera del fondo. Todo el lugar estaba tan en sombras, por el escaso resplandor de una lámpara lejana, que Jeff solamente pudo distinguir la silueta de los muebles, que parecían pasados de moda sin ser antiguos: le recordaron los muebles de la casa en que había nacido.

—Una cordial bienvenida, mis buenos amigos —continuó esa voz de escenario—, ¡a la casa de Barnabas T. Meldrum! Si quieren pasar, y suben esos escalones...

—¡Un momento, Barnabas T. Meldrum! —interrumpió Jeff, con algo más que el despertar de una idea—. Usted ha dicho: la «licenciosa» San Francisco, ¿verdad? Si nos hemos divertido esta noche, ¿qué fecha es?

—Eso, señor, pronto lo sabrá. Suban la escalera, por favor, o me tacharán de falta de hospitalidad.

La escalera, si bien algo gastada por el uso, al menos parecía sólida. Dave subió primero, luego Jeff con Penny a su izquierda, y Saylor cerrando la marcha.

—Si hiciera mucho esfuerzo —aventuró Jeff—, creo que podría adivinar la fecha. Probablemente no importa, pero... podrías quedarte junto a mí, Penny.

—¿Necesitas *pedírmelo*? —murmuró ella, tomándose de su brazo—. ¡Aquí estoy!

—Se construye bien en esta ciudad —declaró el seudo Barnabas T. Meldrum—, y especialmente aquí en la avenida Van Ness. Construyen para hoy y para el futuro también. —De pronto abandonó sus actitudes teatrales—. Esto podría ser realmente una casa particular, ¿verdad? —preguntó en tono normal—. La ilusión es perfecta.

La ilusión no podía llamarse perfecta, pues no encontraron ni un hall ni un descanso en la parte superior de la escalera. En cambio, entraron directamente por un arco de una habitación rectangular donde casi se había obtenido la ilusión de realidad.

Por dos amplias ventanas del lado opuesto, que tenían toda la apariencia de ser auténticas, se filtraba una luz rosa azulada, qué evidentemente representaba la aurora. Ese tímido resplandor iluminaba el pesado mobiliario, el empapelado de las paredes con un diseño de repollos multicolores, y una araña de larga cadena.

—Esta sala —proclamó Barnabas T. Meldrum—, se utiliza como despacho, aparte de las oficinas generales. Observen el telégrafo para las cotizaciones de la bolsa en ese rincón, la pesada mesa-escritorio, la ausencia de adornos y cosas inútiles. En cuanto a nuestra vista desde las ventanas...

Se dirigió a la ventana de la izquierda, cuyas cortinas no habían sido cerradas, y se detuvo a mirar hacia fuera.

—Yo no he estado jamás en San Francisco —dijo Saylor, abandonando nuevamente su papel de Meldrum—, así que no puedo garantizar la exactitud de la topografía. Pero la gente que construyó este dispositivo ha cuidado muchísimo los

efectos de la perspectiva, los efectos de luz y sonido, los modelos que funcionan como ilusiones ópticas. ¡Mirad allí!

Los otros le rodearon.

—Se supone que estamos en un lugar bastante alto, mirando los techos. Allá abajo (más o menos al este) está la bahía de San Francisco, con la parte baja de Market Street y la espiral del edificio Ferry. Más cerca, aunque todavía a bastante distancia, está la cúpula dorada de la Municipalidad. Podéis ver qué el humo brotó de algunas chimeneas; podéis oír los vagones que pasan. Y, en la zona llamada el Sur de la Ranura...

En esto, se volvió, dirigiéndose a Jeff.

—Tú querías saber la fecha, ¿no? ¡Muy bien! Mira la pared de enfrente.

Jeff siguió con la vista lo que su dedo señalaba. La pared de enfrente, además de la puerta por la que habían entrado, tenía otra puerta cerrada. A un lado de esta puerta había un reloj de pared que a primera vista parecía un reloj de verdad. Al otro lado colgaba un gran calendario con hojas desprendibles y la hoja que estaba a la vista mostraba la fecha de martes, 17 de abril de 1906.

—¿Comprendes? —Saylor miró de soslayo.

—Creo que sí —dijo Jeff—. Es todavía demasiado temprano para que nadie haya cambiado la fecha del calendario. En realidad es miércoles 18 de abril.

—En cuanto a la hora, como ves por el reloj, son las 5 y 12 de la madrugada. ¿Y? ¿Qué pasó doce minutos después de las cinco de la mañana en esa fecha? ¿También lo comprendes?

—Sí, indudablemente —le dijo Jeff—. Parece que estamos justo en la hora del terremoto de San Francisco.

Y entonces empezó todo.

Al comienzo fue solamente el ruido: un ruido creciente como el retumbar de un tren gigantesco que corriera hacia ellos desde la bahía. Después les cogió la primera sacudida. El piso parecía retemblar, estremecido; la araña oscilaba junto con él. Ese mismo sacudimiento arrojó a Dave contra la mesa-escritorio, que no se había movido.

—¿Terremoto? —espetó Dave.

—Por supuesto —afirmó Saylor, riéndose por lo bajo—. ¿Por qué crees que os he traído aquí?

—¿Y este es un *entretenimiento*, por el amor de Dios?

—Seguro. ¿Qué otra cosa es? ¡Mira, Dave! No se te ha movido un solo pelo, según dice Jeff, cuando alguien te disparó tres tiros a la cabeza. ¡No te inquietes por una ficción de segundo orden que no le puede causar daño a nadie!

—Es posible, ¡pero este maldito piso parece que sufre un ataque! ¿Todavía será más divertido, verdad, cuando los ladrillos del techo se nos vengán encima y nos abollen la cabeza?

—Nada de eso —Saylor vacilaba un poco al volver hacia la ventana—, nada de eso sucedió entonces ni sucederá ahora. Las casas de esta parte de la ciudad fueron construidas con mucha solidez. Unos pocos cristales de ventana rotos; algunos platos partidos en el armario de la vajilla; eso es todo. Habían tenido terremotos antes, aunque nunca uno fuerte: el bueno del viejo Meldrum tomó sus precauciones; los muebles pesados están atornillados al piso. Si miras allí...

Una nueva sacudida había arrojado a Penny a los brazos de Jeff, donde ella se mantuvo. Con el brazo alrededor de su cintura bamboleante, cuando Saylor se detenía, la guió por el piso temblequeante hasta la otra ventana.

Los techos cercanos y los lejanos parecían ahora retorcerse antes de que algunos de ellos quedaran estrujados. El retumbar del tren fantasma había sido reemplazado por un crujido y un rugido de maderas o mampostería que se derrumbaba. A través de los efectos de nubes de polvo Jeff alcanzó a ver lo que parecía ser el amarillo relumbrar del fuego.

—Tienen esta casa tan a prueba de ruidos —se exaltaba Saylor—, que desde fuera nada se oye. Como función animada es bárbara, ¿eh? Allí va casi toda la Municipalidad de seis millones de dólares, dejando la cúpula encima de las vigas de cemento. ¡Pero todo está bien, Dave! Esas llamas solamente son luces; no hay fuego verdadero. Y la mayoría de la gente de la avenida Van Ness estaba dormida; ni siquiera sabían lo que pasaba.

—Si dormían cuando esto pasó —bramó el vástago de los Hobart—, debían de estar como cubas o simplemente muertos. Como te guste, P. T. Barnum; solamente tengo una pregunta que hacer. ¿Cuánto *dura* esta maldita función?

—Bueno...

Hubo un rugido distante, como un derrumbamiento de cosas rotas, con llamas que se enroscaban. El piso dejó de temblar. Dave, que se había sentado sobre el borde de la mesa-escritorio y se había aferrado a los bordes, se puso de pie.

—¡Muy bien! —dijo—. Si cierto maestro de ceremonias con cabeza de alfiler ha terminado ya de entretenernos hasta más no poder, ¿qué os parece si nos vamos con la música a otra parte?

—Yo no quiero ser una aguafiestas —aventuró Penny, mirando a Jeff y hablando en voz baja—, pero esa parece ser una muy buena idea. Se ha terminado, ¿verdad?

—Por lo que recuerdo haber leído, Penny, la primera onda duró alrededor de cincuenta y cinco segundos.

—¿La *primera* onda? —aulló Dave.

—Luego hubo una pausa de diez segundos, después de la cual...

—Puede ser que nosotros no contéis —intervino Dave—, pero yo estoy contando como si tuviera un cronómetro funcionando. Y se me ocurre que esos diez segundos están por...

Nuevamente se tambaleó el piso y vino otra sacudida, con un estrépito tan restallante como el anterior. El mismo Saylor casi pierde el equilibrio.

—Aunque pueda parecer mal momento para mencionar esto, Dave, os hacéis una idea de lo que ocurrió en ese vapor, ahora, ¿verdad?

—¿Qué es lo que dices?

—Bueno —gritó Saylor—, ¿con *quién* se acostaba ella? ¿Con *quién realmente* se acostaba ella?

—¿De qué demonios estás hablando? ¿Y quién es «ella» en cuestión?

—¿Tampoco sabes eso?

En la actitud de Saylor parecía haber algo tan siniestro, hasta se diría maníaco, que Jeff pensó que era mejor intervenir.

—¿Qué hay que hacer para salir de este lugar? —preguntó—. ¿Por la misma escalera por la que hemos subido?

—No, está prohibido salir por esa escalera; es una regla de la casa. Hay otras dos salidas; os las enseñaré.

Separando a Jeff y a Penny, tomó el brazo izquierdo de Jeff y el derecho de Penny.

—Si queréis salir —continuó—, quizá sea mejor. La segunda onda del terremoto solamente dura diez segundos, como la pausa entre ambas. ¡Ya está! Ya ha terminado todo, ¿veis?

Cruzando el piso ya firme los guió hasta una tercera puerta, muy ancha, en la misma pared en que estaban las ventanas, pero a unos dos metros y medio o tres a la derecha. Soltando el brazo de Jeff, abrió la puerta que daba a una casi total oscuridad. Jeff vaciló.

—¿Adónde conduce esto? ¿Y en qué se ha convertido tu perfecta ilusión? Esto se supone que es la pared de la casa, ¿verdad?

—*Todo* es ilusión, todo es una caja de trucos; pero no hay en ella nada que pueda lastimar a un niño, ¡por mi vida! Dentro, uno a la izquierda y otro a la derecha, veréis dos pequeños asientos tapizados que miran hacia adelante. Subid; que cada uno tome un asiento; seréis llevados afuera con cierta ceremonia, y yo guiaré a Dave por un camino diferente. Como la señora no quiere ser aguafiestas...

—Muy bien; creo que entiendo —convino Penny—. Yo cojo el de la izquierda; Jeff, tú coge el de la derecha. Si este es el final de la función, señor Meldrum o señor Barnum, los dos le damos las gracias.

Penny entró y se sentó. Jeff siguió su ejemplo. La puerta se cerró tras ellos en la total oscuridad. Él había extendido su mano izquierda, que Penny tomó fuertemente con su derecha, cuando sin sacudidas ni ruidos, ambos asientos se plegaron debajo de ellos. Juntos, con los pies por delante, se deslizaron hacia abajo por una amplia rampa de madera lisa y pulida bajo oscuros resplandores rojos demasiados débiles como para llamarlos luces, y tocaron el suelo con sus pies al final del tobogán.

Aunque quedaron de pie, no se separaron; la naturaleza mandaba. Con Penny de nuevo en sus brazos, de intento, y no por un terremoto simulado, la apretó estrechamente como si quisiera exprimirla, besando su boca con una concentración que ella compartió por entero. Después de un caótico intervalo, hablaron en murmullos.

—Penny, ¿esto marca el comienzo de algo?

—¡Así lo espero! ¡Oh, sí que lo espero! ¿Puedo... puedo preguntarte algo, Jeff, y luego pedirte algo?

—Sí, querida.

—¿Cuándo vuelves a París?

—Tan pronto como tengamos algunas respuestas lógicas en este endemoniado caso criminal.

—Cuando vuelvas, ¿me llevarás contigo?

—Si quieres decir lo que yo creo...

—Yo quiero decir todo lo que puedas creer que quiero decir, ¡y aún más! La pobre Serena decía...

—¿Importa eso ahora?

—Siempre me importará, porque es verdad. Si alguna vez tú... tú te acercabas a mí así, decía Serena, eso no iba a ser justo. Porque, decía ella, yo ni siquiera fingiría

resistirme. Esa es una verdad como el Evangelio, Jeff, y si yo no hubiera sido tan cobarde se lo habría confirmado entonces. Pero tú no has respondido a la pregunta. ¿Querrás llevarme?

—Como te quiero, bendita sea tu alma, la respuesta es un sí tan rotundo que podría tirar abajo la casa. Hablando de tirar la casa abajo, en nuestro terremoto particular...

Ahora él podía discernir, en la oscura pared que tenía delante, una línea vertical de luz muy delgada. También podía oír voces cercanas: Dave quejándose agudamente. Saylor sereno y triunfante. Separándose de mala gana, Penny y Jeff se adelantaron. Jeff empujó la parte derecha de la puerta de dos hojas, que tenían una barra interior transversal en cada una. La luz solar de la tarde los inundó cuando se unieron con Dave y su acompañante en un pasillo que se prolongaba hacia el sur hasta la calle Royal. Jeff les preguntó.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —preguntó—. Vosotros no habéis bajado por la rampa.

—Hemos bajado por otra trampa que habitualmente no se utiliza —dijo Saylor con un ligero tono de grandeza—. ¿Habéis observado la otra puerta cerrada, allá arriba, la que tenía el reloj a un lado y el calendario al otro?

—¿La que nos señalaste de forma tan dramática? Sí.

Pues hemos bajado por esa, Jeff, y hemos venido a parar al muro aquí —y el pulgar de Saylor señalaba a Dave—, todavía se está burlando y mofando de una muy alta inteligencia. ¡Muy bien! Pero no digáis que os estoy entreteniendo con promesas ni eludiendo el tema. Si nos podemos sentar en alguna parte a tomar un café, sugeriré a vuestras confundidas mentes lo que deben ser varias verdades sobre el misterio de la Mansión Delys. ¿Os parece bien?

Penny, observó Jeff con agrado, no había emitido ninguna queja. No había dicho que su cabello estaba en desorden ni que necesitaba rehacer su maquillaje, lo que no era cierto. Pero parecía que algo la inquietaba.

—Lo de la taza de café es imposible, me parece —le dijo a Saylor.

Luego de pronto:

—Jeff, ¿qué hora es?

—Las cuatro menos veinte, ¿tiene importancia?

—¡Sí que la tiene! Jeff, Dave, ¿os habéis olvidado de lo que le hemos prometido al señor Bethune?

Entonces Jeff lo recordó.

—Invita a un grupo de personas interesantes a la Mansión Delys —prosiguió Penny—. Hace algo más que una insinuación, sin decirlo expresamente, de que íbamos a oír toda la verdad. Y nos hace prometer que volveríamos a la Mansión a las cuatro en punto. Considerando el tránsito que hay a estas horas, no nos será posible

llegar a las cuatro...

—*Toda* la verdad, ¿eh? —exclamó Dave, dando rienda suelta a su mal humor—. ¡Quizá no podamos llegar en punto, hijita, pero podemos hacer lo que se llama una proeza! Los dos autos están cerca, gracias a Dios. Es mejor que hagas un buen tiempo, Penny; estoy dispuesto a conducir como Barney Oldfield en cuanto arranquemos. —Se dirigió a Saylor—. Lo siento, pero tendrás que perdonarnos, muchacho. Tendrás que reconocer que la verdad completa es mucho mejor que sólo una parte.

Saylor, que evidentemente no había sido invitado pero que, evidentemente también, esperaba que Dave lo hiciera, les siguió hasta el aparcamiento de Royal Street. Cuando los otros subieron al Stutz y al Hudson para emprender el regreso, se quedó furioso y murmurando consigo mismo, con una expresión de indescifrable rencor en su rostro.

Ese viaje hasta la Mansión Delys no fue la carrera desenfrenada que profetizó Dave. Él conducía a gran velocidad, pero con razonable cuidado; Penny le seguía a corta distancia. Por un tácito consenso mutuo, Penny y Jeff se abstuvieron de conversar sobre su propio estado emocional. Permanecían graves, hasta sombríos, tal vez con premoniciones.

—Casi parece imposible —dijo Penny— que el final de este miserable asunto esté a la vista, y también el fin de la angustia. ¿Cómo *terminará*, Jeff?

—Quisiera saberlo.

—¿No vislumbras nada?

—El tío Gilbert dice que hay pruebas por todas partes. Pero, excepto algo que no ayuda a decirnos quién es el culpable, no veo ningún indicio. Además, aunque tío Gilbert puede explicarlo todo, no será el fin de la angustia para alguien. ¿Tienes alguna idea, Penny?

Penny reflexionó.

—En realidad —contestó—, yo tenía una especie de idea disparatada, sin pies ni cabeza, sobre quién podría ser el culpable. Pero es tan tonta que ni siquiera a ti te la contaré. No es nada racional: solamente es lo que se podría esperar al final de una novela policíaca. Y, como esto no es una novela policíaca...

—Si resultara ser una novela policíaca, por otra parte —señaló Jeff—, creo que puedo pronosticar cuál es el plan que el hábil autor podría tener en su pensamiento.

—¿Qué?

—Tío Gilbert, parece, no ha invitado a Saylor a esta reunión de la tarde. Dave tampoco le ha invitado.

—No creo que Dave le aprecie demasiado, Jeff. Pero Saylor no puede ser *culpable* de nada, ¿verdad?

—No; tiene una coartada indestructible para la hora en que murió Serena. Ese es

el punto al que quiero llegar: todos tienen una coartada, menos Dave, cuya inocencia total sostiene tío Gilbert. De acuerdo con la técnica del oficio (todavía estoy hablando en términos de ficción) inmediatamente dejamos de sospechar de toda persona a la que un detective sabelotodo parece haber declarado inocente. Pero una astuta distinción se ha deslizado sin que lo notáramos; el detective no ha dicho en realidad lo que nosotros pensamos; y Dave Hobart termina siendo el asesino al final.

—Tú no crees eso realmente, ¿verdad? —gritó Penny.

—No, por supuesto que no lo creo; es un truco de escritor y nada más. Pero, novela policíaca o vida real, ¿cuál es la alternativa? Digamos que el asesino es cualquier persona que a uno se le antoje. Digamos que es algún personaje aparentemente sin relación como Billy Vauban o su esposa. A menos que sea alguna persona que todavía no ha aparecido en escena, ¿cómo podemos eludir el hecho de que todos tienen una coartada?

Poco más dijeron en el curso del viaje.

Largas sombras se congregaban —¿otro crepúsculo funesto?—, cuando Penny guió el Hudson por el camino de entrada, tal atestado de automóviles estacionados junto a la casa, que tuvo que buscar un lugar bien lejos. Al llegar a la puerta, ella y Jeff encontraron al nervioso Cato que la abría en ese momento para dar paso a Dave.

La reunión preparada por Gilbert Bethune, como muchas de las que se hacen con un fin determinado, o sin un fin determinado, aún no había abordado el asunto. Los policías, algunos con uniforme pero la mayoría vestidos de civil, rondaban por el vestíbulo de la planta baja, pululaban por el saloncito menor, y hasta se esparcían allá por la biblioteca. Ante la sugestiva reverencia de Cato, los tres recién llegados avanzaron hasta ese lugar.

Allí, en una atmósfera opresiva y expectante a la vez, el tío Gilbert estaba de pie, tras el lado más largo de la mesa grande de la biblioteca. A su derecha estaban el teniente Minnoch y el oficial O'Bannion. A la izquierda había un hombre pequeño, alerta, de rasgos sagaces, a quien Jeff nunca había visto antes. También a la espera estaban Ira Rutledge, Kate Keith, Malcolm Townsend y, para sorpresa de Jeff, el anciano John Everard, el cigarrero filósofo.

—Jeff —murmuró Penny—, ¿en qué estás pensando?

—Pienso —le respondió Jeff también en un murmullo— más en quiénes no están aquí que en los que están.

—¡Silencio en la sala, por favor! —dijo el tío Gilbert, golpeando la mesa con los nudillos—. Ahora que estamos todos reunidos —y señaló al hombrecito de rasgos agudos—, puedo presentarles al señor Gregory Winwood, de la Arkwright Company, que ha tenido la amabilidad de proporcionar cierto consejo técnico que necesitábamos mucho. Luego pido a quienes ahora están en esta sala, pero a nadie más, que tengan la amabilidad de seguirme al piso superior hasta el cuarto que ocupaba la difunta

Serena Hobart, que anteriormente fue el dormitorio de huéspedes principal de la Mansión Delys.

A esto siguió un desfile bastante grande, con la policía presente haciéndose atrás para dejar sitio. Si bien se oían murmullos entre los que pasaban, nadie habló hasta que la procesión entró al cuarto de Serena. Aun entonces, Dave, sin levantar la voz, soltó las palabras como si hablara consigo mismo.

—¿Para qué diablos —dijo Dave— es todo esto?

—Te lo diré —se ofreció el tío Gilbert.

Aunque parecía estar contestando a Dave, su mirada recorrió todo el grupo.

—Todavía queda suficiente luz de día —dijo—. Pero, para prevenir que *alguna* sombra pueda causar confusión, podríamos hacer encender una o dos lámparas, ¡oficial O'Bannion!

O'Bannion, con una expresión de anticiparse que Jeff no pudo interpretar, encendió una lámpara de mesa y una de pie. Otra vez el panel de la ventana del extremo izquierdo estaba abierto de par en par, proyectándose hacia dentro de la habitación como una pequeña puerta.

—Hemos tenido cierta dificultad en encontrar una teoría en la que todos los hechos encajaran —continuó el tío Gilbert—, porque, desgraciadamente, la verdad era demasiado evidente para poder verla.

—¿Tiene eso sentido? —espetó Dave.

—¡Creo que sí! —observó el señor Everard, frotándose las manos.

—Cierta confusión parece haber sido causada —dijo el tío Gilbert—, cuando este mentor de ustedes preguntó en qué forma la muerte de Serena Hobart, en abril de 1927, se parecía a la muerte de Thaddeus Peters en noviembre de 1910. Bien, había varias cosas parecidas.

—¿De veras, señor? —exclamó el anciano Everard.

—Ambas víctimas habían ocupado el mismo dormitorio. Thad Peters, un huésped principal durante su visita, fue instalado en la habitación que, como muchos de ustedes saben, Serena tomó para sí en fecha posterior. ¿Pero recuerda alguien qué es lo que la víctima del sexo masculino tenía puesto en el momento en que aparentemente cayó por la escalera y se rompió el cuello?

—Lo recuerdo —dijo Jeff instantáneamente, al volverse hacia él su tío—. Dave me lo dijo en el barco. Thad Peters, que era un famoso atleta, llevaba un jersey, pantalones de franela y zapatos de tenis.

—¿Recuerdas también si hubo alguna discrepancia en las declaraciones? ¿Un poco antes del gran estrépito de los objetos de plata, que pareció marcar el momento de su caída por la escalera dentro de la casa, una criada testificó que había oído un grito que provenía de afuera?

—¡Sí!

—Veamos otros paralelismos en el caso de Serena.

Gilbert Bethune fue hasta el cristal de la ventana abierta, sacó la cabeza por él, y miró hacia la izquierda antes de volver a la habitación.

—Ahora llamo la atención de ustedes sobre cierto adorno de la parte exterior. Entre cada panel de ventanas de ambos pisos hay una fila de ménsulas ornamentales de hierro, en forma de flor de lis^[17]. Y aquí arriba, unos noventa centímetros por debajo del nivel del piso, un borde de piedra muy estrecho corre a lo largo de todo el frente de la casa.

De pronto, habló Ira Rutledge:

—¡Todos hemos visto esos adornos! —exclamó—. ¡Aunque lo intentáramos, difícilmente habríamos evitado el verlos! Pero en nombre del cielo, ¿qué es lo que nos quiere decir?

—Mi viejo amigo, el domingo por la noche me paré en la terraza con una linterna y dirigí los rayos por esas ménsulas de hierro, invitando a Jeff a que usara sus ojos y la memoria. Pero como estaba en la puerta de la entrada mirando hacia afuera, es posible que no observara nada. Y lamento tener que molestarles a todos con otra pregunta. Serena Hobart, que también fue una gimnasta experta: ¿qué es lo que ella tenía puesto la noche en que murió?

Entonces fue Dave quien habló, aunque sin atreverse a aceptar algo que estaba en su pensamiento.

—Ya veo adónde va usted —dijo—. No puedo ver del todo a dónde conduce o puede conducir, pero veo la *dirección*. Alguna noción de eso tuve el sábado por la noche; me puse pálido de miedo. Esa es la causa por la que mentí y al principio le desorienté, aunque reconocí haberlo hecho después. ¿Serena? Tenía mocasines indios en los pies y llevaba un jersey sobre el pijama.

Gilbert Bethune se acercó al armario. Abriendo la puerta, de un cajón de la derecha sacó el jersey de mujer, de lana negra, arrugado y con muchas manchas de polvo, que él había mostrado la noche anterior.

—¿Este jersey, Dave?

—¡Ese es! No podía aceptar lo que ella posiblemente había estado haciendo. Así que le quité el jersey y lo oculté allí; juré que llevaba la bata de azul oscuro. Cato y Ike, el chófer, estaban casi tan nerviosos como yo. Ike me respaldó; yo soy el patrón de la casa ahora, y me habría respaldado en todo lo que hubiera dicho. Pero Cato no se convencía. Sabía que era una prenda corta, como ese batín que cuelga del otro lado; el jersey y el batín son negros. Cuando Cato dijo que era un batín, eso era lo que él creía. Tanto la bata como el batín podían haber recogido algo de polvo al caer al suelo, pero no tenían tanto polvo como lo que llevaba verdaderamente.

El tío Gilbert sostuvo en alto el jersey.

—Este par de guantes que hay en el bolsillo... Cuando trajeron el cuerpo arriba,

¿estaban los guantes puestos o estaban en el bolsillo?

—Ya estaban metidos en el bolsillo, ¡lo crean o no!

—Por supuesto que ya estaban, Dave. Tenían que estar. En este punto, sumándose al vibrar de la tensión de todo el grupo, Kate Keith casi se vuelve histérica.

—¿Por qué tenían que estar? —chilló Kate—. ¿Qué estaba haciendo con un jersey puesto, para tener tanto polvo encima? ¡No puedo soportar más esto! ¡Malcolm... Malcolm...!

Townsend trató de hacerla callar, pero no tuvo éxito completo. El tío Gilbert, sin prestarle atención, aparentó ignorar su histeria incipiente.

—Nos proponemos ahora hacer una reconstrucción —dijo—. ¿Está aquí el sargento Parker?

Harry Minnoch avanzó pesadamente hacia la puerta e hizo una seña a alguien. Entró al dormitorio un hombre joven, flexible, delgado y fuerte, de estatura mediana y con un jersey oscuro; caminaba con paso ligero. Saludó al tío Gilbert, que había recobrado su aspecto mefistofélico.

—El sargento Parker —dijo a los demás— también tiene algo de gimnasta. ¿Sabe qué es lo que tiene que hacer, Parker?

—Sí, señor.

De un bolsillo del pantalón, el sargento Parker extrajo un par de guantes de algodón color castaño, blandos, parecidos a los que estaban en el bolsillo del jersey de Serena. Se los puso en las manos, se acercó al vano de la ventana de la izquierda y con mucha agilidad se encaramó y pasó por ella.

—Así observamos —continuó el tío Gilbert—, que quien saliera por la ventana con las manos enguantadas solamente dejaría marcas parecidas a las que realmente se encontraron sobre el marco y el cristal.

El sargento Parker había descendido hasta quedar de pie sobre el borde de piedra del exterior, girando de tal modo que ahora miraba hacia la izquierda, y un poco hacia dentro del cuarto.

Todos los demás se apiñaron hacia la fila de ventanas. Penny quedó de pie junto a Jeff, con Dave detrás de ellos. El tío Gilbert levantó la voz:

—Cuando yo diga «ahora», pero no antes, el sargento Parker comenzará a moverse a lo largo del borde entre esta habitación y la próxima. Por supuesto, para hacerlo deberá avanzar pegado a la pared y sostenerse agarrándose de una ménsula de hierro cada vez. Sin embargo, una vez que esté fuera, esos guantes gruesos, en lugar de ayudar a sus movimientos, se los impedirán. Se los quitará, como hace Parker en este momento, y se los meterá en su bolsillo.

»Estamos reconstruyendo lo que Serena Hobart hizo el sábado por la noche, tal como Thad Peters había hecho antes que ella. Cada uno de ellos buscaba algo que cada uno individualmente esperaba localizar, porque les habían persuadido de que

estaba allí. Pronto veremos lo que encontraron.

El tío Gilbert colocó sobre una silla el jersey que hasta ese momento tenía en la mano.

—Mientras tanto —dijo—, recordemos algunos hechos. Se nos ha estado lanzando un sugerencia a nuestro pensamiento constantemente y es sobre cierta forma de electricidad.

—¡Pero...! —comenzó Dave sin comprender.

—La luz eléctrica y el teléfono, según sabemos, se instalaron en 1907. El timbre de la puerta funcionaba, igual que ahora, con la energía de tres baterías secas corrientes, tal como se anunciaba en el catálogo de Sears, Roebuck^[18] ya en 1902. El señor Gregory Winwood, a quien les he presentado en la planta baja y que nos ha prestado tanta colaboración técnica, es el gerente en Nueva Orleans de la Arkwright Electrical Supply Company. —El tío Gilbert se inclinó hacia adelante—. Es hora de hacer la demostración, Parker. ¡Ahora!

Con las manos descubiertas, con los guantes en el bolsillo, el sargento Parker comenzó a avanzar de costado por dicho borde. Su mano derecha se extendió hacia afuera y hacia arriba en busca de la flor de lis de hierro más próxima de la fila. Al cerrarse los dedos del sargento en torno de ella, el tío Gilbert se enderezó.

—¡Oh, no! —anunció—. El mecanismo ha sido destruido. Cuando Parker se coge de la ménsula, tirando suavemente como haría cualquiera para sostenerse, su eje no se mueve esos escasos tres milímetros que debería. Antes de girar de nuevo por obra del resorte preparado, la trampa que hay instalada dentro del hueco *no* administrará una descarga inesperada y dolorosa que le arroje fuera de su estrecho sostén.

»Recuerden, finalmente, que el cuerpo de Serena Hobart fue encontrado sobre la terraza un poco hacia la izquierda de la ventana abierta. Y ahora, teniente Minnoch, la acción final es suya.

Los ojos de Minnoch se fijaron en un miembro de ese grupo. En voz alta dijo:

—Horace Dinsmore, alias Malcolm Townsend, queda arrestado por el asesinato de Serena Hobart. Debo prevenirle de que todo lo que diga se registrará por escrito y podrá utilizarse en su contra en el juicio.

Penny, la única mujer entre las siete personas reunidas en la biblioteca de la Mansión Delys tres noches después, se dirigió a su maestro de ceremonias.
—¡Por favor, señor Bethune! —rogó.

En una silla tallada, a la cabecera de la larga mesa, estaba sentado Gilbert Bethune. Sentados a un lado de la mesa, mirando hacia el este, se hallaban Ira Rutledge, el teniente Minnoch y Gregory Winwood, de la Arkwright Company. Al otro lado de la mesa, mirando al oeste y siguiendo el mismo orden estaban Dave Hobart, Jeff Caldwell y Penny Lynn. Iluminados suavemente por el resplandor de la lámpara amarilla, parecían una reunión de directorio presidida por el tío Gilbert.

—Por favor, señor Bethune —repitió Penny—. Cuéntenos todo lo de ese horrible mecanismo. Eso del cable que bajaba hábilmente escondido en el hueco entre las paredes, que cualquier persona que cambiara las baterías nunca lo hubiera sospechado. ¿Lo descubrió usted sólo?

El tío Gilbert, cigarro en mano, contempló la lámpara y habló desde atrás de una nube de humo.

—¿Que si lo he descubierto yo solo, querida mía? —dijo con suavidad—. Tú me otorgas demasiado mérito.

—Pero...

—Sin tener la menor pretensión de habilidad o de conocimiento científico, solamente pensé que podían haber conectado, de alguna manera, un dispositivo eléctrico de algún tipo a un soporte de hierro, con toda probabilidad a la ménsula más próxima a la ventana abierta. Si me hubiera faltado la colaboración del señor Winwood graduado en la Tecnológica de Georgia, por mucho entusiasmo que tuviera en estos asuntos nunca habría sabido la forma en que nuestro dispositivo funcionaba o podía funcionar. El señor Winwood encontró la trampa y me la explicó. Me he ejercitado tanto en explicarla, como si yo presentara el caso ante un jurado, que estoy hecho casi un perfecto loro. Tratemos de resumir.

El tío Gilbert quedó en silencio por un momento, y respiró profundamente.

—Todos han visto esa flor de lis de hierro —prosiguió—, que tiene un eje cuadrado que sale de la pared. Este eje encaja fácilmente en un «manguito» aislador de porcelana (¿estoy usando el término correcto, señor?), a través de la pared. La parte frontal del «manguito» está oculta por una pestaña de la flor de lis; ésta no se puede diferenciar de cualquier otra flor de lis de la hilera. Cuando se toma la ménsula y se tira levemente de ella, su eje se mueve hacia afuera solamente tres milímetros, pero eso es suficiente. El otro extremo del eje se extiende a través de la pared hasta el

espacio de aire que encontramos entre cada pared exterior y los cuartos que hay detrás de ella en ambos pisos.

»Este extremo interno del eje tiene una pieza de goma que hará cerrar el circuito mediante un pequeño interruptor eléctrico cuando se tira del eje. El interruptor conecta un cable que conduce desde las baterías del timbre de la casa hasta el arrollado primario de una bobina Ruhmkorff también escondida en el espacio de aire. ¿Estoy hablando con propiedad, señor Winwood?

El hombrecito de rostro afilado respondió de inmediato. Tenía una voz tan aguda como su rostro, pero se hallaba lejos de carecer de humor.

—Si yo quisiera ser pedante —respondió—, debería insistir en que se refiera a la *batería* y no a las baterías. Las tres pilas secas de este mecanismo en realidad son células de una sola batería. Pero se ha hecho uso popular llamarlas baterías, así que se lo permito. Por consiguiente, estamos seguros al decir...

—¿Estamos, o están ustedes? —estalló Dave.

Dave, que parecía más paranoico que de costumbre, se había sentado con los codos sobre la mesa y su cabeza entre las manos. Ahora miraba fijamente hacia arriba.

—¡No vayan tan rápido! —protestó—. En lo que a ciencias se refiere soy más que ignorante y no quiero progresar. Y en nombre de Satanás, ¿qué es una «bobina de Ruhmkorff»?

El tío Gilbert hizo un gesto cortés hacia el asesor técnico, que aclaró su voz.

—La bobina de Ruhmkorff, a veces denominada también «bobina de chispas» —dijo Gregory Winwood—, se usa para producir alto voltaje a partir de una fuente de bajo voltaje, como en el caso de una pequeña batería de pilas secas. Cuatro de ellas proporcionan la ignición para el modelo T del señor Ford, que ahora se ha dejado de fabricar.

»Para activar el mecanismo en esta casa, como el jefe de nuestra reunión iba a decir hace un momento, el terminal de alta tensión de la bobina se conecta al eje interno de la flor de lis. Cuando se tira del soporte, aunque sea con poca fuerza, quienquiera que se haya cogido de él recibirá una descarga muy dolorosa. La descarga no es mortal y no deja marca, por ser su impulso tan breve; pero la víctima que está sobre ese estrecho borde inevitablemente debe caer. Finalmente, el inventor de la trampa le ha instalado un resorte que hace volver el eje a su posición normal cuando la presión ha cesado, abriendo el circuito mediante el interruptor, cortando así la corriente. Ahora hemos descrito un circuito completo desde los temas mecánicos a los temas personales, así que vuelvo a dejarles en manos de quien preside esta reunión.

Inclinó su cabeza hacia el tío Gilbert, que frunció el ceño y reanudó la historia.

—Retrocedamos un poco —sugirió el tío Gilbert—. Como sospeché la existencia

de un dispositivo eléctrico de alguna clase, aún antes de llamar al señor Winwood teníamos que formularnos la pregunta de dónde podía haber sido instalado ese dispositivo, cuándo fue instalado y quién lo instaló.

»El momento más probable, pensé, habría sido poco después del advenimiento de la corriente eléctrica para el público en 1907. Una vez que los trabajadores oficiales hubieron terminado la instalación de los cables, el trabajador no oficial tenía el campo libre; las cámaras de aire estaban disponibles desde 1882. La persona que lo instaló era alguien de mente tortuosamente ingeniosa, hábil para el trabajo manual y con el necesario conocimiento técnico.

Dave oprimió sus ojos con las manos.

—Conocimiento técnico necesario, ¿eh? «Lo cruzaré aunque me incendie». Ustedes hablan de mi padre, ¿verdad?

—Parece inevitable, Dave. Sabía que Harald Hobart había estudiado ingeniería. El saber que fue ingeniería electrotécnica confirmó el rumbo de mis pensamientos. Ahora arriesgo una conjetura para la cual no existe ninguna prueba. Él preparó la trampa pero no la conectó en ese momento, reservándola para un día futuro en que pudiera necesitarla.

»Sobre otros puntos sí tenemos pruebas. En 1910 estuvo involucrado en rivalidades por el control de Danforth & Co., con Thad Peters, pariente político favorito de los Vauban. La trampa era necesaria, o pensó que lo era. ¿En qué forma se acercaría a su presa? “Si yo pudiera encontrar el oro escondido del comodoro Hobart” —diría—, “no necesitaría nunca molestarme yo, ni molestarte a ti ni a cualquier otra persona de la tierra. Han estado buscando equivocadamente ese tesoro. Han estado buscando el acceso dentro de la casa; el verdadero acceso es desde fuera. Si yo tuviera el coraje de caminar por ese borde exterior del dormitorio principal para huéspedes, podría poner mi mano sobre una fortuna. Pero yo no lo puedo hacer; no soporto la altura, como todos saben”. En cambio, sugirió, si le prestara ayuda un atleta célebre...

—No debo tratar mal a los asesinos, ¿verdad? —dijo Dave—. ¡Dado que mi propio padre parece haber sido un asesino...!

—Quiero pensar que no tuvo esa intención —dijo Gilbert Bethune—. Hay una altura considerable desde ese borde, pero no debería haber matado a un hombre joven en excelente estado físico. No creo que tu padre creyera que le mataría. Lastimaría un poco a Peters y lo asustaría mucho. Peters, con el coraje físico de caminar por esa cornisa, muy bien podría carecer del coraje moral de resistir más a Harald Hobart; cedería; daría a Harald lo que éste quería. No es una historia agradable, aunque es mucho más humana.

»Por una casualidad imprevista entonces, la víctima se rompió el cuello. ¿Qué ocurrió después?

»Aunque hubo un grito solamente desde el exterior de la casa, Peters parece que debió de morir en el interior. El instigador de esta trama trabajó completamente solo; ni siquiera compartía el dormitorio con su esposa. El viernes pasado por la noche, Dave, creo que tú mismo demostraste con una voltereta fingida que si alguien rodara por la escalera casi no haría ruido. ¿Es cierto?

—¡Absolutamente cierto! Pero...

—El cuerpo de Peters fue entrado a rastras en la casa. Los pesados objetos de plata fueron una falsa evidencia de lo que parecía haber pasado. Después el que maquinó eso con remordimientos de conciencia cubrió las huellas. Prohibió a su hijo mencionar siquiera lo que aparentemente había ocurrido. En los últimos años ni siquiera iba a querer permitir que examinaran la propiedad.

Aquí intervino Ira Rutledge.

—¿Uno de los que pidieron examinar la propiedad —preguntó—, fue ese tipo sigiloso de cara bonita que sí usó la trampa de Harald con fines homicidas?

—Oh, sí. Con fines homicidas desde el principio. Townsend-Dinsmore tenía mucho encanto, como muchos asesinos lo han tenido. Tenía un considerable poder sobre las mujeres, o por lo menos sobre ciertas mujeres. Con todo esto ocultaba la dureza empedernida de su calaña.

—Y sin embargo, Gilbert, todavía parece increíble que el hombre que uno conoció como Malcolm Townsend fuera en realidad el reverendo Horace Dinsmore. ¡Hay que ver! ¡Un clérigo de Boston!

El tío Gilbert señaló con el cigarro.

—Increíble pero cierto —replicó—. El reverendo Clarence Richeson, que asesinó a su amante y luego se castró a sí mismo en la prisión, también era un clérigo de Boston.

—Además de ser un pastor ya ordenado —continuó Ira obstinadamente—, Townsend-Dinsmore o Dinsmore-Townsend era profesor en el muy respetable Mansfield College.

—Y el doctor Parkman fue profesor en Harvard. Pero también lo ahorcaron.

—Pero no van a ejecutar a este asesino —exclamó Penny—, por ese horrible hecho de antenoche. Townsend era Dinsmore, como tenemos nuestras buenas razones para saber ahora. Yo no debería entrometerme; sé que debería estarme callada y portarme bien. —Se dirigió al tío Gilbert—. Pero ¿cómo supo usted que él era Dinsmore, o que debía haber sido el que mató a Serena? Gilbert Bethune meditó.

—Volvamos al viaje que hicisteis en el *Bayou Queen*, y a cierto comportamiento bastante curioso por parte de Kate Keith. A la señora Keith le gusta la compañía masculina; la buscará donde pueda. Para todas las personas de uno u otro sexo, es siempre amistosa, siempre obsequiosa, como lo fue a bordo del barco. Pero una cosa no quería hacer: no quería invitar a nadie a su camarote. La primera noche, me han

dicho, Dave la invitó a su cuarto para una breve visita con él y Jeff. Se excusó atribuladamente y casi echó a correr; fue como si se le hubiera ocurrido algo de pronto.

»Varios días más tarde, el joven Saylor le preguntó si no os quería invitar a todos a su camarote a tomar algo. Aunque ella proporcionó el licor (había ido a tierra y había comprado una botella), llevó esa botella a una sala del barco, un lugar público, para tomarla allí.

»Cuando recordé la atención que le dedicó al capitán Josh Galway, como persuadiéndole de algo y manteniéndole persuadido, no pude evitar preguntarme si podría haber otro pasajero que se hubiera mantenido como polizón durante todo el viaje. En ese caso, teníamos una mejor explicación que la de Jeff para el grito desesperado del capitán Josh: “¿Cuántos hay? Oh Dios del cielo, ¿cuántos hay?”.

—¿Townsend en el cuarto de Kate? —preguntó Jeff—. ¿Pero cómo pudiste sospechar de Townsend? ¿Y de qué forma pudo afectar todo esto a *Serena*?

—Reflexiona; lo verás en un momento. Townsend no apareció abiertamente en escena hasta el sábado por la mañana. Llegó aquí en un taxi, diciendo que había llegado a Nueva Orleans en tren. Serena y Townsend, cada uno por su lado te dieron a entender que nunca se había conocido antes. Descubristeis la pérdida del libro del comodoro Hobart; Townsend abrió instantáneamente su cartera para mostrar que no lo había cogido él.

—¿Y eso fue sospechoso, tío Gilbert?

—¡Oh, eso no!

—Bien, ¿qué era lo sospechoso entonces?

—Vosotros cuatro estabais allí: tú, Serena, Townsend y Dave, después almorzasteis. Fue un almuerzo en que cada uno se sirvió a sí mismo y sobre el aparador solamente había café. Entonces, poco después, tomasteis el té. Serena, que presidía la mesa, te preguntó si tú tomabas el té con limón o con leche. Después de servirte, sin una palabra más de ninguna clase, preparó tazas para los otros dos. Por supuesto, ella debía saber cómo servir a su propio hermano. Pero la misma pregunta que te hizo a ti debía haberla hecho a un extraño —el tío Gilbert disparó las palabras—, si en realidad él hubiera sido completamente un extraño.

—¡Muy bien por usted, señor! —graznó el teniente Minnoch—. ¡Usted está en el camino; siga andando!

—Sin embargo, no necesito andar demasiado rápido. —Los ojos del tío Gilbert buscaron los de Penny—. Esa misma noche, Jeff, esta joven te llamó por teléfono al despacho de Rutledge & Rutledge. La señora Keith había aparecido después de cenar; y, como si *ella* hubiera conocido a Townsend desde antes, se lo llevó a un club nocturno.

»Como ves, otro eslabón. Si la señora Keith había estado escondiendo a un

polizón en el barco, quizás ese hombre podría haber sido Townsend.

—¿Era eso lo que sospechaba Saylor, tío Gilbert? —interrumpió Jeff—. ¿Y por qué Saylor se esforzó por interrogar al capitán Josh?

—Saylor sospechaba la presencia de un polizón, sí. Nunca sospechó nada de Townsend, y tampoco Dave. ¿Pero qué es lo que sospeché yo, vuestro aspirante a sabueso, que andaba a tropezones?

»El domingo por la mañana, Dave —nuevamente cambió de dirección la mirada del tío Gilbert—, sostuviste una charla con Jeff. Después de la cena del sábado por la noche, parecía que cierta mujer te había hablado de Townsend y le había considerado muy atractivo. Penny Lynn había salido, después de encontrar a Townsend agradable pero no demasiado impresionante. La mujer solamente podría haber sido Serena, que por la evidencia del té conocía a Townsend bastante bien, por lo menos.

»Suponiendo que ella le hubiera conocido más que bastante bien, dónde habían podido hablarse antes. Había aquí una posibilidad: solamente una posibilidad, pero existía. Harald Hobart y su hija habían tenido la costumbre de visitar la familia de un cirujano, el doctor Ramsay, en Bethesda, Maryland. Bethesda está tan cerca de Washington que puede ser una especie de suburbio. Y Townsend vivía en Washington, donde Dave fue a verle.

—¡Apenas vi a ese maldito cuando fui allá! —se enojó Dave—. Entraba y salía; estaba en todas partes. La mayoría de las veces hablamos por teléfono; ni siquiera estaba bien seguro de poder reconocerle cuando apareciera aquí el sábado.

—En Washington, Dave, tú no tenías nada que hacer. Este Don Juan asesino había estado manteniendo relaciones con dos mujeres, Serena y Kate Keith, sin que ninguna de ellas conociera la pasión de la otra. En Washington se dedicó a Serena, que también había ido allí. ¡Qué lástima que no la encontraras!

»¡Bien! —prosiguió tío Gilbert—. Si en algún tiempo pasado Townsend pudo haber conocido a Serena, también pudo haber conocido al padre de Serena en otra clase de relación. Harald Hobart, cuando estaba en una juerga tranquila, abría completamente su guardia y confiaba en un extraño lo que no hubiera ni susurrado a su pariente más próximo. Townsend, el amigable tipo en quien confiaba todo el mundo, pudo haberse enterado de lo del dispositivo eléctrico dentro de la pared.

»No debo adelantarme demasiado a las pruebas. En la famosa tarde del sábado previa al asesinato de esa noche, sin embargo, recordemos que Townsend rondó a solas por toda la casa mientras que los demás estaban ocupados en distintas cosas. Encontró la trampa detrás de un panel de la pared en el rincón sudeste del dormitorio de Serena, y puso en actividad su mecanismo para que funcionara nuevamente.

»En este momento quisiera orientar la atención de ustedes a la tarde del domingo, cuando yo interrogué a Townsend en la casa de la señora Keith. Yo pensé que este aficionado a la arquitectura no había localizado el oro escondido del comodoro

Hobart. Repetí la advertencia del comodoro sobre la desconfianza, hacia las superficies, que terminaba con la referencia al Evangelio según San Mateo, capítulo séptimo, versículo séptimo. Sin vacilación Townsend citó ese versículo en forma completa, observando qué extraños trozos de recuerdos se adhieren en el fondo de la mente.

»Y así es. Y sin embargo una idea extraña se había apoderado de mi pensamiento. Todo lector devoto de la Biblia podría haber recordado ese pasaje como una parte del Sermón de la Montaña. Al mismo tiempo, ¿quién sino un clérigo podría haber localizado instantáneamente el versículo y haberlo citado palabra por palabra?

—¿Un clérigo?

El tío Gilbert los estudió a todos.

—Solamente hubo mención de un clérigo, el doctor Dinsmore de Boston, coheredero de la propiedad Hobart si Dave y Serena se morían. ¿Absurdo, sin duda? Aun así, antes de desechar la idea por absolutamente fantástica, debía preguntarme yo si este remoto clérigo-profesor, él mismo acaudalado por su cuenta, podría por alguna extraña casualidad ser el aficionado a la arquitectura llamado Malcolm Townsend.

»Townsend comenzó a dar conferencias sólo el otoño pasado, pero se había hecho cargo de ese curso bajo el auspicio de un gran instituto de la avenida Madison, en un período en que los deberes académicos le hubieran impedido al reverendo Horace Dinsmore andar vagabundeando por todo el país como conferenciante.

»Entonces, sería totalmente imposible; era algo que debía eliminarse. A menos...

»El señor Rutledge, que investigó al reverendo Dinsmore, me había comunicado varios datos sobre él. El reverendo había alcanzado el grado de profesor titular en el Mansfield College en 1919. Contando desde 1919, fecha importante, el año de 1926 a 1927 hubiera sido el séptimo y por lo tanto... por lo tanto, Jeff, ¿habría sido qué?

—¡Su año *sabático*! —casi gritó Jeff—. ¡Habría estado libre para hacer lo que quería desde mediados de junio de 1926 hasta alrededor de mediados de septiembre de 1927! ¿Es así, tío?

—Aunque prácticamente era posible, todavía parecía muy improbable. Y sin embargo Townsend, al contestar mis preguntas en casa de la señora Keith, fue menos que cándido.

»Dijo a su editor de Nueva York que había iniciado las conferencias con vacilaciones porque le impedían pasar mucho tiempo fuera del país. Ahora bien, una autoridad sobre cualquier tema determinado puede, y con frecuencia lo hace, hablar gratuitamente en una sociedad de estudiosos, en una cena ocasional aquí y allá, en cualquier momento. Pero los servicios profesionales de ese mismo hombre son requeridos, por una gran organización como Major Pond, Inc. (como pensé en el momento y luego confirmé con una llamada telefónica a Nueva York), solamente en el otoño y el invierno hasta el fin de marzo; nunca en otra estación. Mientras que

Townsend, ya sea por error o pensando que no importaba, me juró que viajaba al exterior *solamente* en verano: durante el mismo tiempo en que no tenía programa de conferencias.

»Sí, fue menos que cándido; estuvo diciendo mentiras a alguien. Aunque no parecía haber ninguna relación con el reverendo Horace Dinsmore, y ésa perspectiva seguía siendo improbable, había que investigarla.

»Ya teníamos una buena línea de investigación. Aquí en la Mansión, la noche del sábado, antes de que la señora Keith llegara para llevarse a Townsend, los cuatro se habían ocupado de tomar fotografías de interiores con lámparas de “flash”.

»Encontré la cámara que habían usado, un descubrimiento interesante. Estas fotografías debían contener, como en realidad así fue, algunas tomas claras de Malcolm Townsend, que no rechazó las propuestas de que posara. Hice revelar las fotografías. Entonces, con amplio permiso del teniente Minnoch...

—Yo no he puesto ninguna piedra en su camino, ¿verdad? —preguntó contento el nombrado.

—Con el permiso del teniente Minnoch, y empleando a nuestro Ted Patterson de la Patterson Aircraft, envié al oficial Terence O’Bannion por vuelo fletado desde Nueva Orleans hasta Boston. Llegó allí a última hora del lunes con algunas fotografías del rostro. Ese mismo lunes, por la mañana temprano, y antes de despachar a O’Bannion, había tomado ya una precaución necesaria. —Nuevamente Gilbert Bethune se dirigió a su sobrino—. ¿Te das cuenta de cuál fue la precaución?

Jeff asintió con la cabeza.

—Creó que sí, tío. Intentar la identificación de Dinsmore como Malcolm Townsend no habría tenido objeto si el reverendo Horace no hubiese salido nunca de Boston. Así que telefoneaste al Mansfield College y con cualquier pretexto pediste hablar con el doctor Dinsmore. Probablemente te contestaron que el doctor Dinsmore estaba ausente con licencia sabática pero que te podías comunicar por correo por medio de un amigo, el señor Malcolm Townsend de Washington. ¿He seguido bien el razonamiento?

—¡Exactamente; bien hecho! Me pareció seguro enviar a O’Bannion con las fotografías que cumplieron con su objeto. Horace Dinsmore no usaba bigote y sí gafas, que no necesitaba. Townsend, aunque exhibía un fino bigote y no tenía gafas, indiscutiblemente era la misma persona.

—¿Y esa fe de Townsend en la eficacia del disfraz? ¿Por eso no le importó que le fotografiaran?

—En ese momento —contestó el tío Gilbert—, yo todavía no me había enterado de su interés por el disfraz; Saylor me lo dijo después. Nuestro hombre había usado muy poco disfraz; se puso delante de la cámara con confianza porque jamás imaginó que nadie asociaría a Malcolm Townsend con un clérigo-profesor de Nueva

Inglaterra. Ese aire desenvuelto que tenía, supongo, ocultaba un henchido y arrogante engreimiento. Real y fatuamente creía que se podía disfrazar sin ser reconocido cuando quisiera. Habría intentado hacerlo con mayor complicación en el futuro. Pero no tuvo oportunidad de intentar nada; le habíamos acorralado. El martes, cuando O'Bannion regresó con testimonios escritos y otras disposiciones que se habían efectuado, estábamos listos para saltar sobre él.

El cigarro del tío Gilbert se había consumido hasta convertirse en una colilla. La echó dentro del cenicero que estaba junto a su codo.

—Y ahora, señoras y señores, será mejor que recapitemos.

»En la inesperada culminación de todo este asunto ocurrida el miércoles por la noche, unas veinticuatro horas después del arresto de nuestra presa, la policía conoció todos los detalles de su plan. Sigamos cada uno de los pasos que dio, marcando los indicios por el camino.

»Por un tiempo no había sido feliz como profesor Dinsmore en el Mansfield. Aunque sus intereses de estudioso eran bastante reales, se sentía como si le faltara el aire para respirar. Bajo la mirada escrutadora de los círculos académicos, este mujeriego no podía tener mujeres; este amante de la buena vida debía comer y beber igual que sus colegas.

»Hacia 1921 creó su *alter ego* Malcolm Townsend, que vivía en Washington como le daba la gana. Por supuesto, Townsend tenía rentas, derivadas de la misma fuente que las de Dinsmore. Pero solamente podía ser Townsend durante las vacaciones de verano y en los raros intervalos del año escolar. Y el sentido de constricción se hizo mayor a medida que pasaba el tiempo; Townsend, un actor *manqué*, que gozaba dando conferencias, recibía ofertas de giras de conferencias que no podía aceptar.

»¿Por qué no terminar con esta situación intolerable? ¿Por qué no desembarazarse de Dinsmore y convertirse en Townsend de una vez por todas? Para realizar esto no necesitaba “morir”, ni siquiera desaparecer. Al acercarse su licencia del año sabático, aceptó comenzar las conferencias en el otoño. Pero al salir de Mansfield en junio de 1926 no quiso presentar su renuncia. Como esperaban su regreso en septiembre de este año, realmente volvería aunque por breve lapso. *Luego*, con gran pena, presentaría su renuncia. Después de despedirse afectuosamente de sus antiguos colegas, se “retiraría” a meditar en asuntos superiores, sin dejar su nueva dirección.

»Ese era su plan, y siguió siéndolo hasta el final, aunque sufrió un ligero cambio. Esta primavera, por una carta que enviara el socio principal de Rutledge & Rutledge, se enteró de que si los dos hijos de Harald Hobart murieran antes del 31 de octubre, se convertiría, junto con mi sobrino, en el coheredero de la propiedad de los Hobart.».

Ira Rutledge exhaló un profundo suspiro.

—Sí, así se lo informé —declaró el abogado—. Le dije a Jeff que esa sería mi

actitud y lo hice, aunque no le di detalles. Y la respuesta sin compromiso, firmada Horace Dinsmore, tenía el sello de correos de Boston y estaba escrita en papel del Mansfield College. ¿Tenía algún *confidant*, entonces?

—No, no tenía ningún *confidant* en momento alguno. Para contestar tu carta era necesaria solamente una corta visita a la Ciudad Centro^[19] para conseguir ese indispensable sello de correos. Si en algún momento debía confesar que estaba en licencia sabática, podía sostener que se mantenía en estrecho contacto con el colegio.

»Hace un momento, recordarán ustedes, hablé de una ligera alteración de su plan. Estaba embarcado en su idilio con la complaciente Serena. Un tiempo atrás, por el padre de ella, se había enterado del secreto de la Mansión Delys. De manera que resolvió fríamente que ni Dave ni Serena debían sobrevivir.

Penny estaba inquieta desde hacía un rato.

—Pero ¿por qué? —exclamó—. ¿Por qué motivo? Si ya tenía más dinero del que necesitaba, ¿por qué perjudicar a nadie? ¿Qué es lo que *quería* ese hombre?

—Quería esta casa. Y creía que eran necesarias dos muertes para que él la pudiera conseguir.

»Su afición a las pintorescas casas antiguas —prosiguió el tío Gilbert después de una pausa—, había llegado a ser una pasión, entre las pocas pasiones auténticas, de su vida. Nunca ocultó eso ni necesitó ocultarlo. En otros aspectos, este asesino presenta un curioso cuadro psicológico.

»He dicho que la fe de este hombre en el poder del disfraz era fatua. Igualmente tenía otras fatuas ideas también. Podemos dejar establecido que Dinsmore-Townsend, a pesar de tanta habilidad superficial, era esencialmente un hombre estúpido.

»Porque no era necesaria ninguna muerte. Si hubiera investigado, habría descubierto muy pronto que Dave y Serena, lejos de heredar una gran propiedad, tenían relativamente pocos bienes, aparte de la misma Mansión. Pero no es probable que se lo dijeran, ni lo haría un abogado muy discreto. Si se hubiera enterado, además, de que iban a vender, él mismo tenía el dinero necesario para comprar. Esta consideración no se le ocurrió. A los criminales natos, supongo, nunca se les ocurre considerar estas cosas.

»Oigan el resto de su plan, el *ignis fatuus* esencial. Habiendo dispuesto de Serena y Dave, “Malcolm Townsend” habría partido de Nueva Orleáns. No era probable que nadie de los que le conocían en Boston como Horace Dinsmore lo encontrara aquí. Después de un intervalo decente, usando algún *otro* complicado e impenetrable disfraz, “el reverendo Dinsmore” hubiera aparecido para reclamar sus derechos como coheredero.

—¡Un minuto, señor! —intervino Dave—. De, haberse librado de Serena y de mí, ¿habría eliminado también a Jeff para hacer completa la cuenta?

—Oh, no. Con todos sus arrogantes delirios, acredítenle al hombre por lo menos

cierta contención. Dos muertes sospechosas ya habrían sido bastante malas. Tres muertes sospechosas, con Horace Dinsmore como único beneficiario, habrían constituido un disparate. Le habría ofrecido a Jeff comprarle su parte de la Mansión, dado que se lo podía permitir. Si te hubiera hecho esa oferta, Jeff, ¿la habrías aceptado?

—¡Sí, inmediatamente! —contestó Jeff—. Si alguna vez anhelo una antigua casa inglesa, tío Gilbert, la compraré en Inglaterra.

—Entonces, este asesino habría reanudado su feliz vida como Malcolm Townsend de Washington. Cuando visitara Nueva Orleans, por supuesto, debía hacer el papel de Horace Dinsmore en todo momento. Pero ¿qué era eso para él, para un hombre que disfrutaba del disfraz? Sería *propietario* de esta casa, que era el deseo de su corazón; se podría permitir venir aquí y deleitarse.

»Este era su plan, preparado en Washington esta primavera. Dave y Serena casi le sirvieron en bandeja el principio, al aparecer ambos en su puerta al mismo tiempo. Sin embargo, con su habitual destreza les mantuvo apartados. Dónde o cómo conoció a Kate Keith, no lo hemos establecido; y, en el presente estado mental de esa señora, no pienso ir a preguntárselo. Pero bajó el río en brazos de la señora Keith. No podía saber, por supuesto, que la policía andaba ya removiendo el caso de Thad Peters, por una carta anónima firmada *Amor Justitiae*.

—¿Quién escribió esa carta, señor Bethune? —preguntó Penny.

—Creo que te lo puedo decir —dijo Jeff—, si tío Gilbert me lo permite. Fue escrita por el viejo John Everard. Debí haber sospechado qué era lo que tenía que buscar en cuanto vi la cosa, aunque no sospeché nada hasta que tú y yo nos encontramos con ese caballeresco e inocente entremetido en su diván de cigarros. Parte del texto decía «Antes de arrojar mi carta al *cesto de los papeles*», y así seguía. Cualquier norteamericano hubiera escrito *papelera*, como todos lo hacemos^[20]. Sólo una persona educada en Inglaterra habría escrito *cesto de los papeles*, que es la forma que invariablemente usan allí. Y vi una gran máquina de escribir de las corrientes en la trastienda de su establecimiento. Pero ¿quién escribió la otra carta anónima, tío Gilbert? La nota escrita en una portátil, que me envió a la tienda de Everard en primer término. Si la escribió Townsend mismo, ¿cuál era su juego?

El tío Gilbert asintió.

—Trataba de embarullar sus rastros, como hacía con frecuencia, para confundir a quien los siguiera. Respecto a eso, Jeff, recuerda nuestra entrevista con Townsend y la señora Keith el domingo pasado. Toda búsqueda de oro escondido, dijo virtuosamente, sería insignificante y vampiresca. «¿Qué pasó con el tesoro de Jean Lafitte?, agregó. ¿O con el del capitán Flint?». Ese fue un error.

»Nuestra ciudad tiene varias leyendas sobre Jean Lafitte pero no conoce a ningún capitán Flint. El capitán Flint figura de ficción, era el pirata asesino que enterró su

botín en la novela de Stevenson *La Isla del Tesoro*.

»Dinsmore-Townsend, que estaba enterado de tantas cosas, también lo estaba del personaje local tan conocido, preguntón y curioso, del “diván” de cigarros inspirado por Stevenson en el Vieux Carré. No sería perjudicial, serviría admirablemente para confundir, si despertaba la curiosidad de alguien —de cualquiera; apenas importaba de quién— acerca del inquisitivo anciano que presidía ese establecimiento. Pero nuestro asesino tenía a Stevenson en lo más profundo de su mente, y cometió ese inconsciente desliz.

»Sigámosle. Llegado a la ciudad con todos vosotros el viernes por la tarde, llevó a cabo el siguiente paso. Habiendo terminado de usar a la señora Keith por el momento, se volvió hacia Serena. Esa noche le habló por teléfono y la citó en la ciudad. Cuando se encontraron, lo sabemos, fue la misma Serena quien sugirió *El Zapatito de Cenicienta*. El propietario-gerente de ese establecimiento, Marcel Nordier (su verdadero nombre es Mario Petucci), ha confesado luego que tiene varios cuartos en el piso alto para comodidad de los enamorados.

»Así que, Jeff, cuando tú y Penny visitasteis *El Zapatito de Cenicienta* sin encontrar a Serena en ninguno de los salones del piso bajo, no buscasteis más porque jamás se os ocurrió que un bar clandestino pudiera tener en su interior una casa de citas.

—¡He pensado tanto —dijo Penny con un escalofrío—, que estoy medio tonta de miedo! Y-yo casi me desmayé cuando esa maceta cayó y se partió. ¿Entonces usted quiere decir que ese Fulano lo hizo deliberadamente, apuntando a Jeff?

Gilbert Bethune sacudió la cabeza.

—Dejó caer la maceta deliberadamente, desde el alféizar de la ventana de una habitación de arriba, aunque sin intención de matar o de hacer daño. Matar innecesariamente habría ido contra sus propios intereses, cosa que nunca hizo. Pero Dinsmore-Townsend había comenzado a cogerle el gusto al poder, bebida que se sube a la cabeza. Se complacía en pensar que *podría* haber matado si lo hubiera querido, y no pudo resistir ese ademán.

»Esa misma noche le había dado instrucciones a Serena sobre lo que ella debía hacer la noche siguiente, del sábado. Le dijo que él, autoridad en casas antiguas, había descubierto el escondrijo del oro del comodoro Hobart, Si se atrevía a recorrer la comisa entre su habitación y la siguiente, ella misma haría el descubrimiento. “Por supuesto, no necesitas ese oro, le dijo, ¡pero qué triunfo si *tú* lo encontraras!”.

»Sabemos, como no lo sabía el asesino de Serena, cuánto deseaba ella encontrar ese oro y salvar su hogar, por lo que seguiría las instrucciones al pie de la letra, como en verdad hizo.

»Sin embargo, no debo anticiparme. En la mañana del sábado hizo su entrada oficial aquí. Si ustedes preguntan quién sustrajo el libro del comodoro Hobart de la

caja fuerte que estaba en el despacho, diré que fue la misma Serena, por indicación de su consejero. Otra vez confundió el rastro, embarullándolo para aturdir a cualquier investigador. Él se apresuró demasiado, quizás, en mostrar su cartera, y hubo otros errores que ya indiqué.

»Aun así, su plan parecía ir sobre ruedas. Habiendo utilizado antes a Kate Keith, podía ahora utilizarla de nuevo. La señora Keith, instruida por el mismo mentor, se apresuró a entrar después de la cena para buscarlo y facilitarle la coartada. Él ya había preparado su trampa mortal y esa noche la trampa funcionó.

»Aunque pudo matar a Serena sin siquiera acercársele, no ocurría lo mismo con Dave. Pero eso no le disuadió. El hermano de Serena también tenía una afección cardíaca; un golpe con una cachiporra resultaría letal. El domingo por la tarde, afrontando riesgos de locura, se quitó los zapatos debajo del alero que cubría la puerta lateral y subió por la escalera para terminar el lunes por la noche con las tres balas disparadas desde el camino. La suerte le había abandonado.

—Pero, tío —protestó Jeff—, ¿de dónde sacó tanta movilidad? No había alquilado automóvil: y la policía, entiendo, podía seguir el rastro a cualquier taxi que pudiera utilizar. ¿Cómo podía estar en todas partes?

—¿Cómo podía estar en todas partes? —repitió suavemente el tío Gilbert—. ¿Tú preguntas eso, Jeff, aunque estabas presente cuando la señora Keith le ofreció uno de los dos coches de su garaje? Él lo declinó, pero lo hizo con tanta gracia que no podía dejar de despertar sospechas.

»Sí, su suerte le había abandonado; el martes estaba acorralado. Las fotografías identificaron a Malcolm Townsend como Horace Dinsmore. El capitán Joshua Galway y varios empleados del barco le identificaron ante nosotros, lo que no hicieron ante Saylor, como el polizón del viaje por el río. Mario Petucci, alias Marcel Nordier, pudo señalar al amoroso caballero que había compartido un cuarto privado con Serena Hobart. Así que convocamos a nuestra pequeña reunión aquí.

—Perdóname por entremeterme nuevamente —sugirió Jeff—, pero ¿no faltan varios personajes en esta reunión? Simplemente para completar el cuadro, ¿no debió incluirse al mismo Saylor? ¿A Kate Keith? ¿Billy Vauban? ¿Aun al mismo Earl G. Merriman de St. Louis? El propio Saylor me tiene tan confundido con una representación del terremoto que yo casi pregunto por Earl G. Meldrum de San Francisco.

—Mi querido Jeff, ¿dónde está tu sentido de las conveniencias? Como teníamos intención de demostrar la forma en que había muerto Thad Peters, así como había muerto Serena, la reunión no podría haber incluido al sobrino de Thad Peters. Ya la señora Keith había sufrido mucho; no la habría citado aquí el martes como no la he citado aquí esta noche. Poco nos importaba el comerciante de St. Louis que parece salido de una novela de Sinclair Lewis^[21]. A John Everard sí le invité, porque estaba

seguro de que podíamos persuadirle para que se estuviera callado. El irrefrenable Saylor nunca se hubiera quedado callado, así que prescindí de él también.

»Y sin embargo en cierto modo he juzgado mal. Cuando Townsend fue arrestado, yo creí que iba a rebelarse; esperaba una batalla legal que pudiera llevamos por todas las instancias hasta la Corte Suprema de Justicia.

»Debí abrigar más sospechas el miércoles por la noche, cuando nos ofreció contárnoslo todo, cosa que hizo. Estar presente mientras él, sentado, en la prisión, justificaba cada acción —que él no había querido hacer, por supuesto, pero que las circunstancias le forzaron— es una experiencia que no me gustaría repetir. Cuando terminó el recital, con su último gesto se tragó la cápsula que Kate Keith, fiel hasta el final, había llevado secretamente a su poder. En pocos segundos quedó inconsciente y murió en dos minutos.

—¿Cuál era el veneno, tío Gilbert? ¿Cianuro de potasio?

—Aún más mortal que el cianuro, que es la única sal derivada de lo que él usó. La cápsula contenía ácido hidrocianico, el veneno de acción más rápida del mundo. Sin duda, le había provisto por algún farmacéutico servicial, con quien la señora Keith ha tenido una amistad muy intensa. Pero no necesitamos perseguir a la señora Keith; no necesitamos perseguir al farmacéutico; no necesitamos perseguir a nadie. Como no habrá juicio, con su correspondiente publicidad, es posible que yo pueda acallar las cosas de modo que el nombre de los Hobart sufra el menor escándalo posible. En cuanto a las pruebas, por lo menos, ahora lo hemos explicado todo.

Ira Rutledge habló con dignidad.

—Puedo sugerir que no *todo* —corrigió—. ¿Qué pasa con mi sospechoso comportamiento?

—¿*Tu* comportamiento? ¿Sospechoso? Ya había observado yo que tenías algo en la cabeza...

—Tú has observado algo más, seguramente. Como Serena murió por lo que podría llamarse control remoto, mi famosa coartada no valía para nada. Y ¿no hubo circunstancias sospechosas? Cuando Dave y Jeff llegaron del vapor la tarde del viernes, junto con Serena y la joven que ahora me mira con tanta extrañeza, me encontré con ellos en el vestíbulo. Yo dije que había estado mirando algunos papeles del despacho, pero yo salía del salón principal, que está en dirección contraria al despacho.

»Otros han notado mi tendencia a frecuentar ese recibidor. En realidad, como luego informé a Jeff, contiene algunos instrumentos musicales antiguos muy finos, incluso un clavicordio del siglo XVI. Pero algunos de ustedes pueden haber pensado que yo dije una mentira innecesaria. —Miró directamente a Penny—. *Tú* pensaste eso, ¿verdad?

—Sinceramente, señor Rutledge... —protestó Penny—. Si alguna idea de

sospechar de usted cruzó por mi mente, la rechazó como ridícula. Y en cuanto a que usted estuviera en el salón, nunca se me ocurrió.

—Bueno, se me ocurrió a *mí* —confesó el abogado—, así que hablaré claro. Por demasiado tiempo he parecido un viejo decrepito y reseco, familiarizado con pocas cosas, salvo con la ley. Pero yo sé qué nombre dar a las cosas. Aunque lejos de ser tan aficionado a las novelas policíacas como Gilbert o Jeff, he leído mi buena dosis. Y ningún personaje se encuentra con más frecuencia que el solemne abogado de familia, que es en realidad un viejo ambicioso, que termina sus actividades de desfalco con el asesinato de su cliente. Alivia mi conciencia estar libre de sospechas. Al mismo tiempo...

—¿Qué, señor Rutledge?

—¿Qué pasa contigo, jovencita? ¿Tienes *tú* algo que decir o algo que revelar? Si es así, te exhorto a que lo digas inmediatamente.

—Que la moción sea por esta parte secundada —convino Gilbert Bethune.

Penny enfrentó la mirada del tío Gilbert de igual a igual.

—Muy bien —dijo ella—. Si esto se ha convertido en el juego de la verdad, responderé franqueza con franqueza y se la diré. Por demasiado tiempo yo he parecido una hija obediente, o hasta la paciente Griselda, cosa que no soy. La semana próxima Jeff parte para Europa. Y, ya está decidido, yo me voy con él. Viajamos en un barco de la Línea Francesa desde Nueva York a El Havre, y luego en tren hasta París. —Su suave voz se elevó de tono—. En conclusión, señor Fiscal de Distrito: si usted necesita formular una sola pregunta sobre lo que estoy pensando, ¿usted no es tan buen detective como ha probado que lo es!

NOTAS PARA LOS CURIOSOS

1

Apología pro sua narratione

Como los acontecimientos de la Mansión de la muerte ocurrieron hace poco más de cuarenta años, época que muchos de nosotros recordamos bien, parece innecesario apuntalarlos con notas tan complicadas como las que respaldaban a dos predecesores, *Papa Là-Bas* y *The Ghost's High Noon*. Pero pueden ser interesantes unas palabras de explicación. El libro ha sido dedicado a mi viejo amigo Macon Fry, de profesión ingeniero electrotécnico, que proyectó la trampa de la Mansión Delys y que garantiza su funcionamiento. Asimismo hay otros que merecen mi gratitud.

2

Bajando por el río

El imaginario vapor *Bayou Queen*, de la línea Grand Bayou, no debe ser tomado por el vapor verdadero *Delta Queen*, de la línea Greene, que ahora transporta pasajeros en tantas agradables giras. Tampoco el capitán Joshua Galway, que aparece brevemente en estas páginas, representa al difunto Thomas R. Greene, hábil comandante y anfitrión cordial, a cuya visión debemos el lujoso servicio en la actualidad.

El *Delta Queen* fue puesto en servicio activo en el año 1948, más de dos décadas después de la fecha de esta narración. En octubre de 1948 yo viajé desde Cincinnati a

Nueva Orleáns en este mismo vapor, en el que debe haber sido uno de sus primeros viajes. Era inevitable que el barco real de 1948 sugiriera el imaginario de 1927. Si en este libro se ha retratado con exactitud algún aspecto del fondo o de la atmósfera, es acreedora de reconocimiento la señorita Betty Blake, vicepresidenta de la línea Greene, que con toda generosidad proporcionó información y antecedentes sobre el río. Si yo he errado por ignorancia, como en ocasiones debo haberlo hecho, el único culpable es su seguro servidor.

3

El oro del comodoro Hobart

Aquellos que se interesen en cargas perdidas en el fondo del mar encontrarán que se describen muchas en *Fell's Guide to Sunken Treasure Ships of the World*, por el teniente Harry E. Rieseberg y A. A. Mikalov. «Fell» significa Frederick Fell, Inc., editores originales de un libro que ahora está disponible en todas partes en rústica, editado por la New American Library. Un cierto doctor Fell, puede ser olvidado.

Los barcos españoles perdidos fuera de los arrecifes Ambrogian fueron (y son) verdaderos barcos con tesoros, la mayoría de cuyas cargas han sido recuperadas. Las operaciones de buceo del comodoro Hobart hubieran sido totalmente practicables en 1860, y un amigo banquero ha estimado el valor del oro en lingotes que este buscador de tesoros se supone que recuperó hace más de un siglo.

4

Nueva Orleáns, 1927

La Mansión Delys, aparte de sus ménsulas de hierro, no deja de parecerse a North Mymms Park, de Hertfordshire, cuya fotografía puede verse en *English Country House Life*, de Ralph Nevill (Londres: Methuen & Co., 1927). La señorita Margaret Ruckert, mi valiosa asesora sobre Nueva Orleáns, sugirió el trasplante de la Mansión al terreno del River Road, tal como aparece en este relato.

Otros asesores proporcionaron el color local de los años de la década de 1920. Un bar clandestino parecido a *El Zapatito de Cenicienta* existió realmente y servía solamente ajeno, aunque el cuarto privado para finalidades distintas a la de beber es un embellecimiento ruinmente creado por mí. Un aparcamiento ocupaba en verdad el terreno del antiguo St. Louis Hotel. Si el Bohemian Cigar Divan no tuvo más realidad en Nueva Orleáns de la que tuvo fuera de las páginas de Stevenson, algún cigarrero de ese estilo debe haber existido allí. Esta es la ciudad donde todo puede suceder, y ningún alma aventurera se sorprenderá cuando suceda.

—FIN—



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gaxton Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

Notas

[1] Del francés, criollo, nativo del sur de Estados Unidos, de origen francés, portugués o español. (*N. del T.*) <<

[2] En New Haven está la Universidad de Yale, donde Jeff Caldwell estudiaba. (*N. del T.*) <<

[3] Periodista y hombre de gobierno, que influyó muchísimo en favor de la prohibición. (N. del T.) <<

[4] En el original dice *carpetbaggers*. En el Sur denominaban así a comerciantes sin escrúpulos, aludiendo a los que originalmente viajaban llevando sus pertenencias en una maleta de un tejido como las alfombras. <<

[5] El autor juega con el parecido de las palabras *Delys* (el apellido) y *Deadly* (mortífero) en inglés. (N. del T.) <<

[6] Jefe de redacción del «Saturday Evening Post», de gran fama, que dirigió esa revista 38 años. Broma por la condición de periodista de Saylor. (*N. del T.*). <<

[7] Es costumbre en Estados Unidos, cuando dos se callan a la vez, decir: «Un penique por tus pensamientos». El autor hace un juego de palabras con el nombre Penny y *penny* que significa penique. <<

[8] En francés «lirio», que hoy usualmente se escribe lis. Pero ambas versiones son correctas. (N. del A.). <<

[8a] En francés «lirio», que hoy usualmente se escribe lis. Pero ambas versiones son correctas (*N. del A.*). <<

[9] Hace alusión a un poema romántico de Walter Scott, *Marmion a Tale of Flodden Field* (Marmion, historia de Flodden Field). (N. del T.). <<

[10] El original inglés dice:

Here in thy hold, thy vassals near,

I tell thee thou'rt defied!

And if thou said'st I am not peer

To any lord in Scotland here,

Lowland or Highland, far or near,

Lord Angus, thou hast lied!

<<

[11] El autor juega con dos acepciones en inglés de la palabra *log*, una como *registro* y otra como *tronco de árbol cortado*, pero en nuestro idioma ese juego no tendría sentido, por lo que se reemplaza por otro. <<

[12] Personaje del Decameron, de Boccaccio. Una dama paciente y virtuosa en grado sumo. <<

[13] Partidarios de Cromwell y los Estuardo, respectivamente. (*N. del T.*) <<

[14] El 31 de octubre, *Halloween*, víspera de Todos los Santos, se considera día de las brujas. <<

[15] En el original dice Jack Ketch, nombre de un famoso verdugo. <<

[16] Dios Todopoderoso. (*N. del T.*). <<

[17] La existencia de estas ménsulas fue hecha resaltar con una nota especial. Ver nota [8a]. (N. del A.). <<

[18] Famosa tienda estadounidense, que edita un catálogo de mercancías para la venta por correspondencia. (*N. del T.*) <<

[19] Nombre que se da a Boston, después de calificar Oliver Wendell Holmes a su parlamento como «el centro del sistema solar» (*N. del T.*). <<

[20] El autor juega con las palabras *wastepaper basket* (canasto de basura para papeles) que usan los ingleses y *wastebasket* (canasto de desperdicios) que usan en Estados Unidos. (*N. del T.*). <<

[21] Escritor estadounidense de novelas, autor de *Babbitt*, el inculto y campechano personaje, caracterizado en Merriman. (N. del T.). <<